

DE LA
CUMENTO

LIBRARY
OF THE
CONGRESS

Espir: 3084

9 de 2

LA VENERABLE
MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO





R. 95859



F. MAURA, 2^a 1857

Micaela Permañales
Condesa de Sorbalan
Calle del Monje de la Catedral



L. DE MADRAZO, P^o 1865.

B. MAURA, C^o 1902.

*Micaela Permaisicos
vizcondesa de Torbalan
Esclava del S^omo y de la Cabida*

A la Excm. Señora

*D.^a Maria Diega Desmaisieres
y Sevillano*

Condesa de la Vega del Pozo, etc., etc.

RESPETABLE Y ESTIMADA SEÑORA CONDESA:

Ya, gracias á Dios, he puesto término á la biografía de su venerable tía Micaela. Ha de recordar usted que las señoras Adoratrices apelaron á mi fidelidad y honor para que les cumpliese una palabra, olvidada por lo antigua, de escribir la vida de su Santa Fundadora cuando la declararan Venerable, asegurándome que lo tenían muy encomendado al Señor, y estimaban fuese del divino agrado. Era á poco de arriesgarme al proyecto de la Basílica de Santa Teresa: ¿y cómo desplegar energías para entrambas empresas á la vez? Me impulsaba, no obstante, la insistencia de ellas y el que V. aplaudía su pensamiento.

No he de ocultar la desgana y espanto con que puse manos á la obra: mas entré pronto en calor y en complacencias sumas; la revelación de esa moderna Teresa de Jesús, de tantos lances y brillantes heroísmos, me entusiasmó por todo extremo. Pero caí exhausto de fuerzas cuando llevaba casi de

vencida mi labor. Una de las espinas, más aguda y dolorosa, era entonces para mí el no vislumbrar cuándo tocaría á la cumbre de la montaña, ó si desfallecería en su falda con mi interrumpida é inservible historia. Las oraciones de las mismas Adoratrices, y de otras bondadosas almas, han alcanzado mi lento restablecimiento, que debía traer por fruto primero la corona y Laus Deo del suspendido estudio.

Sea cual éste fuere, deseo es muy justo de las hijas de la Vizcondesa de Jorbalán, y también mío, que salga dedicado á su nombre de usted. Claro suceso es que los timbres de su casa corroboraron y ennoblecieron el pensamiento de la fundación de Madre Sacramento; y la providencia remuneradora devuelve ahora, esmaltados con aureola de santidad, esos blasones, que en la persona de V. méritamente resplandecen.

¡Ah, señora Condesa! los júbilos aquellos que su venerable tía sintió en el nacimiento de V., séanle dulce memoria en la vida, y esperanza alentadora de abrazarla en la inmortalidad gloriosa.

De V., afectísimo capellán que la bendice:

† El Obispo de Salamanca.

Salamanca, 31 de Diciembre de 1900.



fuego y los raudales de oro, con regalos inefables; que, cierto, solamente la deslumbradora pluma de un genio, no la ruda mía, fuera idónea para enarrarlos.

Para dibujar de ellos alguna sombra, transcribiremos ecos de sentimientos, que la agraciada de Dios, florecidos en su pecho, nos dejó luego perpetuados en sus memorias por mandamiento de la obediencia.

¡Oh, qué cúmulo de prendas extraordinarias, naturales y sobrenaturales fueron, en verdad, los atributos de su persona y las armas de su azarosa empresa! Y no obstante, qué pelea más sostenida consigo misma, combatiendo energías con otras energías, temperamentos indomables con dulzuras de la gracia: y sobre todo, ¡qué transparencias y reflejos de aquellas secretas trazas de la Providencia, que conduce de un extremo á otro con eficacia y lo dispone todo suavemente! Porque, séanos lícito repetir el concepto, ya que es la idea madre y peregrina de esta historia: la Vizcondesa de Jorbalán nace adoratriz y esclava de la caridad; profesa esta religión toda la vida; sube los peldaños, uno á uno, de colegiala, novicia, hasta fundadora y Superiora general de nuevo y asombroso instituto, sin que ella lo advierta hasta leerlo en los documentos de la Iglesia, que así la proclaman y enaltecen.

Disfrutamos, como cristalinas fuentes de esta biografía, los valiosos escritos de la sierva de Dios, los testimonios abundantes del proceso para su beatificación, y las tradiciones vivas de sus hijas y compañeras, con cartas y documentos de sus confesores y devotos.

Plegue á Dios que acierte yo á bosquejarla tan santa, tan sorprendente y bella como debiera salir,

luz y espejo de almas de temple cristiano, esperanza y aliento de las sumergidas en la culpa.

Todo con el acatamiento y reverencia filiales, que profesamos, á las enseñanzas y decretos de nuestra Madre la Iglesia católica.

† Fr. Tomás, Obispo de Salamanca.

Salamanca, 21 de Noviembre de 1900.





LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

DEL NACIMIENTO Y PROSAPIA DE LA BIENAVENTURADA
M. SACRAMENTO, VIZCONDESA DE JORBALÁN

(1809, 1.º de Enero)



EN la corte de Madrid vió la primera luz María de la Soledad Micaela Desmaisieres López de Dicastillo, conocida y llamada luego con sólo el nombre de Micaela, Vizcondesa de Jorbalán andando el tiempo, y M. Sacramento al coronar su vida en el Instituto de su fundación de Señoras Adoratrices.

Nacida el 1.º de Enero de 1809 (1), fué bautizada en la parroquial de San José, el día 4, por el Teniente-cura de la misma D. Saturnino Pardo, siendo padrinos sus abuelos paternos.

(1) En la calle de la Libertad, núm. 8.

Viénele ese primer apellido de Trith, ciudad de Flandes, cuna de su ilustre abuelo D. Arnaldo, de nobilísima estirpe, General de los ejércitos españoles, que casó con la señora leonesa D.^a María Antonia de Flórez y Peon (1776).

La carrera de las armas profesaba igualmente su padre D. Miguel, natural de Leon, que tomó por esposa á la virtuosa Sra. D.^a Bernarda López de Dicastillo y Olmeda, hija de Madrid, de la familia de los Condes de la Vega del Pozo y Marqueses de los Llanos de Alguazas, celebrando su desposorio en la capilla del Real Palacio de la Corte, en el año de 1802.

Por el primer apellido descendía esta aristocrática señorita, de una de las familias más antiguas y más nobles de Navarra, que en las Cortes de aquel reino, y al lado de los Monarcas de Navarra y Francia, brilló constantemente; por los Olmeda, dimanaba de más reciente casa de Murcia, levantada en alto por desvelos de curia en el período regalista del siglo pasado.

Fruto de este feliz matrimonio fueron diez hijos. Micaela apenas conoció más que á cuatro: á Luís, Diego, Engracia, y la última, Manuela María de la Asunción (1).

(1) Luís, nacido en 1805, siguió la carrera militar y enfermando de una caída, falleció soltero en Toulouse el 1825. Diego, nació en 1806, fué después el sucesor de los títulos y Jefe de la casa; dedicado á la Diplomacia, Diputado á cortes y Senador, representó á España en diversas Cortes de Europa.

Engracia, nació en 1807, y perturbada, por casual accidente, en su inteligencia, murió en el palacio de su familia en Guadalajara, año de 1855.

Manuela vió la luz en 1812, gozó el título de Vizcondesa de Jorbalán, casó con D. José Oriol de Despujol, del linaje de los Marqueses de Palmerola y Fonollar, en Cataluña. Por sus ideas carlistas hubieron de emigrar á Francia, y murió sin descendencia en Toulouse, el año de 1843.

D.^a Beraarda fué dama de honor de la Reina María Luisa, la esposa de Carlos IV, cargo que su madre había desempeñado igualmente al lado de la Reina Isabel Farnesio, mujer de Felipe V.

Ardía la guerra heroica de la Independencia en España al nacer Micaela: el 2 de Mayo anterior habían resonado en Madrid el grito y la noble protesta de Daoiz y Velarde, que conmovieron á la Península entera y trocaron en soldados á todos los hijos de la patria.

D. Miguel, que desde cadete, á los doce años, en el Regimiento de Reales Guardias Walonas, donde había militado su padre en el reinado de Carlos III, había luchado contra la república francesa en la frontera catalana, salió herido en un brazo, de casco de granada, en la retirada de Figueras, conquistando sus grados en servicios prestados en Barcelona y Madrid hasta Teniente coronel. De nuevo en 1808 salió á campaña y luchó á las órdenes del General Castaños y del Duque del Infantado, mereciendo ascenso en la acción de Mora; y apenas restablecido de la herida mortal recibida poco antes de la batalla de Almonacid, sirvió bajo el mando del Duque de Alburquerque. En el Estado Mayor se adquirió puesto brillante, y como su jefe, fué condecorado por la batalla de Chiclana y la toma de Sevilla. Con su división apareció más tarde en el Norte en el bloqueo de Pamplona y en diversos combates de la frontera, especialmente con el General en Jefe, Conde de Abisbal en la toma de posesión de Izani, y en el paso del ejército aliado por Adour. En 1813 alcanzó el grado de Brigadier, siendo nombrado en 1815 Ayudante general del ejército de observación de Guipúzcoa y Navarra, Caballero de las órdenes militares de San Hermenegildo y de San Fernando.

Restablecida la paz para el 1818, es creíble que don

Miguel, tras campañas tan sostenidas y de combates frecuentes, se replegara á vivir con su familia en la Corte, en los años, no prolongados, que le restaban de vida.

Quiere decir que Micaela llevaba en sus venas sangre guerrera y bien encendida en los hervores del amor á la religión y la patria; y con el carácter de entereza y fidelidad tradicionales en la raza española, heredaba á la par de sus padres aquella fé acrisolada é invencible de nuestro pueblo, que le hizo superior á las huestes napoleónicas y á todos los reveses de la fortuna y los desaciertos y desdichas de los gobernantes. La vitalidad que ostentó España en los comienzos del siglo XIX, sin rey ni ejércitos, y con el enemigo puertas adentro, era adecuado ambiente para criar almas de temple y vástagos de gigantes.





CAPÍTULO II

NATIVAS INCLINACIONES DE MICAELA.—EDUCACIÓN RECIBIDA.—
MUERTE DE SU PADRE, DON MIGUEL



NATURALEZA y educación son los factores para los destinos del hombre; de su índole nativa y el ángel tutelar de sus primeros pasos, dimana principalmente su porvenir honrado y apacibilidad de la vida.

Nuestro organismo, en el orden físico, nuestro espíritu en la parte moral, viven del ambiente sano y regenerador que nos rodea, de la luz que nos alumbrá, y del calor y el alimento que nos confortan.

Al hablar de la estirpe y de la sangre, de las glorias y blasones heredados en la cuna, traíamos á colación el nombre, la profesión y las hazañas de los progenitores; al pretender ahora describir la educación de la joven Micaela, y cómo se labró su corazón en la piedad y la misericordia, fijaremos la atención en las prendas de su madre. ¡Ah! la madre es la enriquecida de entrañas y la que comunica el néctar de sus pechos y acaricia en la amplitud del regazo; la madre es la fuente de la ternura

y del consejo, es la que limpia y modela á fuerza de besos y de lágrimas.

En la biografía de los Santos aparecen comúnmente las madres como luceros del alba; es la primera luz que esclarece sus hechos; nuestro pueblo sabe cómo educaban en los tronos Blanca á San Luis, Berenguela á San Fernando, diciéndoles que antes deseaban verles muertos que mancillados por el pecado mortal; y también conoce cómo la patrona y modelo de las madres cristianas, Santa Mónica, dió á la Iglesia y al cielo, al hijo de su corazón y de sus lágrimas, al portentoso ingenio San Agustín.

También la memoria de D.^a Bernarda López de Diacastillo, será bendecida en los albores y juventud de Micaela; madre é hija vivirán siempre abrazadas en el cariño y la religión, tanto más estrechamente cuanto que las primeras penas de la hija fueron consagradas á su padre, á quien perdió á los trece años de edad, la precisa para comenzar á sentir las amarguras de la vida (1).

Doña Bernarda, al lustre de su casa, añadía el prestigio y buena fama de virtudes extraordinarias, señaladamente la del esmero en la sólida educación de sus hijos, y la ampliación de sus desvelos maternos para con todos los huérfanos y desamparados.

Como dama de la Reina María Luisa, había brillado en la Corte, y de otra parte las vicisitudes de su esposo en su carrera de azares y en época de ansiedades y sorpresas, la habían formado excelente compañera de fatigas. En los cuatro años de paz que disfrutó D. Miguel al lado de su familia, fué cuando pensó, sin duda, en la educación de sus hijos y los confió, con este propósito,

(1) Murió en la parroquia de San Luis de Madrid, á 19 de Diciembre de 1822.

á las religiosas Ursulinas de Pau. Por las tradiciones de la casa y el testimonio de las doncellas, recogido en el proceso histórico de sus virtudes, sabemos que Micaela se educó en el colegio susodicho, lo propio que María Manuela; y aun su hermano Diego también fué colegial de San Martín, de la misma ciudad. Allí fué donde Micaela aprendió perfectamente el idioma francés, que se cultivaba en su casa, en razón de dominarlo sus padres, y refrescarlo con el trato y conversación de doncellas francesas.

La muerte de D. Miguel en edad todavía lozana de cuarenta y tres años, presumo que, con sus lutos y pesadumbres, los reunió á todos bajo el manto de la madre viuda, retirada al sosiego de su hogar madrileño, á labrar el corazón de sus hijos, y preparar más altos vuelos en sus estudios y carreras, pasando pía y deliciosamente las estaciones del verano en su palacio de Guadalajara, capital de la Alcárria.

En orden á las nativas inclinaciones de Micaela, oigamos sus ingénuas declaraciones: «Dios me dió desde niña un genio dulce. *Era* amable, amiga de la paz en todo, holgazana, golosa, zalamera, muy compasiva y amiga de reconciliar los hermanos y criadas... Después de mayorcita cambié completamente con la educación (1)».

¿Qué cambio radical fué éste, debido á una buena es-

(1) Mandaron los confesores á la sierva de Dios dar cuenta de su vida, sus penitencias y favores recibidos del cielo; y sin título ni epígrafe, declarando que no era su objeto redactar una biografía, escribió *algo de su vida y costumbres*, que por la llaneza del estilo, falto á veces de rigor gramatical y coordinación de hechos, aparece como borrador de involuntarias *memorias biográficas*. Así las intitularemos nosotros, señalando sus pasajes entre comillas. En el párrafo arriba copiado no se halla punto á la palabra *dulce*, ni se lee el verbo siguiente *era*, que añadimos nosotros para el buen sentido.

cuela? En mi sentir fué principalmente de genio y carácter; pues, á pocas líneas, escribe que «era en extremo viva y ligera para todo»; pero esto, aparte del acicate de la educación, se despertaría en su misma naturaleza al hervir la sangre de la adolescencia, é indudablemente lo llevó siempre en su rígido temperamento.

Sus ocupaciones pueriles nos revelan igualmente su piadosa índole. Tenía su altar y le aderezaba, como Santa Teresa, todos los días: en él resaltaba la Virgen del Pilar que le había regalado un Obispo; «profesaba tierno amor á la Virgen Santísima y al Señor en la cruz, llorando al verle clavado en ella».

De claro entendimiento, voluntad pronta y docilidad rendida, aprendió de su madre y de sus maestras las nociones elementales y lo superior de su distinguida clase, conviene á saber: á bordar, pintar y tocar varios instrumentos, lo propio que los ejercicios varoniles de montar y correr á caballo.

Además, lo advierte ella misma: «mi madre (¡bendita madre!) nos hacía aprender á planchar y á guisar, como un oficio, por lo que pudiera suceder, que éramos tres hermanas...» Y por lo que Dios ordenara también en sus altos designios de tu estado.

Así, educada con este aplomo, su ocupación favorita era componer su cuarto, y su altar, rezar y leer...; ¡pero qué fenómeno tan extraño! La leyenda que sedujo á la misma Teresa de Ahumada, no fascinaba á la joven Micaela. «No me gustaba nada que no fuera verdad, ni cuentos ni historietas. Novelas no me dejaba mi madre leer (aprendan de esta avisada señora todas las madres); alguna, que por ser buena me la daban, jamás la concluía de leer, porque me decía: ¡si esto es mentira, si no ha sucedido!...»

En la edad madura, la de los desengaños y desilusión-



PRÓLOGO



TAMBIÉN en este siglo de convulsiones, de recia lucha entre la antigua cultura y la civilización moderna, del triunfo de las libertades perniciosas y el hundimiento de nuestras colonias, nuestro poderío y renombre; también en este ofuscado siglo, el brazo divino ha suscitado almas de legítima cepa española, ardorosas en la fe, insuperables en gigantescas empresas.

El espíritu y las proezas de santas de la edad de oro han resplandecido nuevamente en la M. Sacramento, y como más brillantes las pudiera apetecer y admirar nuestra actual centuria.

Hora es ya de presentar á esta generosa sierva de Dios con la aureola que la abrigó el cielo, para bendecir las divinas misericordias y alentar y recrear nuestro ánimo con evocaciones de gloriosos recuerdos.

Ante un mundo que envejece de molicie y liviandades, picado de gangrena en el corazón, con la lla-

ma de la fe apagándose en su frente, es regocijo incomparable ver y palpar cómo la doctrina del Evangelio inspira á la continúa regeneradores ideales, cómo la caridad es inapreciable bálsamo para las llagas de la humanidad corrompida, cómo Jesús Sacramentado es árbol de la inmortalidad en el paraíso del catolicismo.

Verdades hay triviales por lo sabidas, pero que semejan palidecer ante nuestros turbados ojos, y las esmalta Dios y las hace brillar como soles en la vida prodigiosa de sus Santos, comunicándoles entonces pasmosa virtualidad, el germen fecundo de la dicha para toda una época de la historia.

Madre Sacramento vino á obrar el milagro de trocar el lodo de la mujer liviana en vaso oloroso de virtudes, pasándolo por el horno de la caridad evangélica, que ella encendía en su pecho, convertido en llamas por el fuego celestial del sagrario. Pero no así en la común manera de como nosotros amamos y socorremos á nuestros semejantes; no así, como de ordinario, reverenciamos la santa Eucaristía, no; sino en la inusitada y maravillosa forma de ser ella hostia consagrada de la caridad, desde el nacer hasta el morir, en una carrera cuajada de rasgos heróicos y prodigios innumerables, y creciendo gradualmente en destellos, como es la senda de los justos, desde la aurora hasta la claridad del mediodía, y con tales frutos como hasta ella no los cosecharan los Santos puestos á semejante empresa; y con unos ímpetus y ternuras é invenciones amorosas hacia la fuente de todo bien, aquel maná incorruptible y pan de la vida y viático de la eternidad, nuestro adorable Sacramento, de donde le saltaban inspiraciones y vislumbres, y le brotaban los ríos de

nes, en que los idealismos se sustituyen por la abrumadora realidad, caben estos ejemplos; no así en los soñadores años de la juventud: el amor puro de la verdad en Micaela, se anuncia como precocidad de su destino.

Así que: «historia, vidas de Santos, viajes, bordar, coser, pintar, escribir y muchas novenas y un sin número de rezos, todo esto lo hacía sin descanso, pues era víctima del orden, creo más que virtud fué y es un vicio, de modo que tenía mis horas arregladas».

¡Lástima que no empleara ese orden y más espacio en detallar estas ansiosas é infantiles tareas que seguramente nos hubieran cautivado el ánimo!.. Actividad fogosa y puntual reglamento comienzan á ser, no vicio, sino el apasionamiento de su vida, que moderará oportunamente la obediencia y el buen sentido.

Igualmente que á la fábula, tenía aversión á la suciedad; no se daba ella cuenta por qué razón había pobres en el mundo, acaeciéndole sentir fuerterepugnancia respecto de ellos, no porque fuesen pobres, sin arrimo ni amparo; sino porque los encontraba cubiertos de harapos y hechos una podredumbre.

No la habían desprendido todavía del aya, y por su devoción al Santísimo, gozábbase en que la llevaran á venerarle en las Cuarenta Horas, ó para hacerle compañía en alguna iglesia, deteniéndose embebida en sus tiernos afectos dos y tres horas, sin reparar en cuándo había volado todo ese espacio de tiempo. Ella, siendo de imaginación ardiente, en los tempranos años que se distinguen por la viveza, inquietud y volubilidad, aparece clavada ya en las gradas del altar eucarístico, adivinando el tesoro de amor y delicias que para nosotros encierra la hostia santa! La mercenaria aya no siempre hallaba el contento que su señorita en tan prolongada oración; y

con el fin de que no se quejara, la ganaba Micaela por medio de agasajos.

¡Privilegiada Micaela que, niña todavía, conoce y ama á Dios y se levanta en alas de su ingenio y piedad á ser la legítima aya!

La verdad, la limpieza, la actividad, el orden, la devoción... ¡Qué raros embelesos de los juveniles años!





CAPÍTULO III

PRIMICIAS DE LA VIDA DE MICAELA.—HEREDA SU MADRE LOS TÍTULOS DEL CONDADO DE LA VEGA DEL POZO...



DEJÁBAMOS á Micaela orando ante el Santísimo largas horas con su acariciada aya, y pasa en silencio sus adelantos en aquella escuela de amor, que nosotros podemos fácilmente adivinar.

Doña Bernarda había sacado de pila á una niña, á la cual, como de costumbre, puso su nombre; y al llegar á los cinco años de edad, la confiaron sus padres á Micaela para enseñarla «la doctrina cristiana, labores y demás», dejándola con tal motivo en casa de la señora. Cualquiera la hubiera creído una hija más de la casa, pues salía fuera igualmente en su compañía. También perdió á su padre de edad temprana, y se plegaba á las aficiones y carácter de su gentil maestra, en forma que llega ésta á confesar que congeniaba más con ella que con sus propias hermanas.

Bien pronto acertó á salirse Micaela del molde ordinario: vestía con decoro, pero ni circulaba por tiendas

ni platicaba de modas; tampoco se agradaba con visitas, ni con derramarse en paseos; suplíanla en sus ausencias los demás de la familia. Merced, no obstante, á su corazón amable, complacía á unos y otros de continuo, alimentando entre sí cariño acendrado todos los miembros de la familia.

En 1826, y por fallecimiento de su hermano D. Manuel, heredó D.^{ta} Bernarda los títulos del condado de la Vega del Pozo y marquesado de los Llanos de Alguazas, con que pudo atender desahogadamente á la educación más brillante de sus hijos (1).

La Condesa venía acostumbrada á cierto fausto de la casa y esplendidez de servidumbre, no menos que á generosos rasgos de caridad con los menesterosos. Comprendía que los hijos deben prepararse para toda vicisitud, mas nunca replegarse encogidos en la crisálida de la ruindad y los pesimismos.

Micaela, por tanto, brillaba en los floridos años de su juventud en la corte, á la sombra de su madre, mostrándose espléndida y caritativa; en los veranos íbanse á Guadalajara, como dijimos, á una bella casa de campo, dotada de espaciosa capilla. Y lo propio en Madrid que de verano, se dedicaba á socorrer á los desvalidos, para vencer la repugnancia que les había cobrado, saliendo victoriosa de sí misma, ejercitándose en la caridad «de mil maneras».

Véase qué escuela original abrió en Guadalajara, no sin complacencia de su madre, en una sala baja del pala-

(1) Cedió bien pronto este último título á su hijo D. Diego, pues Luís, el mayor, conforme antes notamos, había muerto en 1825. El Conde D. Manuel López de Diecastillo, en su testamento de 31 de Marzo de 1826, favoreció á sus sobrinas Micaela y Manuela, por razón de ser solteras y no llegarles lo propio de los segundos.

cio. Admitía doce niñas pobres; y con Bernarda de ayudanta, las instruía en la doctrina, en coser, planchar, zurcir, etc., con la condición de que asistieran á misa en la capilla de la casa; y las colocaba delante de ella, á fin de vigilarlas y conservarlas en mayor recogimiento y devoción. Á su tiempo las preparaba convenientemente para confesar y comulgar. Por premio de esta asistencia, las vestía enteramente. Y luego de estar instruídas, las colocaba de criadas con personas de honradez y religión, pagándolas ella el salario para mayor seguridad y vigilancia, y extendiendo la ayuda y caridad hacia las amas de mediana posición, á las cuales solía también vestir.

Aquella bendita casa no se había convertido sólo en escuela, sino también en hospital improvisado, á cuyo mantenimiento contribuían todas sus nobles moradoras. La señora Condesa proporcionaba la ropa, las hijas la cosían, aunque alejadas de los enfermos; mientras Micaela era la hermana de la caridad, ora curando llagas, ora aderezando lechos y batiendo almohadones. Á veces salía con Bernarda por la huerta y se dedicaba á curar á domicilio unos baldados que vivían cerca, y les componían sus ropas y trataban las úlceras de las piernas.

No era esta inclinación antojo de un día: en Madrid estuvo asistiendo á una pobre, enferma de cáncer en la cara, por más de catorce años; y con tal esmero y cariño, que sólo ella la evitaba las quejas de hacerle daño, para lo cual la preparaban hilas de pelusa, á expensas de inextinguible paciencia.

En otra casa asistía á una familia compuesta de seis individuos, todos con los ojos malos; y á la del rostro canceroso y á los de la vista enfermiza pagaba de sus ahorros el alquiler del cuarto.

También tenía sus baldados y mancos, y cuantos el discreto lector quiera imaginar en dos etcéteras, con que

la caritativa joven cierra el cuadro de enfermos de aquel tiempo, pues á la cuenta no era corta su parroquia de generosa curandera.

Para sus enfermos guardaba comida, apartaba ropa vieja, ejercía de mendicante con parientes y amigos; en una palabra, el asunto de sus pobres era capítulo corriente de las pláticas y cuentas de la casa; «pues mamá le daba de todo».

Aterrador se presentó en España el cólera de 1834; con él no puede compararse, ni en el número de víctimas ni en lo fulminante de los casos, el de 1855, y casi sombras de pestilencia parecen á su lado los de 1865 y menos el de veinte años posterior.

Contaba Micaela á la sazón veinticinco años, y, no obstante, visitaba con Bernarda las casas de los coléricos, hablándoles de Dios y de la Virgen, con tal ánimo y fortaleza, que «jamás dejó de ir cada día interin duró el cólera».

Menester es recordar el cuadro que ofrece el colérico, el cual se deshace en vómitos y otras evacuaciones, se agita con temblores y calambres, hundidos los ojos, apagada la voz, yerto todo el cuerpo, aquel que horas antes sonreía plácidamente; y esto, representado en el seno de una familia, y de otra, y de varias, cerrándose á veces casas enteras, sin permanecer quien llore por los fenecidos. Yo, visitando los pueblos atacados, en el atenuado cólera de 1885, tropezé con hombres, que semejabán robles de vigorosos y fuertes, y estaban sobrecojidos de espanto y como paralos, sin acertar á andar; mientras las mujeres permanecían mudas, formando corros á las puertas de las casas.

Para hacer entrar en las viviendas de los coléricos á individuos del ayuntamiento, era preciso apelar á originales recursos.

¡Cuántos huyen en estas pavorosas circunstancias y mueren de pusilanimidad y de miedo!

Y hé ahí á esa aristocrática y delicada joven, con la llama de la fe radiante en sus ojos, y un incendio de caridad en su pecho, las manos llenas de caricias, mezclada, sin embargo, en todas las sombrías escenas de pavor y luto, de sustos y repugnancias, que deja tras sí el soplo exterminador del cólera morbo (1).

Para esta ocasión excepcional la casa de Micaela era un laboratorio de misericordias. La Condesa compraba lienzo para centenares de camisas, que cosían madre é hijas y aun las cinco criadas, todas en santa competencia. Y sin descanso, aun en los mismos días de fiesta; que por ser la necesidad tan apremiante, diéronles permiso para trabajar en ellos los señores Párrocos de Guadalajara. Solamente de bayeta pasaron de tres á cuatro mil las piezas que Micaela llevó á las casas designadas por los señores Sacerdotes.

Este ángel de la caridad, que ayudaba á bien morir, claro está, no podía confesar á los moribundos; pero dióle Dios el consuelo de intervenir cuanto era dable en la confesión sacramental, sirviendo de intérprete en el

(1) Entre varios testimonios que de estos rasgos se han recogido, valga por todos el de sor Cecilia de Santa Teresa, religiosa del convento de San José, de Ruiloba, cuya familia se había relacionado con la señora Condesa de la Vega del Pozo: «Merece especial mención, dice, la caridad con que la sierva de Dios asistió durante la epidemia del año 1834 á los pobres atacados; llenó de admiración á todos los buenos que, unánimes, decían que sin una gracia de Dios muy especial no cabía tal caridad; á muchos libró de la muerte con sus exquisitos cuidados, y su ejemplo estimuló á permanecer en Guadalajara y asistir á los pobres coléricos, á otras varias personas que, tímidas, habían determinado huir». — *Proceso de información de las virtudes, etc., de la sierva de Dios, María Micaela, 1890.*

hospital de coléricos, en la confesión de una señora que acertó á pasar por allí con familia y criados, todos franceses.

Así, embebecidas en estos pensamientos placenteros y bondadosos, derramando el bien á manos llenas, se les deslizaban los años risueños de la vida, los inmundos años de los desvelos y de las pesadumbres, la dorada edad de la salud, de la lozanía y de las gracias, repleta de ilusiones para las almas frívolas, colmada de merecimientos para ellas, así como de bendecida memoria.





CAPÍTULO IV

LA BODA DESHECHA

(1840)



no

¿SE vaticinará sobre la elección de estado de Micaela? El lector ha de anticiparse á decidir que estaba cortada para hermana de la Caridad. También lo sospechó más tarde ella, de lo cual hablaremos oportunamente; tanto más, que, aunque Micaela en los ejercicios de caridad no abandonaba el decoro de su clase, y parecía, en la estima de la sociedad, realzarlos más vistiendo con elegancia; hemos notado que no divagaba, sin embargo, por las tiendas para dar pábulo á los caprichos de la vanidad, ni aun á las delicadezas del buen gusto, ni menos encontraba halagüeño entretenimiento en las explicaciones acerca de las modas.

Pero no obstante, y quizás por la misma razón, los ojos de muchas nobles y acaudaladas familias se iban tras aquella intrépida doncella, de rostro y corazón angelicales, merecedora de palmas y laureles: anhelando

todos incorporarla al árbol de sus ilustres genealogías. Y su madre y sus principales deudos pensaban igualmente prepararla para algún enlace decoroso.

Empeño decidido demostró en ello, especialmente la casa de los Marqueses de Villadarias, casa muy religiosa, con grandeza de España, si bien no muy desahogada, por haber gastado sus caudales en el entronizamiento disputado de D. Carlos; la cual pretendía su mano para el hijo mayor, heredero de la fe y las proezas de sus antecesores. Sólo Micaela no mostraba ardorosa afición á las bodas, «ni entendía qué eran»; si bien respetables tradiciones la suponen inclinada por entonces al matrimonio y colocada en las manos y al arbitrio de su madre. Desde luego, si los pretendientes no aparecían devotos del Santísimo Sacramento, era excusada toda solicitud, por excelente partido que se le ofreciera. Llevada, pues, del consejo de la familia, admitió agradecida las relaciones del hijo del Marqués de Villadarias, ya que todos le proclamaban como joven muy de sentimientos nobles y religiosos. Duraron aquellas relaciones tres años, que ambos eran harto jóvenes (1). Y en todo ese largo espacio para estas amistades «todo era tomarnos cuenta de los rezos y novenas que llevábamos á porfía, y quién hacía más oración».

«Se descompuso la boda por intereses, con gran pena para los dos».

Como Micaela expresa que no era muy rica la familia de su pretendiente, parecíame que los resistentes serían sus deudos, pero no; según recuerdos de la casa de la Vega del Pozo, hallaron á éstos los de Villadarias menos

(1) Así lo manifiesta Micaela; pero ella había entrado bien de lleno en la edad núbil; el pretendiente sí era más tierno. Siempre el corazón nos sueña jóvenes.

opulentos que sus deseos, y se resfriaron en las relaciones entabladas.

Nuevos partidos se le ofrecieron á Micaela; pero otro desposorio más desinteresado y puro, más fecundo y duradero aguardaba, en los designios de la Providencia, á la extática adoradora del Sacramento.

Su hermana Manuela, la más joven, alegre y expansiva, parecía nacida para el trato del mundo, y fué la que primero casó de los hermanos, sin que hallara la felicidad soñada en las caricias de los hijos, de que careció, ni en el temperamento y condiciones de su marido, ni el triunfo de las ideas y carrera militar de éste, que seguía la causa de D. Carlos. Honraronla su madre y hermano D. Diego, como sabemos, adjudicándole el título de la casa, de Vizecondesa de Jorbalán.

Y Engracia, la mayor, que por tantos atractivos hubiera podido conquistar para su linaje otro vínculo de estima y honra, comenzaba á ser un cuidado más para la familia. Siendo niña, los servidores encargados de sacarla á paseo, cometieron la imprudencia de llevarla, en cierta ocasión, donde presenciara la ejecución de un reo; y fué tal la impresión de la criatura, que se le trocó en germen de ataques epilépticos.





CAPÍTULO V

LA CARIDAD DOMÉSTICA.—ENFERMEDAD Y VIÁTICO DE LA MADRE.—EL PADECIMIENTO DE LA HERMANA.—LA PRIMERA MERCED DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES.



AL propio tiempo que se daban á conocer los vástagos de la familia de Villadarias y de Vega del Pozo, satisfacía Micaela sus ánsias de vivir á la cabecera de los enfermos, y esta vez con nada escaso dolor del alma. Era su querida madre la doliente, y el mal duraba y se prolongaba, entre esperanzas y angustias, por meses y años.

Las corrientes del más tierno cariño se cruzaban con tal motivo entre madre é hija, y crecía la piedad de entrambas, descansando en los amorosos brazos de Dios, padre providísimo de sus criaturas y singularmente de sus fieles servidores.

Harto conocían el estilo y secretos del Señor, que rodea de amargura la vida para despegarnos de sus engañosos deleites, y levantar nuestros ojos á consolaciones más puras y al mismo manantial inagotable de ellas; y que la virtud se acrisola y perfecciona en la enferme-

dad (1), y sólo al salir del crisol de la tribulación, es cuando ofrece las más gallardas muestras de sus quilates, cuando puede mejor alcanzar los resplandores de la gloria.

La enfermedad retrae de las diversiones del mundo, y hace poner la confianza, el pensamiento y los votos del corazón en aquel *que mortifica y vivifica* (2), en la fuente de la salud y la felicidad. En esta escuela de oración y ejercicios de amor filial, de caridad y paciencia, bien apartada de todo mundanal estrépito, tocó á Micaela emplear las atenciones de buena parte de sus reverdecidos años.

Ni era sola la dolencia de su madre la que embargaba su atención y acibaraba sus días. A su hermana Manuela, la casada, hemos de tener presente que no le nacían de este consorcio las mejores fuentes de consuelo y debía resignarse á todas las amarguras de la emigración; y á Engracia se le iba eclipsando la luz de la razón, entre ataques nerviosos y angustiosos accidentes, hasta tocar en las sombras de la simplicidad.

Estas tristes circunstancias eran golpes de martillo para la atribulada y desfallecida madre que, sobre atender á sus achaques, deseaba tener unos días de alivio, de fortaleza y serenidad para disponer convenientemente sus asuntos domésticos. Esos días de paz y calma no le amanecían como se anhelaban; antes arreciando la fuerza del mal, hubo que preparar á la enferma para fortalecerse con los santos Sacramentos.

Junto al lecho del dolor y de la esperanza, aparece la figura de un venerable Sacerdote que ha de ser mencionado muchas veces en las páginas de esta historia, y

(1) San Pablo, 2.^a Cor., XII-9.

(2) *I. Rey.*, II-6.

cuyo conocimiento y amistad de parte de la enferma, no es débil argumento en favor de su discreción y piedad.

A Micaela la podemos considerar, en coyuntura tan solemne, dominando las circunstancias que la rodean y aderezándose para dar espléndida muestra de su imaginación fecunda, de su temperamento brioso, de su fé y sus más puros y virginales amores. Iba á venir Jesús Sacramentado á su casa, á visitar á su madre, convertido en delicado viático y fortaleza para el viaje de la eternidad... ¡Quién la viera por aquellas salas y recibimientos! No aparece sino una de las vírgenes de Isafas, á quienes se les pasaba aviso de la llegada del Redentor del mundo (1). *Decid á la hija de Sio: he ahí que viene vuestro Salvador...*

Lo refiere Bernarda Rodríguez, la discípula y confidente, y más tarde doncella de la señorita. Cuando vió que el Señor iba á honrar su casa, no hay manera adecuada de ponderar lo mucho que se esmeró en decorarla, no perdonando para ello dispendio ni fatiga. Entapizó las habitaciones, cubrió de flores el pavimento, é hizo que brillaran en sus muros gran número de luces; convidó á todas las personas distinguidas de Guadalajara, no menos que á muchos pobres. ¡Ya eran los pobres sus amigos! Fué tan numeroso el golpe de gente que concurrió, «que entraba ya la comitiva en la casa, cuando aún no había acabado de salir de la parroquia de Santa María». Los saltos del corazón en los momentos de entrar y asentarse en el improvisado altar de la cámara de su madre, son únicamente para imaginados y sentidos, no para delineados por la pluma.

¡Cuánto hacimiento de gracias en el pecho y los labios de todos! ¡Qué raudales inefables de consuelo! ¡Qué con-

(1) Isai., LXII-11.

formidad con la voluntad divina, y suspiros por la paz del alma, y al cabo por la gloria eterna!

Sacramentada la Condesa, y arreciando por días la calentura, hubo de administrársele la Extrema-Unción, y por lo visto, con urgencia, sin haber gozado de holgura para sus disposiciones testamentarias. Desvanecido el conocimiento, y perdida el habla para cuando recibía este último Sacramento, sacaron á Micaela del cuarto de su madre moribunda.

Juzgándola casi cadáver, al entrar en su habitación Micaela se dejó caer de rodillas al pié de una imagen de los Dolores, ofreciéndole vestir su hábito por un año si prolongaba la vida de su madre, á fin de disponer con acierto de su patrimonio y evitar disturbios en el seno de la familia.

Salía de nuevo la hija, á las tres de la mañana, para la cabecera de su madre, y encontrando al paso á las señoras de Arana, de casa de la Duquesa de Rivas, cuya hija, deteniéndola, le dijo: no da señales de vida, pero aún está caliente.—Dejadme, que vivirá; quiero rezar junto á ella..... É inclinada, de rodillas, sobre la cabeza de su madre, oraba; cuando abrió ésta los ojos, y se le oyó exclamar:—Hija mía, te debo la vida.....

Al tercero día, aunque con las huellas de la flaqueza, se levantaba de la cama; y pudo con sosiego arreglar sus negocios temporales, y regocijar por un año más los corazones de sus hijos.

Era la primera, extraordinaria gracia, que sepamos, la cual recibía Micaela del cielo, consagrada á la entrañable madre y á la paz de sus hermanos (1).

Agradecida la Condesa á los obsequios y cariños de

(1) Referencia de la misma sierva de Dios, en capítulo dedicado á manifestar esta clase de altas mercedes.

la hija, pensó en dedicarla perenne recuerdo; y mandó labrar una taza grande de plata, con el perro en la cubierta, como símbolo de la fidelidad, y una inscripción de relieve en letras de oro, que decía: *A mi hija Micaela, fiel, amable y virtuosa.*

Más tarde veremos, en aras de qué amor, sacrificó Micaela este inestimable recuerdo.





CAPÍTULO VI

MUERTE DE LA MADRE DE MICAELA.—LA MADRE QUE NO SE MUERE.—
PENAS AHOGADAS POR LA CARIDAD.—LA SALUD EN QUIEBRA

(1841)



TRAS los prolongados achaques, y arregladas sus cláusulas testamentarias, vió llegarse su hora postrera, con ánimo no sereno, la caritativa Condesa. Cifrábanse sus ansias y solicitudes en la religión, la paz y bienestar de sus hijos; y comprendiendo el valimiento de la intervención de Micaela, para interpretar acertadamente su última voluntad, la llamó cerca de su lecho y le dijo:—Mira, hija, no deseo más que tu bien y la paz y buena inteligencia entre vosotros. Haga Dios que no se turbe; y, á este fin, voy á pedirte encarecidamente tres cosas; si me las prometes, moriré tranquila.

—¿Cuáles cosas? que yo las cumpliré; le contestó la hija.

—Es la primera, que jamás leas libros que traten cosas contra la religión, pues el menor mal es muy grave, porque, cuando menos, dejan la sombra y la ansiedad

dad de la duda. La segunda, que no tengas amigas íntimas jamás, que no sean de probada virtud, porque las poco recatadas, son las que abren los ojos de las jóvenes inocentes, y las mofan si las hallan piadosas. Y la tercera, que jamás consientas que se entablen pleitos por razón de intereses entre los hermanos. —

Micaela le prometió solemnemente guardar aquellos encargos, diciéndole que podía descansar confiada en las manos de Dios. Era el mismo día del fallecimiento, horas antes de expirar.

Recelaba la buena señora que el carácter del cuñado de Micaela pudiera desunirlas, y renunciando ésta á todo litigio, puesta siempre al lado de su hermano, tenía que disiparse todo temor de desavenencia entre ellos. «Yo la dejé muy tranquila con mi promesa, y murió sin que la hubiera dado jamás un disgusto, ni la menor desobediencia... » «También me dejó mi madre muy recomendada al Padre Carasa, su confesor».

En las *Memorias biográficas* no se habla apenas más que de las cosas pertenecientes á la autora, pero bien es de presumir que la discreta madre no dejaría sin avisos y recomendaciones á su hijo Diego, como el hombre y timón de la casa. ¿Dónde se hallaría á la sazón?

De presumir es que al lado de su madre moribunda, pues habiéndola visto al borde del sepulcro, y continuando delicada, no cabía alejarse mucho de su hogar (1).

(1) En el período de 1835 al 1838 ocupó el puesto de encargado de Negocios en Nápoles, y después designado para el mismo empleo en Roma, le declinó, obedeciendo á su madre, por causa de la tirantez de relaciones que mediaban entre España y la Corte Pontificia.

Antes también figuró en el Ministerio de Estado, y estuvo agregado á la Embajada de Rusia.

Apuntes genealógicos de la familia Desmaisieres, del archivo de la casa de la Vega del Pozo.

Ese testamento de piedad, confiado á hija tan amante y obediente, nos ahorra todo discurso en alabanza de los pensamientos cristianos y edificante muerte de aquella madre predestinada (1).

Micaela recogió la memoria de aquellos ejemplos, y no sin honda pena, los grabó en su pecho, que había de quebrantarse lastimosamente.

Sintiendo todo el vacío de la orfandad, y arrasada en lágrimas, no dejó pasar el día sin ir á postrarse ante la Virgen de los Dolores; y allí, á sus plantas, la escogió por madre, y la suplicó ardientemente reemplazara á la que se le había volado para el cielo. Como verdadera hija, le hizo formal entrega de todo su sér, sus potencias y sentidos, su vida y honor, y el ofrecimiento particular, además, de no disponer jamás de rezo ni obra buena de ninguna clase, sin depositarlo todo en las manos de ella como celestial Madre; para consagrarlo, como le placiera, á la mayor gloria de Dios.

Micaela se levantó de aquella oración y entrega, con entera confianza en la guarda de la Virgen, su Madre inmortal. Este duelo y orfandad le acaeció en el mismo año en que se despidió del trato con el hijo del Marqués de Villadarias. Ambas penas labraron hondamente en su corazón, y para templarlas, se entregó de lleno á sus amados ejercicios de caridad. De nuevo su casa era el albergue, la escuela y el hospital de los desvalidos; y si la abandonaba, era para buscar sus pobres y enfermos en las buhardillas, llevándoles el consuelo de la palabra amiga y la enseñanza discreta, el alimento y la medicina reparadores.

Pero las amarguras, apenas endulzadas con la satis-

(1) Descansaba en paz, en la parroquia de San Luís de Madrid, el 8 de Octubre de 1841, á los sesenta y siete años de edad.

facción de hacer bien, y las vigiliass y sobresaltos en la larga dolencia de su madre, no menos que el lastimoso estado de su hermana mayor, le produjeron agudo dolor de estómago, que exacerbado en el colmo de todas estas congojas, quebrantó su salud por manera ostensible.

La cruz iba penetrando cada vez más íntimamente en su pecho; de donde para tocar con estos regalos divinos, no precisaba salir de su casa, ni de la morada de su alma. Muchas veces le ayudará á levantar sus ojos á Dios, y mantenerse arrobada en sublimes pensamientos.





CAPÍTULO VII

Á LA SOMBRA DE SU HERMANO D. DIEGO Y DEL P. CARASA.—PRIMERA
IDA Á PARÍS.—VUELTA Á MADRID.—NUEVAS INVENCIONES DE LA CA-
RIDAD EN JUNTAS DE SOCORROS.



ENTRO de su alma, ya sabemos á qué buena sombra y bajo qué manto celestial se había acogido Micaela, apenas sintió el desamparo de la orfandad: la Providencia le deparaba otra sombra del árbol de la misma casa, en su noble y generoso hermano, Marqués de los Llanos de Alguazas, y ahora, por herencia de su madre, Conde de la Vega del Pozo; en cuya compañía, y á cuyas órdenes ó fraternales insinuaciones podía vivir, con igual decoro, y con halagadora expansión para su espíritu caritativo; y además le quedaba luz y consejo, recomendados por su madre, en la piadosa dirección del P. Carasa (1).

(1) «El R. P. Eduardo José Rodríguez de Carasa, nacido en Cádiz el 1793, era sujeto de gran virtud, á la vez que de mucha finura, conocimiento del mundo y de la sociedad y de muy amable trato. Había tenido una brillante posición en el siglo, que abandonó para ingresar en la Compañía de Jesús, el día 20 de Septiembre de 1823. Figuró en la Corte durante los últimos años del reinado de Fernando VII, de

Nosotros hemos de admirar el cariño y la obediencia de Micaela para con su hermano Diego y la voluntad rendida para con su padre espiritual: uno y otro son los resortes de la naturaleza y del espíritu que, por lo pronto, la mueven y gobiernan.

Lo primero que el Marqués procuró, al quedar de cabeza de la familia, fué poner á buen recaudo, en el palacio de Guadalajara, á la infeliz Engracia, y mirar con solicitud entrañable por la salud de Micaela. Comprendió que era conveniente desligar á ésta por el momento de los vínculos de sus tareas, y espaciar y recrear aquel espíritu con variado campo y escenas atractivas; y por tanto, se la llevó consigo á París, acompañada de su fiel doncella Bernarda. El ir á la capital de Francia, no era á la sazón viaje tan rápido y cómodo como ahora, y no dejaban de ser oportunas aquellas fatigas y diversidad de panoramas, para desvanecer penas tan hondas (1).

quien era predicador. y muy reputado por su saber y elegancia en el decir. Esecapado casi milagrosamente de manos de los sicarios, que invadieron el Colegio Imperial, en la tarde del día 16 de Julio de 1834, vivió algún tiempo retirado, hasta que la obediencia le trajo á la casa y compañía del respetable sacerdote Sr. D. José Ramírez Cotes, Rector de la iglesia de italianos, rico por su casa y tío de la Vizcondesa. Vivía este señor en una casa suya en la plaza de las Cortes, á espaldas de la estatua de Cervantes, donde estuvo el convento de las pobres religiosas de Santa Catalina, demolido por los franceses, como otros muchos, en 1812. Así que el P. Carasa confesaba en las inmediatas iglesias de Italianos y San Antonio del Prado. El año de 1841 hubo de confesar en la capilla, y acompañar al suplicio, al General D. Diego de Leon. Confesaba también á gran parte de la aristocracia piadosa, y gozaba por este tiempo de gran reputación y prestigio.»

La Vizcondesa de Jorbalán, por D. Vicente de la Fuente, part. 1.^a, capítulo IV.—Madrid 1884, pág. 34.

(1) Era la primera vez que hacía tan larga excursión, sin duda hacia el año 1842 ó 1843, en la que no olvidaría tristes presagios de su madre, poco inclinada á las visitas de la moderna Babilonia.

Micaela, al respirar el nuevo ambiente de los sentidos, y sobre todo de la extraña lengua, que, aunque bien poseída, había de despertarla la atención y excitarla al ejercicio de la memoria y del discurso, parece debía de lograr no corto alivio en París. El Marqués la puso en manos de afamados médicos, mas á pesar de unos y otros ensayos y medicamentos se alcanzó escaso resultado. Indudablemente padecía de algo más que del estómago, y las recetas de la farmacia no calman los sentimientos dolorosos del espíritu.

«No supieron curarme, dice Micaela por todo descarnado resumen de sus consultas médicas, y me volví; pues con la pena que tenía, nada me divertía».

Y vuelta á Madrid, sin acierto de los Doctores parisienses para su salud, con las espinas del alma clavadas, ¿á qué había de consagrarse? ¿Se retirará á un rincón dominada de la melancolía, y del sombrío humor que suele engendrar este padecimiento? Todo lo contrario. De nuevo germinan en su fresco corazón las fecundas iniciativas de la caridad. El humor de su inexhausta dolencia, acaso contribuya á prestarle más genio, carácter más enérgico. Ahora no practicará el bien á solas; la veremos conocer gentes, adquirir relaciones, levantar bandera en favor de los desamparados y de las víctimas de sacrílegos atropellos.

El distribuir limosnas en la calle ó la puerta de casa, es cosa excelente; pero no es la limosna más provechosa, ni la de más alto merecimiento. En los centros de población, buena parte de los cuadros del quebranto y la miseria están velados por el pundonor; levantado ese velo... ¡santo Dios! ¡con qué amargas lágrimas se amasa el pan de los hijos de Eva! ¡qué estrecheces y ahogos forman el cuadro de la vida humana!... Llegarse hasta la

buhardilla, hasta la obscuridad, donde se padece más de vergüenza que de hambre, y derramar allí el bálsamo de la cristiana consideración junto con el alimento y la medicina corporal, ¿qué duda cabe que es misericordia de máspreciado mérito?

Pues á este propósito congregó diez ó doce señoras de caridad acendrada, estableciendo la *Junta de socorros á domicilio*.

Por otra parte en aquella época de Gobiernos, titulados por ironía progresistas, despojaron á la Iglesia de su sagrado patrimonio, y atentaron igualmente con los bienes dotales y sustento de las religiosas, dejando á espléndidas fundaciones en la escasez más angustiosa. Conventos había en que el hambre prolongada obligaba á las monjas á mantenerse de despojos y mondaduras; hacinadas otras veces y reducidas de dos ó tres en un solo monasterio, prisioneras de su amor á Jesucristo, lloraban la ausencia del pasto espiritual, padeciendo en silencio los horrores de una persecución satánica.

Micaela no podía sufrir la injusticia revolucionaria, sin oponerle varonilmente su protesta de religión y sentimientos humanitarios. Con señoras de la Junta de socorros á domicilio, y otras de igual ánimo y piedad, organizó nueva *Junta general para socorro de las Monjas*; y son varios los testimonios que refieren y describen cómo se hallaba esta señorita, á la entrada de las iglesias, suplicando limosna para las despojadas vírgenes del santuario (1).

(1) «Yo la ví en las puertas de las iglesias pedir limosna por las pobres religiosas de Madrid», declara con firme aseveración el Presbítero D. Juan Garfía Rodríguez, que conoció mucho á la Sierva de Dios y su señor tío D. José Ramírez; y continúa el mencionado sa-

«Y así, en todo este tiempo, fué haciendo obras de caridad, que no hay para qué hablar aquí de ellas, escribe, por no ser este su propósito» (1).

Imagínese, pues, el lector, lo que esta frase encierra y oculta, pero que no deja de transparentar la llama de aquel ardor apostólico, al exclamar de San Pablo: ¿quién padece enfermedad, que no me la haga padecer á mí?

cerdote: «asímismo visitaba y socorría con ropas á pobres vergonzantes, no por ostentación, sino por caridad, pues dejaba el carruaje á cierta distancia, y no consentía que la dieran el tratamiento que la correspondía.»—*Proceso de información*, etc.

(1) *Memorias autobiográficas*.





CAPÍTULO VIII

LAS DILATACIONES DE LA CARIDAD.—EL HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS
Y SUS PEREGRINAS HISTORIAS.—PENSAMIENTO DEL COLEGIO DE DES-
AMPARADAS.—RESPETABLE JUNTA PARA AMPARO DEL COLEGIO.—SU
ESTABLECIMIENTO EN LA CALLE DE DOS AMIGOS.

(1844-1845)



EN la otoñada de 1843, y á la vuelta de la aristocracia á la corte, aparece Micaela realizando sus acostumbrados ejercicios de caridad, y dedicando sus recuerdos lúgubres á su infortunada hermana Manuela, que había fallecido en el destierro de Toulouse, á 4 de Mayo de este mismo año, cristianamente resignada, con el nombre de Dios y de su esposo en los labios.

El P. Carasa perseveraba en frecuentar la casa, cumpliendo los piadosos encargos de la inolvidable Condesa. Y comprendiendo la nobleza de alma de la huérfana y caritativa Micaela, y el campo que se le ofrecía en su nueva posición, aconsejó á D.^a María Ignacia Rico de Grande la acompañara siempre, como ángel tutelar, tanto en casa como para salir de ella. La señora de Grande

«era una santa, muy fina y de mucho talento» (1). Las dos, por consiguiente, se fundieron, con el calor de la piedad, en una amistad estrecha, íntima y cariñosa.

Cierto día llevó la señora de Grande á su querida amiga al establecimiento de San Juan de Dios, hospital destinado para las desventuradas mujeres de vida airada. Ninguna noticia tenía de él Micaela, y menos todavía que existiera esta clase de mujeres en el mundo, indicio claro del recato de su educación y de la excelencia de lecturas que nutrían su delicado espíritu. Doña Ignacia no le dijo sino que eran pobres ignorantes, que ni siquiera se confesaban, lo que bastaba para conmover é interesar su corazón religioso.

Un mundo nuevo se abrió aquel día á sus limpios ojos, y ojos á la vez llenos de ternura y compasión. ¡Con qué impresiones acerca de las calamidades que afligen á las criaturas, volvió á su tranquila y ordenada casa! ¡Qué luz tan melancólica la alumbró para salir de su ignorancia candorosa!

Aquel hospital fué ya el atractivo de los impulsos generosos y los ardores de su caridad inagotable. Declare ella misma el amor despertado hacia aquel campo de virtuosas hazañas: «Estas pobrecitas son un *Jardín de flores* de virtudes, que con ellas se practican. Pues cuando nos hallábamos delante de gentes, preguntábamos mutuamente: ¿Estuvo V. en el jardín? ¿había muchas flores? porque en general la gente repugnaba saber íbamos á San Juan de Dios; ella (la señora de Grande) daba lección de doctrina á las señoritas, y yo á las de mal vivir; donde sufre el olfato con el hedor que despiden; la vista, el tacto, los oídos, todo tiene aquí su especial mortificación, y es un jardín de muchas virtudes que practicar.

(1) *Memorias autobiográficas, etc.*

Tenía tal sagacidad y talento la de Grande, que antes de lo que yo llamo mi conversión en mudanza de vida, era yo muy intolerante con las faltas ajenas, y faltaba á la caridad sin advertirlo. Un día noté con pena, tenía una seda negra muy apretada, á modo de sortija, en el dedo del corazón; yo, como tan viva, exclamé: ¡Ay, hija! ¿no ve usted que se le corta á V. el dedo con esa seda? Sí que me duele; lo llevo para recordarme que si falto á la caridad, haré mayor daño á mi prójimo; y para que no lo olvidemos V. y yo, me la he puesto. La abracé, y dí las gracias» (1).

De una de las visitas salió la Srta. Micaela hondamente conmovida. ¿Y quién no? Ella nos la ha historiado, redactando al parecer, toda una leyenda; y siendo, en realidad, no más que una fase de degradación cortesana, en que se entretiene la juventud opulenta y licenciosa.

«Siete meses hacía, escribe, que se hallaba en el hospital una joven muy finita, muy dulce y modosa», siempre tapada, sin hablar con nadie. Por su estado de gravedad y estas bellas cualidades, la cuidaba D.^a Ignacia y la enseñaba la doctrina, habiendo logrado se confesara. Se la recomendó vivamente á Micaela. Con motivo de tener la enferma un chal de cachemir encima de su cama, viejo y súpicio, díjole ésta:—Si tuviera V. lo que ha costado ese pañuelo... A lo que ella repuso:—pues de mi casa lo he sacado...—¡Qué disparate! exclamó Micaela: si he comprado uno hace poco en París para una persona querida (su futura cuñada), igual á éste, y ha costado diez mil reales.....—Pues de mi casa lo traje..... y rompió á llorar, descubriendo, al fin, á la señorita la historia é irrisión de su inconsolable desgracia.

(1) *Memorias biográficas*, etc..... El día de su entrada en el hospital lo conservó Micaela apuntado: fué el 6 de Febrero de 1844.

Era hija única de uno de los primeros banqueros de España, de fuera de Madrid. En cierta ocasión, dió su padre un convite á varios caballeros que habían llevado letras para su casa, quedando prendado uno de ellos de la hija del banquero. Por la buena crianza de ésta, no fué posible al enamorado hablarla más que vagas palabras de boda. A poco tiempo, llegó á aquella capital de provincia cierta señora Marquesa con tren de carruajes, y otros lujos, y letras numerosas además para el susodicho banquero, hospedándose muy vecina á él. Representaba la Marquesa muchas riquezas, juicio maduro y hasta tintes de piedad. El banquero consintió de grado que su hija la hiciese compañía; y tal confianza la mereció, al cabo de dos ó tres meses, que permitió también fuesen juntas á la corte por una temporada. A la joven se le preparó un ajuar como de novia, y se la regaló dinero con esplendidez. Fueron á vivir á la calle de Capellanes, donde había casa aderezada con todo fausto. Un joven Marqués visitaba de continuo, como amigo, á estas accesibles y amables señoras. Y con tal frecuencia é inclinación de simpatía, que trató de la boda con la joven provinciana; y la casa se iba llenando, con tal motivo, de jóvenes de ambos sexos, para divertir y marear á la novia. La perdieron miserablemente; y como á los dos ó tres meses empezara el padre á llamar á la hija, la cual no podía regresar, sin descubrir su vergonzosa caída, se fingió una mortal enfermedad, rapidísima, de la que no se les avisó en sus principios, se les decía, por no afligirlos; y al fin había que declararlo todo junto: la muerte, el entierro y las esquelas funerales. Su padre y demás familia cubriéronse de luto, ante el caso inopinado, rajante y desgarrador.

Tranquila la joven por lo que tocaba á sus deudos, anduvo oculta algún tiempo, entregándose á más exten-

sos y pecaminosos desahogos. Habiendo salido un día á recados, muy lejos, en que debía emplear la mañana; á la vuelta halló que la titulada Marquesa, conocida por ella ya como mujer de mala y desastrada vida, había levantado la casa, y desaparecido de allí como por arte diabólico.

Todo había sido escena de teatro, una traza satánica para corromper á la inocente muchacha.

La que viéndose burlada, empobrecida y asquerosamente enferma, se acogió al amparo del santo Hospital de San Juan de Dios, donde habían ido á parar otras antiguas compañeras de semejantes desenvolturas. Por esto su desgracia, amarguísima y original, no tenía reparación ni consuelo.

Micaela, sin embargo, se disponía á inspirársele en abundancia. Apenas mejoró algún tanto la joven, aunque hecha un caláver, la sacó del hospital; y tras varias amarguras y vacilaciones, pensando dónde colocarla, la llevó á una casa de confianza á reponerse, y tratar de devolverla al cariño de sus padres. La enferma prefería antes morir que descubrirse á ellos. Pero la señorita escribió al Obispo de su diócesis, muy amigo suyo; y este celoso Prelado con la señora de Grande, arreglaron la vuelta de la hija pródiga al seno de su familia, á la que se descubrió solamente lo del robo y despojo de su ajuar, razón del desmayo y quebranto que la pusieron á las puertas de la muerte.

¡Misericordia de Dios! Por el mismo señor Obispo supieron luego aquellas almas caritativas que la escarmentada joven vivía vida ejemplar; y era, por su noble comportamiento, la delicia de sus padres y amigos (1).

(1) En el *Proceso para la información de virtudes de la sierva de Dios*, aparecen en claro el nombre del digno Sr. Obispo y su diócesis, que por razones muy atendibles, se han ocultado en biograffas anterior-

Esta historia de la nentos, coronada con una resurrección gloriosa, y tantas otras lecciones aprendidas en aquel hospital, originaron la celestial inspiración del colegio de Desamparadas primero, y del instituto, á la postre, de señoras Adoratrices, esclavas del Santísimo Sacramento y de la caridad.

¿Qué nos importa, decía para sí Micaela, atender con suavidad y cariño á estas infelices, mientras se hallan postradas en el lecho, si vuelven á sus malos pasos? ¿Las hemos de curar, por ventura, á fin de habilitarlas para el vicio? Si abandonamos la provechosa jornada en sus comienzos... Resueltamente, busquemos casa-refugio donde transformar á estas hijas del infortunio, y las rehabilitaremos para la sociedad, para sus padres, para el cielo.

Sin tardanza se dedicó á establecer nueva Junta de señoras, pertenecientes á otras antes creadas; y redactó con su amiga la de Grande reglamento adecuado, que entregó á repasar y corregir á D. Alejandro Oliván (1).

Eran señoras de las más piadosas, las cuales se colocarían al frente del Colegio; y fueron siete, en memoria de los siete dolores de María Santísima, su Madre, á saber: la Marquesa de Malpica, la Marquesa de Alcañices, Srta. D.^a Teresa Gaviña, D.^a Amparo Fernández de Córdoba, Condesa joven de Zaldívar, la de Grande y la señorita Desmaisieres (2). Por su repugnancia nativa á presidir, designó como Presidenta á la Marquesa de Malpica.

res. No fué cuento y leyenda el mencionado caso, aunque revestido de todas esas inconcebibles audacias, y que tiene su creación original en novelas que se citan. ¡Oh, cuánto estrago engendran estas lecturas; y cómo se pasa fácilmente del campo deleitoso de la imaginación á las aventuras de infancias y degra lantes *proezas!*

(1) Era tertulio suyo juntamente con otros señores mayores.

(2) Así se intitulaba en las juntas á la buena é intrépida Micaelina.

Acordaron contribuir con dos duros cada una al mes, y además proporeionar cama y ajuar para sus jóvenes; el resto lo satisfacía Micaela. Al buscar casa, nadie quería ofrecérsela para tal fin; mas consiguió hallar una cerrada, en la calle de los Dos Amigos, núm. 8, administrada á nombre de las monjas arrependidas, por el Comisario de Cruzada, Sr. Alcántara Navarro. Pretendía venderla el Gobierno, co no propiedad eclesiástica; pero Micaela salió del paso ofreciéndose á gastar en ella dos mil reales al año, y entenderse con el Ministro para evitar la venta. La evitó, en efecto, por gestiones de su gran amigo el Marqués de Someruelos, Oliván y otros, y alcanzó abrir su primera casa de desamparadas en 21 de Abril de 1845 (1). No consta que se hiciera ceremonia alguna de apertura.

Tengo en mis manos el *Libro de cuentas de la casa de María Santísima de las Desamparadas*, así rotulado en la portada, con nota de las señoras de la Junta, y firmado de puño y letra de Micaela Desmaisieres (2).

Regístranse en él la primera lista de utensilios y efectos recogidos por D.^a María Ignacia Rico de Grande, y las primeras cuentas de la Marquesa de Malpica, de la de Alcañices, María Teresa de Gaviña, Condesa de Zaldívar, etc. Como bienhechores constantes anótanse el Du-

(1) Léese esta fecha entre los papeles sueltos de la sierva de Dios, en esta forma: «En 21 de Abril de 1845 se abrió la casa en la calle de Dos Amigos, núm. 8; permanecieron en dicha casa hasta Junio de 1848».

(2) A su frente aparece una solicitud á la Reina D.^a Isabel), en demanda de socorros para la casa, con fecha 27 de Diciembre de 1844, firmada por Micaela Desmaisieres, y despachada con esta nota al margen: «Se negó su Majestad». Y luego de la firma se lee: «El Sr. D. Nicolás Lezo entregó á su Majestad este memorial, y se negó. (Y también): por no encontrar personas que me ayudasen, no se pudo empezar hasta el año siguiente esta fundación».

que de Osuna, la Duquesa viuda de Albá, la Marquesa de Miraflores, la de Santa Cruz, la Condesa de Corres, María Josefa Silva de Arana, Petronila Salamanca, Josefa Figueroa, etc., no muchos. Contribuyó el Excmo. Ayuntamiento en los comienzos con tres mil reales.

Las primeras fechas de listas de objetos ó cantidades recibidas son de 8 y 12 de Mayo de 1845.

Este rudimentario libro es una joya para nuestra historia de la beneficencia, para el relicario y archivo de las señoras Adoratrices; es la primera piedra de su fundación, con los nombres y rúbricas de aquellas ilustres y piadosas señoras, que comenzaron á cultivar tan extraña especie de caridad, y los nombres asimismo de los que acudían con sus limosnas al sostenimiento de la primera casa de recogidas.

Reuníanse las señoras todos los meses en casa de Teresa Gaviña, por hallarse habitualmente enferma, y ser de gran virtud y muy rica (1): y llevaban los trabajos muy repartidos, con celo y caridad admirables.

La señora de Grande proporcionó, para atenciones del colegio, un matrimonio utilísimo, ancianos, morigerados, ágiles y laboriosos á cual más: el marido hacía de portero y salía á los recados; la mujer vigilaba á las chicas, rezaba con ellas, las enseñaba la doctrina, presidía sus labores, etc... Cada señora se encargó de ir, un día por semana, á inspeccionar el colegio, revisar las cuentas, preparar las jóvenes á confesar, enseñarlas á coser y bordar... y dirigir cuanto ocurría en el día. Así fueron turnando en su temporada de ensayo.

(1) Aquella enfermiza señorita, después Marquesa de Bustos, ha sobrepujado en días á sus compañeras, y pudo declarar en el proceso de su amiga Micaela; enviudó hace poco, y vive, al imprimirse estas líneas, recordando los sucesos de aquellos años.

Se hallaban todas satisfechas, y á poco comenzó la guerra el enemigo. ¿Y por dónde? Por lo más santo. Pasaban las chicas á misa y á confesarse por un pasadizo y patio que daba á la iglesia de las Arrepentidas; y las buenas monjas entraron en cavilaciones, de que señoras tan aristocráticas cuidaran con tanto interés de jóvenes perdidas, é impidieron aquel conveniente paso, obligando á las chicas á rodear por la calle.

En aquella calle de Dos Amigos dejaba Micaela bosquejado un ideal, inspiración de lo alto, obra agradable á los ojos del Redentor, obsequiado por ella tantas veces en sus pobres y enfermos. Jesucristo á su vez iba á declararse y manifestarse más á su sierva, cruzar por su entendimiento raudales de luz celestial, y tocar en su corazón con la suavidad de delicadas gracias, y comunicarle mercedes y trasportes no soñados, que ponen en olvido los goces mundanales.

Pero ¡oh! ¡qué carrera se le abre de esperanzas y ensueños, mezclados de mortificantes abrojos, traidoras y amarguísimas contradicciones!...





CAPÍTULO IX

EL AÑO DE LOS REGOCIJOS Y DE LAS HUMANAS SATISFACCIONES.—CASA-
MIENTO DEL CONDE D. DIEGO.—VIAJE Á PARÍS.—EL TÍTULO DE VIZ-
CONDESA DE JORBATÁN.

(1846)



ORIGINAL tituló Micaela su vida de esta época. Dedicaba la mañana para Dios y las obras de misericordia; la tarde y la noche para desahogos y esparcimientos, como paseo á caballo ó en coche, asistencia luego á convites, con la esplendidez del lujo y los atractivos del regalo, siendo lo más frecuente ver su rica mesa rodeada de convidados ilustres; por fin al teatro ó las tertulias, no menos que á la algazara de los bailes.

Una flaqueza confiesa, avergonzada de sí propia, que le dominaba, acaso anteriormente á este tiempo; era su antigua afición á los dulces; como que, á fin de saborear los más exquisitos y frescos, tenía señalada confitería, á la cual visitaba cuantas veces de ordinario salía de casa.

Cierta temporada del año buscaba alivio á su dolor

de estómago, apenas amortiguado por el ópio y otros calmantes, en acreditadas aguas medicinales, bien de Francia, bien de nuestra abundante península.

Al expirar el año 1845, el jefe de la casa de la Vega del Pozo, engalanaba sus palacios para celebrar su desposorio, y recibir dignamente á su prometida D.^a María de las Nieves Sevillano y Sevillano, hija del acaudalado banquero de su apellido, luego Marqués de Fuentes de Duero (1). Para la vida social no restaba de la familia más que los dos hermanos: Diego y Micaela. Micaela, por consiguiente, sería el descanso de las vacilaciones y consultas de su hermano, ella la luz y el consejo para donde debiera resplandecer el exquisito gusto y el buen sentido; ella el alma del movimiento dentro de los muros domésticos, y el lazo también delicado de las relaciones con la sociedad. Dadas sus altas prendas naturales, y la abrillantada educación obtenida, no menos que el temple de su ánimo cada vez más vigoroso y resuelto, muy embargados por fuerza debió de tener sus sentidos este año de las íntimas y derramadas atenciones de su familia.

Con la pompa y brillantez que pueden adivinarse, celebraron su boda los Condes en la capilla pública de San Sebastián, de Guadalajara, de la pertenencia de su casa, en 12 de Febrero de 1846; coronándose al día siguiente la fiesta nupcial con las velaciones de liturgia. El padre de la novia y Micaela debieron de ser los padrinos de boda, aunque nada expresa la partida sacramental de matrimonio; mas en virtud de haberlo sido entrambos en otra ceremonia posterior, deducen los parientes que lo serían igualmente en la solemnidad primaria.

Los Condes emprendieron sin demora su viaje de boda á París, quedando al frente del palacio su hermana

(1) Nacida en Vicálvaro en 5 de Agosto de 1818.

Micaela. Pasado algún mes de estancia en la corte de Francia, la llamaron á su lado, con el objeto de sacarla de su aislamiento, y acompañar á la Condesa en el trato de la alta sociedad. Un apuntamiento suelto de Micaela nos revela que debió de dirigirse á París en la época de verano, hacia el 2 de Julio de 1846.

Conocía la Condesa las nobles prendas de su hermana política, y su dominio de la lengua y de las costumbres francesas; por lo que se holgaba de su compañía, y la llevaba á todos los honestos esparcimientos y tertulias, á las exposiciones y tiendas, á teatros también y los bailes, por donde lucían todo el brillo y los esplendores del fausto. Y bien puede imaginarse á qué delicados recursos no apelaría la Condesa para aliviar en su padecimiento á Micaela. Esta hermana, de tan bello corazón, más que en su dicha pensaba en la felicidad de los recién casados, por lo cual se doblegaba complaciente á todo desahogo, trocado en varias ocasiones en dulce sacrificio.

Recordemos, en obsequio suyo, que el ideal de sus ensueños quedaba en la calle de Dos Amigos de Madrid; y que al discurrir por uno y otro lugar de la capital de Francia, y admirar progresos y adelantos, lo copiaba en su imaginación, pensando en el acrecentamiento de su naciente colegio.

El generoso Conde, á fin de sellar aquel cariño fraternal, y honrar á su hermana con las consideraciones sociales, por escritura pública ante el Consulado, firmada en París en 21 de Octubre de 1846, le hizo cesión, para ella y sus sucesores, del título de Vizcondesa de Jorbalán, que había recaído en su casa por fallecimiento de su hermana Manuela.

¡Qué plácemes y lisonjeras felicitaciones dedicados ahora á Micaela, saludada desde hoy con el ilustre título

de Vizcondesa! En los designios de Dios estaba que este título nobiliario le abriese camino entre inauditas contrariedades, y tributara de esa manera homenaje de consideración á los atribulados así como al Padre de las misericordias, á la vez que con los resplandores de la caridad se esmaltarían sus blasones; y que la casa de su linaje saliera gananciosa con la inmortalidad gloriosa y santa, que ella se conquistaría mediante los láuros de heroicas virtudes. Mas se reservaba esta corona para un porvenir de luchas é intrepídeces, muy diverso de los halagos y entretenimientos del momento, que el lujo y las amistades de París le ofrecían en fantásticos cuadros, en fascinadoras copas de oro y esmaltés.

Este año, como de ventura y encumbramiento, le hubiera señalado con piedra blanca otro numen placentero de la historia. Al describirle ella, cuando ya había hecho la oblación de su título en el altar de más santa y elevada profesión, y, con luz semejante á la inspiración del Eclesiastés, se le patentizaban las vanidades del mundo, intituló á este año, *año perdido*; porque fué de «lujos, bailes y distracciones, de vida disipada, aunque no mala» (1).

(1) *Memorias autobiográficas...* No se menciona en éstas la escritura del título de Vizcondesa.





CAPÍTULO X

EN MADRID.—TURBACIÓN Y SOSIEGO DE LA JUNTA DE SEÑORAS DEL
COLEGIO DE DESAMPARADAS.—RIFA DEL CABALLO.

(1847)



MIENTRAS la fundadora del colegio de Desamparadas había acompañado á sus hermanas, recién casadas, por las espléndidas moradas de la alta sociedad parisiense, las señoras de la Junta de Madrid sentían el peso y disgusto de este linaje de instituciones que, sobre nada escasos caudales de dinero, exigen siempre otro caudal de paciencia y constancia, difíciles de reunir en personas de sobradas atenciones familiares. Y toda idea, toda obra tiene su hombre. Aquí era una mujer varonil la columna de la empresa. Y en sus ausencias ocurrían y asaltaban muchas dudas y vacilaciones, y la resolución adecuada es de la inteligencia que concibió el pensamiento. No es de extrañar que apenas faltara la señorita Desmaisieres, como era entonces nombrada en las actas del colegio, se entorpeciera su marcha.

Bien le venía, después de la temporada de esparcimiento y regocijos, sentir lo doloroso de las aguzadas

lenguas y los clamores de sus compañeras de Junta, para recogerse en su espíritu, y buscar áncoras salvadoras en los amigos del cielo, que siempre se nos muestran más sufridos y esperanzados.

Apenas fué conocida su llegada á la corte de España, lo más probable al declinar el 1846, se convocó á junta en casa de la señorita de Gaviña. ¡Qué lamentos y reconvencciones escuchó! Tenía escrito nuestra Vizcondesa de Jorbalán un contrato con el Comisario de Cruzada señor Alcántara Navarro, de pagar dos mil reales por la casa de las Desamparadas, y á las buenas señoras de la Junta les pedían doce mil reales. Todas las culpas, fueran de inadvertencia y ligereza, fueran de engaño, recaían, como era natural, sobre la Vizcondesa. No podían acudir á la honradez del Sr. Alcántara, pues lo habían desterrado por sospechas de carlista. El nuevo Comisario señor Cascallana nada conocía del asunto, y ningún documento á él referente hallaba en las oficinas de la Comisaría. Aun en la casa de la señora Vizcondesa habían perdido sus dependientes la copia del contrato; «pues no daban valor á esta fundación, mirada como cosa de juego». No había por donde defenderse. Ella aseguraba la realidad del pacto: y añade esta declaración patética con sombras de juramento: «confieso que sufrí mucho en esta junta, y como tenía un *Ecce-Homo* enfrente, se lo ofrecí todo... Quise verlo después de algunos años, y dicen que no le hubo allí jamás: yo le ví á no dudar».

Confortada en esta angustia por el Señor, trató de calmar á las señoras como pudo, ofreciéndose á pagar cuanto conviniese, y al objeto de que no abandonasen la obra como pretendían; «lo cual miré como un castigo del Señor, por no obedecer á sus inspiraciones de ponerme al frente yo misma», declara en sus *Memorias*.

En medio de cuanto hablaban y se quejaban las seño-

ras, quiso Dios que, compadecido de las amarguras de la Vizcondesa, se le presentara un caballero; y muy al oído y en reserva le reveló quién, por cierto interés, había sustraído la escritura original del contrato de las oficinas de Cruzada.

Faltó tiempo á la Vizcondesa para citar á su casa á este sujeto, y encerrada con él en su cuarto, le habló con esta energía: «Sé con toda certeza que se ha sacado de Cruzada el contrato original, que yo firmé con el Sr. Alcántara respecto del colegio de nuestras Desamparadas; ó parece mañana en su expediente, ó doy parte del caso á los tribunales: tengo seguridad de que usted sabe quién lo retiene... Sin manifestarle que era él. Confuso entonces y muy apurado, me suplicó el secreto. Era un viejecito; se le ofrecí, con tal de parecer el documento, y aunque redundaba en contra mía guardar este secreto, por salvar á un hombre y por Dios lo hacía».

Deseaba la Vizcondesa hablar de nuevo al Comisario, pero no le conocía personalmente; y encargó á su grande amigo el Marqués de Someruelos, Ministro entonces de la Gobernación, que le hablase en el Senado; y después pudo lograr una entrevista ella misma, en casa de sus primos los de Omaña, también Senador.

El Comisario creía que le iba á comprometer la Vizcondesa, y se expresó muy agriamente, acabando por intimarla que de no parecer el escrito, se vería obligada á pagar los doce mil reales. Hizo observar la señorita que aún vivía el Sr. Alcántara, y que el contrato se hallaría en Cruzada.—He dicho á V., señora, que no hay documento alguno en las oficinas.—Bien, pero ruego á V., replicó la Vizcondesa, que lo haga buscar de nuevo....

Al día siguiente la escribió el señor Comisario muy atento que había parecido el contrato; después la hizo muy obsequiosa visita.

« Confieso que sufrí mucho, y como primeras penas me llegaron al alma, como se suele decir; y por ser cosas de intereses sufrí más », consigna la Vizcondesa.

Avisadas las señoras por ésta y por el señor Comisario del hallazgo de la escritura, se tranquilizaron por lo pronto; pero lo atribuían unas, á arreglo del Ministro; otras, á finezas del Comisario; y volvían sobre el tema de que la Vizcondesa se metió en lo de la casa, y las señoras la creyeron de buena fe: ella, sin embargo, callaba por la oferta hecha al viejecito de la Cruzada, y porque tenía placer en ofrecer á Dios aquella acusación y escasa benevolencia.

Resentidas con su compañera, é incrédulas acerca del contrato, la citaron de nuevo á junta en casa de la Marquesa de Malpica, é insistieron en dejar el Colegio, por falta de dinero y por las fatigas también necesarias para sostenerlo. Micaela les rogó que, pues debía volverse á Francia por la mala salud de su cuñada, no pensarán en tal propósito, y que además no dudaran de que proporcionaría suficiente dinero.

En mala y crítica ocasión por cierto: acababa de pagar en París lujosas vajillas de oro y plata, con la corona condal é iniciales de sus hermanos, á estilo francés, y no sólo no tenía caudales, sino que se encontraba alcanzada por su apoderado.

Absorta iba por la calle en estos pensamientos, cuando entró de consulta á su refugio: la luz del sagrario. Y le vino una idea que envolvía un sacrificio de su parte y una limosna para el prójimo, « dos cosas que siempre llenaban su corazón de gozo: la de vender su caballo de montar, caballo precioso, muy leal, de su extremado cariño; pero no me le querrán comprar, se decía, sabiendo cuánto le aprecio: entonces le rifaré entre mis muchos y buenos amigos ».

¡Á dónde fué á caer la suerte!... Al Marqués de Fuentes de Duero, el padre de su cuñada. Se le envió, como era justo, no sin que le costara sus lágrimas, al perderle de vista. Y el Marqués se lo devolvió, con generosa carta, sobre todo al saber que había llorado. Ella quiso sobreponerse á sus afecciones, y avergonzada de llorar por desprenderse del noble animal, lo mandó vender en la plaza al primer postor que lo quisiera al contado (1).

Fué de los primeros vuelos del alma, con que la Vizcondesa se apeaba del castillo de sus lujos por amor de Dios. Pronto sería remunerada con gozos inefables.

De la rifa, sacó diez mil reales; de la venta, siete; con ese caudal ya estaba ilusionada de que se aquietarían las señoras, y viviría el Colegio. Así fué, en efecto, y no poco asombradas del rasgo de la Vizcondesa, continuaban turnando las señoras en su vigilancia, y mandaban las colegialas á distintos talleres de oficios para ayudarse en su sustento. Era método distinto y contrario al Reglamento que ella les dió, si bien le causó mayor pena que les privaran de la misa, para atender más al traba-

(1) Así lo refiere en las *Memorias*, y Micaela conservó agradecida, entre sus documentos, esa carta original que copio, ya que nos señala una fecha:

«*Sra. D.^a Micaela Desmaisieres.*—Mi apreciable amiga: Hace seis días que un empleado de mi escritorio, á quien dí á guardar los billetes de la rifa del caballo, me dijo que me había tocado: con mis negocios no volví á acordarme, hasta que ayer me dió Mariquita el recado de V. Por los billetes que le incluyo adjuntos, se penetrará de que, en efecto, es así. En su consecuencia, manifiesto á V. lo que desde luego pensé hacer, y consiste en que se ponga el caballo á disposición del mismo establecimiento de beneficencia, en cuyo obsequio se rifó; y que éste haga de él el uso que tenga por más conveniente. Ruego á V., por lo tanto (si no tiene inconveniente), el que así lo haga presente á quien corresponda. Se repite de V. afectísimo amigo Q. S. P. B., *El Marqués de Fuentes de Duero.*—Marzo 25, 1847».

Quizá, mejor enterado de todo, pondría luego el caballo á entera disposición de la Vizcondesa.

jo. «Las ví desviviéndose, á la señora de Gaviña y demás, por colocarlas con celo y caridad admirables—expresa la Vizcondesa—á pesar de la ingratitud y raro comportamiento de las recogidas».

Otro pensamiento la agitaba además, sentía volverse á París sin dejar planteada la fiesta de la Santísima Trinidad, que no se celebraba en ninguna iglesia. Todo lo tenía concertado con la señorita Melgar, pero su temprana muerte lo suspendió. Supo D. José de Sahagún y Ruiz los pensamientos de la Vizcondesa, y trató con ella de llevarlos á cabo. Animóle ésta, exhortándole á que no fuera pusilánime, y que rompiera por la primera función. Á la excusa de carecer de recursos, le alargó la señora doce duros para la primera fiesta, y una lista de amigas, con cuyo auxilio mensual, y el de la bandeja á la puerta, obtendría recursos para la segunda función. «Le hablé—dice—con tanta energía y seguridad del buen éxito, que se decidió; y después el resultado ha probado que en las obras de Dios no hay más que poner cada uno lo que esté de su parte y á su alcance, que el Señor hace lo demás».

Fuese la Vizcondesa á París, según veremos inmediatamente, y el señor de Sahagún le daba cuenta de cómo se había celebrado, no sólo la primera fiesta, sino que se había reunido y formalizado Congregación en 11 de Julio de 1847 (1).

(1) Queriendo nosotros rastrear todas estas luminosas huellas, y certificarnos de su veracidad, nos manifiesta D. Manuel Uribe, celoso Párroco del Carmen, donde se instaló la Archicofradía, que la señora Vizcondesa de Jorbalán aparece inscrita con el número 7; y que en actas consta cómo el Sr. Sahagún indicó que una persona de mucha religiosidad le inspiró la idea de celebrar novena; y desde los primeros años, en muchos de ellos costeara la función dicha señora De lo cual se mandó á Roma auténtico testimonio.



CAPÍTULO XI

EL AÑO DE LAS DIVINAS INSPIRACIONES.—PRIMEROS EJERCICIOS ESPIRITUALES.—LA CONFESIÓN GENERAL Y EL NUEVO DIRECTOR.—PASCUA DE PENTECOSTÉS EN PARÍS.—VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE SU ALMA.

(1847)



Los entretenimientos de sociedad, cultivo de extensas amistades entre banquetes y saraos, pasan, en sentir de algunos, por inclinaciones brotadas de buen corazón; y el tiempo malgastado en ócios y frivolidades, se considera á veces por espacio bien transecurrido, si no ya por inofensiva é inmaculada vida. Pero este vivir es parecido al del árbol pomposo é infecundo; y la higuera del Evangelio, maldecida por no traer fruto, no creemos estuviese desnuda de follaje. El siervo de los talentos, que los entierra y mantiene sin negociar, sean pocos, sean muchos los recibidos de lo alto, es severamente juzgado; porque comunica Dios sus dones á las criaturas, para emplearlos como resortes de provechosa actividad. Por otra parte, tratándose de los pasatiempos y contemplaciones del



mundo, no es de olvidar la profunda máxima de Kempis: «Cuantas veces conversé con los hombres, volví menos hombre».

Contrista, ciertamente, tanta fatuidad del siglo, y vanos pensamientos, y lenguas murmuradoras, y pasiones desconcertadas, ambiente todo de falsedad é impureza, que ahoga el alma y la aprisiona para volar por las apacibles regiones de la verdad y la justicia, de la inmortalidad y la gloria.

Así que al P. Carasa le dolía hondamente que alma tan generosa como la de Micaela respirara en esa atmósfera de frivolidades, y se arriesgara en cien lances, á peligro de empañar su nobleza, ó quedarse estéril sin el fruto adecuado de sus talentos.

Venciendo repugnancias y pasando por vanos respetos y consideraciones, lo expuso todo á la Vizcondesa, proponiéndola el practicar unos ejercicios espirituales; y llegando hasta á amenazarla con no volver á su casa, si no abandonaba, por lo pronto, la frecuencia del teatro y de los bailes.

Impresión honda debieron de causar en su ánimo estas insinuaciones y amenazas, en razón de «peligros que ella no conocía; pues ni le parecía mal, en verdad, su género de vida».

Mas su propia dignidad, su vehemente amor de Dios y de la rectitud, la memoria de su madre, el cariño que profesaba al respetable Carasa, reaccionaron poderosa y simultáneamente en su espíritu, y se puso resuelta á las órdenes del Padre.

Desde luego se decidió á consagrarse al retiro de los santos ejercicios y hacer confesión general por vez primera, eligiéndole á él para Director; y por cuanto éste se resistía á tal súplica, le amenazó igualmente con no hacerlos sino con él, ofreciéndose con voto á obedecerle

en todo, y á tomarle para confesor y director durante toda la vida (1).

No le salió mal este ofrecimiento; pero no debe aconsejarse sin harta cautela este linaje de votos, ni menos su prontitud en pronunciarlos.

Quería á la vez el Padre aprovechar la hermosa coyuntura de un Jubileo plenísimo publicado en la cristiandad: sin duda el del advenimiento al Pontificado de Pío IX, y que con vivas ansias deseaba ganar la Vizcondesa. Por ambas razones, se recogió al fin ésta á la soledad, en Abril de 1847.

Á Dios no se le conoce, ni oye, ni siente entre el estrépito y tráfago mundanal, nos lo atestiguan las Sagradas Escrituras: «No mora Dios entre las conmociones» (2). «Para hablar el Señor al alma, y comunicarla sus inspiraciones, la lleva á la soledad» (3).

¿Qué escribe la sierva de Dios de las luces y afectos de sus primeros ejercicios? Parca y sóbria ha sido en describirlos, pero manifiesta lo importante. Recuerda que el Padre puso gran trabajo, en las dos y tres pláticas diarias que le dedicaba, representándola la gravedad de la más pequeña falta, y que ella «resolvió mudar completamente de vida». Y añade agradecida á Dios: «más tarde conocí las singulares trazas de nuestro Señor, cuando quiere que una alma sea toda suya».

Aunque el Padre la detuviera especialmente en las consideraciones de la primera y purgativa semana de los ejercicios, se advierte, por las resoluciones, la luz copiosa de su entendimiento con que contemplaba al mundo

(1) Parece que por entonces se confesaba con un sacerdote llamado Sr. Peña, que no concuerda con otro Peña, capellán del colegio de los Sres. Masarnau, asistente á la iglesia de Italianos.

(2) III Reg. XIX-11.

(3) Oseas II-14.

y su vanidad, y los hermosos campos de la virtud y los amplios horizontes de la inmortalidad á que sintió arrebatarse su espíritu, siendo todo ello regalada misericordia de Dios, y alto designio para encumbrarla en la senda gloriosa que le preparaba.

La Vizcondesa resuelve servir al Señor con el corazón no partido, sino todo entero; atender á los oficios y conveniencias humanas según lo establece el orden, y en derechura se enderezan á la misma honra divina. Proponer, es el primer paso salvador, no es la salvación y perfeccionamiento cabal; para esto se abre el terreno de la lucha brava; porque «¿quién sostiene más recio ciertamente, sino el que se esfuerza en vencerse á sí propio? Y tal debe ser nuestra aspiración y propósito». (Kempis).

Ante esta decisión inquebrantable de servir á Dios de veras, sacada de los ejercicios, fué el más suave y eficaz recurso de cumplirle, establecer un método de vida adecuado á su estado y á los anhelos por la perfección cristiana. Ese método será su guía y fortaleza durante toda su peregrinación en la tierra; en medio de abrumadoras tareas, á veces sazonadas con amargas contrariedades, á veces con inefables consuelos, y, por feliz término, su brillante corona en la patria de los galardones.

Alzó por lo pronto un oratorio muy bonito en su cuarto; en él colocó la estampa del Señor atado á la columna; donde convocaba á todas las criadas á orar con ella, reservándose para sí especiales rezos y pláticas.

Enfervorizada con los ejercicios, comenzó su mes de María; pintó la Medalla milagrosa en miniatura; y tradujo también del francés el libro de la misma Medalla, gozándose en leer cada día uno de tantos milagros de ella referidos, y en repartir entre sus amigos y los pobres, libros, estampas y recuerdos de la Santísima Virgen.

En lo más sabroso de su fervorosa devoción á María, la llama su cuñada á París por hallarse enfermos, ella, el Conde y hasta una doncella de confianza que la había cedido la Vizcondesa. Fué enseguida, permitiendo el Señor que á su llegada á París acibararan hondas penas su ánimo regocijado (1).

Un día, de sus mayores apuros y aflicciones, con sus tres enfermos en cama, y sinsabores ocasionados de la servidumbre, sin consejero para obrar según el nuevo espíritu de su corazón, y miedos de perderle, salió por las calles de París con su doncella, preguntando á las señoras que le parecieron piadosas, por el Párroco de más reputación en virtudes y talento. Tres señoras la contestaron unánimes que los más acreditados, por su santidad y saber, eran los de San Roque y San Felipe del Rul.

La Vizcondesa, oído este parecer, entró en una iglesia á pedir luz al Santísimo; y, tomado un coche, dispuso que la condujera á San Felipe del Rul, para ella desconocido. Allí preguntó por el Párroco, el cual se hallaba en el confesonario; se reconcilió con él, pues llevaba doce días sin confesar; le consultó sobre su espíritu, saliendo muy complacida y admirada de la afabilidad y consejos del venerable Sacerdote, apellidado Mr. Anzor. No era poco: ya tenía excelente consejero y director.

En el retiro de San Felipe, iba este confesor enseñando y dirigiendo á su ilustre y fervorosa penitente, para que no decayera de sus elevados pensamientos, y pudie-

(1) Entre sus papeles sueltos, apuntó igualmente la Vizcondesa este viaje; decía el primero: «Llegada á París tercera vez, 1847, por ponerse en cura mi cuñada»; y el segundo: «Viaje á París, en 3 de Mayo de 1847, y estuve hasta fines del año de 1848».

ra ocuparse con fruto de la dirección y enseñanza de su Colegio. Ella andaba vigilante y solícita, para conservar el fuego sagrado de la piedad, que advertía era muy vivo, y cada día más impetuoso.

Y, ¡oh alteza de las divinas bondades! A medida que su sierva dilataba los senos de su alma para crecer en el santo amor, derramaba en su corazón el Señor el raudal de sus gracias, trocándola en esmaltado vaso de elección.

Refiérenos ella misma cómo acaeció la venida del Espíritu divino sobre su alma.

«El día del Espíritu Santo, fuí á la parroquia á la »función; estando oyendo la misa, sentí un trastorno »muy grande, y una luz interior que obró en mí efectos »muy marcados; y una especial devoción á esta festivi- »dad, en la que siempre desde entonces, recibo del Se- »ñor algún favor especial, y una luz muy clara de esta »misteriosa venida y los efectos que produce en el alma, »que con fé y amor se prepara para ella; y desde enton- »ces pongo cuanto está de mi parte para disponerme »con anticipación á ella.

»Sentí un cambio de inclinaciones, y una fuerza su- »perior para vencerme en todo, presencia de Dios con- »tínua, sin estudio, sin violencia; una ansia que me de- »voraba por hacer oración, de modo que la hacía cinco »y siete horas al día, y siempre me hallaba muy fervo- »rosa, en la oración y fuera de ella.

»Tenía gran dolor de mis pecados, muy frecuente; y »los lloraba amargamente, sin saber después, en nueve »años, lo que era sequedad, ni tibieza; todos estos efec- »tos los adquirí este día del Espíritu Santo, en un pun- »to, sin darme cuenta yo misma de lo que me pasaba; no »sé lo que sentí; pero no se me ha borrado jamás del

»alma la impresión que sentí este día, que es para mí uno de los más señalados» (1).

¡Oh día dichoso en que recibe, como las mujeres del cenáculo, al Espíritu Santo, y queda transformada en Apóstol, con celestial misión que llenar en la tierra!

Estas luces deleitosísimas con que se conoce á Dios más claramente, y estimulan á amarle con desinterés y vehemencia, que ponen de manifiesto y muy patentes nuestra infidelidad y postración, inspiran lo primero ardientes deseos de penitencia con que satisfacer á Dios, inmolándose en hostia viva, con venganza de las intemperancias perniciosas de la sensualidad.

«Después, añade la Vizcondesa, me quedó un vehementemente deseo de hacer penitencia; y la hice continúa por espacio de cinco años seguidos; por fuertes que las inventara é hiciera, no me satisfacía; pues quitaba el Señor la parte más dolorosa, de modo que me quedaba como si nada hiciera; me acontecía estos años que cuando no podía hacerlas, por razones ajenas á mi voluntad, las sentía en mi cuerpo más marcadamente que cuando las hacía; y no sabía que debía dar cuenta, antes de hacerlas» (2).

La penitencia, en la conversión de los tibios y pecadores, es luz del cielo, es inspiración y consejo del Espíritu Santo; es la reacción y movimiento vindicativos, naturales y justos del espíritu contra las traiciones de la carne, es el baño refrigerador y reconstituyente del alma; es, por lo tanto, el reflejo de la vida de todos los Santos, en los períodos de sus mudanzas y progresos espirituales.

El Precursor anunciaba la llegada del Salvador, exhortando á hacer frutos dignos de penitencia; Jesucristo

(1) *Memorias biográficas.....*

(2) En las citadas *Memorias*.

confirmaba esta saludable predicación, pues sin la penitencia no cabía esperar sino la perdición de las almas; y al descender el Espíritu Santo en lenguas de fuego y trocar á los Apóstoles en predicadores de la buena nueva, la primera recomendación de San Pedro en sus sermones al anunciar la muerte y resurrección del Mesías, era «haced penitencia y recibid el bautismo». Y cuando la muchedumbre del pueblo, atónita y contrita, preguntaba á los Apóstoles:—¿y qué haremos, oh hermanos, para nuestra salud?—contestaban á una: «Haced penitencia, y bautizaos en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, en remisión de vuestros pecados, y recibiréis el dón del Espíritu Santo» (1).

De aquella contrición y la unción del divino espíritu, nació el campo florido de virtudes de la primitiva cristiandad, paraíso deleitable de las almas, destacado del desierto arenoso de la humanidad prevaricadora.

Regenerado el espíritu, inflamado el corazón, no hay sino extender las alas del amor y la caridad. Las buenas obras son la marca y sello de la verdad consoladora, la esperanza de ser conocidos y remunerados, al abrirse las puertas de la inmortalidad por la mano de la suprema Justicia.

(1) *Act. Apostol.*, c. II, 37.

LIBRO SEGUNDO



CAPÍTULO I

LA NUEVA VIDA APOSTÓLICA.—ORACIÓN PROLONGADA.—COMUNIÓN DIARIA.—SUS POBRES Y ENFERMOS.—VIDA DE SOCIEDAD Y DE TRABAJO.—MORTIFICACIONES.—ENFERMEDADES.—DISGUSTOS.—OBSEQUIOS EN LA PARROQUIA.—EL GOLPE FIERO DEL ENEMIGO.

(1847)



PAGINAS serán estas arrancadas al libro sagrado de los Hechos de los Apóstoles, donde se describen los frutos del divino Espíritu, y la manera de maravillosa vida de los primitivos cristianos, en concordia envidiable y caridad perfecta, derramado el espíritu en la oración para con Dios, y su labor fecunda de manos para socorro de menesterosos.

Á medida que crecía en dones espirituales, modificaba la Vizcondesa su método de vida, aprobado por el Director, pudiéndonos gozar en que del practicado por este tiempo apuntase ella noticias pormenorizadas.

A las cinco de la mañana salía de casa para la iglesia de San Felipe del Rul, que se hallaba cercana. Allí practicaba su oración mental y sus rezos de devoción, oía misa y comulgaba... pensando maduramente en el pro-

vecho de su alma, y dedicando á su amado Señor tiernos coloquios y divinas alabanzas, por el prolongado espacio de cinco ó seis horas, sin cansancio, antes con ardorosa complacencia.

De fervor en fervor, se halló la reformada Vizcondesa, llevada de la mano del Director, con que se acercaba diariamente á la mesa eucarística, sin haber reflexionado en ello.

«Con el tiempo, dice, se fueron arreglando las cosas de modo que vine á comulgar diariamente, y me decía mi confesor: el domingo no deje usted de comulgar, por que es el día que tiene usted dedicado á la Santísima Trinidad; y como la tiene usted tanta devoción, por este misterio se debe recibir al Señor como un obsequio; el lunes, por las benditas almas del Purgatorio, que tanto las quiere; el martes, por los ángeles, sus grandes amigos de usted, que la sirven en todas las cosas que les encarga, y es muy justo hacerles este obsequio; el miércoles, al Señor San José, de quien era muy devoto el P. Carasa; el jueves, al Santísimo Sacramento, que son sus amores de usted y no se puede dejar; el viernes, á la pasión del Señor, de la que es usted tan devota desde niña, tanto que pintaba al óleo muchos Crucifijos, y aún conservo el que pinté para mí, y lloraba por mis pecados, cuando no conocía yo lo que eran pecados graves, y lloraba también los ajenos sólo por que crucificaron al Señor por ellos; el sábado, á la Santísima Virgen, á quien tiene usted escogida por Madre y encargada de sus buenas obras, y no deje nunca de comulgar este día, hija mía.

»Cuando yo advertí que comulgaba diariamente, me entró un grande apuro de si sería que el confesor me creyera mejor de lo que era, y se figurara que había sido yo así siempre: le pedí me dejara hacer confesión

general de toda mi vida, pues sentía un dolor de mis pecados sobrenatural, y no quería dejar pasar ocasión tan favorable que quizás no volvería» (1).

Así que, de nuevo, por el dolor que le partía de sus pecados y el más lúcido conocimiento de su fealdad, hizo confesión general entre sollozos y abrasadas lágrimas. Aquellas lágrimas eran un bautismo vivificante; la gracia de la absolución, dón inestimable de la perseverancia.

¿Y la comunión diaria? ¡Ah! maná del alma, que sabrá recoger todos los días de la vida, entre desvelos y prodigios.

Meditaba la pasión del Señor á diario; leía el *Tratado de Perfección cristiana*, del P. Rodríguez, y jamás «pasó un capítulo durante tres años, sin estar segura de que lo había puesto en práctica diariamente, y si faltaba en lo que tocaba á aquel día, no lo dejaba hasta ponerlo por obra».

A las diez y media volvía á casa á tomar café, saliendo enseguida á visitar los domicilios de sus pobres; y, ahora, más llena del espíritu de Dios, más vacía de la vanidad del siglo, no derramaba ya sus caudales en lujos, sino que recogida en la sobriedad y mayor modestia, sobrábale dinero para sus limosnas, en que empleaba la mitad de su renta, repartida por su propia mano. A la una, hora del almuerzo, se hallaba puntual en su cuarto.

Al llegar á París, había encontrado á su cuñada peor de salud, y ella tampoco se mejoraba de su padecimiento estomacal. Ya llevaban dos meses de fonda con la Vizcondesa, y decidiendo sus hermanos permanecer en aquella capital, establecieron su morada en una casa es-

(1) *Memorias biográficas...*

pléndida, con jardín, en la calle de Berry, vecina á la parroquia, buscada igualmente por el buen Rector de San Felipe; en ella arregló la Vizcondesa su cuarto, bajo é independiente. Sus salidas dependían mucho de los altibajos de la salud de la Condesa, su cuñada: no se levantaba la Condesa de la cama, pues Micaela hacía de hermana de la caridad: «Los días, escribe, que mi cuñada estaba en cama, que eran muchos, pues tenía una enfermedad que sufría desde niña y descuidada: éstos días, dice, los pasábamos, yo sentada encima de su cama, haciéndola compañía; y la leía, rezaba con ella, hacíamos meditación, y nos ocupábamos en formar planes para ser mejores y adelantar en la virtud; y nos proponíamos medios para vencer una y otra mutuamente nuestras inclinaciones, que eran bien distintas; la contaba muchas cosas á fin de distintamente distraerla y tenerla contenta: mis visitas á los pobres y sus anécdotas, y la enseñaba cómo les firmaba yo los memoriales con las peticiones para el Rey, y cómo por mi informe mandaba el Rey se les diera lo que yo pedía para ellos; lo que me sorprendía por ser yo extranjera ».

Aliviábase en su dolencia la Condesa, y se veía precisada la Vizcondesa á salir más de casa. Pues la acompañaba á todos los actos de sociedad, á las tertulias, al teatro, al baile, por obediencia tanto á su hermano como á su confesor, por razón de que la Condesa no estaba muy suelta en el francés (1). «Felizmente, consigna en

(1) Cuando las recreaciones son indiferentes de suyo, como el teatro y el baile... no hay sino atender á las circunstancias del peligro del sujeto y la manera de ser de la diversión. Motivos hay, además, que justifican esa asistencia, rodeada de justas precauciones. San Francisco de Sales dedica á estas materias preciosos capítulos en la *Introducción á la vida devota*, y en ellos aprendemos que «la condesendencia, como hija de la caridad, hace buenas las cosas indiferen-

sus *Memorias*, tampoco yo no entendía ninguna palabra de doble sentido; y si había alguna pieza inmoral, mi hermano lo avisaba, y no íbamos nadie al teatro».

Manifestóse cierta vez con deseos y conatos de presenciarse un baile de máscaras... la Vizcondesa consultó con su confesor, quien se opuso redondamente. En virtud de este consejo, avisó á la Marquesa de Villafranca, amiga suya y consejera igualmente del Párroco de San Felipe; y bastó el buen ingenio salpicado de discreta broma, no menos que la firmeza de entrambas, para que todos desistiesen en casa de asistir á una diversión de emboscada y añagaza.

De todos modos, asistía al teatro la Vizcondesa armada de unos anteojos sin cristales, ó con cristales oscuros, y con algún cilicio aplicado, ó vestido que le mortificara, sin perder la presencia de Dios. Todo otro esparcimiento era menos frecuente, por razón del estado delicado de su hermana política.

Su pena era el tributo que había de prestar á la sociedad, especialmente la molestia de desnudarse y vestirse con diversos trajes al día; «y los voy á contar—dice ella—por que harto tormento es para el alma, que Dios llama y odia al mundo». «Me vestía á las cinco, para ir á la iglesia, de negro; á las doce y media, para almorzar con bata de lujo; á las tres, para salir á tiendas; á las seis, para comer; á las ocho, de manga corta, para el teatro, pues á la grande ópera se va de toda etiqueta, y no podía descuidarme ni una vez, pues tenía en casa testigos muy severos de esta etiqueta, como Mr. Estron».

tes, lícitas las peligrosas, y aun quita la malicia á las que son algún tanto malas».—Tercera parte, cap. XXXIV.—De Santa Isabel, reina de Hungría, refiere que cuando concurría á las tertulias de pasatiempo, jugaba y bailaba, alguna vez, sin perjuicio de su devoción.

Pero para su defensa, había pedido al Señor (y él despachaba bien todas sus súplicas), que cuando asistiera á bailes y tertulias, no se fijara en nada, para no ofenderle ni venialmente; y salía de ellos sin haber visto cosa particular, ni haber perdido la presencia de Dios un momento, y esto sin gran esfuerzo de su parte.

Juntamente con la oración prolongada, y los ejercicios de caridad, por aquello de llevar clavado el pensamiento en su Colegio de Desamparadas, se dedicaba también al trabajo con asiduidad y resuelto empeño, y procuraba se recogiesen jóvenes y se atendiesen por la Junta de Madrid. Hacía estudio concienzudo de la pintura, de la perspectiva, del idioma inglés, etc... Con idéntico propósito, vestida con modestia, dejaba su coche á cierta distancia, y se entraba en un taller de bordadoras á recibir lecciones por principios, cosa que, por lo regular, no se enseña á las señoritas en sus casas. Así logró aprender á bordar en blanco con todo el arte y primor; buscó maestra encajera que la enseñase á coser y lavar tul y encajes, gastando dos horas diarias en esta lección; sabía ya planchar, pero llamó asimismo una de las mejores planchadoras para acabar de perfeccionarse; dió, por fin, lección de flores con la mejor florista, y llegó á copiarlas del natural.

De suyo la Vizcondesa propondía á la oración y al trabajo, al retiro y la soledad, sin descubrir todavía qué vocación la llevaba, por lo que suplicaba al Señor la declarase su voluntad, preparándose para no sabía qué profesión y estado; y ya para satisfacer por sus culpas, de lo que la dominaba viva ansia, ya para vencer al enemigo, que la turbaba en diversas maneras, y especialmente para impetrar más luz y paz del cielo, entregaba su cuerpo á todo linaje de penitencias. No sabía que debiera de dar cuenta de ellas á los Directores, y así las

practicaba, dando rienda suelta á su muy subido fervor, que el Señor premiaba con mercedes extraordinarias. Llevaba cilicio rodeado á la cintura (hasta que se le prohibió el Director, como atentatorio á la salud), y no sólo se disciplinaba, mas se martirizaba con hortigas y con baños de agua helada, que más tarde detallaremos. Y lo que más valía, aprendió la mortificación de los sentidos, especialmente el de la vista, con estudio tan penoso, que miraba las cosas sin fijarse en ninguna, con entero dominio, sin interés ni curiosidad.

No olvidemos, además, el padecimiento del estómago, para el cual no hallaba alivio; antes bien le pinta en este tiempo, como martirio cruel y prolongado. Creyeron los médicos que dimanaría de un cáncer, y á temporadas le aplicaban cantáridas, conservando la llaga abierta en carne viva, que con los movimientos del coche y el roce de los vestidos, le ponían en un grito de dolor. Otras veces le propinaron bebidas amargas y mal olientes, que se guardaban, por esta razón, fuera de casa. Otras la recetaron dieta de á caldo durante un mes; y después en tres meses alimento sólo de leche, hasta quedarse «como un hilo de flaca».

«Decidieron los mejores médicos de Madrid, Cádiz y París, que no tenía cura, y viviría poco, rabiando siempre; que viajara y tomara ostras y champagne á todo pasto. En fin, yo no sé cuántos desatinos me mandaron, y dijeron de mi enfermedad» (1).

Pues sobre estos dolores se alzaba una cruz espina-da en su corazón. La describe ella misma: «Siempre cuidaba el Señor que en París tuviera alguna cruz grande, además de mi continuo dolor de estómago. Para aumentar y ejercitar mis sufrimientos, vivía con nosotros un

(1) *Memorias biográficas...*

viejo inglés protestante, muy fino, de buena familia, aunque pobre....

¿Y en qué había de tocar con las ocupaciones de la Vizcondesa? Pues ejercía cierta superintendencia, y disponía del gran gasto de la casa, en el jardín, coches y en los criados, y como mayordomo, también en la presentación de la mesa. Pero había otro punto aún más delicado. Poseía admirablemente el francés, y daba lecciones en la casa. La Condesa deseaba perfeccionarse en esa lengua, y tanto ella como el Conde, requerían que estuviese presente á la lección la Vizcondesa, no fuera que el ladino maestro se deslizase en alguna inconveniencia religiosa. Desagradaaba esto en extremo á Mister Estrón; y de ahí los enojos. Si la Vizcondesa trataba con sus pobres, también había de tratar el inglés: si se consagraba á sus rezos, también en ellos se mezclaba el hombre; parecía para la señorita en todo una sombra de espanto. No perdonaba medio para desunir á la familia: llegó á hacer que desapareciera un perro de gran estima de los señores; y saltó con la ocurrencia de que la Vizcondesa lo había lanzado á la calle, pero de tal suerte urdida, que había que creerle. ¡Qué espina para la señorita! Por fortuna vino trasparenteándose á la Condesa con la insinuación de que por cuarenta ó cincuenta duros parecería acaso el animal (1), y pareció, en efecto; como se puso igualmente de manifiesto su trapacería y avaricia.

Eran gotas de acíbar, vertidas en las efusiones piadosas del corazón, para ir aprendiendo en la escuela del sacrificio.

Bien penetrada de ello, concluía la Vizcondesa su relación, diciendo:

(1) Estaba á la sazón en España el Conde, para asuntos quizá de elecciones políticas.

«Esto me fué muy útil, pues me enseñó á vencerme en muchas cosas... Ayudóme el Señor á llevar con gran resignación y fervores continuos esta clase de penas, que duraron por espacio de dos años». ¡Admirable! ese es el oro puro que queda en el crisol.

Como fruto natural de su oración y sus comuniones, pensaba de continuo en ofrecer al Señor nuevos obsequios. Observaba la Vizcondesa que iban á misa de la parroquia una escuela de pobres huérfanas, dirigidas por las Hermanas de la Caridad, por carecer de capilla en su casa. Pues ella les arregló un oratorio con toda limpieza y decoro, dotado de cáliz, bonito copón y lámpara de plata, y á la puerta de él un San Miguel, como santo de su nombre. Mr. de la Boullerie, Secretario del Arzobispo Mons. Affre, le concedió la licencia y el ara sagrada: el señor Cura párroco, su confesor, dijo la primera misa en el oratorio y les dió la comunión, dejándoles reservado en el sagrario al tesoro eucarístico, por todo lo cual sintió júbilos inenarrables.

Instaban las buenas hermanas á su protectora á que abrazase su instituto, ya que se dedicaba á las prácticas de la vida religiosa y de la caridad; pero les contestaba que no sentía vocación, antes le daba pena oír que entrasen monjas, pues á ella le placía más consagrarse á la salvación de las almas y servicio de Dios, mediante el decoro de sus templos y ornamentos.

La devoción al Santísimo le sugirió el pensamiento de acompañarle continuamente, y, habladas varias señoras, lo expresó á Mr. de la Boullerie, devoto asimismo del Sacramento. En quince días se allanaron las dificultades, y quedó instalada la vela perpétua de día y de noche en San Luís. El mismo Sr. Secretario imprimió un libro de meditaciones adecuadas, que les leía, como también les predicaba en la guardia. La Vizcondesa fué de las pri-

meras en esta guardia de amor, y su corazón se derritió de ternura, y sus ojos se soltaron en fuentes de dulcísimas lágrimas.

También echó de menos en la parroquia el Via-Crucis, ella tan devota de la Pasión del Redentor, y, á condición de recorrerle los viernes, regaló uno al Párroco con los relieves de bronce, de vara en cuadro, y lo mejor que se halló, de precio considerable. Se instaló con toda solemnidad, predicando el señor Cura; y duró la ceremonia hasta las nueve de la noche, estando iluminada la iglesia por dentro y por fuera. «Después mucha gente lo rezábamos, y también muchos sacerdotes».

Quedó el templo precioso; y la Vizcondesa, avivando sus estudios de perspectiva, sacó un dibujo de él, ya que todos sus placeres eran embeberse en cosas de la iglesia.

Pintó, igualmente, unos cuadros de Jesús y María, para un altar de la misma parroquia, así como una Dolorosa para otro altar, gozándose en decorar la casa de Dios.

En esa casa se guardaba su tesoro y su amor. Bien temprano, como de costumbre, se había levantado cierto día pensando en la materia de su oración mental y en las dulzuras del pan de los ángeles. La mañana se presentaba obscura; reparó la Vizcondesa que llovía, y mandó preparar el carruaje. En él se dirigió á cumplir la primera visita ordenada en su método de vida, á la parroquia de San Felipe del Rul. Al llegar al átrio, como había de detenerse largo rato en el templo, despidió su coche. Subíase á la puerta de la iglesia por ocho ó nueve escalones de piedra, y todo el circuito hasta la acera de la calle se cerraba por una verja de hierro.

Animosa subió las gradas del templo la Vizcondesa, y al hallarse en la última... un golpe fiero en su frente

la hizo rodar, sin sentido, por todos los peldaños, arrojándola hasta la verja de la calle, con la cual se enredó de forma que tenía la cabeza metida por entre una barra, y los pies en alto, manchada del lodo, y desgarrada la manteleta y el sombrero. Debió de quedar muerta.

Al acudir gente y sacarla de la verja, y levantarla, advirtieron con asombro que no había más lástimas que lamentar que la triste figura que hacía, con aquellos vestidos rotos y enlodados. No había padecido nada; antes, con inopinada serenidad de ánimo, rehusó recibir auxilio alguno, sino primeramente entrar en la iglesia, arreglarse con decencia, y recibir su comunión por agradecimiento al Señor de tan extraordinario beneficio. Después aceptó las atenciones de la casa de su confesor, afanándose por tranquilizar á todos; pues quedaba reducido el golpe y la rodadura á una embestida del invisible enemigo; pero que la mano protectora de su ángel de la guarda, había impedido los daños y fatales consecuencias que fueron de presentir y temer.

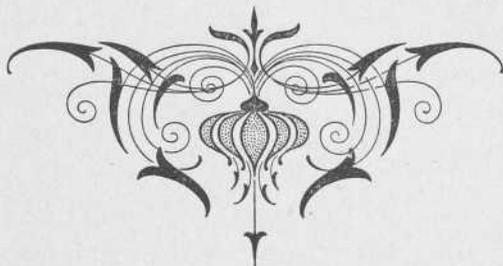
En su casa fué una serie de relámpagos de distintas impresiones; duelos y sentimientos á las primeras noticias, asombros y gozos finalmente. Y por varios días era tema de conversaciones y pareceres el suceso, no sólo entre deudos y amigos, sino entre extrañas personas.

¿Qué mano le dió el golpe? ¿La de algún criminal entre las obscuridades de la madrugada? ¿Pero qué mano podía herir aquella frente, bañada de los rayos de la apacible modestia y la simpática caridad? Su confesor le aseguraba que había sido el enemigo de las almas, y esto la sosegaba; «en su casa lo achacaban al género de vida adoptado».

¡Ay! todos estos murmullos y hablillas debían de preocuparla y molestarla bastante; pero, gracias á Dios, sus hermanos estaban más conformes con su método de

oración y piedad, así lo declara ella explícitamente; y, mediante este apoyo, no obstante los comentarios de amigos y criados, continuaba imperturbable por su senda escabrosa y colmada de méritos.

«Estos favores y finezas de mi Dios me animaban y enervorizaban», concluye ella, respirando agradecimiento y fortaleza; los enemigos invisibles, por tanto, así como los contradictores domésticos, eran impotentes para detenerla en una carrera, impulsada por la mano del Todopoderoso.





CAPÍTULO II

Á TODA VELA.—ADMIRABLES PROGRESOS DE LA VIZCONDESA EN LA
VIRTUD.—CARTAS Y AVISOS DEL P. CARASA



SORPRENDENTE fué para la Vizcondesa el curso del año 1847 al 1848. La acabamos de contemplar en su método de vida edificante; consagrada á la oración, á sus amores eucarísticos, y absorta en dilatar la gloria divina y ser el ángel tutelar de los desvalidos. En derredor del continente de su personalidad, aristocrático y elegante, bondadoso y abnegado, resplandece una aureola de atractivos que embelesa á cuantos ojos páran en ella la consideración.

Y todavía existe esplendor más suave y delicado; es el que brilla en el alma, y cuyos secretos reflejos los podremos vislumbrar por las manifestaciones de su conciencia, patentizadas á sus directores. Esto es de lo más interesante y provechoso para los lectores de esta vida prodigiosa, especialmente para las hijas de la esclarecida fundadora, para las discípulas de tan insigne maestra. Porque es co-

nocerla en los primeros pasos de la resurrección heroica, en los que se salta del andar vacilante, de la jornada ordinaria, á los vuelos de la carrera de la santidad; es el impulso que precisan muchas almas, para salir de las tibiezas de la vulgaridad y romper por los heroísmos del Evangelio.

« Tenía cuidado, escribe ella, de dar cuenta de mi vida al P. Carasa; él me escribía y aconsejaba con mucho interés... », y extendiendo su pensamiento y gratitud á los años sucesivos, continúa: « no perdonaba medio, por penoso que fuera, para entrar en el camino de la virtud; para lo cual me ayudó siempre mucho el P. Carasa; tanto, que creo que sin él, sus consejos y dulzura, jamás hubiera tenido valor para emprenderlo con la decisión y firmeza que lo hice, arrojando por todo... »

Habíase despedido del P. Carasa, su Director elegido con voto de obediencia, en el mes de Mayo, como sabemos, enfervorizada con los ejercicios espirituales y confortada con la indulgencia del Santo Jubileo; y como pudiera temerse de los devaneos de París algún resfriamiento en la piedad, esperábanse en Madrid noticias acerca de la observancia de sus propósitos.

¡Qué pasmo y admiración para el P. Carasa, con la primera y siguientes cartas, en que la Vizcondesa le descubría los secretos de su espíritu!... Aparece el Director asombrado; pero no olvida su oficio y ministerio, como si no creyera tanta sublimidad, como si se corriera más riesgo por los comienzos y ensanches de tanto fervor. Por esto resulta este pasaje, historia y lección á la vez, en extremo edificantes. Escuchémoslos.

La Vizcondesa á su Director:

Comienza vaga y tímidamente, y le da cuenta de sus lágrimas de arrepentimiento, de sus confesiones repeti-

das, y sus dulzuras eucarísticas, de su frecuencia de comuniones y del nuevo método de vida (1).

El Director, que salía de grave y larga dolencia, á su distinguida penitente: (19 de Noviembre de 1847).

«MI MUY ESTIMADA MICAELITA:

«.....Todo va bien, y el sacrificio de haberse manifestado también á ese confesor es muy grande, para que nuestro Señor deje de premiárselo á V., mucho más atendiendo al motivo por que lo ha hecho usted, el cual creo haber entendido perfectamente. Celebro mucho el plan de vida en todas sus partes, y particularmente en la frecuencia de la santísima Comunión, prescrita por el Director. Sólo echo de menos alguna cosita, aunque sea corta, de virtudes interiores, como de paciencia, vencimiento del genio, dulzura con los domésticos y extraños, resistencia interior al enemiguillo, etc., etc., Todo, todo quiero que me lo cuente V., lo bueno y lo malo, con absoluta cordialidad, sin olvidar el decirme si tiene V. oración mental y lección espiritual y por qué autor, examen de conciencia, etc.; y si tiene V. en esa nueva y magnífica casa, independencia y proporción para hacer todas sus cosas bien, con sosiego y con constancia.

Si se ve V. precisada á asistir á concurrencias, á sociedades ó espectáculos, y cómo se porta V. en ellos: en suma, todo lo que pertenece al alma, hasta si tiene V. santo Cristo en su alcoba ó en algún cuartito. Y ve V. cuánto interés me tomo por su alma. Olvidemos lo pasado, menos cuando estemos á los piés de Jesucristo crucificado ó sacramentado, para llorarlo más y más, y decirle como David: *lávame más y más de mis pecados*; y vida nueva, y muy constante, y que el santo Jubileo que V. ganó, y para el que, por la misericordia de Dios, se preparó tan bien, é hizo tan buena confesión general (la cual nunca ni con nadie debe V. repetir por su voluntad), que aquellos santos días, repito, que aquel santo Jubileo forme época, y aun cuando después haya habido alguna fragilidad, no detenerse ni desmayar, sino seguir adelante; no me canso ni me cansaré de repetírselo; seguir adelante con el método de vida entablada, porque esta perseverancia

(1) No han parecido las cartas dirigidas al P. Carasa por la Vizcondesa; pero ella conservó con esmero las del Padre, y por éstas rastreamos el contenido de las primeras.

es el alma de todo, y así tendrá V. siempre, desde su dichosa confesión general, ajustadas y claras sus cuentas con Dios; y para conseguir la santísima perseverancia, le encargo la devoción con San Felipe Neri, que es abogado de ella, y ree V. todos los días un Padre nuestro, etc., al Santo, para obtenerla por su medio.

Ya ve V., en lo largo, el gusto con que le escribo, porque la de usted ha dilatado mucho mi corazón.

Todos agradecen sus memorias», etc....

En 24 de Agosto le había dicho:

«Nada tiene V. que decir en sus confesiones diarias de su vida pasada, sino en general, de este modo: me acuso en particular de todos los pecados cometidos contra tal ó tal mandamiento. Y no se apure V. por el juicio ventajoso que le parece á V. que forme el que *me reemplaza ahí*, que sobre esto ya hablaremos, Dios mediante, y no dude V. que quedará tranquila con lo que la diga...»

«P. D.—Lo que debe V. decir á su confesor con toda claridad es que va V. á bailes (1). Que le sienten bien los baños de mar, como á mí me han sentado los de Trillo», etc...

Es lo ordinario que suele acaecer á las almas que se purgan de sus faltas, y se abrazan decididas con la ley, no satisfacerse de su confesión, aunque haya sido diligente y dolorosa; pero á esta intranquilidad acuden con oportunos consejos los Directores espirituales.

La Vizcondesa, tan clara y transparente como se le pedía, y lo consentía una carta, en 4 de Diciembre, hablábale, lo mismo de su Pascua de Pentecostés, que de sus amarguras intensas, hasta el punto «de tener que ir un día á pedir consejo á su santo confesor de París, y explicarle el deseo que tenía de que la consolase, y la adelantase en la virtud, pues quería observar una vida ejemplar.....» como también de los propósitos de peni-

(1) Ahora conocemos que la Vizcondesa seguramente tenía esta licencia de su confesor.

tencia y especialmente del blanco de sus amores, en estos términos: «en la misa que comulgo, es todo meditar en la dicha tan grande, porque es un placer el que siento que paso el día deseando que llegue el de mañana». «En la comunión se gusta la dulzura en su misma fuente» (1).

Contesta el Director, en 15 de Diciembre de 1847:

«No acabo de admirarme de las singulares trazas de nuestro Señor, cuando quiere que un alma sea toda suya. Proporciona el mes de Abril de este año, un jubileo particular, hace V. en él una buena confesión general; y enseguida la lleva á París, para empezar de todas veras y con mucha solidez el camino derecho de la virtud. Se resiste V. al principio, queriendo ser buena por una parte sin dejar por eso de *entretenerse* cuando menos con el mundo, que es uno de nuestros tres capitales enemigos, como nos enseña la doctrina cristiana (cuyo librito encargo á V. tenga siempre á mano, y lea con frecuencia, y todo lo encontrará en él); y Dios la cerca de disgustos, amarguras y penalidades, que la hacen reflexionar sobre sí misma, y conocer la necesidad de un vencimiento generoso y continuo, pero *interior*, sin el cual no hay verdadera virtud. Continúan y se aumentan los sinsabores, hasta tal punto, que *tuvo V. que ir un día á pedir consejo á su santo confesor, y á explicarle el deseo que tenía de que la consolase, y la adelantase en la virtud, pues quería V. observar una vida ejemplar*.

A esto añade V., usando de una expresión muy modesta, y que yo respeto mucho, varios *sucesos*, y el deseo de adelantar en la virtud me hicieron pensar un poco en los *pasados* (Pentecostés)... resolví hacer algunas penitencias, etc. Y por último, todo viene á parar en que bajo el régimen de su prudente Director, corta V. resueltamente con el mundo; y entabla ya de hecho una vida devota y penitente, como le es necesario atendidas todas sus circunstancias, como yo lo deseaba con todo mi corazón, y como nuestro Señor lo exigía de usted hacía ya tanto tiempo... ¿Y no es todo esto muy singular? ¿Y no se ve aquí el empeño de Jesucristo en ir como á caza de V. para atravesar su corazón, *primero* con el dardo del dolor y amargura de sus faltas, como lo manifiestan las edificantes expresiones de V.: *He tenido grande arrepentimiento, y tengo de mis faltas*; y después con el otro

(1) Trozos sacados, como se verá, de la contestación del P. Carasa.

dardo del amor, como sin saberlo tal vez, lo atestigua V. misma diciéndome: *Voy á misa, y la que comulgo es todo meditar en la dicha tan grande porque es un placer tan grande el que siento, que paso el día deseando que llegue el de mañana.*

Esto es mucho, Micaelita, sí, mucho la quiere Dios».

Y no conociendo todavía los progresos de Micaela, ó para evitar receloso una vuelta de nuestra flaqueza humana, la previene y exhorta:

«¿Y se volverá V. otra vez á las criaturas cuando éstas le convidan con su dorada, pero emponzoñada copa, y la hagan precisamente este convite al mismo tiempo y valiéndose de la ocasión en que Jesús, cual amante celoso, para probar si le es V. fiel, retira su mano, retira su luz, retira sus consuelos y la deja como sola, rodeada de tinieblas, sin gusto y casi sin ánimo para poder hacer nada bueno, y molestada, además, de continuas y fuertes tentaciones? ¿Se volverá V. á las criaturas? Mire V. bien lo que responde; porque estas circunstancias han de llegar y el nuevo y divino amante, luego que la tenga entre sus redes, que son los vínculos de su amor, y la tenga atraída y como embobada con el irresistible y dulcísimo cebo de sus consuelos, derramados muy especialmente en la sagrada comunión, porque en ella se *gusta la dulzura en su misma fuente*; después digo, de esto la ha de probar, antes ó después, al principio, al medio ó al fin, la ha de probar, porque así lo hace con todos. Ya está usted avisada. Y entonces, y en esta terrible prueba, y en esta lucha espantosa, y en este lance tan crítico, y entonces..... ¿se volverá usted á las criaturas?...»

Mucho se había alejado de ellas, para volverse; mucho se había acercado á Dios y gustado de sus dulzuras, para abandonarle.

El buen Director, eco de las enseñanzas de los maestros de espíritu, y atendiendo á la solidez de la piedad, continúa su instrucción:

«Vamos á otros puntos.

En cuanto al método y arreglo de los ejercicios espirituales, ya de oración, comuniones, lectura espiritual, examen de conciencia,

mortificaciones, etc., todo me parece perfectamente, y sólo quiero advertir á V. dos cosas: 1.^a que todo sea con la aprobación del confesor y con espíritu de obediencia; 2.^a que no las omita V. sin grave causa, y que no cavile V. mucho si tiene ó no fervor en ellos, y mucho menos, si siente ó no consolación. Basta hacerlo con exactitud, compostura y la posible atención. Le sucederá á V. que unos días se le hará á V. todo fácil, y se estará V. en oración y rezando con el mayor gusto horas y horas; y otros días no podrá V. consigo misma, y tendrá que ir á todo, como si la llevaran á un suplicio; y el mérito está en hacer lo mismo unos días que otros, cueste lo que cueste, y no buscar en todo sino el agrado de Dios, y de ningún modo nuestra propia satisfacción, ni aun espiritual».

La recomienda luego la lectura del *Kempis*, de la *Vida Devota* de San Francisco de Sales, y del *Combate Espiritual*, diciéndole:

«Son los que V. no debe dejar nunca de las manos, ya uno, ya otro, sin variar: porque no consiste el aprovechamiento en tener y leer muchos libros, sino pocos y muy estudiados. Y á propósito de libros, no quiero dejar de decir á V. una cosa que la tengo sobre mi corazón, y no me había determinado á decirsela, porque, á mi parecer, nunca la he visto á V. con mejor disposición que ahora, y es que tiene V. aquí entre sus libros algunos que no debe tener, y que yo quisiera que, cuando vuelva, los quite y los quemé».

Ciérrese la carta con este oportuno aviso, acerca de sus caritativas inclinaciones y nuevo análisis del alma:

«Buenas y muy buenas son las obras de caridad con los enfermos, no tienen precio; pero como V. tiene tanta inclinación á ellas, es preciso que purifique V. mucho su intención, y las haga como si las estuviera haciendo con el mismo Jesucristo.

Lo que es muy precioso, y como la flor y la nata de la devoción, es ese estudio que ha empezado V. á hacer de sí misma, y esa útilísima anatomía de su corazón y de todos sus movimientos. Aquí, hija mía, aquí está el gran punto de la dificultad. ¡Cuánto me ocurre, y cuánto quisiera decirle sobre él! No es posible hacerlo por escrito, porque no alcanza el tiempo para tanto. Solamente la recomiendo, que continúe V. y persevere en él. Persevere V. en vencer su genio

vivo, su amor propio, sus impacencias, etc., etc., y aunque le parezca que el vencimiento no llega hasta el interior del corazón, como usted me dice y santamente desearía que llegase, siempre es una gran ventaja, y un triunfo muy ventajoso y muy glorioso también, el que el exterior esté muy sujeto y dominado, por tres razones: 1.^a porque por aquí se empieza la grande y costosa victoria de sí mismo. 2.^a por el buen ejemplo que se da á los prójimos, que no ven más que el exterior. 3.^a porque el interior y el corazón *siempre, siempre, siempre* se resisten á la contradicción y mucho más á la humillación; y no es poco lo que se hace, sino muchísimo, en no hacer caso de sus repugnancias y en obrar contra ellas. Con que no se apure V. por eso, sino vamos adelante, que á fuerza de tiempo y de constancia también llega á doblegarse el interior.

Envíeme V. una razoncita sobre sus intereses, para poder aconsejar á V. sobre el testamento.

.....
Felicísimas Pascuas, etc....—*Eduardo José Carasa*».

«P. D.—Hace un mes que estoy preso en casa y con grillos, con una llaguíta en la pierna».

Todo lo recibía bien Micaela, é hizo al P. Carasa contestarla sin tardanza, al indicarle, en carta del 22 de Diciembre, que se proponía entrar hija de la Caridad.

«No piense V. en eso por ahora,—era la pronta respuesta del 5 de Enero de 1848;—no siendo cierta y segura la vocación como me consta, no sufriendo la salud de V., no estando probada en casa, como sería necesario por bastante tiempo, y habiendo en contra además otras causas muy poderosas, que no son para fiar á la pluma, y que sólo en el confesonario podría decir á V. Puede ser que más adelante lo quiera Dios, y por si así fuese, infórmese V. de la edad en que las admiten y de todo su tenor, método de vida, etc., etc.; entre tanto siga V. con aquel tan hermoso plan de vida que había V. empezado...»

Al recibir estos consejos la Vizcondesa, proponía de nuevo esta su preocupación, suplicando oraciones del Director y de otras almas.

Y en 18 de Febrero siguiente le contesta que lo encomendaba al Señor y lo harían con él otras personas. Prosiguiendo:

«Es preciso probarse mucho, mucho por algún tiempo y ejercitarse en seguir el mismo método de vida interior y exterior, en cuanto es posible en medio del mundo, que guardan las Hermanas de la Caridad....

.....
Lo menos es la asistencia á los enfermos... otras muchas cosas hay mucho más difíciles que ésta, que quisiera yo poder decir á usted en el confesonario. También quisiera me dijese V. si no le vendría á V. mejor el instituto de las Salesas».

Mucho le consolaba lo que la Vizcondesa le refería de las gracias de la Comunión, y le hace observar:

«Dígame V., como si se estuviera confesando, si al considerar cuánto la regala Jesucristo, y, al acordarse de sus pecados, no concibe V. un santo deseo de castigar su cuerpo, sufriendo con gusto y valor el dolor que causa siempre este castigo; porque también á los niños les gustan los dulces, pero no los castigos; y este santo ódio que uno concibe contra su cuerpo, y esta satisfacción y constancia en castigarlo, es una de las señales para conocer el buen espíritu, y lo otro es dudoso. Se supone que esto ha de ser siempre con discreción, y sobre todo, con la santa obediencia. Pero yo quiero saber, hija mía, en qué disposición está su corazón de V. sobre el particular; pero cuidado, que ha de ser con toda franqueza, y lo que V. sienta y nada más, y como si se confesase V., sin detenerse en decirme lo que haya sobre esto, que ya conozco yo que ha de ser V. flojilla».

¡Flojilla!.... Ya, ya te causará horror y espanto su penitencia, y la mandarás contenerse, cuando bien la conozcas.

Y la anima, aunque no sienta ese espíritu de penitencia, porque el Señor tiene muchos caminos; y vuelve á hablarle de las delicadas condiciones que piden las Hermanas de la Caridad, y de los riesgos en que pueden tro-

pezar, pidiéndole cuenta de su conciencia, muy particular desde los ejercicios pasados, para su mejor ilustración y acierto. Prosigue:

«Consuélese V., que yo no trato de negárselo á V., sino de examinar bien la voluntad de Dios: consuélase V. también porque me parece que nunca ha estado V. más fervorosa ni le ha dado V. tanto gusto á Jesucristo, ni me ha consolado tanto á mí».

.....

«Concluyo ésta encargando á V., como siempre, la constancia en tener todos los días oración mental, y en practicar todos y cada uno de los ejercicios espirituales: en vencer el genio y natural, en la paciencia y dulzura, etc. ¡Ah! que el comulgar cuesta poco, porque allí no padecemos, sino recibimos; pero en todo lo demás, no recibimos, sino padecemos.»

Antes de poder recibir estas advertencias, escribía de nuevo la candidata á Hermana de la Caridad, pretendiendo conquistar de golpe todas las virtudes.

Ahora vendrá la lección oportuna del discreto Director. En carta de últimos de Febrero, la instruye, diciendo:

«¿Con que quiere V. poseer ya todas las virtudes y todas á un tiempo? Ya se ve, bueno es eso. Ser humilde, hasta no sentir ni el menor movimiento del amor propio en ninguna ocasión; paciente, hasta no experimentar ni la más leve repugnancia en el interior; dulce con el prójimo, sin que se escape ni la más leve expresión ágría; sin voluntad propia, con total exclusión de inclinación alguna contraria; penitente con tanto gusto, que ni los brazos sientan que los ponga V. en cruz, ni los muslos que les ató V. el cilicio, ni el cuerpo que no le de V. de comer, ni de beber, y que le mortifique V. y le sujete: nada, nada ha de quedar por hacer, ó por mejor decir, todo se ha de encontrar hecho y perfectamente hecho».....

.....

«Pero ¡ah! que, por un orden regular, esto no es posible en corto plazo. Es preciso trabajar por mucho tiempo, y con mucha constancia, y con el orden y método siguiente:

1.º Escoja V. entre todas las virtudes, una sola; la que V. más necesite, por ejemplo, la paciencia. Y resuelva V. adquirirla eficazmente con la gracia de Dios.

2.º Hecha esta elección, todas las mañanas, apenas se levante usted, al hacer el ejercicio de aquella hora (que nunca debe V. omitir) ó bien sea después de la comunión, haga V. un propósito particular de tener aquel día muchísima, muchísima paciencia, ocurra lo que quiera; y párese V. un poquito á considerar qué ocasiones particulares se le podrán ofrecer á V. aquel día. y prevéngase V. para ellas con un propósito firmísimo.

3.º Si á pesar de esto, hallándose V. en la ocasión crítica, falta usted á la paciencia, como le sucederá muchas veces, no se desanime usted, sino renueve el propósito de la mañana, y tenga V. más cuidado para las nuevas ocasiones que se ofrezcan.

4.º Al hacer por la noche el examen de la conciencia, que tampoco debe V. omitir nunca, deténgase V. un poquito á contar las faltas de paciencia, y apúntelas V. en un librito con expresión del día y de la semana; y enseguida, y antes de entrar en la cama, haga V. alguna pequeña penitencia, como tres Ave-Marías en cruz, ó besar el suelo unas cuantas veces, etc.

5.º Al día siguiente, repita V. lo mismo, y lo mismo ha de continuar V. haciendo, hasta que logre V. adquirir el hábito santo de la paciencia.

Este es el modo, y no otro, de adquirir las virtudes; y no crea usted que es mña esta doctrina, sino de San Ignacio, de San Francisco de Sales, del Venerable P. Granada, y de todos, todos los maestros de espíritu».

Y le ilustra esta materia con el método preciso para aprender á bordar, á cantar ó dominar lenguas, que todo requiere tiempo, principios y desarrollos. Vuelve al asunto de la vocación insinuada.

«Veo los motivos que la inclinan á hacerse hermana de la Caridad, y todos me parecen muy bien; aunque yo quisiera verla á usted más indiferente en eso de *Vizcondesa* (1). Todas las razones, que us-

(1) Habriale hecho alguna pregunta sobre el uso del título; porque, tratando de ser hija de la caridad, al renunciar al mundo, conocería harto que había de renunciar á sus títulos y sus pompas.

ted me alega, me parecen muy bien, repito; pero es necesario pedir á Dios mucha luz para conocer su voluntad, y tomarnos algún tiempo, y hacer pruebas consigo misma. Y, pues V. quiere que le hable claro, y me dá licencia para que le diga lo que siento, como si estuviera en el confesonario, voy á explicarme lo que sea posible...»

Nota.—Lo que sigue del pliego está tachado y no hay firma.

Bien tachado. Reduciríase el párrafo desaparecido á encarecer los peligros de las asistentes á los enfermos, y referir algún caso por él experimentado.

La Vizcondesa hacía de estas observaciones el aprecio merecido; y para no impresionarse por ellas, ó tenía otro consejero además en este caso, ó superior espíritu que la movía.

Ahora que le describe la pureza de su alma, preservada de imperfecciones, aunque combatida de enemigos, veremos despertarse el asombro en el ánimo del Padre.

Lo manifiesta muy grande, en 18 de Marzo:

«He recibido la apreciada de V. del 4, y me ha llenado de satisfacción y de consuelo. ¡Un año entero, con tanta limpieza y en medio de tanto sinsabor, de tanto disgusto, de una vida tan contraria á los deseos de usted!... Vaya, esto es casi milagroso. Bendito sea Dios, que con tanta abundancia la llena de sus gracias. No tema V. ni lo del sueño, ni lo de las tentaciones: una y otra cosa no la faltará á V. por ahora; pero lo primero nada importa, y lo segundo, como le decía á V. en mi anterior, es inevitable, y es lo que la ha de hacer á usted *mártir de la castidad*.

Con este nombre llama San Bernardo, y otros Padres, á los hombres y mujeres solteros, que resisten á una tentación tan pegajosa, tan continúa y tan molesta: *mártires* los llama. ¿Y no es esto un grandísimo consuelo? Volviendo á lo del sueño: sepa V. para su completísima seguridad y perfecta satisfacción, que lo mismo que á V. le ocurrió, y el mismo sentimiento que V. experimentó, hasta cerciorarse del estado en que se hallaba, y hasta las mismas, *mismísimas* palabras que V. dijo, y la alegría que V. sintió por último, etc., etc., todo fué igual, idéntico, lo mismo que les pasa á todas las personas

de uno y otro sexo, que viven con mucho temor de Dios y con sumo cuidado de la limpieza.

Ya puede V. figurarse cómo me reiría yo por una parte, y cuál sería mi gozo por otra».

.....

«No tenga V. el menor cuidado—continúa—aunque no se encuentre nada de qué confesarse...»

¡Oh, qué limpieza de culpas iba alcanzando!...

«No se desconsuele V. por el temor de que le falten alguna vez los deseos, las santas ansias y los dulcísimos consuelos de la santísima comunión; porque si esto sucede, esté V. segura, yo se lo prometo, le darán fuerzas para llevarlo todo con humilde resignación» (1).

No obstante de ser probada con unas y otras contradicciones....

«Por el corazón dulcísimo de Jesús, le encargo que no deje V. la oración mental, aunque pase V. en ella las *penas del Purgatorio*».

Y la encarga, bajo obediencia, que al retirarse cansada por la noche, no haga otro ejercicio que el de leer puntos para la comunión por el *Mes eucarístico ó María del alma, Jaculatorias á San José y Ángel de la Guarda*, y

«acostarse al instante, con muchísima modestia, y quedarse siempre dormida, aunque cueste un poquito de trabajo, con los brazos cruzados delante del pecho, y pensando en los puntos del *Mes eucarístico*».

.....

«También quisiera que me dijera V. qué causa puede haber te-

(1) «Como yo soy el principal confesor de V. desde que murió el señor Peña (Q. de D. G.) y la conozco mucho mejor que ningún otro, y conozco hasta su temperamento físico, y su genio y todo; tenga V. entendido, para la tranquilidad de su conciencia, que puede V. hacer todo lo que conoce que yo deseo que haga».—(El mismo).

nido ese respetable confesor, para permitirle al principio las mortificaciones, y después nada, nada absolutamente. Si no lo sabe V. de cierto, dígame V. lo que á V. le parezca que puede haber dado motivo á esa variación».

Á veces, el motivo puede ser una prueba de obediencia; otras, por descanso de fatigas, por variar de método ó explorar lo desconocido: otras, por imposibilidad moral ó física.

¡Cuánto se consolarán las almas recién vueltas á Dios, y las pusilánimes y atribuladas, contemplando cuáles son los caminos de los justos, y cómo los Santos se han visto igualmente rodeados de tinieblas y amarguras, y molestados con repugnantes tentaciones, encontrando también el desabrimiento y el desmayo, á ratos, en la misma fuente del consuelo y la vida, como es la oración mental!...

¡Ah! Nunca parece brillar más el sol que después de un eclipse; y dice Dios por su profeta David: «Clamará á mí el justo, y le escucharé; con él estoy en la tribulación, le libraré de ella y le colmaré de gloria» (1).

(1) Salmo 90.





CAPÍTULO III

ENSEÑANZAS DEL CIELO EN LA VIDA DE PARÍS.—NOMBRAMIENTO DE DAMA DE LA CARIDAD.—ASISTENCIA Á UNA MUJER ABRASADA Y Á OTRA INFELIZ TRAPERERA.—LA CORTE DE LUÍS FELIPE.—SU CAIDA.—HORRORES DE LA REVOLUCIÓN.—PROTECCIÓN DIVINA Á LA VIZCONDESA.



SE ALIÓ para París la Vizcondesa, dejando todo su espíritu y corazón en el Colegio de Desamparadas. ¡Qué cuadros y escenas la esperaban!... Pues si vive en la corte de Francia, es para aprender en los espejos, que la providencia le presenta, el modo de unirse más á Dios, y consagrarse con mayor ahínco al amparo de los desvalidos. Por todas partes iba absorta en su pensamiento del colegio, cada vez más luminoso, cada vez más arraigado en su alma.

La nombraron por entonces Dama de la Caridad, de San Vicente de Paúl, honor raro y muy señalado para una extranjera. Aprovechó este título y condecoración, para aplicarse á las obras de misericordia, y estudiar por todas partes lo más adecuado á su proyecto. Luchaba con una repugnancia natural, la de tener que conversar con gente ordinaria y grosera, «cosa muy opuesta, observa

ella, á mi carácter, ó mejor dicho, á mi orgullo»; «esta era la causa de que para vencerme llevaba mis sacrificios más allá de lo regular, y no era virtud todo lo que parecía». ¡Ah, esa era la sublime virtud, la que comienza por conocerse á sí misma, y se humilla, y luego se esfuerza por el triunfo completo de sus inclinaciones!

Vea el lector piadoso qué heróicas empresas acometía la Dama de la Caridad: le referiremos por ahora, dos casos, á cual más asombrosos; el primero, de una infeliz abrasada, y el otro, de una piadosísima trapera.

Cerca de la casa en que vivían los Condes de la Vega del Pozo con su hermana la Vizcondesa, habíase quemado una pobre. Curábanla en el Hospital, pero al cabo de muchos meses en que sus llagas no cicatrizaban, la despidieron por incurable. La infeliz pasaba día y noche en un grito, y en abandono completo de asistencia médica, y aun de su familia, pues una hija que tenía, aburrida y desesperada del mal, se había huído. Mandábanla asistir á la cura pública del Hospital, pero los más de los días le era imposible.

Súpolo la Vizcondesa por otra enferma que ella visitaba de la conferencia, y voló á su socorro. Era toda una llaga en el pecho, y en los brazos y la espalda, despidiendo hedor insoportable. Lleváronla hilas, y vendas cosidas en casa muy á propósito para ella: y á su demanda de asistencia, hacía esfuerzos la Vizcondesa y su criada Eduviges, por vencerse y acompañarla; pero á entrambas les salía de caja el estómago, y no podían resistirlo. La Vizcondesa, entonces, se acogió á la Virgen de los Dolores, suplicándole que, si era su voluntad asistiese á aquella infortunada, la quitase la repugnancia; y el mismo día de la súplica, ni hubo tanta dificultad, ni se sintió mal, no obstante de acompañarla por más tiempo. Luego pidió la quemada á la Vizcondesa que la curase, pues se le

pasaban cinco y seis días sin cura ni muda, á causa de que la única vecina que lo practicaba sin enfermar, había caído con dolores reumáticos. Probó nuestra heroica Vizcondesa á curarla, y halló que parecía asistida por la Virgen, venciéndose en la agria repugnancia que le causaba, y así lo hacía dos veces al día, dejando á la doliente descansada y durmiendo bien: una después de sus oraciones, de las diez hasta las doce, que iba por ella Eduviges; y otra por la tarde, á la hora de retirarse en su coche á la iglesia.

Esto lo sabía solamente la Condesa, que la hacía el favor de callárselo.

Y bien; puesta á servir de médico y practicante, ¿qué medicina emplearía? Tratándose de una incurable, no vaciló: «Resolví, dice, curarla á mi modo, con árnica». ¡Arnica! Sí; diluía en lágrimas dirigidas á la Virgen de los Dolores. Ello fué, que al mes se levantaba la quemada, y no necesitaba ya de ayuda; la enferma podía curarse y atenderse bien.

Mas cierto día, la encontró de nuevo la Vizcondesa en la cama, agravada y con llagas moradas y negras. La curó, y se fué á la iglesia á pedir al Santísimo y á la Virgen remedio oportuno; y sintió como si le dijeran: «no temas, yo te la curaré».

La vecina advertía que se debía llamar á un médico, para evitar toda responsabilidad; pues las harían presentarse al alcalde á declarar, cuando se la estaba curando. «Y si moría sin asistencia facultativa, ¡qué apuro para mí!», exclama la Vizcondesa. Por fortuna, visitaba la casa de los Condes, como amigo, un médico alemán, protestante, Mr. Wertens, con el cual solía discutir amigablemente para atraerle al catolicismo, y la distinguía sobre modo. Le contó el apuro en que se hallaba, é inmediatamente se brindó á visitar á la pobre; y fueron

allá, á fin de tranquilizar á la vecindad. Estimó sus manchas como gangrenosas, y repitió que no tenía cura, mas que él extendería el certificado de muerte; y compadecidos todos de la enferma, la dieron abundante limosna. Llena de fé la Vizcondesa, dijo al médico:—la Virgen la ha de curar, sin otro remedio que el árnica con agua. —¡Ah! si se cura, ya creeré yo también en los milagros de la Virgen, repuso el médico.

¿Mas qué exceso podría haber cometido la enferma para agravarse tanto, que volvía tan pensativa á la Vizcondesa? Nada, contestaba aquélla. Mas la Virgen debió de dárselo á conocer á su amante sierva. ¡Qué había de ser!... Que repartió del agua del árnica á la vecina reumática, y sanó; dió cuanto la restaba á otra paciente, y se curó también, antes de ocho días; mientras tanto, ella no se medicinaba, y se puso á morir. Volvióse al uso de la árnica; la pobre quemada se restableció completamente, tanto, que fué á axaminarla el doctor alemán, quien manifestó luego, no á las señoritas, sino al Conde de la Vega del Pozo, que no era admisible aquella cura tan rápida sin un milagro, y desde entonces le nació el cariño á la Virgen, protestando de que á ella acudiría en sus enfermedades.

A la Vizcondesa, que antes solían, en la confianza de las conversaciones, ya las visitas, ya los deudos, como humano estilo, hablar con chanzas y ocurrencias de sus pobres, mirábanla con tal respeto en adelante, que se la otorgó desembarazo omnímmodo para sus aficiones, y se conversaba en casa sobre ellas como de suceso corriente. ¡Tal es el triunfo de la virtud!

Resta el caso de la trapera.

Enferma yacía en su buhardilla una trapera, desnuda de bienes temporales, mas rica de fe y esperanza en Dios. Para vencer su orgullo, nos dice nuestra intrépida

Vizcondesa, resolvió visitarla y acompañarla. La buhardilla ofrecía un cuadro repugnante, á pesar de cierto orden y mano curiosa, que saltaba á la vista. En un lugar, el montón de trapos asquerosos; aquí, los de hilo, más allá, los de algodón... luego clavos, alambres, cuerdas; y, por fin, no corta ración de mendrugos de pan, sacados de los basureros.

Llegábase la Vizcondesa con limosnas y regalos á hacerle compañía por espacio de una hora; y la hablaba, la leía, y rezaba con ella, esperándola ya la pobre como á la aurora del día. Mostraba ésta sentimientos de sólida piedad, animándose su espíritu resignado en la voluntad de Dios, con las dulces esperanzas de poseerle en breve y gozarle para siempre. A veces hablaba ella de la religión y de las virtudes, y la escuchaba la Vizcondesa en bondadoso silencio, llegando á enrojecerse de vergüenza, ante las provechosas lecciones de la trapera.

¡Oh qué espejo la ponía Dios delante de su vista! ¡Qué luces la comunicaba para su enseñanza! Reflexionaba la buena de Micaela, y se decía á sí misma: «¡Oh, qué contraste con mi lujo y delicadeza en la comida, qué ejemplo me da esta alma infeliz... paciente en su desamparo, esperanzada en las divinas bondades! ¡Y creciendo el fervor, y asomando las lágrimas, necesitaba retirarse á la oración, para desahogar su pecho oprimido y sus hinchados ojos!

Convaleciente ya la buena trapera, la halló la Vizcondesa hilando á la rueca, con que pagaba el arriendo de su buhardilla, que era una peseta cada semana.

Mucha amistad debieron de trabar entre sí, pues habiendo dejado de ir unos días á visitarla, acaeció encontrarse en la calle de la Magdalena, de lo más céntrico y frecuentado de París, y á las doce del día. Iba la trapera gancho en mano y con la cesta á la cabeza; y la

Vizcondesa, como de fiesta y gala, toda vestida de terciopelo corinto; cuando al divisarla la traperera, comienza á gritos, *la voila, mirala, mirala*; y ébria de gozo, se la echa al cuello de ella, abrazándola, y pegándola seis ú ocho sonoros besos..... Las gentes se páran, y rodean aquel extraño cuadro; la Vizcondesa, de pronto, con el carmín en las mejillas, muerta de vergüenza... mas sobreponiéndose sin tardanza, abraza igualmente á su traperera, que rompió á llorar, é hizo que los espectadores lloraran hilo á hilo. Como pudo, la Vizcondesa se entró en una iglesia á explayar su ánimo con Jesucristo, «que así humillaba su orgullo», esto es, así enaltecía, por la reflexión y la gracia, su acrisolada virtud. «Estas lecciones, resume la sierva de Dios, me servían de espuelas para trabajar por Dios y sufrir por su amor».

¿Y en qué fatigarse? ¿en qué sufrir? En preparar sus caminos para cumplir la voluntad divina en el estado más perfecto y conveniente, pues no sentía vocación fija de nada, por la pobre idea que mantenía de su capacidad.

También la Providencia quería ser maestra de discípula tan laboriosa; íbala á enseñar prácticamente la sentencia sobre las vanidades del siglo, que pronunció el Eclesiastés.

El 12 de Noviembre eran los días del Conde de la Vega del Pozo; y con el propósito de felicitarle y obsequiarle, convidó el Rey Luís Felipe al Conde y su familia á una *soirée* ó velada en el Real Palacio, conforme acostumbraba á hacerlo semanalmente.

Asistió, por tanto, á la reunión nuestra Vizcondesa de Jorbalán, quien nos dice que se estaba con la corte real, en verdadero seno de familia; y describe la magnífica mesa de mármoles, en derredor de la cual se sentaron, teniendo las Princesas señalado su puesto en le-

trero de ágatas, y entrelazados con ellas los señores convidados.

El Rey y los Príncipes, andaban en derredor conversando, ora con unos, ora con otros.

La Vizcondesa hallábase á la izquierda de la Reina, la cual la habló con suma confianza, explicándole lo que sabía hacer á la española, por gustarle mucho todo lo de nuestra nación.

El Rey también le dirigió su palabra, ponderándole lo bien que informaba los memoriales de los pobres, y la verdad que en ellos resplandecía, de acuerdo siempre con sus informes reservados. Y sobre todo, la habló de un inválido, recogido á petición suya en el asilo, y al cual había asistido la Vizcondesa y curado en un mal cuchitril dos meses largos, barriéndole y haciéndole la cama, y lo había llevado á confesar.—¿Cómo se ha tomado V. tanto interés por ese pobre soldado? le preguntaron los Reyes.—Señor, les contestó, porque padecía como yo de fuerte dolor de estómago.—Ya sé, añadió, que le servía V. misma, y le leía, y le llevó á confesar... El Rey y la Reina, visiblemente emocionados, y apretándole la mano de gratitud, la significaron su reconocimiento por esta caridad (1).

Impresionada salió la Vizcondesa del brillo y magnificencia del trono y de la amabilidad de los monarcas. De la Reina, escribe que resplandecía por una virtud digna de admiración, que era una santa...

Y, á poco, vió á aquella deliciosa Corte cubrirse de luto, por haber estrellado á un Príncipe sus caballos. A

(1) Llegó este rasgo á conocimiento de la Corte, ¡pero cuántos permanecerán en la obscuridad y quedarán ocultos aun á los ojos de mis lectores! Consolador es que cuando parecen inadvertidos, el rey del cielo nos sorprenderá con palabras regaladas y nada imaginadas remuneraciones.

poco «aquel mismo palacio de tanto lujo, las Tullerías, ardiendo; los reyes y real familia, disfrazados, habían huído» ante la revolución triunfante.

Cedemos la pluma á la Vizcondesa, que nos refiera las impresiones de su imaginación:

«París, en el mayor apogeo de lujosas tiendas y almacenes, convertido en escombros, y barricadas en todas sus calles; los paseos y jardines convertidos en cementerios, pues había grupos de hombres de cinco ó seis, ardiendo en más de quince ó veinte hogueras, que yo misma ví en el paseo Campos Elíseos: los hombres por las calles á la desbandada, parecían locos frenéticos. Todos los templos cerrados, el clero escondido, el Arzobispo asesinado, ¡cuánta gente muerta! ¡cuántos delitos! ¡cuántas casas ardiendo! todo París representaba un espantoso cuadro de desesperación y llanto; unos gritos tan infernales y aterradores, que parecía el infierno; las cuadrillas que representaban un partido, por su disfraz y letreros se conocían, unos sangre y fuego, otros guerra á muerte, todos de negro, los incendiarios de amarillo, los rojos furibundos de color de grana, y así los demás.

»Carros de hombres muertos salían de las bodegas de Palacio, asfixiados por la fuerza del vino que pretendían beber estos millares de hombres; yo ví salir los carros de cadáveres con treinta y cuarenta; los mismos asesinos se mataban unos á otros, ¡qué reflexiones me hacía yo misma, que fuí á verlo todo! enfrente de mi cuarto ví una casa ardiendo, y al salir las gentes por las ventanas para huir del fuego, millares de hombres y mujeres los esperaban para descuartizarlos vivos, y llevarse en triunfo cabeza, piés, manos y demás; era una cosa horrorosa, pues era una casa de muchos pisos con mucha gente y niños.

» Todo esto dejó una impresión tan dolorosa en mi corazón, que acabó de desprenderme de las cosas del mundo, que tan instantáneamente se mudan y desaparecen; bajo esta impresión me decidí á servir á Dios completamente, y en esta ocasión, como en todas, me favoreció de una manera admirable, como ahora se verá » (1).

Estalló esta revolución, que produjo la huída y destronamiento de Luis Felipe de Orleans, en Febrero de 1848. Ante el desenfreno de las turbas, la comodidad de la casa podía convertirse ahora en peligro de rapacidades. Desde sus balcones se divisaban los Campos Elíseos y el barrio del Real, de lo más céntrico de París... ¿Y había de huirse? Quedaba en casa un número considerable de alhajas recién compradas, por valor de un millón, y no debían abandonarse tampoco las jóvenes criadas españolas.

Todo era sobresalto y angustias. La Vizcondesa acudió á su oración al Santísimo, y pudo entender que el Señor la guardaría, aunque quedase con la servidumbre á la mira de la casa; por lo que aconsejó á sus hermanos se refugiasen en la embajada. «Se fueron, en efecto, pues no era vivir con aquellos temores tan justificados»; quedó tan animosa la Vizcondesa por el valor inspirado de Dios, cerraba las puertas y puso de amparo una estampa de la Virgen, y se acostaban todas las noches; lo que nadie apenas hacía, porque en la obscuridad de ella ocurrían las sangrientas venganzas. Una sola noche hubo de alarma: llamaron á la puerta exterior de la casa; los criados franceses suplicaban salvación á la señorita; se

(1) Escribiendo la Vizcondesa á bastante distancia de estos sucesos, no se cuidaba del rigor de las fechas, según nos tiene advertido: monseñor Affre, Arzobispo de París, cayó víctima de su celo en las barricadas, el 27 de Junio de 1848, pero cuando haría varios meses que la autora de estas *Memorias* se hallaba en Bruselas.

vistió ésta, y salió á la verja, conminándoles con que eran extranjeros, pertenecientes al cuerpo diplomático. Pidieron perdón entonces los revolucionarios, y no turbaron más la paz que en la casa reinaba; merced atribuída al Señor y su Santísima Madre. Hasta mandó las alhajas á su cuñada en varias ocasiones, para librarse de su peso, quedando tranquila con su gente quince días más.

Mayor apuro era para la Vizcondesa el cierre de los templos, con peligro de quedarse sin misa ó sin comunión; pero el Señor le aseguró que no la faltaría.

Tal confianza cobró, que ocurriendo la primera algarada estando en misa, se salió todo el auditorio, y ella permaneció firme hasta el fin; y aun preguntó al señor Cura si faltaría el santo sacrificio, el cual contestó que mientras acudiera una sola persona, él celebraría la misa; y así lo cumplió.

La Vizcondesa asistió puntualmente, oyendo misa y comulgando los veinte días que estuvieron cerrados los templos, no obstante de ir temprano, á las cinco, y por puerta especial, ocurriendo el que los mismos facciosos la daban la mano para subir por montones de escombros; y la tendían tablones para salvar fosos; y hasta la avisaban dentro de la iglesia, cuando iba á comenzar el fuego entre los combatientes.—Pase la ciudadana,—decían—si alguno pretendía ponerle obstáculos... (1).

Viéndose sola en la iglesia, iba á buscar á su amiga la Marquesa de Villafranca, la cual, aunque no sin miedo y recelo de sus hijas, se decidía á acompañarla, y después hasta visitaban sus pobres, alcanzando aquellos días el consuelo de la conversión de dos familias protes-

(1) «Uno de los días que no me habían dado ningún aviso, se llegó uno de las barricadas, para que me retirara al concluir la Misa, que él me acompañaría hasta mi casa».—*Memorias biográficas...*

tantes, una visitada de la Marquesa, otra de su compañera la Vizcondesa de Jorbalán.

Tras tanta asonada, volviéronse los hermanos á casa en momentos más tranquilos, y acordaron salir para Londres. Pero unas credenciales llegadas de España, obligaron á variar de rumbo al Conde y su familia.





CAPÍTULO IV

DE VIAJE: PRIMERO PARA LONDRES, DESPUÉS PARA BRUSELAS.—OBRAS DE MISERICORDIA EN EL PUERTO DE BOULOGNE.—EDUCACIÓN DE UNA HUÉRFANA.—LA SORTIJA DE LA REINA MARIA LUISA PARA LA VIRGEN.

(1848)



ARDÍA París en el fuego de la revolución; lo más discreto era huir del incendio, cuando resultó, además, obligatorio para el Conde de la Vega del Pozo, por haber sido nombrado Enviado extraordinario y Ministro Plenipotenciario de España en Bélgica. Y urgía su presencia en Bruselas, á causa de los movimientos políticos allí promovidos; por lo que fué recibido solemnemente por el Rey, como tal Ministro, en 2 de Abril de 1848.

Salió también toda su familia para Inglaterra, como lugar más seguro, acompañándola él hasta cerca de Calais; pero habiéndose indispuerto la Condesa en el camino, que le encontraban igualmente tumultuoso, hubo de partir solo el Conde para la corte de Bélgica, dejando á su mujer y hermana en Boulogne, pequeño puerto de mar en el paso de Calais.

Nuestra Vizcondesa, una vez de espera en el camino, comenzó á trazar su método de vida, consistente, como siempre, en sus horas de iglesia y oración, y espacio para sus desvalidos y enfermos, todo el tiempo en que había de descansar su hermana y no necesitaba ésta de sus cariñosas atenciones.

Jesucristo, dice el Evangelio, *pasó por este mundo, haciendo bien*. Así hacen sus viajes y peregrinaciones sus siervos.

Dominaba el protestantismo en el lugar, por lo que sólo había dos iglesias: una en lo alto de la montaña, y otra en la parte baja, en la cual vivían ellas en fonda muy aceptable. La Vizcondesa salía de casa tan temprano como en París, y se fué á confesar con el Párroco, suplicándole una lista de los pobres de la feligresía. Cautó y experimentado debía de ser el Rector de la iglesia; y por las señas que le prestó la señorita española, se dirigió al Cura de San Felipe de París, tomando informes de ella. ¡Qué informes llegarían!.... Aquel Párroco había derramado abundantes lágrimas en la despedida de su penitente, le dió su retrato; y ella, en retorno, le dejó una pintura de su pincel para puerta de sagrario.

A los ocho días, tenía la Vizcondesa la suspirada lista; pero ella ya se la había formado también con sus piadosas indagaciones. El Rector era tan considerado y amable, que los días en que, por la indisposición de la Condesa ó por asonadas de la calle, no iba pronto al templo la señorita de Jorbalán, la esperaba pacientísimo; al fin no dejaba de ser premio á la devoción, pues, con los tumultos de la época, apenas iban fieles á la iglesia.

La mayor parte de la lista eran marineros, y en aquellos días habían padecido extraordinariamente también por las revoluciones marítimas, y algunos perdido las barcas y prendas del alma en los individuos de la fami-

lia. Y era de ver á la intrépida española cómo se dirigía y sentaba al medio del puerto, desacomodado y súpico, y rodeada de aquellos rostros curtidos, les echaba sus peroraciones. Cuéntalo ella misma:

«Yo iba llena de gozo cada día para animarlos, darles limosna á manos llenas, y les hablaba un lenguaje tan fervoroso, que sacaba de la comunión y oración, que los tenía embobados conmigo; y tanto más, que nadie me conocía, lo que me gustaba á mí mucho; me tenían una silla preparada ó banco, una hora antes, y la pedían prestada, ¡qué gozo se siente! yo lloraba de alegría con ellos; era un barrio tan pobre como jamás he visto nada parecido ni con mucho, porque como los más de los señores son protestantes, éstos no dan limosnas, y hay tal miseria, que es una cosa espantosa; me contaban, cuando iba, cada uno sus historias y lamentos, y me daban cuenta, cuando iba, de lo bueno que hacían y los socorros que los de marina les enviaban, y acabamos por tener tanta confianza, que en el paseo, cuando iba con mi cuñada, me rodeaban los huérfanos y viudas que había socorrido, y le decían á mi cuñada, que me querían mucho; que no me fuera, y lloraron al despedirnos».

Algún desvalido había de sobresalir, sin embargo, de la muchedumbre. Entre sus predilectos, describe la Vizcondesa á una pobre, vendedora de bollos en unos escalones, y que dormía en una carbonera subterránea sobre montón de pajas, manteniéndose con tres ó cuatro cuartos (15 céntimos) que empleaba en pan y queso, ¡ah! pero que con su cristiana conformidad, se cautivaba el cariño de la señorita «por el ejemplo que le ofrecía». La señora Vizcondesa iba todos los días junto á ella, y se sentaba en un escalón que daba á la calle; y la leía y recitaba vidas de Santos, y rezaba con ella, no sin grande contentamiento de la pobre «y mío, pues deseaba yo

servir y agradar á Dios, venciéndome en todo lo que más costaba á mi orgullo».

¡Y cómo no conmover las misericordiosas entrañas de la Vizcondesa, las lágrimas de una huérfana maltratada, de tiernos años!.... Por la ventana de su cuarto, que daba al patio de la fonda, advertía que todos los serviciales de la casa, hombres y mujeres, maltrataban á una infeliz joven, como de catorce años, con empujones y puntapiés... y ella lo sufría todo silenciosa, y trabajaba sin cesar, y tales fueron los maltratamientos un día, que rompió á llorar amargamente.

Disgustada la Vizcondesa, llamó á su cuarto á la fondista, que era inglesa, fina y elegante; y la preguntó, —¿cómo consentía en que se maltratase á la infeliz muchacha? Y contestó la inglesa fríamente:—Es una católica, desamparada, sin deudo alguno, recogida aquí á los seis años, y con tal tenacidad adherida á su religión, que, con no ser más que bautizada, pues nada sabe de catolicismo, no la podemos inclinar á la escuela protestante; y por eso, todos se creen con derecho para tratarla mal. —¡Ah! si, pues tan molesta les es, yo la procuraré colocación, díjole la Vizcondesa.—Llévela V. enhorabuena, que aquí nos altera su terquedad, pues somos todos protestantes en casa, y no admitimos católicos á mi servicio.

Habló, en efecto, con el señor Cura y la proporcionaron colegio de educación cerca de París, pagando la Vizcondesa dos años, y otros dos el sacerdote, y quedando encargado de colocarla como doncella, una vez bien educada. A su tiempo la veremos de religiosa en España.

Con tal motivo, hablaba la Vizcondesa con la fondista acerca de la religión, y al mes de estas conferencias, le aseguró que, de no tener hijos grandes, abrazaba el catolicismo; pues á todos había maravillado el rasgo generoso con la desventurada joven.

Resta todavía consignar el gran recuerdo de la Vizcondesa, consagrado á la Virgen en Bolonia sobre el Mar. La iglesia de lo alto de la montaña se hallaba en construcción; tenía una capilla, cubierta de mármoles y dibujado un rosario con piedras raras, terminando la cruz en el centro del pavimento, y formando una clara-boya, para alumbrar otra iglesia subterránea; donde había pinturas del antiguo y nuevo Testamento, y en galerías y en hornacinas grandes se guardaban pasos de la vida de Jesucristo, representados al vivo, y no sin algún mérito. La revolución había entibiado la liberalidad de los fieles, y hacía poco se habían suspendido las obras.

Subió, no obstante, la Vizcondesa á verlas y venerar á la Virgen, que los pobres le habían ponderado lo milagrosa que era y su maravillosa aparición en la ciudad. Junto á la iglesia, se alzaba un Colegio de jóvenes de lo principal de Francia. El Sacerdote, que enseñaba uno y otro á la Vizcondesa, debía de llevar retratados, en su semblante y palabras, la piedad y el celo ardiente.

«Era un Santo—dice esta señora en sus Memorias,— para promover el culto católico; lo hacía todo y lloraba de pena al contármelo».

Traspasada de igual sentimiento la Vizcondesa, al ver las obras paralizadas, y las lágrimas del venerable Sacerdote, pensó hasta en sus alhajas para proseguir la santa empresa. Desde luego quiso dedicar una de las más valiosas y estimables: la sortija de siete brillantes, recuerdo, á la par, de los más íntimos y conmovedores. Este recuerdo la hacía vacilar.

Ella lo explica diciendo: «que estaba muy apegada á sus cosas, porque en teoría tiene uno muchas virtudes, que luego faltan en la práctica». Sin embargo, añade, «se trataba de la Virgen, y de una iglesia donde algún día

se pondría un sagrario, y en él al Señor, es decir, á mis amores, y con estas reflexiones, al fin me decidí ..»

Llovía, cuando al día siguiente quiso ejecutar su pensamiento; y no había coche, á causa de las algaradas populares; mas por temor de volverse atrás, alza los ojos al cielo, y dice: «si pára de llover, es señal de que Dios quiere mi obsequio»; y en el mismo instante cesó de llover.

Dándole saltos el corazón, subió á la iglesia, mandó celebrar una misa, que oyó; y á continuación se dirigió á la sacristía, donde hizo donación al señor Cura de la preciosa sortija, no sin llorar de pena en el momento del sacrificio. ¡Era regalo de la Reina María Luisa á su madre inolvidable! ¡era también obsequio de la madre á la hija querida!...

Pero era poner una sortija en la mano de María Santísima; bien merecía este rasgo delicadísimo de amor todo humano sacrificio. ¡Al fin se dedicaba á la Madre que no muere, elegida cuando se murió la madre terrenal! ¡Y esa Madre inmortal evocará el recuerdo de la sortija, cuando más dulce y satisfactorio lo estime su sirva para su anhelante corazón!





CAPÍTULO V

EN BRUSELAS.—REGLAMENTO DE VIDA.—LOS MAITINES.—EL NUEVO CONFESOR Y LA COMUNIÓN.—LA ESCUELA DOMINICAL.—SUS POBRES.—LA MUJER DE UN SASTRE.—EL DE LA ESCALERA DE CUERDA.—LA CORTE Y LOS PP. JESUITAS.—EL MES DE MAYO Y LOS FAVORES DE LA VIRGEN.—UN DÍA EN EL CAMPO.

(1848)



la corte de Bélgica se llega la Vizcondesa de Jorbalán para ampliar su reinado de la caridad. ¡Oh, qué imperio de halagos y bendiciones la tiende los brazos!

No tenía palacio la Embajada de España; pero el Ministro plenipotenciario, su hermano, les esperaba en hotel magnífico, que daba á la plaza de Cobder, enfrente de la iglesia de servicio del Palacio Real, y con otra iglesia, la de los Hermanos de la Doctrina cristiana, á cortos pasos, en la calle de la Magdalena, con culto esplendoroso.

Perseverante en su método de vida, la señora Vizcondesa, á las cinco de la mañana saltaba del lecho, y á la media hora estaba en una ú otra iglesia, consagrada á la

oración y sus rezos, ó sola la oración, por licencia de sus confesores, continuada de la misa y comunión, bien hasta las diez, si había de visitar á los pobres, bien otras veces hasta más de las once.

Y se le pasaba este tiempo sin sentir, y estaba todo él de rodillas sin experimentar molestia.

¿Quién puede imaginar los provechos espirituales de una alma en trato y conversación con Jesucristo, por cinco y seis horas continuadas, en oración y comunión fervorosísimas? Y sin cansancio del cuerpo, por el gozo y consolación que rebosaba del espíritu!.... ¡Oh, atracción deleitosísima del sacramento del amor!...

Ora á las diez para desayunarse, ora á las once y media, llegaba á su cuarto, que estaba en la planta baja.

«Ya mi criada—dice—me tenía una bata muy elegante y un adornito de cabeza, todo hecho con estudio, que al ponerlo no llevase tiempo, pues estaban los lazos y cintas ya cosidos, de modo que en cinco minutos me hallaba vestida; cual convenía para subir al cuarto de mis hermanos, que salían entonces para almorzar, con el Secretario señor de Sancho, los agregados, que eran cinco ó seis, Romano, Pizarro, Caballero, Azara, etc., que todos almorzaban y comían con nosotros diariamente; á las doce y media todos nos hallábamos en la mesa, á toque de campana, y duraba una hora».

Después, generalmente, se señalaba de cinco á siete para paseo ó visitas en familia, y por este tenor disponía del resto de su tiempo la Vizcondesa.

Si hallaba coyuntura á propósito en el silencio de la noche, por dejarla libre el padecimiento de su cuñada, lo aprovechaba á su sabor, entregándose de lleno á la contemplación de nuestros sagrados misterios, y al trato y coloquios prolongados con nuestro Señor Jesucristo. ¡Cuántas veces se le alargaba ésta hasta la una y las dos

de la madrugada! Y volvían hacia esa hora los empleados de la embajada de sus tertulias y esparcimientos; y como el clima y la estación fuesen templados, no se estilan allí contraventanas detrás de los cristales, de manera que aunque la Vizcondesa corría su cortina, todavía le divisaban los resplandores de la luz, por lo que exclamaba aquella patrulla distinguida, jovial y ocurrente: *La Vizcondesa está todavía de maitines.*

Su primer pensamiento, á los dos ó tres días de hallarse en Bruselas, fué buscar confesor; le recomendaron al señor Dean, ya que los jesuítas españoles se hallaban lejos, y los de San Miguel no estimaron conveniente el dirigirla, respetando y aprobando ella misma este proceder.

El señor Dean comenzó su ministerio privándola de la comunión diaria;—no hay tal costumbre por aquí—le dijo: absténgase V. un par de días, y tenga la amabilidad de volver al tercero.—Dolorida, si bien resignada, se retiró la Vizcondesa del confesonario á una capilla de la Catedral, grande y obscura, y allí explayaba sus amorosas quejas al Señor, sin hallar amparo humano, por ser desconocida hasta del propio confesor.

Embebida se hallaba en estos discursos y amarguras, cuando advierte que le dan unos golpecitos en el hombro; era el señor Dean que le decía:—vaya V., hija mía, á comulgar, he tenido gran pena en quitárselo; búsqüeme V. mañana en el confesonario, y hablaremos.—

Rebosaba de gozo y agradecimiento ella, y prometía al Señor responder con toda fidelidad á tanta prueba de amor. Al día siguiente le dijo el señor Dean que, apenas retirada del confesonario, no podía confesar más; é hizo la buscaran, conociéndola por el traje negro de moda, nuevo y distinto del vestido de las demás señoras.

Después jamás vaciló en concederla la comunión dia-

ria; y le manifestaba, que la amaba como á hija, porque «era la niña mimada y predilecta del Señor».

De lo primero que visitó, en Bruselas, fué una escuela dominical de obreros, para lo cual la invitaron atentamente. Asistían á misa, se les decía una plática, y luego se les servía el desayuno; y tras media hora de descanso, se abrían las escuelas elementales, y á otros se les preparaba para la confesión ó primera comunión. De premio por la asistencia, se les daba un pan, que se llevaban á casa, y además ropas de vestir.

Un día se acercó una mujer á la escuela, preguntando qué habían hecho con su marido, que le hallaba tan blando de genio y ahorrativo: tal era el fruto de las enseñanzas á los obreros.

Y cuando tan abundante cosecha se recogía, hubo de cerrarse por falta de recursos. Enterada de ello la Vizcondesa, habló al cuerpo diplomático, y abrió suscripción para sostenimiento de la escuela, encabezándola ella con el gasto de los dos años primeros, y disponiendo que con el resto se conservara en caja caudal bastante para el año venidero.

La Vizcondesa, advierte, que tomó apunte de todo, para, viniendo á España, plantear tales centros, «porque es cosa muy útil para enseñar al pueblo y moralizarlo, y más donde los protestantes no perdonan medio para ganar prosélitos para su religión». ¡Oh! ¡si en España se hubieran abierto esas escuelas en aquella época! ¡Hé aquí á una previsora mujer, desviviéndose por instruir y educar al pueblo, cuarenta años antes de que se haya pensado seriamente en arbitrio de tanta influencia!....

Al visitar una casa de caridad, tropezó con una joven huérfana castigada, imploró perdón para ella, que sin demora le fué concedido. En adelante preguntaba siempre por ella, y una vez la salió llorando, porque se le ha-

bía muerto su protectora, la cual le pagaba sesenta reales mensuales, y se veía obligada á salir de la casa de educación. No había que exponer más. La Vizcondesa entró en funciones de protectora y le pagó el colegio por más de siete ú ocho años, hasta desde Madrid.

Enferma de gravedad, recomendaron á la joven variar de aires, y se vino á España al servicio de unos caballeros españoles... allí encontraremos á la joven, al llegar á la narración de los sucesos de ese tiempo (1).

«Tenía yo disgustos de mucha consideración—escribe—y pregunté á la Santísima Virgen, qué quería que hiciera, á fin de que todos me los arreglara; y me dió á entender que el mes de María; como aún faltaba tiempo, estuve combinando cómo arreglarlo, para cumplir por mi parte lo que la Virgen quería; lo consulté, y me dijeron, que si no se cumplía como yo creía, tomase mi partido y resolución (2).

En este tiempo, una mañana venía yo de la iglesia de Cobder, y venían también detrás de mí dos señoras como disputándose, sí es, no es; entendí ser de mí la cuestión, y seguí esperando el resultado; al fin, la mayor, que era una señora de edad, me llamó, y me preguntó: —¿si era yo la hermana del Embajador de España el Conde de la Vega del Pozo?

—Sí, señora, les dije.

—¿Lo ves?—repuso ella á la joven.

Como era la hora de vestirme para el almuerzo, yo rehusaba me acompañaran á mi casa, pero no hubo medio; subieron á mi cuarto, y estaban como si siempre nos

(1) «Otras muchas pobres podría contar, pero no ofrecen cosa particular, ni tienen relación con mi principal mira, que era aprender para mi colegio de Madrid...»—*Memorias biográficas*...

(2) Al parecer de volverse á España.

hubiéramos tratado íntimamente; como no las conocía, yo estaba séria; ellas me cogían la mano, me acariciaban, y se hablaban las dos del gusto tan grande que tenían de verme y hablarme, todo con tanta vehemencia, que no sabía qué pensar.

—¡Qué traje tan lindo tiene V. preparado para ponerse!—decían;—y mi doncella avisó:—es que ya será la hora de almorzar.

—Sí, vamos á vestirla.

Yo me quedé sorprendida; como parecían señoras muy finas y desconocidas para mí, me hallaba confusa y sin saber qué hacer; no hubo remedio; me vistieron llenas de gozo; yo inquieta por ser ya tarde; y llega un recado de mi hermano, que no me dé prisa, que esté el tiempo que quiera. Hablamos entonces de diferentes cosas, y por despedida me piden hora para más tarde, que quieren hablar conmigo con confianza; las dije que á las tres; me dan sus tarjetas, y se van.

Yo subí á almorzar, y me hallé á todos reunidos, esperándome; todos al verme, dijeron: ¡amiga, qué visita!... sepa V. que esto no se estila en este país, son personas muy principales, la Baronesa D'Obborste, hermana de Monseñor D'Argenteau, Obispo, y Mademoiselle Meux, hija del Presidente del Banco, que acaba de ser Ministro. Me sorprendió todo esto, que yo no me explicaba todavía; me embromaron, y no creían que yo no las había visto antes de ahora. Á las tres no pudieron venir, como me mandaron decir. Fuímos mi cuñada y yo á devolverles la visita, y no las hallé; después supe que eran muy buenas y ricas, y de las principales familias de la nobleza del país» (1).

Desde la altura del trato con los nobles, ó sus horas

(1) *Memorias biográficas, etc.*

de oratorio, se retiraba á la buhardilla de los pobres y los establecimientos de beneficencia.

El amor á los infortunados la había estrechado á reducir sus gastos, y gozaba con la mayor abundancia de limosnas que practicaba. Por lo cual no deja de tener gracia al notarlo:

«En verdad que no tenía mérito en no gastar ya nada para lujo, pues tenía un magnífico equipaje todavía de París del año 1846; en el que, lo confieso con dolor, malgasté mucho dinero en vanidades; y para reparar en cierto modo esta falta, resolví no gastar más en mi persona, no siendo de pura necesidad, y dar á los pobres lo que ahorra».

La historia de la Vizcondesa, vienè á ser, por tanto, la historia de sus pobres. Vea el lector el peregrino caso de la *mujer de un sastre*, y luego describiremos otro todavía más interesante, del *pobre de la escalera de cuerda*.

Buscaba cierto día la casa de un menesteroso *en lista*, y acertó á preguntar por ella en el taller de un sastre.—Adelante, adelante, señora—la contestó por toda respuesta el maestro.—Aquí también se halla una enferma.

Tales instancias la hicieron, que aunque la causó rubor el cuadro que ofrecía el maestro con sus oficiales, sentados en una tarima á modo de mesa, y una mujer en un sillón, inmensamente gruesa é hinchada; á fin de vencer su altivez nativa, entró, y se sentó al lado de la doiente. La habló con sumo interés y cariño, y nada escaso tiempo, notando que todos la escuchaban benévolo, hasta la criada, que estaba ocupada en guisar algo para la enferma, pero que hizo corro con los demás y daba con la cabeza sus movimientos de aprobación.

Rogaron á la señorita que volviera; la enferma lloraba de gratitud; el marido quiso enseñarle la casa del pobre alistado, y en el camino manifestó que su mujer

no quería confesarse, y le descubrió los disgustos engendrados por las diversas religiones de los dependientes; que, aunque él amaba el catolicismo, entre las criadas se había esparcido el veneno, y habían entibiado en la fe á su esposa. La Vizcondesa quedó orientada en orden á las dolencias de la morada del buen sastre, y hallada la casa de su pobre, se despidió el sastre muy satisfecho.

Al día siguiente pasaba la Vizcondesa por delante del mismo taller, como distraída y sin intento de detenerse; pero la enferma la llamó, y dió quejas de cómo visitaba á otros, y á ella no, cuando pudiera necesitarla más que los otros, y la declaró á media voz sus circunstancias. Formado su plan, hízose de rogar la Vizcondesa, y la ofreció visitarla todos los días. Recibida amablemente, con ánsia y benevolencia, la leía libros buenos, y la hablaba con la energía de un apóstol.

Para ello se preparaba en la oración, pidiendo al Señor luces y unción espiritual, á fin de que obrara Él en aquella alma la mudanza apetecida. Uno de los días en que más fervorosa se sentía, con el libro abierto delante, fingía leer, y despedía palabras de fuego, que ella misma no sabía de dónde le brotaban; y lloraban todos, y ella con ellos, que era un torrente de lágrimas y un suspirar como soplo de brisas.

Levántase á despedirse, y abraza á la enferma con cariño tiernísimo; y al volverse, se ve ella de improviso abrazada, á su vez, por dos señoras que lloraban, igualmente conmovidas: eran la Baronesa D'Obborste y la señorita Meux, las dos de la visita arriba mencionada. ¡Qué sorpresa para la Vizcondesa! Corrida de vergüenza, dice que buscó la calle; pero también las señoras la siguieron los pasos, y no la quisieron abandonar hasta la Embajada, rogándole les admitiera en su compañía á la visita de los pobres.

«Mi enferma—termina la Vizcondesa—recibió todos los sacramentos con gran fervor; y estas señoras pusieron el altar, y les siguieron haciendo su visita, hasta que murió muy conforme y resignada, y todos muy satisfechos de la casualidad ó providencia de Dios que me llevó á aliviar su aflicción».

La casa del sastre debía de ser visita de estas señoras de la conferencia; y por haber notado que la Vizcondesa salía de allí, y dándose á indagar quién podría ser, de ahí que la siguieron las huellas hasta subir á su cuarto con la confianza de hermanas de la Caridad. Luego lo celebraban unas y otras, regocijándose grandemente en el Señor, como lo expresan ellas mismas: «nos reíamos, y admirábamos la confianza y unión que da la religión, y más cuando se ejerce la caridad con los pobres».

Acudía nuestra caritativa dama donde más necesidad advertía, á los más penosos y desatendidos, y gracias á Dios que le plugo describir alguna escena de tanta triste variedad como se le ofrecerían. Oigámosle referir á la varonil española, con festivo tono y vivo colorido, la del *hombre de la escalera de cuerda*, á la visita del cual lleva á sus ilustres compañeras:

«Embromé mucho á mis dos nuevas amigas y acompañantas con la visita que íbamos á hacer á uno de mis pobres; como siempre he tenido buen humor, muy alegre, las hice reir con decirles que ellas no podían ver mi pobre, porque eran cobardes y medrosas.

Estaba en una gatera ó pieza, que le dieron en una buhardilla, y no tenía más entrada que una escalera de mano, que se enganchaba en el suelo, pues siempre se hallaba asegurada en lo alto... Cuál fué la sorpresa de mis acompañantas cuando cojo la escalera de cuerda, la engancho en la pared opuesta en un clavo colocado al intento y me ato á la cintura un saquito en que llevaba el

socorro para mi pobre enfermo, que hacía dos años se hallaba en una cama al cuidado de una hija costurera, que le llevaba de su trabajo el alimento y le tenía que dejar solo todo el día; y solo dos veces en el día iba á dar una vuelta; y yo iba todos los días, le leía, hablaba, rezaba con él y éramos ya muy amigos, su segunda hija; y como no sospechaban quien yo fuese, tenía más libertad para hablarme, y llevar yo lo que conocía le podía hacer más falta. Tenía una camisa rosa, de un vestido de su hija, y con otros dos de distintos colores hizo las sábanas, un jergón de paja y unas viejas mantas; yo repuse este ajuar, y como á duras penas cabíamos la hija y yo para mudarle la cama, que ella sola no podía, yo la ayudaba con un gozo indecible de pintar.

Este día subí por mi escalera, y desde lo alto las hacía rabiarse; pues intentaban subir, ya la una, ya la otra, y al quinto escalón temblaban, y se bajaban sin atreverse á subir; yo creía subir al cielo, y con la idea que Jesucristo se hallaba representado por aquel enfermo, me sentía con las fuerzas necesarias, las justas, pues temblaba yo también siempre que subía: por demás está el decir que me daban estas señoras todo lo necesario para el padre y la hija; que yo le daba trabajo para hacer al lado de su padre, que tenía esta pieza, aunque chica, buena luz. Como yo le inclinaba á confesarse, ponía el obstáculo de no poder subir el sacerdote; y como á estas señoras les daba tanta pena el no poder subir, debieron de hablar del asunto y de la confesión; y el Cura párroco se ofreció, en vista de que ya que subía su hija y yo, él lo podría hacer del mismo modo; y fué una escena muy tierna el ver al señor Cura párroco subir la sagrada comunión al enfermo.

Confieso que en mucho tiempo no olvidé la impresión que esta escena me causó; como ya la gente se enteró,

bajaron al enfermo; y como ya no me necesitaba por estar bien, lo fuí dejando» (1).

Asuntos más graves de la gloria de Dios tomaba igualmente con interés, y los desempeñaba á maravilla.

Precisando el Rey hablar al Ministro de España sobre asuntos delicados y graves, avisó al Conde que esperaba á toda su familia en audiencia de confianza; y así recibidos en las salas de la Reina, el Monarca y el Embajador conversaron largamente apartados en un ángulo, y la Condesa de la Vega del Pozo y la Vizcondesa de Jorbacán hablaban de varias materias con la augusta señora. Coyuntura tan feliz, de amistad y franqueza, aprovechó la Vizcondesa para hablar á la Reina del disgusto de los Jesuítas con el Cura de la parroquia de Palacio, y suplicarla lo arreglara; así como se dolió con ella de que no se celebrara más función de las flores en las iglesias, que de noche, hora para ellas de comer en la Embajada, como en otros aristocráticos sitios.

Hablaron asimismo de las prendas de su común confesor, el señor Deán, y tan enfrascadas iban en la sabrosa plática, que la Reina de pronto abrazó á la Vizcondesa, y les besó, suplicándoles fueran cuando les placiera á sus habitaciones, aun por escalera reservada.

Su Majestad, en efecto, templó la tirantez de la Corte con los Padres, y la Vizcondesa fué á visitar al párroco de Palacio en compañía del P. Delcom, S. J., suplicando, como demostración de buena armonía, encargara á aquel Padre, que era excelente orador, los sermones de Cuaresma, lo que el Cura la ofreció juntamente con un confesonario para ellos, según deseo general.

Se alcanzó también concedieran pasaportes á los Padres, que eran muchos, diecisiete ó veinte, para salir de

(1) Sus *Memorias* citadas.

Bélgica y llegarse á España, todo por mediación de la Vizcondesa, que interesó á la Embajada y á la Reina en el asunto. Los Padres Guerrico y Lavandera, muy agradecidos, deseaban acompañar á Nivelles (1) á las señoras Embajadoras, pero á la Condesa de la Vega del Pozo, que mostró vivos deseos de complacerles, se lo estorbó su quebrantada salud, y tampoco lo pudo ejecutar la Vizcondesa por sus grandes atenciones.

Al día siguiente de la entrevista, un criado de Palacio entregaba en la Embajada una carta de la Camarera mayor, la Condesa de Merode, para la Vizcondesa, diciendo que la Reina la avisaba que en Mayo se tendría el mes de María en los Mínimos, con misa y manifiesto á las diez de la mañana, y se terminaría á las doce. Después supo que costeaba esa función la Reina, en obsequio á las señoras de la Embajada española, y las esperaban con estrado y sillones.

La Vizcondesa celebraría el suspirado mes de Mayo, dentro y fuera de casa. Dentro, llevaba una intención delicada, porque, después del *maitre d'hôtel* inglés, que dejamos en descubierto, arribó una criada cizañosa y dañina, que la proporcionó ratos amargos. Gracias á la noble índole de la Condesa de la Vega del Pozo, y á la paciencia de su cuñada, que de otra suerte viérase ésta en el trance de volverse á España. Á fin de acertar en aquellas angustias, ofreció la Condesa bajar al rezo *de las flores*, aunque fuera á las doce de la noche, si no había podido á otra hora. La Vizcondesa adornó su oratorio con gusto y esmero; y todos, sin excepción en la Embajada, consagraron el mes á María. Al final de él, aparecieron en clara atmósfera los buenos, y también en tenebrosa reserva los infieles: dos criadas de los disturbios

(1) El santuario de las Santas Formas.

no quisieron recibir los sacramentos, y fueron inmediatamente despedidas por los Condes; «y hace hoy dieciocho años, afirma la Vizcondesa, sin que una sola vez se haya turbado la paz, de modo que llegó mi hermano á ser lo más feliz, y todos en casa; se despidieron las dos criadas que infernaban, y nada después turbó la armonía: rezábamos, leíamos, y el paseo era una plática instructiva; no pedíamos á Dios nada que no nos lo concediera». La Condesa María Nieves quedó maravillada y gozosísima.

Deslizado así el mes de las flores, esperaba á la Vizcondesa otra fiesta de complacencia, por los días de San Pedro. Cobraronla tanto cariño la Baronesa D'Obborste y Monseñor D'Argenteau, su hermano, que con grande empeño la llevaron á una magnífica casa de campo, que poseían en las cercanías de Bruselas.

Descollaba al lado del Palacio bellísima y suntuosa iglesia, donde el señor Obispo les decía la misa, á la cual acudían de las aldeas inmediatas; especialmente el día del Príncipe de los Apóstoles se celebraron solemnes funciones, con asistencia de los Señores de las casas de campo y de los pueblos vecinos, pronunciando el Prelado una plática que conmovió á todos.

Como fruto del sermón, la obsequiada Vizcondesa regaló al señor Obispo unos corazones de Jesús y María, en miniatura.

Infinidad de gente le regalaba obsequios y limosnas para los pobres, y las escuelas que sostenía enfrente de su Palacio, en un edificio de forma de naranja, dividido por un tabique central; media naranja para los chicos, y la otra para las niñas de toda la comarca. Volvíanse á sus casas, guiados los primeros por un hombre, y acompañadas las niñas de una mujer, por distinto camino, y les iban dejando en sus respectivos domicilios.

Era la escuela mejor montada que había admirado la Vizcondesa, donde no se aplicaba otro castigo apenas que ser despedidos; y como era pensamiento suyo, lo del trato suave, para el Colegio de Desamparadas, de todo sacaba apuntes y provecho. Figuraba allí lujosa librería, muy escogida, de lo mejor de cada país; estufa además para millares de tientos en galería larga y ancha, que servía de paseo; y otra galería igual de pinturas, de raro mérito y valor.

Todo se lo enseñaba y explicaba el Prelado, pues hallábanse locos de contento por tener en su compañía á la Señora Vizcondesa.

Por la descripción que tomamos, casi á la letra, de la pluma de esta señora, habrá descubierto el avisado lector todo el gozo de agradecimiento suyo, durante los tres días en que allí fué espléndidamente obsequiada.





CAPÍTULO VI

Á SPÁ, Y VUELTA Á BRUSELAS.—BAUTISMO DE LÁGRIMAS DE ARREPEN-
TIMIENTO.— ANHELOS POR LA DULZURA DE CARÁCTER.—LIMOSNA
GRUESA.—DESAPARECE REPENTINAMENTE SU DOLOR DE ESTÓMAGO.
—JUNTAS DE LA ADORACIÓN Y DE LOS ORNAMENTOS.—REDENCIÓN
DE JÓVENES EXTRAVIADAS.—LA COMUNIÓN DEL PRÍNCIPE.



OR el mes de Junio de este año de 1848, re-
comendaron los médicos á la Condesa de
la Vega del Pozo las aguas de Spá (1), y era
claro que su cuñada Micaela, la había de acompañar á
ellas. No solamente esto: sino que fué estilo suyo, á cada
merced recibida del cielo, corresponder con nueva ofren-
da. Acababan de triunfar la verdad y la paz en su fami-
lia, descartada ella de servidores cizañosos, y por todo
aquel bienestar doméstico, se deshacía en votos y más
votos. Ya le tenía de obediencia al P. Carasa, y el lector
sabe con qué rapidez formulado; pues ahora igualmente,
ante la idea de acompañar á su hermana política, y sien-

(1) *Spá*, célebre por sus aguas minerales, se halla en la provincia
de Lieja, cinco leguas al S. E. de esta ciudad, en el mismo reino de
Bélgica.

do deudora á la Virgen de todos estos cariños y lazos estrechados, ofreci6la obedecer á su cuñada como á superiora. De esta forma la atendería, como á los cortesanos celestiales, é imitaría al Angel en su viaje con Tobías.

Una idea amarga le ocurri6 y preocup6 hasta en la oraci6n: la de si gozaría de la comuni6n diaria y visita al Sacramento en los caminos y los baños; pero su espírиту creía recibir esta respuesta: «Sé tú fiel, que yo no te faltaré».

Así fué; en Spá encontr6 impensadas holguras para sus devociones. La Condesa la dejaba largos espacios con la toma y reposo de sus baños; el Párroco, hombre de virtud y talento, sumamente amable, la confiaba las llaves de la iglesia, para que á sus solas y á sus anchas visitara el blanco de sus amores; y además la puso en relaci6n con unas religiosas de la Cruz, que intimaron mucho con la Vizcondesa, en virtud de ser esmerada con los pobres.

Con tanta facilidad y tiempo, además de dedicarse á la oraci6n por la mañana, se extendía en ella por la noche, como acostumbraba en Bruselas.

Hallábase cierto día, cerrada y sola en la iglesia, en fervorosa oraci6n, y le di6 á conocer el Señor con luz viva la fealdad de los pecados de toda su vida, que se le grabaron hondamente en el alma; y le traspas6 el corazón «ver claramente lo que con ellos había ofendido á Dios»; y deshecha en llanto, se sentía morir de pena...

No fué pequeño su susto al entrar el Párroco, su confesor, tan venerado por el pueblo; y gracias que, apercibido, sin duda, de aquellas lágrimas y suspiros, sentado en el confesonario, la llamó para que le explicara su aflicci6n. Se lo refiri6 entrecortada y sin poder reprimirse en llorar y en el quebranto de su dolor; mas él la aseguró, en nombre del Señor, que estaban perdonadas

aquellas faltas, y, á su juicio, era aquella contrición uno de los favores más notables, otorgado por la divina misericordia.

Hubo necesidad de sacarla al jardín, servirla un vaso de agua; y después de consolarla, hablando de Dios, la despidió serena y vivificada.

La estancia en Spá fué corta, pero llevaba de ella la memoria y la regeneración de este nuevo bautismo: el Párroco la regaló, para lectura del camino, de regreso á Bruselas, un libro sobre la *Dulzura de carácter*, por que tanto luchaba la Vizcondesa, y era su propósito constante, la cifra de su perfeccionamiento espiritual. «Como los favores divinos dejan al alma tan animada y fortalecida, yo le ofrecí al Señor vigilarme de modo que no le ofendiera gravemente con su ayuda, pues de faltas veniales no me parecía aún posible no cometer miles, con mi viveza, carácter enérgico y mil cosas más que diría, si no fuera una virtud la humildad, de que estoy muy lejos». Pero hartó conocería la sierva de Dios la diferencia que media entre los pecados veniales deliberados y cometidos á sabiendas, de los perpetrados por pura flaqueza humana, que envuelve la debilidad de los actos de nuestras facultades; como el obrar con asentimiento imperfecto ó sin advertencia apenas, cual acaece en los movimientos primeros, á que se achacan de ordinario las imperfecciones del temperamento ó carácter. De seguro, que á las alturas de fervor en que se hallaba la Vizcondesa, huía igualmente de los pecados veniales deliberados.

Sobraron por entonces de sus economías á nuestra caritativa Vizcondesa dos mil reales, y en las dulces confianzas engendradas en la conversación con Dios, le decía:—Señor, dignáos darme una señal de á qué pobre haya de dar esta limosna; y parecía que le contestaban:

al que pida—diciendo: *pedid y recibiréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán...* ¿Quién me va á venir recitando textos bíblicos, se decía ella? No he oído á ningún pobre aducir el Evangelio ni traer los salmos para pedir.

Acabada su oración, volvió á casa; y le seguía sus pasos una viejecita, rogándola por el Santísimo Sacramento. Al oír este nombre, se sentía inclinada á favorecer con la gruesa limosna á la anciana... pero, no, esa no era la consigna del día... Mas cuando la Vizcondesa apresuraba el paso, la detiene la vieja á la puerta de la casa, diciéndole textualmente: *pedid y recibiréis*, etc., «todo, sin faltar una letra...» Temblaba la Vizcondesa de conmovida... la abrazó de gozo, y la pidió las señas de su domicilio. Apenas almorzó, se volvió á la iglesia, porque «estas cosas recogen y enfervorizan el alma, y necesita uno desahogarse con Dios».

Á poco se llegó al zaquizamí de la viejecita, que por cierto era buenísima, muy apreciada de la vecindad, casi ciega y sin poderlo ganar; y la entregó los dos mil reales. El dueño de la casa se ofreció, mediante contrato, á darle casa, y mantenerla por ellos todo el resto de su vida.

Extraordinaria merced, enlazada con la memoria de la sagrada eucaristía, recibió asimismo la Vizcondesa, por este mismo tiempo de su permanencia en Bruselas, como que le desapareció repentinamente aquel crónico y dilacerador dolor de estómago. Pero de qué modo tan maravilloso, oígalo el lector del corazón agradecido de la sierya de Dios:

«Como yo padecía tanto del dolor de estómago, en Agosto de 1848 estaba un día echada en mi sofá calentándome á la estufa, pues era el dolor tan fuerte, que temblaba de frío; entró mi hermano á preguntarme á qué hora quería el peluquero, pues teníamos gran comida en casa; asistía todo el cuerpo diplomático.

—Conmigo no cuentas, porque me siento muy mala hoy.....—pues teniendo este dolor, sólo echada podía estar.

—¿Y tu vestido de París, que acaba de llegar para esta comida?

—No te canses, que no me puedo vestir.—Se fué lleno de pena por verme sufrir, y la falta que le hacía este día. Yo leía, para distraerme, un milagro de unas Sagradas Formas, que había ocurrido hace muchos años en el Boi Segner Isceec, cerca de Nivelles; y al final del libro donde yo leía, contaba cómo Dios había castigado á un sinnúmero de personas por haberlo dudado; y contaba estos castigos, uno por uno, á los que no habían querido creer que las Formas chorreaban sangre, y hoy día sé conservar aún frescas, y la sangre lo mismo; y los corporales todos empapados, en la que corrió por espacio de cinco días, y están en una capilla especial, para esto, que todos van á visitar diariamente.

Yo dije para mí:—sí lo creo;—basta que esté aprobado por Su Santidad; pero si se me quitara este dolor de estómago, que en diez años que lo sufría no hallé remedio ninguno que me lo aliviara... pero si ahora se me quitara, lo creería mejor (aunque yo lo sufría muy resignada y por el amor de Dios y para que me sirviera en expiación de mis faltas). Después que hube pensado esto, me remordía la conciencia, y me decía, hago mal en quejarme por este padecimiento, que hoy es mi única cruz, y justo es sufrir algo, pues que nunca pedí al Señor me lo quitara. ¿Para qué quiero yo la salud, repuse enseguida?, para poderme emplear mejor en obras de caridad; y como si me creyera haber comprometido más de lo que yo deseaba, dije, la mitad de mi fortuna y la mitad de mi tiempo (*ofrezco*), porque toda mi vida me parecía demasiado, y no me sentía con fuerza para más.

En el mismo momento se me quitó el dolor de estómago; y no le he vuelto á sentir más, á pesar de hacer hoy dieciseis años de esto, pues ni siquiera he vuelto á recordar cómo era el dolor: ofrecí ir á dar al Señor las gracias, lo que no pude cumplir por no ser yo dueña de mi voluntad, y que siempre que lo intenté, hubo un obstáculo que lo impidiera.

Me vestí, subí al cuarto de mis hermanos; que al verme tan elegante y de buen color, me dijeron:—tú estás loca, hace dos horas te morías, y ¿ya estás buena?

Se lo dije á mi cuñada, porque yo no cabía de gozo dentro de mí; el confesor me encargó lo callara por Dios, porque no llamara la atención; y como no sabía yo si era por mucho ó poco tiempo, no se dudara después, de lo que para el señor Déan y para mí era un milagro.

Esto fué para mí un gran favor, y cada día que pasaba, me sorprendía de un modo nuevo; pues nada de lo que antes comía me paraba en el estómago, causándome un dolor mortal, que como dije, lo creían los médicos un cáncer, y como no volví á tener síntoma alguno, llamaba mucho la atención de todos en casa; y á mi criada Eduviges no se lo pude ocultar» (1).

¿Qué obsequio consagraría al cielo ahora la Vizcondesa, sintiendo el bienestar inapreciable de la salud; el descanso en vez del peso abrumador; la paz en lugar de la guerra, y la fortaleza y el aliento, desaparecida la flojedad y el desmayo?

Fué tanto lo que esta señalada merced la animó á ofrecer á Dios toda clase de sacrificios, que con mayor ahinco se dedicó á establecer en Bélgica la adoración al Santísimo, como lo había verificado en París conforme á las instrucciones de Mr. de la Bullerie, y á socorrer

(1) *Memorias biográficas...*

las iglesias pobres, que lo estaban de manera lastimosa en todo el reino.

Á este propósito, fundó una congregación, compuesta de señoras ilustres, de sus amigas Mademoiselle Meux, la Baronesa D'Obborste, D'Argenteau, señoritas Jolí, Laserna, D'Evañ, hermana del General de su nombre, bajo la dirección del Jesuíta P. Borín, quien les perfeccionó el reglamento.

Y comenzó por desprenderse de sus alhajas, y prestar todas sus atenciones y servicios, escribiendo á los Párrocos para que les manifestaran sus necesidades de ornamentos y vasos sagrados. Fué tal el acopio, que no cabía en los armarios del cuarto de la Vizcondesa, y se instalaron en un salón de un colegio de Religiosas, colocando treinta ó cuarenta armarios bien surtidos. La Reina las suministraba en abundancia, con orden de suplicarla cuanto necesitaran. Su dama, la Condesa de Merode, las ayudaba sobremanera.

Con el tiempo llegaron estas señoritas á poseer convento especial, para la excelente obra de los ornamentos y de la adoración al Sacramento, viviendo la Corporación muy floreciente.

Entendíase principalmente para todas estas obras de celo con la señorita Meux, de bella índole, activa y de claro talento. Citábanse á la salida de la iglesia para unos jardines de enfrente á Palacio, reservados, donde á solas se comunicaban sus pensamientos é impresiones, y por pacto establecido, se hacían las veces mútuamente de ángel custodio, avisándose sus faltas. «En Bélgica las señoritas de veinte años salen solas, y yo empecé esta costumbre, que me vino bien para mis pobres y rezos», observa la Vizcondesa.

La nombraron dama de caridad, y de las Hijas de María de tres ó cuatro corporaciones.

Otra obra de celo fué la redención de jóvenes de vida

airada. Hallábanse éstas muy reglamentadas en Bélgica; no sólo tíznanse sus casas de un color especial, y rejas y puertas, teniendo sólo cuartos bajos de ventanas á patios interiores, sino que las mismas mujeres han de vestir públicamente una collereta rizada, que levanta una tercia al rededor del cuello, en forma ridícula. Deben ceder la acera á todos indistintamente; no pueden salir acompañadas de nadie, ni de hombres, de niños, ni mujeres, ni entrar en iglesia alguna. No se les despoja de la señal de la infamia, mientras persona de algún respeto no responda de su enmienda. Se arrastran, en efecto, en el bien merecido desprecio del público, tratándolas además con rigor en la observancia de las reglas.

Por lo mismo, á la Vizcondesa la inspiraban lástima profunda, y se lanzaba á redimirlas de abyección tan repugnante. Visitaba sus casas, las instruía en la doctrina cristiana, y les enseñaba los fundamentos de la religión; y cuando parecían dispuestas y bien arrepentidas, las llevaba á confesar en la Magdalena con el P. José, ellas por una acera, y por la opuesta su protectora. Después las buscaba colocación en las casas, ó taller donde ocuparse; pues la mayor parte eran encajeras, como oficio del país, y de todas maneras las entretenía en hacer flores sueltas, prefiriendo aun ellas mismas el trabajo á la limosna; y tantos ramos de encaje acumuló, que formó un pañuelo ó chal de Bruselas, de raro mérito y valor, al cual intitularon sus amigas el *pañuelo del cielo*.

Á las enfermas las visitaba y socorría. Así salvó á muchas, obteniendo de la policía patente limpia, y arrancándoles ella misma la infame *collereta*. Por todos los distritos y barrios conocían y consideraban á la señora Vizcondesa; por lo que sin obstáculo, antes con amable acogida, libertaba á esas almas de tan vergonzosa servidumbre.

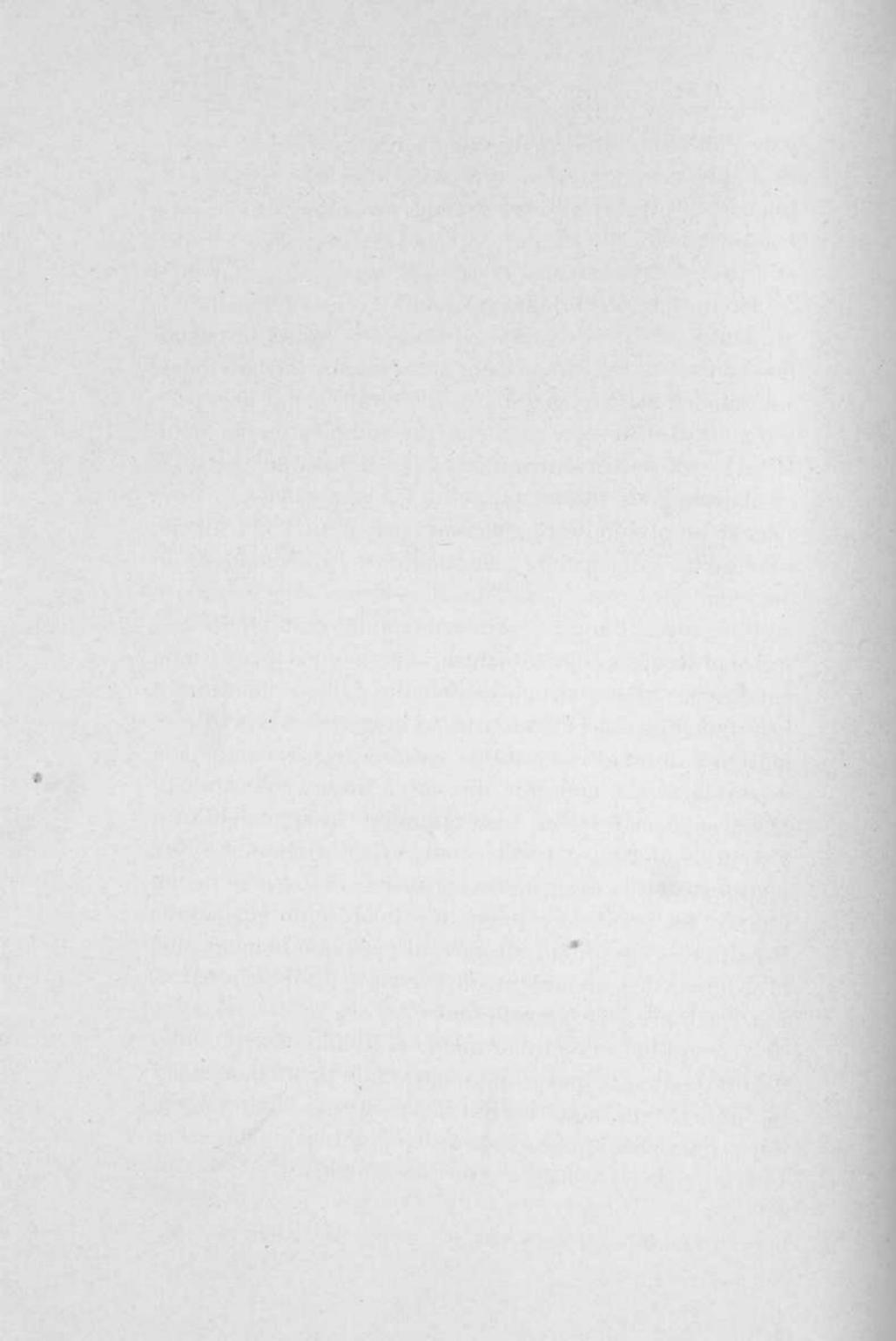
Derramaba la sierva de Dios el buen olor de piedad

y de nobleza por toda Bélgica; sus hermanos, los Condes Embajadores, honraban su representación española; las puertas del Real Palacio estaban para ellos á toda hora franqueadas, y lo que más vale, se les dispensaba sincera intimidación y estima.

El aprecio de la Reina para con la Vizcondesa iba en aumento; advertíase, apenas pisaba ésta los umbrales de la casa real en las cortesías de los funcionarios palatinos, y la misma augusta señora la distinguía y miraba, pregonando con los ojos y la sonrisa, todo cuanto el señor Deán, confesor de entrambas, la podía confiar. Llevóse su Majestad por alguna temporada al campo á este señor, mas no se olvidó de rogarle volviese alguna vez á Bruselas, para satisfacción y desahogo de la Vizcondesa de Jorbalán.

Llegado el día de la primera comunión del Príncipe, quiso el Rey, su augusto padre, dar un convite, á fin de celebrarla con los regocijos, el brillo de la esplendidez y la animación, convidando, desde luego, al cuerpo diplomático y al lucido séquito de sus familias. La embajada española fué la más honrada en la fiesta, colocando el Monarca, á su derecha, á la Condesa de la Vega del Pozo, y á su izquierda, á la Vizcondesa de Jorbalán. El Rey manifestó á ésta los grandes cariños de la Reina para con ella, y les ponderó el bien inestimable que disfrutaba España con su unidad católica, al paso que le amargaba el ánimo el desgarramiento de las familias en otros países por las diferencias de religiones.

Coronó la espléndida función la Reina, ofreciéndoles vestidos y telas, que mandó luego con profusión, para la Junta de auxilios á las iglesias pobres; y como tan generosa Princesa, obraron á su ejemplo las damas de su Corte, y otras nobles y piadosas señoras.





CAPÍTULO VII

REGRESO Á LA PATRIA.—DE PUEBLO EN PUEBLO, DE VIRTUD EN VIRTUD

(1848)



Por fin aconsejaron los médicos, como último remedio á la insistente dolencia de la Condesa de la Vega del Pozo, el viajar. La compañera de su gusto y confianza, fácilmente se adivina: continuaría su cuñada, la Vizcondesa de Jorbalán, tanto más que en el entretanto quedaba en la Embajada el Conde Plenipotenciario.

Se preparó un carruaje con las comodidades posibles para las señoras y la servidumbre: en el cabriolé delantero iría el mayordomo Mr. Morlet con el maestro de postas y postillón, detrás un criado y una criada, y en las vacas el abundante equipaje de entrambas, hasta alhajas y cama para la Condesa, además de ciertos comestibles, medicinas y cuanto conducente se estimó para el caso. El viaje era una medicina, y habían de ahorrarse las molestias, para alivio de la doliente; á este fin, paraban y

descansaban donde quiera que el mal arreciaba, y el mayordomo corría con las cuentas y la intervención en las posadas, para dejar descuidadas á las señoras.

Al conocer el plan la Vizcondesa, se dijo apurada para sus adentros:—De viaje y por los pueblos, ¿qué será de mi comunión? Si yendo á un punto frecuentado, como Spá, le asaltó esta angustia, ¿qué sería rodando por villas y aldeas? Con las diferentes opiniones y comedimientos de los confesores en materia tan delicada, ¿cómo llenaría sus ánsias espirituales?... Se arrojó, como antes, á la oración, expuso sus temores y congojas al Señor, y recordando el contrato amoroso, ratificábale Jesucristo, diciendo: *Po no te faltaré, que no quede por tí.*

Y cantarí ella como la esposa del *Cantar de los Cantares*, al decir sabroso del extático Juan de la Cruz:

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas,
No cogeré las flores,
Ni temeré á las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras...

Ella, que sentía dulcemente estos regalos, se deshacía en ofrecimientos y votos, alzándose con inconvencible confianza de abrazar en su pecho siempre á su adorable Sacramento.

No le había dado tiempo el Señor para reflexionar—dice candorosamente—cuando emitió el nuevo voto de hacer lo posible para no faltar ella en la diligencia para la comunión diaria.

Y se espantaba luego de los lazos santos, de tanto voto, con que se iba ligando á su dueño y amor. Pues sin pensarlo, se halló que tenía formulados cinco votos: el de virginidad; el de pobreza, partiendo sus rentas con los pobres; de obediencia al confesor, P. Carasa; de obe-

diencia igualmente á la Condesa, su cuñada; y ahora el del contrato eucarístico; y de nuevo, en la perspectiva del viaje y para corresponder á la amorosa gracia del pacto divino, su oblación y obediencia á la Condesa, prometiendo hacerla prontamente, eclipsado su juicio propio, y respirando dulzura y espontaneidad; y quería extender estos actos hasta con la servidumbre y los posaderos, para no ser más que caridad, abundante fuente de caridad manando dulzuras á cuatro caños.

Temiendo no se engañara con el último voto, lo consultó con los PP. Jesuítas de San Miguel; y tanto ellos, como su confesor y confidente, el señor Deán, le prestaron la más completa aprobación. «¡Qué felicidad tan grande—exclama—en no hallar disentimiento en los directores!...»

Con este gozo, y un gran fervor y paz infundidos en su alma, emprendieron los paseos del viaje, experimentando siempre los milagros que Dios obra para regalar á sus amantes, y que con exactitud escrupulosa quiso apuntar, obedeciendo la Vizcondesa, para clara demostración de la bondad divina (1).

Era la viajata en los comienzos del verano. En el coche se hacía la vida acostumbrada de la Embajada: comenzaron por lo más discreto y santo: «hicimos del coche una capilla»; rezaban, tenían las meditaciones y lecturas, conversando luego acerca de lo que leían, y en las ciu-

1) «Como todo fué obra del Señor, lo digo cual pasó, tanto más que prescindo, tanto de mí, que me figuro no soy yo, ni de mí lo que digo, tal como lo voy recordando; tanto más que hay cosas que olvidé, y al escribirlas tal cual las voy recordando, aunque sin fechas fijas; los hechos sí son exactos; en esto voy con eserúpulo de su exactitud».

La cronología, en efecto, ha ofrecido por sus inexactitudes, tropezos no pequeños.

dades populosas, mientras les preparaban almuerzos ó comidas, visitaban al Santísimo largo rato.

Paseaban luego por el pueblo y se entretenían, como todo forastero, en visitar lo notable de la población. Y hasta trabajaban de camino; ambas se iban bordando en seda su vestido de baile; la Condesa, de gasa azul; la Vizcondesa, de rosa; y aunque corrían los caballos, bordaban con pulso por el cómodo movimiento del coche. Al llegar la tarde ó noche, alojábanse en la mejor fonda; y la Condesa daba la orden de salida para el día siguiente, que solía ser temprano, hacia las cinco de la mañana. Al consultarla y tratar de dar gusto á su querida hermana, ésta dábale maña para que no rigiera su voluntad, siquiera se viera imposibilitada de fortalecerse con su pan angélico.

En este caso, ¿á qué industria apelaba para la observancia de su pacto eucarístico? Es el amor muy ingenioso; se arreglaba con su despertador, y su corazón. Salía hacia las cuatro de la madrugada para la iglesia, sin molestar á nadie; oía misa, comulgaba, y á la hora señalada estaba dispuesta al pié del carruaje.

Al llegar, no recordaba si á Amberes (1), sentíase la Condesa mal y dispuso salir más tarde. La Vizcondesa, después de varias vueltas, por carecer de guía en la alborada, entró en la primera iglesia que halló abierta; era pequeña y linda, de mujeres arrepentidas. Bastaba este nombre para que después de comulgar y orar largo rato, mostrase deseo de visitar la casa. Se la enseñó la Superiora: reducida y limpia, como un juguete, pero comprendió con pena que no era aquello lo que buscaba

(1) Salieron de Bruselas para París al parecer, y Amberes era camino opuesto, á no ser que decidieran visitarle expreso, ya que no se proponían otro intento que el viajar.

para sus desamparadas. Ella tampoco se quedaba corta en preguntar. Y á vueltas de indagaciones, aprendió una cosa importante. La contaron, al saber que iba de viaje con su cuñada y que no tenía ésta familia en varios años de casada, los milagros que había obrado San Francisco de Paula con muchas conocidas suyas, dedicándole trece viernes seguidos, con misa y vela en la mano, sin que hubiera ejemplar de señora que no fuera oída y favorecida. Lo apuntó en su cartera la Vizcondesa, pues no conocía al Santo, aquel rostro extasiado hacia el *Charitas*, su emblema irradiado de luz, soberbiamente dibujado por el pincel de inspirados artistas.

No hay que declarar el gusto de la conversación, al tiempo del almuerzo, refiriendo los milagros del Santo desconocido. Paseando más tarde por la población, dieron con la casa de las Arrepentidas.

—Esta es, dijo la Vizcondesa.

—Bajémonos, añadió la Condesa. Y oyeron de nuevo la curiosa relación de la mañana. Al oír tantos milagros obrados por la caridad, que «era justamente mi afán, todo en caridad y por caridad, desde entonces le tuvimos devoción á este Santo las dos».

¿Y dió esta devoción el fruto apetecido? Indudablemente; hablaremos de él en su lugar.

De todo hay en los viajes. Un día tocaban, ya de noche, con un pueblo; pero llovía tanto, y restaba una cuesta, y obscurecido todo, que no pudo subir el coche; y hubieron de albergarse en el mesón de un despoblado. Salida del mesón... cuanto antes, fué la orden; á las cinco, todo corriente. Continuaba la fuerte lluvia á las cuatro, la hora del despertador; y no sabía qué partido tomar la Vizcondesa. Levanta el corazón al cielo, y dice al Señor: *Si debo ir á la iglesia, cese de llover, y será la señal de que tú lo quieres*. Se viste, y cesa la lluvia.

Salía á tientas y equivocó la escalera al bajar, yendo á parar á una cuadra; cuando sale de ella un hombre, vestido todo de blanco y con un farol en la mano, quien la dice:—Venga V. conmigo, no se mojará V... Atravesando un trecho de camino, la dejó á la puerta de una iglesia, con la observación de que á la vuelta siguiera la claridad del farol, que se llevó.

Penetraba en la iglesia la Vizecondesa, y como todo estaba á obscuras, se detuvo con miedo, y sola una lámpara lejana, la hizo entender que el templo era grande. En tal indecisión, se sintió prender por una mujer que, con voz dulce, le dijo:—Venga V. á comulgar, que el señor Cura se la dará enseguida, antes de la misa.—La llevó de la mano por toda la iglesia, y la dejó á la barandilla del presbiterio, y se fué ella misma á la sacristía á avisar al Sacerdote, el cual le dió la ansiada comunión. Y como la Vizcondesa se prendiera en su oración y recogimiento, de nuevo la buena mujer la avisó, diciendo:—No tiene V. tiempo para oír la misa y llegar con puntualidad... y tomándola igualmente de la mano, la acompañó hasta la puerta, encargándole siguiera el resplandor que la guiaba á su posada. «Yo no la ví, pero la conservo (su figura) como si fuera la Virgen de la Soledad».

Siguió el rastro de luz del farol, que le parecía así mismo de San Rafael, y llegó á la puerta principal, cuando daban las cinco: todavía hubo de esperar algún rato. «Esto me llenó de gozo y enfervorizó de modo, que fué mi viaje en continuo fervor...» «yo no podía dar cuenta de todo lo que me acababa de pasar; aún hoy lo siento y veo tan claro, como si fuera reciente este hecho original».

Otro día en un pueblo de Francia, salía á las cuatro de la mañana á buscar á Dios con tanta ánsia que se iba,

dice, *á buen tun tun*; todo lo hallaba cerrado; daba nuevas vueltas, ya desconsolada, y no parecía persona de quien orientarse. Entonces ella acudió á sus Santos Angeles para que la enseñaran el camino, y entrando en un callejón estrecho, dió con tres ó cuatro mujeres, á las cuales preguntó: ¿dónde habría misa?—Aquí, la contestaron; y todas penetraron en un patio grande, y luego en otra sala larga con pobre altar: era casa de arrepentidas. Salió el sacerdote, y ayudó una religiosa desde fuera del presbiterio. Comulgaron, y después una de aquellas religiosas mujeres la condujo por atajos á la fonda, y llegó justo á tiempo de partir.

En otro punto, ni hallaba misa, con correr tres ó cuatro iglesias, ni quien le diera la comunión; y volvía-se apurada de tiempo y de ánimo á la fonda, prefiriendo el no faltar á la hora, antes que el regalarse con sus devociones. A todo la estrechaban sus votos, pero juzgaba principal lo primero. Y decía dolorida: « Señor, por tí queda esta vez ». Mas al saludar á su cuñada, oye de sus labios que iba á acostarse por no sentirse bien, y suplicaba la dejaran hasta que ella llamase. Pues de nuevo corre á las voladas la Vizcondesa á la iglesia; oyó misa, comulgó, dió gracias, y al subir la escalera de la fonda, sonaba la campanilla de la Condesa, para pedir el almuerzo y los caballos de posta.

Después, en el camino, de aquello que rebosaba en el pecho, refería algunas gracias á su cuñada « é iba ésta tan enfervorizada y contenta todo el viaje, que nada nos turbaba; tanto más que tenía ella la idea que el Señor me avisaba los peligros, y así era, y lo avisaba de antemano ».

Como sucedió al siguiente día, que predijo Micaela la rotura del coche, sin que se expusieran á peligros ni disgustos, y así, en efecto, acaeció; se compuso el vehículo, y llegaron á París con toda felicidad.

En la capital de Francia habían de detenerse á descansar, para proseguir lentamente su viaje hacia Madrid.

La Vizcondesa, con aquel fuego de amor divino que sentía arder en su alma y el agradecimiento á favores tan altos, no anhelaba más que recogerse con su Jesucristo Sacramentado; y le era tormento el tener que acompañar á su cuñada, respirar el ambiente de la sociedad, y asistir á sus espectáculos y esparcimientos. Endulzoraba su pena el obrar así por obediencia, su ingenio la descubría el modo de mortificarse en los mismos deleites mundanales.

Y entonces de nuevo, dominando en su espíritu el pensamiento de consagrarse al servicio de los pobres por puro amor de Dios, resolvió ingresar en el Instituto de las Hijas de la Caridad.

Eran éstas muy conocidas de ella: les había arreglado bonito oratorio y colocado el Sacramento, y en el período revolucionario de París les acompañaba al Noviciado á confesarse. Trató el asunto con Mr. Etienne, Superior de los Paules, y la Superiora general, quienes quedaron muy agradados de su pretensión. Rosa Prieto, una hermana española, la enseñó la casa é instruyó en las tareas del Instituto, y hasta le indicaba la nombrarían, como á ella, secretaria para el correo de España. Las Superiores la hicieron la distinción de permitirle asistir con ellas á la meditación de las dos de la tarde, y convinieron que hiciera su prueba, yendo el tiempo, que le fuera posible del día, al hospital cercano al noviciado.

En efecto, allí aparecía á las cinco de la mañana á oír misa y comulgar; y hacía las camas de los enfermos, barría, limpiaba las salas, ayudaba á sacar unos ancianos al sol, todo cuanto la ordenaban.

Y la mandaron que no comulgara más de dos veces

á la semana, comenzando por aquel día. Dejó, en efecto, la comunión, disimulando su pena; y volviéndose en coche á casa hacia las once, en vez de las doce, entró primero en una iglesia á contar su cuita al Señor. Salió consolada, y con seguridad de que no le privarían de su dulcísimo consuelo.

Al día siguiente, cuando esperaba el cumplimiento de sus esperanzas, la llaman á tomar café, y serena se sentó á tomarlo, diciendo para sí: «esta vez me equivoqué, y casi me alegro, para que se deshagan mis ilusiones, si existen». Al verter el café en la taza, salió de una vidriera la Superiora, diciendo:—¿Fué V. á misa?—No, señora.—Cómo, ¿y la comunión?—Como V. me dijo que sólo dos veces á la semana, principiando por hoy...—Yo, no; venga V., que en el oratorio hay misa y comulgará.

Comprendió por este hecho que no quería el Señor dejase la comunión, y se preguntaba á sí misma y á Jesucristo: ¿podré yo ser hermana de la Caridad por esta causa? Tomando después el desayuno, le comunicó la Superiora que había consultado sobre el caso con monsieur Etienne, y la consentiría su comunión diaria. Respiró más tranquila, y pareció allanarse la principal dificultad.

Restaba otra no pequeña. Hasta entonces nada había revelado á su cuñada, que seguía delicada; pero, al fin, hubo de manifestárselo y con resolución irrevocable. «Lo sintió, de modo que se puso muy mala, y á los tres días de tanto llorar, dijeron los médicos que se moría». ¡Tal era el cariño de su corazón para con la buena Miaca! Los mismos facultativos enviaron un parte al Conde, que había quedado en Bruselas, y dispusieron se hiciera creer á la enferma que desistía su cuñada de tal propósito.

Llegó el Conde, sentido y furioso, y se vió inmediata-

mente con Mr. Etienne, aduciéndole varios inconvenientes para la resolución de su hermana, entre ellos que no se sacarían de España sus bienes, ni el Gobierno consentiría en el uso de título que él la había cedido; por lo que este Padre dió á entender que quería Dios servirse de los buenos deseos de la Vizcondesa para otra obra, pues los obstáculos para hermana de Caridad parecían insuperables. Con gran pena oyó este parecer Micaela; pero ella misma reconocía «que nadie se lo aprobaba de sus directores de Francia, Bélgica y España», y esto no debía ocultárseles tampoco á sus hermanos. En su casa se celebró el desenlace con regocijo universal; y apenas se restableció la Condesa, el mismo Embajador de España en París, Arnau, dispuso las cosas para que continuasen su itinerario, de miedo no se quedase la Vizcondesa en algún otro Instituto. Mas—decíale Arnau á ésta—V. ha nacido para Embajadora; no he pensado en enlaces, pero si le agrada, gozaría V. de omnímoda libertad para sus obras de piedad y caridad, y pudiera ser mi compañera de la vida.—En París, y más veces en Madrid, le contestó, agradecida y humilde, la Vizcondesa, que no quería más esposo que á Jesucristo.

De París á Burdeos se hizo el viaje felizmente. Quiso la Condesa descansar en población tan importante y prepararse para el resto de la excursión. «Como sentía mucho no la acompañase siempre su Micaela», entabló ésta su vida de forma que no se separase de su lado, disponiendo de las primeras horas del día, en que salía á la iglesia á las cinco y media, y oía la misa, que le decía á las ocho su gran amigo D. Luis M. Dalp (1), yendo á las

(1) Canónigo de Zaragoza, piadoso y rico, Secretario del Arzobispo Cesaraugustano D. Bernardo Francés y Caballero, que cuando el degüello de los frailes emigraron de España, sirviéndoles la fortuna del Secretario.

diez á desayunarse en la casa de este digno sacerdote. Á continuación se dirigía á la cárcel á consolar á los presos, leerles algún piadoso libro, rezar con ellos y prepararles para la confesión y comunión, etc., etc., no sin gran consuelo de su alma. Y desde allí al hospital, donde las hermanas de la Caridad la esperaban con grande ansia, y la excitaban á que las hablase cosas espirituales; no todos los días podía complacerlas, porque se quejaban y aún lloraban los presos, si no los visitaba diariamente, en el turno abierto, un día á hombres y otro á mujeres.

Al salir luego las dos viajeras por la población, se dirigían generalmente á la casa de Arrepentidas de Burdeos, establecida por Mad. Moruse, por aquel grande afán de la Vizcondesa de examinar las instituciones similares de su colegio de Desamparadas de Madrid. Lo escudriñaba todo, y parecíale muy bien á primera vista, mas después en la oración, ni todo aquello, ni lo suyo llenaba sus intentos. Deseaba ella, ya que tanto se lo recomendaban, el unir su obra á las ya creadas y florecientes, con sus prerrogativas y concesiones; mas al representárselo al Señor, diciendo:—Señor, esta idea, este procedimiento, parece bien para nuestra obra;—luego sentía claramente que no era aquello del agrado divino para sus desamparadas.

Las virtudes de la Vizcondesa despertaban la atención de todos los centros religiosos de Burdeos. Las Conferencias de San Vicente, otras Corporaciones análogas la invitaban á sus reuniones con vivo interés: y la Condesa de Saint-Exuperie, señora de la primera nobleza y gran fama de virtuosa, la llamaba á su casa, donde reunía hasta veinte señoras, con el objeto de oírla hablar de Dios y de la religión; y tal inspiración asistía á la Vizcondesa, que á cada una la aplicaba lo más adecuado á su necesidad, sorprendiéndose ella misma del acierto y

unción de su palabra. Trató el enemigo de turbarla en estas ejemplares enseñanzas por *el qué dirá*; mas lo consultó ella con su confesor, de los Padres de la Compañía, y salió animada con la advertencia de que obrara el bien sin consideración á los respetos humanos, fuera de que ninguna empresa acometía sino por agradar á su Dios.

Quince días llevaban en Burdeos, y á ambas señoras, con otras más, convidó á un té el Cónsul español señor Oviedo, invitación que resistía aceptar por hallarse sola, hasta llegar á saber que era disposición del señor Arzobispo, para tener el gusto de hablarlas, ya que de ordinario no acostumbraba á hacer visitas en las fondas. En efecto, apenas se saludaron, dió á entender el Prelado que conocía su vida de Burdeos. Sé, dijo á la Vizcondesa, que se llega V. temprano á una iglesita á oír la misa del señor Dalp, y sale de allí hacia las diez; pues habrá usted observado que no hay otro culto que la misa de su amigo de V., existiendo en aquel convento cincuenta monjas. Lo ignoraba completamente la Vizcondesa. Y de seguida, con delicadeza y tino admirables, la rogó les hablara inclinándolas á la obediencia debida al Prelado, que sentía honda pena por ellas; y enterado de lo que allí reinaba, ofreció escribirles para que la recibiesen cortésmente. La Vizcondesa se llenó de confusión y temor al oír al señor Arzobispo, declarando su incapacidad para el caso, sin atinar por dónde pudiera ella comenzar tan espinoso asunto. Insistió el Prelado, anticipando que carecía de derecho para suplicárselo á una extranjera; á lo cual contestó la Vizcondesa que le reconocía como su Padre y Prelado, y le obedecería hasta donde supiese y pudiera, quedando en darle cuenta en su palacio.

Temblaba al día siguiente con las consideraciones que se hacía á sí misma la Vizcondesa, de su inutilidad, desconocimiento de la comunidad, ser extranjera..., mas

con oración fervorosa y ruegos insistentes, parecía obligar al cielo á que la ayudase en la santa comisión.

Terminados sus rezos y comunión en la iglesia, llamó al torno, preguntando por la Superiora; y con un saludo seco, se le contestó que no recibía la Superiora á nadie hacía tiempo, porque, además, estaba enferma. Insistió la Vizcondesa con que iba á hablarla de parte del señor Arzobispo. Y por tal consideración la admitieron en el locutorio, pues acababan de recibir la prometida carta del dicho señor. Salió, dice la Vizcondesa, una señora guapa en extremo y muy séria; y después de un cuarto de hora de conversación vaga, apuntóse el nombre del Arzobispo.—No le reconozco como Prelado, observó la religiosa, si bien será tan bueno como V. encarece... Entonces la habló al alma la Vizcondesa, con palabras que Dios ponía en su boca, y descubría las llagas de la Comunidad.—Para comulgar, contestó la Superiora, es necesaria mucha limpieza de conciencia, y para ello disponer de uno ó más confesores de confianza, y no podemos avenirnos con los designados por el Prelado.

Á la hora de argüirla, saca una llave la Superiora, y le abre la verja del locutorio para que pasase adelante.—Yo en clausura, señora, ¿y sin licencia del Prelado?.... Mostróle entonces la Superiora la carta y autorización del señor Arzobispo, para recibirla aun en lo interior, si deseaba hablarla más reservadamente. Como enajenada, siendo voz del cielo, estaba la Vizcondesa al tratar los puntos de la comunión, de los confesores y del Prelado.

Lloró la infeliz Superiora escuchando aquellos discursos, y acabó por ofrecerse á hacer lo que la interlocutora requiriese. Únicamente la rogó que hablase á toda la Comunidad, como á ella le había hablado. Á lo que repuso la Vizcondesa, que no tenía facultad más que para conversar con ella.

La Vizcondesa fué á dar cuenta al señor Arzobispo del resultado obtenido, no sin haber pasado antes por una iglesia á reponerse de la emoción y dar gracias á Dios con toda su alma. El Prelado lo sabía ya todo, regocijado y muy complacido. La rogó de nuevo que dirigiese sus observaciones á toda la comunidad, que el Señor la iluminaría y sacaría gloria de ello, y así se lo suplicaría en sus oraciones. «Tiemblo aún el pensarlo y escribirlo»—dice en sus *Memorias* la Vizcondesa.

«Al siguiente día me abren la puerta por orden de Su Ilustrísima y me llevan á un magnífico salón, con trono al frente, de cinco ó seis gradas, y más abajo dos sillones, uno á mi derecha para la Superiora, y yo en el trono, y á mi izquierda una señora tapada con un velo negro; después había creo sesenta religiosas en sillas, en filas á los dos lados del trono. Me mandó subir allí la Superiora; yo creí que perdía el sentido; de turbada, no hallaba ni palabras, ni aire, ni sabía dónde me hallaba». Sí, pero se hizo la señal de la cruz santiguándose, pronunció el *alabado sea el Santísimo*, á fin de serenarse; y comenzó por asegurarlas que la obediencia á su Prelado la había hecho subir á sitial tan penoso, extendiéndose en las excelencias de tan ineludible virtud, y en el mérito de la confesión y las grandezas de la comunión, de la protección de la Virgen y hasta del fin de su vocación religiosa, por el cual habían abandonado los atractivos del siglo y las caricias de sus hogares. Á la hora y media de su exhortación, rompieron todas á llorar, y prometieron obediencia rendida al Prelado, recogerse en ejercicios espirituales, confesarse con los directores designados por el Arzobispo, y coronar los días de retiro con la sagrada comunión. Lloraba de gozo la Vizcondesa con ellas, saltó de su solio, y se arrojó en los brazos de cada una, disputándose el besarla la mano, cuando ella cerra-

ba la tierna escena poniéndose de rodillas, y pidiendo perdón por si las hubiese ofendido ó molestado.

Hubiera querido en el acto referir al Prelado lo ocurrido; pero no la fué posible de tan conmovida como salió, y la esperaba ya la Condesa.

El Prelado tuvo conocimiento de todo inmediatamente, y manifestó á la Vizcondesa los deseos de la comunidad, que hizo suyos, de que comulgara con ellas, añadiendo que no sólo eso, sino que pasara la mañana dentro de clausura en su compañía, y tomando café con la comunidad. Así lo verificó, terminados diez días de retiro, haciendo de Superiora, y disipando los vanos temores de algunas tímidas, conforme al encargo del mismo Rmo. Prelado.

La despedida puede imaginarla el lector. Las religiosas, antes resabiadas de jansenismo, no acertaban á dar gracias lo bastante á su inopinada bienhechora, gracias que ella devolvía al Dador de todo bien. El Arzobispo, igualmente agradecido, visitó á la Condesa de la Vega del Pozo y á su obediente y triunfadora capellana.

No todo ha de ser regocijo. En Burdeos trabaron amistad con el Abad español de la Trapa, tanto, que la Vizcondesa le escribía la correspondencia francesa con el Superior. Y éste y D. Luis la disuadían de ponerse al frente de las Desamparadas; la razón no debía parecerla muy convincente; era porque abundarían los disgustos y los dispendios. Pero no dejaban de turbarla; advertía ella por las cartas de los Trapenses que nacían malas yerbas en los jardines más primorosos, y eran precisas altas prendas para el gobierno de comunidades. Mas ella se decía:—harto sé que no valgo para superiora; yo sólo ayudaré á la obra, que estimo excelente y muy del agrado divino, y si Dalp me niega su ayuda, Dios me la prestará

por otra parte. Habíala ofrecido éste buen regalo piadoso en su testamento, mas no para la casa de Desamparadas.

Á Vitoria llegaron de noche, para salir á las cinco de la mañana, y no se abrían las iglesias hasta dada la señal en la Catedral, que era á las siete. ¿Y la comunión? Comieron, y se retiraron á sus respectivas habitaciones. La Vizcondesa, con su espina clavada, en cuanto se vió sola, apoyando el codo en una mesa, y la mano cubriendo los ojos, comenzó á dar sus quejas al Señor, y decirle todo lo acostumbrado cuando no se camina con acierto: «á ver, Señor, cómo haces una de las tuyas; si no, por tí queda». Al limpiarse las lágrimas, sale de las cortinas de la cama una criada, y le pregunta:

—¿Tiene la señora pena?

Porque no juzgara indiscretamente, le manifestó la verdad:

—Debiera comulgar mañana, y no acierto cómo.

Retiróse la sirvienta, y la Vizcondesa trató de acostarse; pero sentada en la cama, daba vueltas en su imaginación á la imposibilidad de la comunión para el día siguiente, examinaba sus pasos por si hubiera sido infiel á Dios, y nada notable saltaba á la memoria, diciéndose todavía á sí propia: «no hay duda, he faltado á mi Dios; pacto tan amoroso no lo rompía mi Jesús sino por mis ingratitudes». Y entre quejas y coloquios, resignada ya al sacrificio y voluntad divina, se le iban deslizando dos horas, cuando, acostada por fin, oye abrir la puerta del cuarto. ¿Quién sería? La criada de antes, que viene á anunciarla que á las cuatro tendría misa en la Catedral. ¿Pues quién mediaba en el asunto? Esperaba un señor Canónico á un amigo suyo que debía llegar en el correo, avanzada la noche, y enterado de los deseos de la señora, se brindó á todo, dando las órdenes oportunas.

—Yo la llamaré á V., señora, continuaba la criada, y qué gusto, ¿pedirá V. por mí?

«La dije que sí, y se fué. ¡Cómo me quedaría!... En estos momentos se vuelve uno loca, y no sabe cómo pagar amor tan fino de mi Dios. Bendito sea mil veces.»

En efecto, á las cuatro estaba oyendo misa, comulgó, y á las cinco preparada, sin hacerse esperar un minuto.

No habían andado mucho trecho, y sintió un aviso interior de que les ocurriría novedad grave en la jornada, y temió de pronto, lo que no solía acaecerle, pues era de ánimo sereno. La Condesa la había preguntado, como acostumbraba al montar al coche ó dejarle: ¿sucederá algo?—Acaso suceda, pero Dios nos guardará, le contestó su cuñada; recemos con más fervor, y por ser el camino malo y largo, no nos apeemos hasta Burgos, donde visitaremos al Sacramento.

Puestos los medios á su alcance, descansaban en la guarda de la Providencia. La Condesa no se avenía á persuadirse que su hermana ignorase qué clase de peligro correrían, y le hacía mil preguntas, que ésta no podía satisfacer.

—Pregúntaselo al Señor, mujer.

—Dejemos á Dios obrar, contestaba Micaela, que en sus manos estamos seguras... Así se pasó el día, corriendo cuanto podían los caballos, por la aspereza del puerto y los destrozos de la lluvia en la carretera.

Poco antes de anochecer, frente de una ermita, en lo alto del puerto, se rompió un cubo del carruaje, sin poder dar un paso más... Era la ermita de la Virgen de la Soledad; rezaron con el fervor de los peligros, ofreciendo misas y otras devociones. Repuestas del susto, volvía á su habitual serenidad la Vizcondesa, animándoles á proseguir á pié, pues la casa de Guadarrama distaba un cuarto de hora, á ella le escocía el presentimiento secreto

de nuevos peligros. Ataron la rueda, y subía la cuesta el coche al paso de los de á pié. Ya se había echado la noche cuando llegaron á la posada, donde no hallaron más que una habitación para todos. Bajáronse las vacas de las alhajas, y la Condesa permanecía de custodio de ellas en el único cuarto, con la servidumbre. El mayordomo francés se había despedido en Burdeos, y no había sino una criada española. En esto, entra á la Vizcondesa un estremecimiento notable, como presagio de una gran desgracia; y reunida toda su gente, la hizo acompañar á la señora y sus alhajas. Recogida en su interior, pedía ardentemente á Dios le diera á conocer el daño que les amenazaba, y salió á pedir la cena y camas, etc., cuando advirtió en la cocina la presencia de cinco ó seis hombres sospechosos. El corazón se le quería saltar del pecho; los saludó, y muy claro entendió que eran ladrones. Avisó á la posadera con una seña, y la dijo:

—Esos son ladrones, lo sé, excusa V. paliarlo; sálvenos usted.

—No puedo, son muchos, contestó; y esperan todos abajo en el puerto, y hace ya cuatro días que saben venían ustedes y traen muchas alhajas.

—Por Dios, sálvenos V., y se le pagará bien.

—Pues no se acuesten ustedes, yo tardaré en preparar la cena: sabe V., señora, puede llamar al Capellán, que es del Duque de Villahermosa, así como para que les diga á ustedes misa... y luego que se haya ido, me pregunta usted si hay peligro; yo contestaré que no; mas que no adviertan que hablo yo con usted.

Pero á la Vizcondesa le ocurrió arreglarlo con el postillón.

—Mira, le dijo, has de ir tú al pueblo con un caballo, y avisas al señor Cura que se sirva venir con civiles, que todo se pagará; y esperas oigan éstos el encargo.

Llégase á la cocina la Vizcondesa, y pregunta á la posadera:

—Patrona, ¿nos diría el Cura del pueblo misa á la Virgen, á las cuatro?

—Si le avisan, sí, señora.

—Pues que vaya un chico... Postillón, vas tú.

—La posadera: ¿hago las camas, señora?

—No nos acostaremos, porque estando amos y criados en un cuarto, no cae bien. Vamos á cenar...

Entre tanto, se fueron aquellos bandidos con la idea de volver á las dos. Y lo anuncia la posadera á la Vizcondesa.—¡Ay! Señora, se han ido, pero volverán á las dos; á las diez pasará el correo.

La Condesa había tomado algún alimento ligero, y su cuñada hubo de convencerla se desistiera de sacar su cama, sin descubrirla el verdadero motivo. Y salió ésta al camino con su criada, por donde llegaban los civiles y el señor Cura. Á tiempo les manifestó el peligro y su trama; mas ellos la tranquilizaron, ofreciendo más parejas y hombres del pueblo; y en efecto, á las once se hallaba harta gente decidida á salvarlas. La posadera manifestó el disgusto de los ladrones de que no se acostaran los viajeros, pues intentaban entre tanto asaltar el coche, sin esperar á los demás compañeros de abajo.

El Comandante de la benemérita guardia civil se portó admirablemente: á las dos horas había reunido ocho ó diez números, y respondió de esperar á las dos, y de que no llegarían al coche los bandoleros. El carruaje no tenía compostura, ó lo echaron á perder para que no salieran. Mas llegó el correo, y se apresuró la Vizcondesa á suplicar al conductor les facilitase dos asientos y dos vacas, á cualquier precio. Hizo éste bajar á un inglés de bata y chinelas, y les proporcionó los asientos de berlina. Dióse razón á la Condesa de la conveniencia de partir en el co-

rreo con las alhajas; pues sin ellas, seguirían más tarde imperturbables los criados en el coche. Para unos y otros no faltaría auxilio. Y de su parte, las aristocráticas viajeras remuneraron espléndidamente á toda la comitiva.

Volando ya en el coche correo, y salvado el riesgo amenazador, refirió Micaela la aventura á la Condesa, que nada había sospechado hasta entonces. ¡Qué asombros! ¡qué gracias dirigían al cielo!

Al llegar en la madrugada á casa, todos estaban en pié, porque había estallado el fuego en el cuarto de la Vizcondesa, á la misma hora de los ladrones en la venta de Guadarrama.

Dominado sin tardanza, el apoderado de la casa, don Cirilo Bahía, salió en posta en busca del carruaje y de los criados.

«Llegué del viaje de París y Bélgica el 15 de Noviembre de 1848, escribe la Vizcondesa, y tenía un fervor con la protección tan marcada de Dios, que hubiera dado en pago mi vida, porque no cabían en mi corazón tantos favores y finezas, como cada día recibía; no le pedía yo nada á Dios que no lo obtuviera en el momento, tal cual lo pedía, fuera común ó extraordinario, chico ó grande el favor que pedía, y hasta niñerías, como se verá en lo sucesivo, que contar los del camino y años anteriores, sería prolijo por demás» (1).

(1) *Memorias biográficas, etc.*



CAPÍTULO VIII

QUEDA SOLA LA VIZCONDESA CON EL COLEGIO DE DESAMPARADAS.—
COMUNIÓN DIARIA TRIUNFANTE.—RARO CASO DE OBEDIENCIA.—EL
CÁLIZ TRANSPARENTADO.—CRISTIANA MUERTE DE DOÑA IGNACIA RICO
DE GRANDE.—TRASLADA EL COLEGIO Á LA CALLE DE JARDINES.—EL
SUEÑO MISTERIOSO.—INGRESO DEFINITIVO EN LA HERMANDAD DE SAN
JUAN DE DIOS.—FILOMENA Y TERESA.—LA PRUEBA DE LA CONTRA-
DICCION.

(1.º Enero, 1849)



LARGO y tendido, y no menos doloroso, habían escrito á la Vizcondesa, en su ausencia de la corte, sobre el estado de su amado colegio de Desamparadas. En efecto, la realidad, en extremo desoladora, superaba á todas las pinturas. El desaliento y disgusto se había apoderado completamente del ánimo de las señoras de la Junta, la indisciplina y desagrado triunfaba en las colegialas. Su número era el imprescindible para formar colegio: quedaban reducidas á tres, bajo la vigilancia de Epifania, representante de la Junta.

Pero no hay que desesperar á la vista de este cuadro

de desolación; vive el pensamiento, vive el alma del Instituto, hecha ascuas de fervor, y todo se levantará con su vigoroso impulso.

Llegada la Vizcondesa á Madrid, suscitábansele las dos hondas preocupaciones de su corazón: el anhelo de su comunión diaria, el florecimiento de su colegio.

¿Y por qué lo primero en Madrid? Enhorabuena que le acaeciera en sus viajes, hasta en Burdeos, donde los confesores la desconocían... ¿pero en Madrid? Precisamente allí, y por lo mismo que la conocía el Padre Carasa, dice ella, temía que la prohibiesen la comunión cotidiana.

Así fué; apenas se saludaron, la manifestó el Padre que no la consentía comulgar todos los días; y respondió la Vizcondesa que cumpliría á ciegas su voluntad. Su tío, D. José Ramírez (1), intervino luego en la conversación, salpicándola de chafalditas é ironías, en apoyo de la resolución del Padre, cuyas zumbas la impresionaron vivamente. «Dios y yo sabíamos lo puro de este deseo, que ignoraba yo entonces se comulgara por parecer mejor, cosa que aún no he podido comprender, gracias á Dios, y ojalá me muera sin comprenderlo prácticamente».

Por estas palabras vislumbramos las saetas con que la hirieron; y así resignada, convertidos sus ojos en fuentes de lágrimas, iba, cubierto el rostro, por la calle, sincerándose con Dios y suplicando les iluminase, cuando al llegar á la de Cedaceros, recibió recado del criado de dichos señores, que tuviera la bondad de volver á su casa. Los encontró muy apenados y sentidos de la repulsa, y mayormente al tío por sus ironías y cuchufletas; y la consolaron, permitiéndola su única aspiración de la

(1) Ya sabemos que el P. Carasa vivía en la casa de este respetable señor, de la plaza del Congreso.

vida: recibir diariamente en su pecho á Jesús Sacramentado. Ella les rogó, diciendo:

—Consulten mañana con el Señor, al celebrar la santa misa, y yo me rindo gustosa á la inspiración que reciban.

Al día siguiente felicitaban á la Vizcondesa por sus deseos piadosos, y se reiteraban en el sentimiento de háberseles amargado por un momento. Y ella, ella era la que se deshacía en protestas de agradecimiento á su Dios, que jamás la desamparaba, sino que volvía en todas las contradicciones por su amor y amistad. Recibía tal dulzura y aliento en la comunión, que se persuadía era gracia general, y hablaba en ese sentido con los demás fieles; hasta que le hicieron observar que más bien era privilegio especial de su alma, lo cual, dice, disgustó al P. Carasa; porque deseaba dejarla en esa persuasión candorosa. Y muchas veces, al preguntarle:—¿Sucede esto á todos?—la contestaba:—Déjese V. de lo que pasa á los demás; á cada uno da Dios lo que necesita.

Tal era su candor y sencillez: y á mano viene relatar un admirable rasgo suyo de obediencia.

Seguía la Vizcondesa vistiendo con elegancia, que por ignorar sus destinos, ni á ella ni á sus directores le ocurría otra cosa; y al llegarse un día al confesonario, crujiendo la seda del vestido, la dice el Padre:

—¿Qué es esa pompa y estrépito de vestido?

—Son las sayas.

—Pues quítese V. esas resonantes sayas, y venga usted sin ellas mañana.

Al día siguiente se presentó, en efecto, como se la ordenaba, hecho un fantasma; tanto, que en el camino, alguien lo notó, y le preguntaban:

—¿Va V. sin sayas ó enaguas?

—Sí, señora,—respondió, no sin gran vergüenza.

Llegó al confesonario...—¡qué peluca!—exclama textualmente.

—¿Cómo viene V. tan ridícula?—la increpa el Padre. ¿No ve V. que se ríen de su figura?

—Padre, V. me dijo que me quitara las sayas...

—¡Qué sé yo lo que son sayas!... Está V. ridícula, ¿no le ha dado á V. vergüenza?

—Y tanta; pero por obedecer, iba conforme (1).

Y dispuso el Padre que subiera luego á casa de su tío (2), y esperara el coche para volver á su palacio. Y la aconsejó que vistiera modestamente, como tantas otras señoras piadosas, que admiraría en la iglesia, por su recogimiento y fervor.

Esto bastó para encargarse inmediatamente un vestido negro, de lana de cachemir, pero que el Padre no la consintió usar, sino tres ó cuatro veces, ejercitándola en estas pruebas, y con tal reserva, que jamás le manifestaba la razón de ellas, y la hacía discurrir y temer siempre, aunque ella le consideraba y veneraba como á un padre.

Véase qué recompensa y alicientes recibían estas virtudes de la Vizcondesa. Oía una vez la misa de su director espiritual, P. Carasa, en la mencionada iglesia de Capuchinos, al pié del templo y en el altar de San José, predilecto del Padre; y al alzar el cáliz, se le transparentó todo á la sierva de Dios, viendo la divina sangre. Se recogió tanto en su espíritu, que no se dió cuenta jamás del tiempo que estuvo en medio de la iglesia, de cara á la capilla y medio de espalda al altar mayor; al volver en sí, se halló sola, naciéndola el pensamiento de si aquello fuese una ilusión. Y suplicó á Dios una prueba, como tenía de costumbre; le ocurrió entre otras, la de rogarle

(1) «*La obediencia me fué muy natural, siempre no es virtud*».—*Memorias biográficas*,

(2) Sucedió esto en San Antonio del Prado ó Capuchinos.

que si era la visión verdadera, experimentase un chasquido en el corazón. Y en el acto, le dió tan fuerte, como de dos tablas chocadas, y con tal dolor, que á poco más se desvanece, perdido el sentido. Gracias que fué tan rápido como el rayo. Y confundida del caso, fué á buscar al Padre, quien la mandó lo callase por obediencia. ¡Y ella hervía en los fervores, cada vez que refrescaba su espíritu con esta dulce memoria!

Resuelto el punto de sus espirituales ansias, volvíanse sus ojos hacia el moribundo colegio. Y de tal laberinto, deseaba igualmente desenredarse la Junta de señoras. Luego de saber que ya se hallaba en la corte la Vizcondesa, la citaron para reunión en casa de la Marquesa de Malpica. Ni asistieron todas, y las que se presentaron fué con la resolución irrevocable de abandonarlo, pues las chicas eran incorregibles, y el secreto de su salvación lo debía de tener en la cabeza la señorita Desmaisieres. Declaró ésta que seguiría con la santa empresa, y trataría de aumentar su número (quedaban reducidas á tres, como sabemos); y al verla tan afectada, la concedieron el ajuar y las siete camas, con facultades además para que en el día de las desilusiones y clamores del colegio, lo distribuyera entre los pobres. El día que reuna usted doce, la añadieron, iremos á admirarla á usted.

Mientras tanto, la Marquesa de Malpica siguió con su subscripción por toda la vida, algunas otras señoras continuaron por dos ó tres meses, otras se borraron de ella y desanimaron á sus amigos, por pensar que se trataba de un asunto inasequible.

Ignacia Rico de Grande, la amiga íntima, invariable y espiritual, la consejera inapreciable, fallecía aquellos días en el ósculo del Señor, y parecía lo había diferido Dios, por los ruegos que le dirigía de no expirar sino asistida de su amada Micaela, como así lo alcanzó,

y con todo cariño y afección de amor ardiendo ambas al unísono en fervorosas jaculatorias, cerrándola su amiga los ojos, con la esperanza de la resurrección gloriosa, y no sin grande y pura delectación del alma, por la prueba de amistad sincera ofrecida, pues la respetaba y consideraba como santa. Y la moribunda, con la luz de la eternidad á la vista, la exhortó y recomendó mucho fuera por el hospital de San Juan de Dios, y no abandonase la casa de jóvenes desamparadas, que salvar almas era la cosa más grata á los ojos divinos, y no maquinara entrar Salesa, sino que pensara en el colegio, y el colegio (1).

Quedaba sola la Vizcondesa, y sin poder pensar en el arrimo y valimiento de otras señoras, como había acostumbrado en tantas ocasiones, y con su obra á punto de morir. La pena acongojó su corazón, y derramaba abundantes lágrimas. Ni sabía dónde se hallaba el colegio, pues lo habían trasladado hacia la plazuela de Fomento, á casa estrecha y desbaratada (2).

Al saber Epifania la disolución de la junta de señoras, se llegó á la casa de la Vizcondesa y acabó de acibarar su ánimo. La refirió el fallecimiento de su marido, hacía tiempo, y las amarguras sufridas con las indómitas chicas, que, con motivo de salir á los talleres, volvían á la casa hechas fieras inaguantables.

(1) Más todavía quisiéramos se honrara la buena memoria de esta virtuosa señora, primera amiga y consejera de la heroica Micaela, y con la corona de sus virtudes, y las de otras ínclitas damas contemporáneas, de acrisolada piedad, cual la Duquesa de Veragua, la Condesa de Bornos, Ernestina Villena... no se disipara jamás el buen olor del espíritu de Cristo, ni se entibiaran los alientos para la defensa de nuestra religión ultrajada, y las prerrogativas de la santa Iglesia, ahora tan perseguida.

(2) Núm. 19.—Allí debieron de permanecer desde Agosto de 1848 hasta Enero de 1849.

La oyó la Vizcondesa muy atenta, y la abrazó, al fin, animándola á perseverar, prometiéndola cuidar de ella y de sus pupilas. Á los tres días la avisan que Epifania había muerto de repente. Voló allá y la encontró caliente todavía. Y las jóvenes llorando en derredor del cadáver, y acusándose de que por su mal comportamiento la habían muerto á pesadumbres. La Vizcondesa dispuso todo lo conveniente para el entierro y los sufragios, y mandó otra mujer favorecida suya, para que interinamente cuidase de las desamparadas.

En 1.º de Enero de 1849, según el primer libro de cuentas del colegio, se encargó de él sola la Vizcondesa de Jorbalán, habiéndoselas rendido el día anterior con su rúbrica la Marquesa de Alcañices. La señorita Desmaisieres estimó conveniente trasladar el colegio á casa más espaciosa, y cercana á la suya del Caballero de Gracia, para mejor vigilarla, reuniendo otras cuatro colegialas, que por sí mantenía al cuidado de varias personas, con lo que creció el número hasta siete, recuerdo de su querida Madre la Virgen Dolorosa. Estableciéronse, pues, en la calle de Jardines, colocando al frente de las jóvenes á una D.^a Concha, asistida de criada para los recados.

Á las cinco de la mañana, iban en dos ó tres tandas á oír misa á la parroquia vecina de San Luís, y lo mismo á confesar y comulgar, alternando, según el día que les tocaba. En la casa se alzó un oratorio modesto, bajo la advocación de la Virgen de los Dolores, adornado de dos candeleros y dos floreros, obligado también, por la estrechez, á servir de comedor, y de clase, y de aposento para nueve.

Doña Concha había de salir á paseo y á sus visitas los domingos; y entonces quedaban de guardianes, la Vizcondesa por la mañana, y Bernarda y el P. Carasa por

la tarde, enseñándolas aquélla la doctrina, y predicándolas el Padre. Á la vuelta de la maestra, se dirigían éstos á la residencia de los Condes de la Vega del Pozo, y daban cuenta á la Vizcondesa de lo bien que seguía el colegio, á fuerza de trabajo y exquisita vigilancia. Muy pronto subió el número de colegialas á catorce.

La Vizcondesa suplicaba al Señor la iluminara para seguir su voluntad, sin satisfacerse nunca, y atormentándose con crueles penitencias, para ser mejor escuchada del cielo.

Una noche había pasado largo espacio en oración y se acostó fervorosa y recogida: soñaba á poco con su colegio, en que bajaban sus moradoras por la escalera, de dos en dos, y rezando al propio tiempo, vestidas unas de verde, otras de negro; y en un punto entendió la vida que llevaban, grabándosela en la memoria de tal forma, que jamás se la borró, reparando también en que, á lo alto, y á la izquierda de ellas, descendían religiosas dirigiéndolas, sin percibir claro su traje, pero sí algo de blanco y lo más negro... Despertóse, y se levantó á apuntar el sueño, por miedo de que se la olvidase; y como eran las tres de la madrugada, se volvió á la cama. Refiriósele al P. Carasa, el cual calló, como acostumbraba siempre que la cosa le parecía bien.

(Algo anormal sucedía otro día en el colegio, pues sintió la Vizcondesa, sin conocer la causa, intranquilidad fuerte en su ánimo. Llegada á la calle de Jardines, comenzó sus indagaciones por una y otra muchacha; nada se descubría. Lanzóse muy seria á recorrer la casa por todos sus ángulos, y ofendiéndola el postigo abierto de un ventanillo, que venía á caerle en la cabeza, le dió con aire un mñotazo para cerrarle.

—¡Ay! señorita, ¿ya lo sabe usted?—le dicen las chicas llorando, y de rodillas á sus piés.

Quedóse, por lo pronto, parada; mas mirando de reojo al postigo y meneando la cabeza... repetían ellas:

—Ya lo sabe V., no volverá á suceder.

—¡Ya, ya! ¿y no había nada?

—Sí, señora, hace tres noches que la rubia (una de las muchachas), habla por ahí con un vecino; y la maestra lo permite, porque dice que puede la conversación parar en casamiento.

Todos se sorprendieron de que lo adivinase la señorita.

—¿Y la maestra con el ventanillo abierto, y los labios cerrados?—observaba la Vizcondesa.

Clavó ésta el postigo, y vislumbró desde allí la incorrección de la maestra, y cuán dañosa le era la vecindad de la casa á su colegio.

La señorita de Gaviña, que vivía enfrente, le avisaba de las curiosidades y asomos por las ventanas de las chicas, con todos los rumores que por la vecindad corrían...

No faltaron tampoco los sobresaltos de las enfermedades: con un recado avisaron á la señorita que se morirían dos colegialas de pulmonía. Una vez confesadas, quería todavía el Padre pernoctar asistiéndolas, mas la Vizcondesa obtuvo del Señor la salud para ellas; se lo avisó al Padre y se retiró, celebrando todos al día siguiente el hallarse las enfermas fuera de cuidado.)

Por si las atenciones del colegio fueran escasas, todavía acogió á una familia entera, americana, llamada Abejilla, porque la madre, viuda y con cuatro hijos, todos casi ciegos, interesó su corazón; y ella, en casa aparte, les asistía con médico inclusive, y de primer orden, que era el señor Irsen (1), durando la atención y caridad por

(1) El señor Irsen, á la vista del cuadro de miseria, prestó sus servicios de caridad.

ocho ó diez años, tomando para algún servicio uno de los muchachos, Pepito, del cual hasta hace innmerecida historia la Vizcondesa.

Igualmente, á la puerta de San José del Carmen halló á una joven baldada y en extremo flaca, pero limpia, de buen porte y figura, pidiendo limosna; la llamó la atención y la llevó á casa, donde la vistió y curó las llagas, y pedía al Señor por ella, asistiéndola un apoderado suyo en ausencia de la Condesa de la Vega del Pozo, hasta que pudo tirar las muletas, ponerse gruesa y servir de algo, que entonces la recogió de criada en el colegio. La infeliz acertó á aumentar los méritos de su bienhechora, cubriéndola de insultos y calumnias.

Tres años llevaba practicando la prueba de ingreso de hermana en la de Nuestra Señora de Belén y San Juan de Dios, establecida para el servicio de pobres en el hospital del venerable Antón Martín, y con no precisarse más que uno, no se había atrevido á suplicar la incorporación definitiva por no estimarse digna de tanto honor cristiano y del hábito de austera caridad, viviendo con holgura y regalo; mas ahora, á fuerza de ruegos, y por inclinarse más á aquellos repugnantes servicios, presentó su solicitud, firmada en Madrid á 3 de Marzo de 1849, en esta forma: *Vizcondesa de Jorbalán, hermana Sacramento.*

¡Ah! y «para que mejor pueda apreciarse el sacrificio que para una señora de su rango encierra el pertenecer á dicha Congregación, conviene saber que para asistir á las enfermas se despojan las señoras de todos sus adornos, poniéndose un saco pardo de lana que las cubre todas, correa, delantal y toca blanca, de modo que las enfermas no conocen la categoría de la señora que les presta aquellos servicios; para mayor reserva se cambian el nombre y dan tratamiento de hermana; la señora Viz-

condesa tomó el de *Sacramento*, y con él fué conocida en la hermandad» (1).

¡*Sacramento!* es el nombre de sus ensueños, lo es de su santificación, lo es de su gloria; ¡cuánto hará resonar á ese nombre venerando, qué dulces y conmovedores ecos difundirá por los ámbitos del mundo! (2).

Al *Jardín de virtudes*, según intituló hacía tiempo al hospital la Vizcondesa, acudía como á río revuelto, para luego trasladar su pesca apostólica al puerto de salvación de muchas almas perdidas.

(De entre aquellas desgraciadas que acudían al colegio, quiso la fundadora describir la historia de alguna, sin duda por lo escabrosa, ó quizá por las cualidades raras de las protagonistas, en los tristes dramas de sus aventuras. Lección provechosa cabe deducir de esta narración, para mirar con esmero por la educación de la juventud, y admirar la paciencia de la Vizcondesa.

«En este tiempo, dice ésta, había una señorita en San Juan de Dios, muy buena moza, fina, de diecinueve años, elegante y coqueta á lo sumo, tenía talento y traía revuelto al hospital».

Todo el mundo la rendía pleito homenaje; á las mismas hermanas de la doctrina, señoras de gran virtud, trataba como si fueran criadas suyas, no obstante los halagos y miramientos á ella dedicados. Pareció á la Vizcondesa tratarla por camino opuesto. Al entrar en la sala, le hacía un saludo de cabeza, y aquí terminaban todos los mimos, mientras que con acendrado cariño se iba á

(1) En ésta se conserva un cuadro del Sacramento, que regaló esta señorita cuando tomó el saco.—*Apunte y nota de la Secretaria de la misma.*

(2) ¡Algo oyeron de este nuevo nombre el P. Carasa y D. José Ramírez, hallándose en Palencia por el verano de este año, y se regocijaban y la felicitaban, aunque entre ambages y reservas todavía!...

enseñar la doctrina á las más olvidadas é ignorantes. Más todavía: por frente de su cama y como á dos varas de distancia, moríase una joven de podredumbre y hedor insufrible; y tomada una silla se fué la Vizcondesa á su cabecera para asistirle, haciendo todos los oficios de madre, y decirla palabras que iban como saetas al corazón de la vecina. Montaba en cólera, de envidia, la señorita Rita, que tal era su nombre: «es rareza de señora, decía, llevarse cada día una hora con una mujer ordinaria y moribunda... ¡qué peste!» Llegó á preguntar cuánto ganaban aquellas señoras en el hospital, no cabiéndole en la cabeza que se prestaran tantas atenciones sino por interés subido. Y disuadiéndola de su error las hermanas de la Caridad, insinuaron á la Vizcondesa no se apareara del coche lejos del establecimiento, como acostumbraba, sino á la puerta y á la vista de Rita, con que la encendiera más en curiosidad y asombro de que sola la virtud las moviese á ejercicios tan mortificantes.

En efecto, vió á poco, y con gran sorpresa, bajar á la Vizcondesa de su coche lujoso, de cocheros con librea de calzón corto, etc., y á ella elegante y gentil, atrayendo las miradas de los transeuntes. Al asegurarle las religiosas lo que á sus ojos parecía ilusión, y que aquella señora tan principal desdeñaba de saludarla, en todo un mes que llevaba en San Juan, salió á su encuentro y le expuso sus quejas, en manera muy delicada expresadas. Le contestó la Vizcondesa que no tenía gusto en acercarse á donde se leían novelas, y se recibían billetes diarios. —¡Ah, si por eso es, tómelas V. todas! Y se las entregó en el acto. Con esto la acogió la señora, y la hizo ver cuán ridícula aparecía con la bata rabiosa de color, y colorete en el rostro, tan ajeno de la casa hospitalaria, siendo una señorita fina y de talento, y de familia distinguida. Esfuerzos desplegó para atraerla, mezclados de

no cortos disgustos, por las hipócritas zalamerías de la casquivana señorita. Engañaba hasta á las hermanas, que creyéndola sinceramente arrepentida, la querían para su noviciado. La Vizcondesa la había conocido bien en el mes de simulado apartamiento, y en dos ó tres de conversación, y trato íntimo y al alma; y nada se prometía tan pronto, invitándola solamente á rehabilitarse en su colegio.

No le hallaron éste á la altura de ornato para la señorita, y la arrebataron á la Vizcondesa, llevándosela una señora, hermana de la Doctrina, de condiciones excelentes, y que vivía sola con su criada. Mediaba en ello un sacerdote poco experto, de cuya credulidad se reía Rita; por lo que la Vizcondesa aseguró á la señora Hermana que la joven no duraría un mes en su casa. Así fué; correspondió á la fineza con una trastada del peor género, y despedida por la hermana Antonia, muy sonrojada, se fué espontáneamente al colegio de Desamparadas, donde fué recibida con el nombre de Filomena. En él, merced al orden y disciplina, y sobre todo al ascendiente y respeto de la fundadora, y su palabra viva y persuasiva, pudo en este tiempo ayudar á la maestra, dirigir y ser con gusto obedecida.

Debía de ser una de esas criaturas de ligerezas continuas, y al propio tiempo fascinadoras por sus gracias, las cuales seducen y hallan en todos fácil indulgencia. Innumerables eran las señoras que se compadecían de ella, y la regalaban, y querían llevar á sus casas, y hasta se dolían de que la Vizcondesa no la paseara en su coche. Estas almas compasivas atormentaban no poco á la señorita: gracias que Filomena, á fin de que se le mantuviera su secreto, se acogía al cariño de la Vizcondesa, y rehusaba traspasar los umbrales del asilo.

Sí, porque Filomena pasaba por viuda de un calavera

que la había empobrecido y abandonado, de donde la infeliz é inocente hubo de parar en el hospital. Pero la verdad era que estaba expiando una ligereza imperdonable con ausencia de todo sentido y previsión. Era de excelente y opulenta familia de un pueblo, huérfana de padre y madre, que crecía á la sombra de una abuela, y sola en la compañía de un hermanito. Á los catorce años fué el ama de la casa, de sus antojos, y la ley del pueblo. Contaba diecisiete, cuando acertó á pasar por allí un señorito de la corte, que acababa de casarse en otro pueblo, alma emponzoñada y hálito de corrupción, que por prendarse también de Rita, la trastornó pronto, prometiéndola el anillo nupcial y la vida de todo esplendor en Madrid.

Y Rita se escapó de casa; y el señorito, con pretexto de la morosidad en el despacho de documentos, no hizo sino distraerla, presentarla en los salones de la casa de Montijo y de Alba... en los cuales cantaban, no sin aplauso; y al cabo de dos años, buscando desprenderse de ella, la despidió fácilmente por infiel, y recogió su legítima esposa.

Rita, burlada, corrió toda la pendiente del vicio, hasta dar en una cama del hospital, con el estigma en la frente, la vergüenza en el alma y la gangrena en el cuerpo. ¡Á dónde conduce la orfandad de una madre, de sombra protectora en la juventud! ¡Oh inconcebible atolondramiento de muchachas, atraídas como inocentes aves por los ojos de reptiles venenosos! ¡Ojalá que á la luz de los amargos desengaños, vuelvan en sí, y se persuadan de que sólo en los brazos de la religión y de la virtud vivirán felices y respetadas!...

Al lado de la tempestuosa Filomena se le ofreció buena adquisición á la Vizcondesa, en otra joven modista, de treinta años, llamada Teresa, que con su trabajo man-

tenía á sus ancianos padres; era en verdad virtuosa, con el corte de beata, humilde, dulce, modesta y lista, y con gran deseo de salvar su alma. Al P. Carasa y á la señorita les pareció un regalo del cielo, y la acogieron agradecidos, igualmente que á sus padres.

¡Regalo y descanso! Pues había tenido que despedir la Vizcondesa á dos maestras, por lo menos, en el espacio de cuatro meses: una, que ganada por Filomena, había salido con ella al café; y otra, que encontró con quién casarse. ¡Era lá vida del colegio oleaje no interrumpido de peripecias!

La calle estrecha de Jardines abundaba en casas de mal vivir, y á cada paso y á deshoras de la noche golpeaban en la puerta, creyendo al colegio una de ellas. Y toda aquella pestífera vecindad hacía vivir á todos en contínuo sobresalto. No había maestra con arrojo para acompañar á las colegialas á la iglesia, porque les aguardaban y seguían los conocidos, é iba la señora Vizcondesa con su grupo de pupilas, tendiéndolas su manto de dignidad y amparo.)

No era, por cierto, esto lo más doloroso para la señora Vizcondesa: lo desabrido é inaguantable era la tertulia de sus deudos y amigos. Porque allí se celebraban las historias del colegio con muy sabrosos comentarios, cosa muy natural en la condición humana. Ya sabemos que la Junta de señoras, nobles y piadosas, había abandonado la obra por imposible: pues en todos los puntos y lugares de su amistad y confianza, estarían repitiendo la canción. Llegaría esto á lo vivo de la familia de la Vizcondesa, y compadecidos de ella y picados de honor, la harían, con la intención más sana, diarias reflexiones, especialmente en los días de algún suceso inopinado ó ruidoso. Y lo propio los demás parientes y amigos; y más, reunidos todos, y coincidiendo en un

pensamiento, y confirmándose los unos con el parecer de los otros, que resultaba como voz y voto unánimes. Y la pobre Vizcondesa, tras del inmenso peso que gravitaba sobre sus hombros de la dirección y sostenimiento del Colegio, se veía sola, y acometida por propios y extraños.

Era la primera vez que se le abría, si no el abismo, inmenso vacío á sus pies; antes huían las señoras, ahora arguyen amigos y deudos.

Tal acaece en las mismas casas de los religiosos, al inaugurar alguno sendas nuevas de devoción ó de estudios, que todo lo peregrino ofrece capítulo de recreación, y á veces es mayor la guerra que se sufre entre los domésticos que entre los forasteros. Y es que media una diferencia: lo común de los mortales discurren según la prudencia humana, y discurren bien, según sus luces y sentimientos; pero los movidos de lo alto tienen otra idea y prudencia superior, y esa es, al fin, la insuperable y triunfadora, por encima de los discursos y las hablillas, de los comentarios, los estorbos y embarazos de los hombres.

Escuchemos de labios de la fundadora las penas y consuelos que experimentaba por este tiempo, en las vicisitudes de su regenerador ideal:

«Hacíanme sufrir el martirio todas las visitas y amigos... mas siempre que el Señor me enviaba una tribulación, era como víspera de un favor; como siempre espero la sagrada comunión con ansia é impaciencia, jamás á sangre fría, y veces hay que de la oración saco más deseo, y se me hace larga y penosa la noche, que es como una distancia inmensa, que me separa de unirle á mi Dios; tal ansia tenía un día, que con lágrimas le pedía á la Santísima Virgen me la trajera pronto, que me sentía morir, y al llegar el sacerdote á darme la comunión, ví

al Señor como si de su corazón sacara la Forma que me daba en aquel momento, y la Santísima Virgen estaba á mi lado, y la veía más cerca y mejor que al Señor; estas cosas dejan una huella é impresión que dura muchos días, y dan una fuerza y valor, para sufrir y padecer el martirio por el amor de Dios, si fuera necesario».

—¿Si Dios está de nuestra parte, quién osará ponerse enfrente? (1).

Páre la consideración el lector en estas regaladas mercedes y en estos afectos encendidos; ¿no se estrellarán los dardos de las humanas hablillas en el alcázar que suscita la mano de Dios?

(1) Paul Ad Rom. VIII-31.





CAPÍTULO IX

ES NOMBRADA LA VIZCONDESA DE JORBALÁN HERMANA MAYOR DE LA DOCTRINA CRISTIANA Y SE LE ENCARGA LA REFORMA DE UN CONVENTO.—ADMIRABLES EJEMPLOS EN EL HOSPITAL.—DISCRETOS CONSEJOS EN EL MONASTERIO.

(1849)



DOÑA Ignacia Rico de Grande, la virtuosa como amiga íntima de la Vizcondesa, á quien acabamos de mencionar, dejó por su fallecimiento vacante la presidencia de la Hermandad de la Doctrina cristiana; y en Junta de mediados de Abril, se acordó que la sucediera la Vizcondesa de Jorbalán, no obstante de ser soltera, relativamente joven de treinta y seis años, y hallarse interinando D.^a Eulalia Vicuña. Componíase la hermandad de unas cuarenta señoras, que si bien no solían asistir al hospital sino quince ó veinte, pero á las juntas acostumbraban á acudir con mayor puntualidad (1).

(1) Dedicábase esta piadosa congregación á visitar y consolar á los enfermos de los hospitales, habiendo tenido su nacimiento á mediados del año 1843. Cuantos han entrado en estos lugares píos ó leído

Un grito de alarma y de disgusto produjo entre las hermanas el nombramiento, declarando que de entrar la Vizcondesa de hermana mayor, saldríanse de la Hermandad, pues no les placía alternar con el lujo que traía de París, que adolecía además de carácter vivo y dominante, y las trataría con orgullo; y que ignoraban qué lecciones las podría ofrecer de caridad, al paso que de tertulias, bailes y teatros ostentaría brillante título de maestra.

Nada se le ocultó á la Vizcondesa; había elegido ya para este tiempo modista buena y religiosa, y no de gran

las vidas de los santos ó de ejemplares religiosos, saben que la caridad les impulsaba de ordinario á visitar los santos hospitales. Nosotros hubimos de describir con edificantes y curiosos pormenores la visita que á diversos establecimientos de este orden practicaba en Madrid el bienaventurado Alonso de Orozco. Pues al desaparecer las comunidades religiosas por las leyes de exclaustración, á poco de la muerte de Fernando VII, los seglares piadosos recordaban los buenos ejemplos de los regulares, y afanándose por seguir sus huellas, establecieron en el hospital de San Juan de Dios la Congregación de la Doctrina cristiana. Sólo aparece creada hasta entonces la de San Felipe Neri, en el Hospital general: aun las Conferencias de San Vicente de Paul no se instalaron en la corte hasta el 1850.

Con tal motivo ingresaron en la Congregación de la Doctrina cristiana distinguidas y numerosas damas, jóvenes de preclaros linajes y caballeros de todo orden de lustre y brillo, algunos de los cuales profesaron la carrera eclesiástica, como D. Juan Ignacio Moreno, con el tiempo Cardenal Arzobispo de Toledo, y hasta la vida religiosa, como D. Juan Nepomuceno Lobo, Provincial más tarde de la Compañía de Jesús.

Una Junta de Señores designaba las personas para los cargos de las distintas secciones que abrazaba, y que eran San Juan de Dios, sala de hombres y mujeres; Hospital general, lo propio; Hospital militar y las cárceles.

Al figurar la Vizcondesa de Jorbalán en la congregación, componían la Junta D. José María Laguna, Hermano Mayor ó Director general, D. Juan Lobo, D. Manuel Vicuña y D. José Sahagún Ruiz.

aparato y fama, que perteneciendo á esta Congregación, la trocó, por último, por el hábito de Salesa; y por ella supo las apreciaciones de aquellas señoras, y más que no apuntó, «porque no era cierto; esto sí, y en consignarlo no las hago agravio, ni ellas á mí en decir lo que yo era, que harto me pesaba, y me pesa hoy».

Por lo demás, veníale de perlas esta oposición, ya porque la presidencia la consideraba erizada de espinas, ya porque nunca se juzgó «idónea para cabeza y superiora» y, últimamente, porque pensaba que «*su amor propio* necesitaba de estas y otras *humillaciones*».

Mas se llegaron á la señora Vizcondesa el Hermano Mayor, D. José Laguna, y el Sr. Lobo, Presbítero ejemplar y de la Doctrina cristiana, y otros señores, á participarle el acuerdo tomado, y rogarla encarecidamente no dejase de aceptar la vacante de su entrañable amiga doña Ignacia (1). La Vizcondesa les dió las gracias por su ofrecimiento, y les manifestó que no podía aceptar, apoyada en distintas razones, sosteniéndose en su propósito, firme y resuelta.

La instaron y suplicaron que lo admitiese, considerando su posición y fortuna independiente, y porque cuadraba bien á sus deseos de salvar almas, y por el campo que el hospital la abría, hasta para enlazarlo con el pensamiento de su fundación del colegio. Unos y otros interesaron además al Padre Carasa, y también la Vizcondesa le manifestó que la oposición de las señoras era indicio de la voluntad divina, y dirigía muy fervorosa esta oración al Señor: «Dios mío, tú sabes que deseo servirte, aunque me cueste cualquier sacrificio, y para

(1) El nombramiento está autorizado por D. José María Laguna; y en él se manifiesta que D.^a Eulalia Vieña de Ríaza pasaba de Hermana Mayor al Hospital general.—*Proceso de Información*, etc.

vencer mi amor propio y la repugnancia que siento entrar donde me rechazan, y en lugar donde tanto vencimiento me costó para franquearlo, y que se resuelva la lucha; cuantas veces piso sus umbrales, paréceme beber el cáliz de la amargura, pero hágase tu voluntad».

El P. Carasa opinó que debía su penitente acceder á las instancias reiteradas de la Junta, previniéndola sagazmente para sufrir una prueba, así como de adelgazada espada de dos filos. «Y al fin—escribe—llegó el día de ir al hospital como hermana mayor, para sacrificar de una vez para siempre mi natural orgullo y amor propio... probando á Dios con la obra lo que sentía en mi corazón».

Para esto se convocó á junta general en 20 de Abril de 1849.

Al entrar la Vizcondesa en la sala, donde la esperaban las señoras, las saludó á todas con exquisita amabilidad; mas ellas se iban acercando, una á una, alegando excusas particulares, para despedirse, de manera que le pareció sentarse en la presidencia del vacío. Resuelta á sufrirlo todo por Dios, las escuchó con calma, y aparecía quedar convencida de sus urdimbres. Y una vez oídas, y después que todas le dieron su estocada, «que tal efecto producían en su corazón», tocóle á ella el turno y ocasión de dirigirles su palabra, y lo verificó en esta forma:

«Hermanas y señoras mías: bien conozco que el venir á este hospital es muy penoso, y que tal vez sus ocupaciones las obliguen á dejar de hacer esta obra de caridad tan grande, y aunque me reconozco por la más inútil y sin virtud, la obediencia me trae aquí».

Todas se miraron unas á otras como sorprendidas.

«¡Sí, señoras! La Junta de señoras y el señor de Lobo, padre espiritual, me lo ha mandado, y yo he admitido, por hacer á Dios el mayor de los sacrificios que quizás se

me presente en la vida; pues sé la oposición de las señoras, y la resolución de salir todas á mi entrada, como acabo de ver; tienen ustedes razón, y es muy justa su repugnancia, pues tengo todos los defectos de que las señoras me acusan é imputan; yo las ruego en caridad me enseñen un poco la marcha que ustedes siguen, porque en esto de obras de caridad me hallo tan ignorante, que necesito la ejereiten ustedes conmigo; y no duden que Dios se lo pagará, tanto más, que si logran ustedes mi conversión, no será menor la obra que la de una de estas infelices, etc., etc.; y no sé qué de cosas que las dije, que el Señor me inspiró » (1).

Ofreciéronse todas á permanecer unos días, á fin de enseñarla; pero la señora Vizcondesa y hermana mayor se dió tan buena maña á humillarse, y á «acariciarlas, que, por fin, ninguna se fué».

Proclámelo una señorita distinguida enarrando esas memorables hazañas á este tenor:

«Como yo era entonces una joven metida en el mundo, y poco cuidadosa de esas grandes obras de caridad, seguía á la sierva de Dios con admiración, y aun algunas veces me arrastraba á acompañarla á hacer las camas á los enfermos incurables de San Juan de Dios. Allí era de ver el valeroso ánimo con que me desafiaba á tocar aquellas sábanas, llenas de inmundicias, diciéndome con gran caridad: «estas banderas gloriosas veremos tremolar en el cielo»; allí la ví abrazarse, y tomar en sus brazos ropas inmundas de las camas de los enfermos, para limpiarlas de la repugnante miseria en que abundaban » (2).

(1) *Memorias biográficas.*

(2) Doña Leocadia Zamora, confesada igualmente del P. Carasa y recomendada por él á los consejos de la Vizcondesa, la cual ingresó Carmelita en Alba de Tormes, y fué luego fundadora y Presidenta

¡Qué cuadro tan hermoso! venga el pincel de Muriello, el del lienzo de Santa Isabel de Hungría, á retratar á la gentil Vizcondesa, tremolando las blancas sábanas de los enfermos, como banderas de la caridad y sus prosélitos, conquistadoras de una gloria inmarcesible!

Por este tiempo, pues era á los ocho ó diez meses después de la estancia en Burdeos, y de lo cual habríase difundido alguna noticia, la Superiora de las hermanas de la Caridad del Hospital general, Sor Francisca, le mostró una carta del Emmo. Sr. Cardenal Bonet y Orbe, Arzobispo de Toledo, encomendándole el averiguar las causas de la alteración de una comunidad religiosa, y proponer, á su juicio, los oportunos remedios. Era el Prelado gran amigo de la Vizcondesa y su familia, tanto, que le asistía en las enfermedades, ayudando á la hermana del mismo Purpurado. Á fin de no llamar la atención, la acompañó en un coche la misma Superiora, y se dirigieron al convento indicado, donde ya las esperaban, pues inmediatamente las recibieron, y se prestaron al cumplimiento de la comisión (1).

La señora Vizcondesa procuró enterarse de cada una en particular, oyendo la última á la Superiora, á fin de que no apareciese aquélla influída con sus insinuaciones. Á poco, pudo formarse dictamen propio de la raíz del mal, que estribaba en las estrecheces y angustias de la comunidad, no menos que en la multiplicidad de confesores consejeros, junto á la debilidad y condescendencia de la Presidenta. Halló el convento muy pobre, triste,

del convento de Carmelitas descalzas de Oviedo con el nombre de Ana Teresa de la Sagrada Familia.—*Proceso de información de las virtudes de la Sierva de Dios, etc.*

(1) Sin duda era algún convento, no de las vírgenes dedicadas al culto, sino de las llamadas *de Penitencia ó Arrepentimiento*, acerca del cual recibía noticias contradictorias el Prelado.

sucio y mal arreglado; y es conocido el proverbio que *donde no hay harina, todo es mohina*. Por esta razón no brillaba la más cabal armonía entre las monjas, viniendo unas de esmerada cuna, y otras de más humilde stirpe, estrechadas todas á contemplar, con diverso modo, á los bienhechores del Instituto, ya en el locutorio, ya en las relaciones epistolares. Todas fueron ingenuas y sinceras á las preguntas de la Vizcondesa, por lo que á las dos ó tres horas dió con la parte más dolorosa y grave, y estimó hallarse perfectamente informada.

Á cada una dió discretos consejos, según el Señor la inspiraba. Dada cuenta al señor Cardenal, les ordenó éste unos días de ejercicios espirituales, que les dieron los señores Padre Carasa y D. Pedro José Ruiz, con los que la comunidad quedó encauzada y tranquila por larga temporada, según que pudieron recogerse noticias.

No dejaremos de apuntar la manera cómo corrigió las pretensiones de una cocinera. Quejósela ésta de que pasaba el día ocupada no más que entre la campana y la cocina. Y la consoló con que no la olvidaría en sus recomendaciones á la Superiora.

En efecto, llamó á entrambas. Comenzó su arreglo dirigiéndose á la Presidenta:

—Esta hermana se queja, y parece que con razón, porque toda la vida se la va en tirar de la campana ó atizar la lumbre en la cocina. Sírvase V. colocarla alguna vez en el oficio de Secretaria.

Ella repuso al instante:

—¡Ah, no, si no sé escribir!...

—Bien, pero siquiera de lectora.

—Tampoco sé leer.

—Vamos, quizás vendría V. para organista.

—Quíá, no señora.

—Pues, mujer—resolvió la Vizcondesa—dé V. gracias

á Dios de que haya ó campanas ó pucheros en la Congregación, que de otra suerte, nos quedamos sin ministerio para usted.

Y no se alboroten y hagan resonar sus quejas hasta el exterior y el oído de sus Prelados, que en el estado de humildad encontrarán más merecimiento y sosiego.





CAPÍTULO X

TRASLÁDASE EL COLEGIO DE LA CALLE DE JARDINES Á LA DE DON PEDRO.—COLOCA AL FRENTE DE ÉL Á UNA COMUNIDAD FRANCESA, LA CUAL CONCLUYE POR DESPEDIRLA DE SU PROPIA CASA.

(1849)



NOCEMOS las angustiosas condiciones de la casa de Jardines; ¿pero sería fácil acomodar el colegio de jóvenes Desamparadas? «Yo no hallaba casa, y cuando sabían era para mi colegio, de ninguna manera me la querían alquilar».

Llevaban cinco meses de estrechez y sobresaltos, y no hallando sino desaliento en los hombres, se acogió la Vizcondesa á su acostumbrado refugio, al Sacramento del amor. «Yo le trataba como mi mejor amigo, y le puse una carta pidiéndole casa». La carta se colocó debajo de la custodia y corporales en el oratorio del Caballero de Gracia. Y al tercer día de novena y exposición, un amigo de su familia, el señor Ocarol, le trajo noticia de una casa á propósito en la calle de Don Pedro, número 1. Volaron á verla, acompañadas del dicho amigo, la Condesa de la Vega del Pozo y la Vizcondesa, su hermana políti-

ca. Era capaz y buena, apreciada en veinte y cuatro mil reales anuales, y confiada en Dios la ayudaría para los gastos, la arrendó con el dueño, que era un señor Marqués, en 1.º de Abril, mas con la condición de poderla abandonar cada año. Sí, porque en la oración entendió que no la habitarían más de uno. Preparóla convenientemente, y trabajaba el colegio ardoroso en disponer ropa, con la idea consoladora de la casa nueva.

Hasta los de la tertulia de casa la ayudaban á medir y cortar las telas, y le daban limosnas, que no todo había de ser argüir y sofocar á la Vizcondesa, y murmurar de las caprichosas cláusulas de la escritura, por no estar en los más regalados secretos de la historia de la fundación, convencidos de que las criaturas nos movemos al soplo del viento reinante: abatidos ante el fracaso, y animados y cortando tela ante la perspectiva de nueva idea ó la prosperidad de un suceso.

Montó la casa con cuarenta camas para colegialas, y diez para las maestras y directoras, con tres mudas completas cada una, en nombre de la Santísima Trinidad, que « se valía de sus mismas devociones, para encomendar así mejor al Señor sus obras ». En la cocina y refectorios nada faltaba, y entraron á gozar aquellas holgueras en el florido y esperanzado mes de Mayo (1849).

Dispuesta la casa, dirigió su pensamiento á establecer oratorio, con las facultades necesarias para el cumplimiento de los deberes religiosos y devociones de piedad. En Julio del mismo año le vino la anhelada licencia de Roma. « Con esto, dice, arreglé un ajuar completo de todo, casi con lujo, pues eran mis amores los que iban á ocupar aquella pieza, y dejé una capilla lindísima con su rector al frente, señor Rica. La bendijo el Ilmo. Sr. Serra, benedictino, Obispo de Puerto-Victoria, en la Australia, quien además la confortó, como solía, á perseverar

en la grande empresa, no obstante las contrariedades que por donde quiera pululaban. Era amigo de la familia, y alguna vez celebraba la santa misa en el oratorio particular de ella, ocurriendo que convidó también la Vizcondesa á su primo el Marqués de Molins, á la sazón Ministro de Marina, y por esta conversación, facilitó éste al señor Obispo, barco y demás provisiones para su viaje. La Vizcondesa le regaló un barco de oro de raro mérito, para que lo dedicara á la Virgen de las Misiones, ya que no podía volar á ellas para convertir infieles.

Prosperaba en su tierno desarrollo el colegio con Teresita y Filomena de maestras de doce chicas; Pepita, la pobre baldada, de recadera; los padres de Teresita, de porteros; y Pepito Abella, de cobrador de la subscripción, quien estudiaba (el simple) para clérigo, y se desvivía por servir á la señorita en las cosas del colegio.

Tuvo noticia el Comisario de Cruzada, señor Santaella de lo prósperamente que funcionaba el Colegio de Desamparadas, y preguntó á la Vizcondesa qué número de colegialas había, y cuánto le costaba su sostenimiento.—Treinta y seis personas tengo allí, le contestó la Vizcondesa, y gasto 4.000 reales mensuales.

—Pues bien; admita V. doble número de recogidas, porque ofrezco á V. otros cuatro mil al mes de fondos de Cruzada.

—¡Ah! no,—repuso la Vizcondesa;—gracias por su obsequio, pero como manda el que paga, prefiero vivir con lo mío y las limosnas de la caridad.

—No obstante,—insistió el señor Santaella,—cuenta usted con mi ofrecimiento, que no lleva otra mira que ayudar las buenas obras, de conformidad con los sentimientos de usted.

Contando ya con fondos, ensanchó las alas de sus anhelos y parecíala recorrer la senda de sus destinos en

marcha triunfante, mientras con su inagotable caridad y sus fecundos desvelos, estaba al frente de su propia y querida obra; pero palpando y todo el bienestar del colegio, y sintiéndose movida de lo alto á encerrarse allí, volvía á atormentarla la idea de su incapacidad, y no deber ser el timón de la buena empresa, fuera de que no sabía desprenderse de las comodidades de su casa, ni la venía luz ni manera para realizarlo. « ¡Soy incapaz! decía, ¡si hubiera colegio donde yo aprendiera á ser Superiora! »

Con estas consideraciones se cerraba los caminos, y se estimaba relevada de responder á las fuertes inspiraciones que el Señor la comunicaba en este sentido, y que creo tampoco se las manifestaba á nadie, de donde buscaba con ahinco una corporación religiosa que le llenara estos vacíos, más de su alma que de la casa. Y también por « los engaños y maldades que se mezclan en las cosas buenas, que la dejaban parada y atónita » (1).

¡Ah! y acertadamente puso el ojo y el deseo en obtener las hijas de San Vicente de Paúl, ya porque las amaba mucho, ya porque con ser su Madre curadora de la Inclusa y su hermano Visitador de Beneficencia, tenía gran roce y conversación con ellas, y admiraba « la gran virtud de muchas hermanas de la Caridad, por más que digan ». Pero la contestaron que sus reglas les prohibían dedicarse á las atenciones de este linaje de mujeres.

Revolviendo en su pensamiento los probables estragos de su inutilidad y los vivos anhelos por la bienan-

(1) Pero si en los rincones de nuestra conciencia y en los pensamientos propios más sanos, se nos introduce la polilla, en los nimbos de las obras óptimas, *etiam bonis operibus*, escribe San Agustín en su Regla, que esconde sus asechanzas la soberbia; ¿qué hemos de extrañar trate el enemigo de enturbiar los raudales cristalinos de las empresas santas, donde tanta casta de cosas y personas intervienen?

danza del colegio, entre nieblas de dudas y perplejidades, se le acercó la Superiora de un instituto de Francia, exponiéndole que ellas se dedicaban á servicios análogos, y amaestradas ya en el ministerio, podríanle ser muy útiles para sus propósitos. Y admitió la proposición, concertándose en que vinieran siete; cinco primeramente que hablasen español, y á los dos ó tres meses las restantes, y además acordaron la manera de atenderlas y remunerarlas (1). El Reglamento lo dictarían ellas, como ya prácticas, se aprobaría por el Sr. Arzobispo y la entregarían copia. Con todo se conformó á trueque de que se organizara bien el colegio, obligándose ella á subvenir diariamente con el gasto, y estar al frente para todos los riesgos y obstáculos que en la vida pública se les ofreciesen; que, como extranjeras, de todo temían en España. Estas religiosas tenían abierto un colegio para educación de señoritas en Madrid, las cuales harían de superiores de las destinadas al asilo de Desamparadas.

Llegadas las tres primeras, no era de maravillar, mientras los comienzos, que se pasara el tiempo en ensayos, y que levantarán el peso las más diestras de la antigua casa. Teresita, hábil y piadosa, les era utilísima, y la hacían vigilar el colegio de día y de noche; Filomena, de habilidad y talento, les daba lección de castellano, y aun les enseñaba labores y delicadezas que había aprendido de la Vizcondesa, y dirigía las lecturas de las colegialas.

Por el espacio, acaso de cinco meses, iba desarrollándose el colegio con cierta regularidad, no sin dejar

(1) La Vizcondesa les costearía el viaje y la vuelta, en caso de enfermedad ó clausura del colegio, la asistencia toda, ya á sanas ya á enfermas, y además tres reales diarios á cada una para sus atenciones particulares y las de la Casa-matriz. ¡Cuánto más económicas le hubieran sido las hermanas de la Caridad!...

de advertir en las monjas desvió respecto de las recogidas, y como si se las dibujara la repugnancia en el trato con semejantes doncellas. Mas, á poco, se comenzó á descubrir el oropel de aquel brillo extranjero; y la Vizcondesa, no escasamente aficionada á Francia, debía prepararse para la desilusión más inopinada, y las amarguras de hieles.

La Superiora del colegio de señoritas pidió á la de las Desamparadas el caudal que ganaban; y como le había empleado, surgieron disgustos entre ellas. Amargada la última, y que se llevaba muy bien con la Vizcondesa, le hizo declaraciones que le abrieron los ojos, tanto como le atravesaron el corazón. Vino á confiarle que habían venido engañadas, pues no se dedicaban á aquel género de asilos, sino creídas de dirigir una escuela de niñas pobres; y que las chicas del colegio eran buenas, pero que ellas no sentían inclinación ni gusto en tratarlas. Todavía le oyó otras insinuaciones que las halló impropias en labios de una religiosa, acerca de modernos institutos, y de que recibía orden de ahorrar, habiendo contestado que le era cosa imposible, pues despachaba las cuentas la señorita; que además creía pasión de envidia la exigencia de la otra Superiora, por lo bien que bogaban ellas, y se arreglaría todo con carta al Superior y disfrutando de independencia propia. Pero la Superiora mayor no dejaba de llegarse á las Desamparadas, y se encerraba con su colega dos y tres horas, acompañadas de un abate, que trataba de convencer á la de casa de algo, que no alcanzaba ni adivinaba la Vizcondesa.

De lo que se enteró, y no con gran sorpresa, fué de que las francesas habían encerrado en la buhardilla á Filomena, castigándola á pan y agua. ¡Cómo no había de creer á unas religiosas, al quejarse de que Filomena lo curioseaba todo! Si bien conocía que eran alas que le

prestaron ellas, cuando les convenía. «Yo las creía muy buenas, y no sabía sospechar mal».

Sacó del colegio á Filomena, pensando la Vizcondesa que el castigo debiera ser suyo, por resistir á las inspiraciones divinas de dirigir el colegio.

A ratos se mezclaba con las chicas á jugar, para disipar en las religiosas todo recelo y repugnancia, cuando reparó agradablemente que también éstas tomaban su turno en los juegos.

El respetable Masarnau iba por las tardes á dar lección de música. «¡Qué bien! estaba yo tan contenta, que no cabía de gozo; las daba meriendas y algún refresco de cuándo en cuándo». ¡Qué sencilla y candorosa de Micaela!

Entre aquellas diversiones, las halló un día jugando á francesas y españolas, y no dejó de advertir que su presencia había turbado á las directoras; y supo, por las chicas que salían al hospital, que se estaba formando una lista, por partidos, de las adictas á las francesas, para ir con ellas á Francia, y otra de las amantes de la fundadora. La Vizcondesa lo juzgó al pronto como desatino de las chicas.

Algo más le llamó la atención que pidiera más religiosas la Superiora, cuando la Vizcondesa estaba esperando las cuatro que se preparaban en Burdeos, y que, al fin, le mandaron, una española que aprendía el francés, para pasar por tal, y otra francesa, muy buena, pero delicada, que derramaba sus confianzas con la Vizcondesa. Y aún más; chocó á la señorita el que no dejaran comulgar á las jóvenes, y las encargaran el silencio en el confesonario de cuanto ocurría en la casa. Al declararles ella sus escrúpulos, y añadirles de que resaltaba el fervor en las chicas, y las funciones eran cortas, y la

bendición del Señor ligera y de incorrecta manera por el Abate confesor,—cuyas ideas, no bien comprendidas por la Vizcondesa, le agradaban poco,—supieron ellas dorarle todas estas circunstancias, é inspirarle la confianza y tranquilidad, tanto más que de todo hacía ella saber al Prelado, el Emmo. Bonel y Orbe.

Sin embargo, agitada de incertidumbres, se resolvió á practicar ejercicios espirituales, y pedir luz al Señor y conocer más clara su divina voluntad.

Por otra parte, la angustiaban no poco los gastos, y una subscripción que abrió, con licencia del Gobierno, tampoco le fué lisonjera, « porque todos los conocidos desaprobaban su plan por descabellado ».

Un día, de los mayores aprietos, al volver de misa con su cuñada, se anunciaron dos caballeros con cuentas, y el uno respirando enojo.

—¿Qué te querrán?—preguntó la Condesa.

—El uno, pedir dinero; el otro, darlo—respondió Micaela,—que lo he suplicado ardientemente al Señor.

En efecto, de casa de la Duquesa de Medinaceli, que traía su subscripción para el colegio; lo tomó, según estaba envuelto en un papel, y se lo puso á San Francisco de Paula, rogándole pagara con ello la cuenta que la iban á exigir, pues ella no tenía un maravedí.

Preséntase á continuación el hombre de los enojos, y le pregunta temblando la Vizcondesa:

—¿Cuánto es su cuenta de usted?

—Quinientos reales...

Tomó el papel de la mano de San Francisco, con fe viva, y se lo entregó al acreedor, diciéndole:

—Cuenta V.—pues ella no lo había abierto.

—Justo, está bien,—se le contestó á la señorita en tono de complacencia.

Después quedaba como extática y abrasada en divino amor, sin saber cómo expresar su gratitud á Dios y al Santo de sus apuros.

Las religiosas, al despedirla para su retiro, la hicieron espléndida demostración de cariño, levantándola sobre un sillón, engalanado á manera de trono; y la abrazaron todas, directoras y colegialas, rehusando le besaran la mano por su nativa vergüenza. La pena no se le desvanecía por ello; quedábase dentro con su zozobra y espina.

Á Guadalajara se retiró por consagrarse con más libertad á su Dios.

El Padre Carasa, aunque andaba enfermo, la dirigía por carta diaria. Ella llevaba grabados en su alma estos dos puntos de consulta: su vocación y destino, su colegio de Desamparadas.

¡Su vocación! Ya recordará el lector las inclinaciones á ser hermana de la Caridad, y cómo se le cerró el camino. Pues ahora, ignoramos por qué revivieron las antiguas insinuaciones, que á la fecha estaban lejos de confirmarse, y trató de probar cómo se sentiría, imaginando vivir en la estimable compañía de las Salesas reales.

Antes de conversar con ellas en el locutorio, se fué de exploración cierto día por los alrededores del Monasterio y de la iglesia; y desde luego el esmero y pulcritud que resplandecen en estas casas desahogadas, la atraían y cautivaban; y arrastrada del lazo de la complacencia y la curiosidad, entró en el soberbio templo de Doña Bárbara de Braganza. Estaba rezando la comunidad en el coro el oficio parvo. ¡Qué emoción para una vacilante pretendiente! La majestad de la nave, la limpieza y decoro por mejor tapiz y ornamento, la mística obscuridad, el canto suave, y sobre todo, el imán del taber-

náculo santo, la movieron á llegarse hasta las rejas del coro, después de saludar al Señor Sacramentado. Les oyó rezar en latín, y comenzó su soliloquio—¿en latín?— ¡oh! no; lo respeto, lo venero; pero yo quisiera entender el lenguaje para con mi Dios.

«Además, ¡no ver la hostia santa, ni el sagrario!... me ahogo, me parece imposible la vida. Y luego enseñar á señoritas, y cobrar por el trabajo... no, no quiero que el mundo me pague mis obsequios á Dios. Mi encanto, mi aspiración es enseñar á pobres y de caridad, y más que nada, salvar almas que amen y adoren al Santísimo».

En definitiva, Micaela Desmaiseres podría vacilar, pero no nació para Salesa.

Con todos estos retientos y sacudidas, entró en el recinto de la soledad, y sin que tengamos que referir cosa especial de estos días de oración, notaremos el encendido fervor con que salía de ellos, ofrecida nuevamente como hostia de amor para cumplir con los designios celestiales á costa de todo sacrificio.

Á su vuelta á la corte, seguía padeciendo calenturas el Padre, y tardó ella tres ó cuatro días en visitar su colegio. Al anunciarse, la esperaban en la portería la Superiora del colegio de señoritas, la de la casa de Desamparadas y dos ó tres religiosas.

Las saludó la Vizcondesa con afabilidad, y jubilosa y chancera, al verlas de porterías, tomábalas de la mano para subir al colegio, cuando se la oponen diciendo que no puede subir. Lo tomó á broma; mas revestida de seriedad Mad. Bonat (Superiora principal), y deteniéndola del brazo, la replica:

—No es broma, y tenga entendido que no subirá usted.

—¿Pues qué ocurre?

—Que me he puesto yo al frente del colegio y desde hoy corre exclusivamente de mi cuenta. A este fin, he-

mos cobrado siete meses de la Comisaría de Cruzada, cuatro en nombre de V. y tres en el nuestro. Sor Regis permanecerá de Superiora; el señor J. C. de Director (un sacerdote joven), y V. continuará, si le place, de bienhechora.

Y esto lo pronunció como aluvión de palabras, arrebatada, y sin dejar respirar á la Vizcondesa; y asiéndola del brazo, al fin, la puso en medio del portal.

« *Muerta me quedé... de mármol.* Me arrodillé delante de la Virgen de Desamparados, la invoqué en mi ayuda y para que yo cumpliera la voluntad divina, ofreciéndola una lámpara que ardería perpétuamente en el colegio. ¡Ah! ¡con qué fervor pedí en aquella tribulación, con toda mi alma! » (1).

Un cuarto de hora pasó más muerta que viva, y repuesta de la congoja, les dijo, que pues se le cerraba la entrada de su casa, se iba de ella, encomendando su guarda á la Virgen.

Tomó, en efecto, su coche y se dirigió á dar cuenta al reverendísimo señor Arzobispo.

No se sorprendió mucho el Prelado, y recordó á la Vizcondesa el deber de defender su casa, acudiendo á las autoridades y valiéndose de los medios que su celo le sugiriera, pues urgía el demostrar su amor á Dios en la dura prueba. El mal, añadióla, es más grave del que pudiera V. imaginar, y yo estoy trabado en una cuestión que me imposibilita dar la cara en este asunto. Mas no dude V. en venir cuando le plazca, que siempre me llamará V. propicio.

Atada la Vizcondesa para citar el nombre del Prelado en su apoyo, aunque muy confortada por él, encaminó

(1) *Memorias biográficas...* Esta lámpara continúa ardiendo en todas las casas de señoras Adoratrices.

sus pasos hacia la Nunciatura, anunciándose como hermana del Embajador de España en Turín, adonde, en efecto, había sido trasladado de Bruselas. Monseñor Brunelli, Nuncio Apostólico, la acogió bondadoso y la confirmó en que debía dar parte al gobierno, autorizándola para tomar su nombre, y asegurándola de que intervendría él en su legítima defensa.

Al escrúpulo y vacilación de cuál cosa sería más acertada, entregar la casa á una comunidad, ó dirigirla ella, para lo que se consideraba incapaz, le animó diciendo que la buena obra no debía abandonarse por ningún concepto, y que respondería ante Dios si lo dejaba por disgustos y contrariedades, trayéndola á la memoria las fatigas de los santos y especialmente de Santa Teresa en sus fundaciones; que esperaba en Dios ver desarrollada y prosperada con el tiempo empresa tan excelente; y pensara bien si lo ocurrido era un llamamiento para no resistir más á los designios divinos.

Mediante estos consejos, se presentó al Jefe político, entonces D. José Zaragoza, amigo de su hermano, suplicándole, y aun exigiéndole, compusiera aquel desorden sin violencia ni publicidad, mientras ella se entregaba á oraciones prolongadas y penitencias espantables.





CAPÍTULO XI

SALIDA DE LAS FRANCESAS DEL COLEGIO, Y MORADA EN ÉL DE LA
VIZCONDESA



UÉ mala semilla se había sembrado en aquel asilo, ó cómo explicar tan inopinada aberración?

Bien decía el Rmo. Prelado de la diócesis, que se ocultaba en el fondo de aquel suceso una controversia, y ésta era de jurisdicción competente. Las religiosas vinieron á declarar á la Vizcondesa que no reconocían otro Superior que el de Francia, del cual dependían, ni siquiera al Ordinario diocesano, y que bien se echaba de ver no ser lícito ni decoroso que una seglar figurara á manera de cabeza de las religiosas, que habían recibido sus instrucciones acerca del régimen y gobierno, y lo más que respetarían en su amable persona, sería el carácter de protectora, cuyas penas á la vez fingían compadecer vivamente.

El Superior se abstenía de obrar, por parecerle increíbles las noticias que le participaban.



Las instrucciones no eran, por lo visto, las más canónicas, ni más nobles y desinteresadas (1).

—Si ustedes se ven estrechadas á ahorrar, y deben mandar á la Comunidad-matriz sus economías, ¿por qué no lo han declarado á tiempo?—les argüía la Vizcondesa.

Tan obstinadas estaban en sus propósitos, que se resistieron á los avisos prudentes de las autoridades, y fué menester acudir al Embajador de Francia, para proceder á vías de hecho.

Tres meses, de intimaciones y réplicas, de paseos y fatigas, de disturbios y desasosiegos se gastaron para lograr que desalojaran el colegio. El lector podrá adivinar fácilmente qué orden y disciplina reinaría en aquella morada de la paz y de la caridad. El confesor de las francesas, agitando aquel oleaje de desaires é ingraticudes, había sido el más procaz, obstinado y bravucón; las listas de los partidos se recontaban todos los días; las jóvenes eran halagadas con promesas, viviendo en la anchura del desgobierno, y despidiendo para lejos de Madrid á las más adictas á la Vizcondesa.

Como quien á todo se prepara, se veían salir hombres cargados de bultos; y para atajarlo, por insinuación del Conde de la Vega del Pozo, que había llegado á España, envió el Jefe político al apoderado de éste al colegio y vigilar los pasos de todos; pero se ingeniaron ellas sagazmente para ahuyentarle.

Ante resistencias tan desenvueltas, procedió ya la autoridad con energía; la policía cercó la casa y se intimó la salida á las religiosas, en la inteligencia que de no verificarlo en el término de tres días, saldrían por

(1) Preparábase entonces el concordato de 1851, y aseguran los historiadores que fué éste uno de los casos que influyeron para la supresión de ciertas jurisdicciones exentas.

la fuerza y derechas á Francia. A toda otra mujer se prohibió la salida. Al verse rodeadas de tropa, sublevaron el colegio, sembrando la especie de que las conducirían á la cárcel. Se pronunció una plática, reunida toda la gente en un salón, donde se les decía: «Hijas mías, ¿á quién queréis seguir mejor, á éstas santas religiosas que se desviven por vosotras, ó á la Vizcondesa de Jorbalán, miembro podrido de la sociedad?»

Al asomar el tercer día, parecía haber amanecido para el asilo el juicio final; lloros, y gritos, y carreras incesantes por toda la casa. Molestado el Jefe de que parecía acudirse á la vecindad, á fin de que ésta interviniera en el alboroto, repitió la orden de que salieran las religiosas, sopena de verificarlo al medio día por la fuerza. Trajo el mencionado confesor de ellas tres coches, y á las dos de la tarde salieron, por fin, con él las alucinadas francesas.

¿Dónde se hallaba la Vizcondesa en tan crítico momento? No lejos del colegio, esperando el resultado de la algarada; metida en su coche y pidiendo á Dios por la paz de todos, conteniendo también á Zaragoza, el Jefe político, que molestado de la resistencia, quería llevar las mujeres á la cárcel y las religiosas á Francia, y alcanzando de él consintiese se dirigieran á su peculiar colegio de señoritas.

Tres horas amargas se le pasaron en el coche, padeciendo como en el calvario, al oír las voces y el escándalo de dentro, como si estallara en la calle, y los comentarios de cada uno, adversos la mayor parte para ella por la fama esparcida en los tres meses de la contienda. Cuando más resignada estaba, y con el alma en la consideración del cielo, abre la portezuela del carruaje el Párroco de San Andrés, sacerdote ejemplar, uno de los conquistados por el abate y las monjas francesas, que

la había tratado con harta dureza, y la dejó más suspensa al introducirse con ella en el coche.

—Vengo, señora—le dice— á consolar á V.; siento haberla hecho sufrir por mi ignorancia; hoy estoy en más autos y secretos que usted. Pidamos juntos el auxilio divino para empresa tan penosa. Anímese V., que la corona será más brillante.—

La Vizcondesa le escuchó como raudal de sabrosa plática, con gotas de bálsamo celestial.

El Jefe político había cedido en no sacar las jóvenes para la cárcel, con tal de encargarse la Vizcondesa del colegio á la salida de las francesas; pero temiendo la asesinaran, ordenó al Secretario la acompañase en la entrada.

¡Qué escenas! ¡qué algarabía! Gritaban todas, lloraban y corrían de parte á parte, atacadas no pocas de recias convulsiones. Á nadie se podía entender. La Francisca, una de las tres de la antigua casita, insulta á la Vizcondesa al entrar, conteniéndola el Secretario.

Á Teresita, la de más compostura y modestia, la encontró en un tránsito, y la exploró, diciendo:

—¿Podré contar con usted?

—No, señorita, que me voy con las religiosas, porque me reciben en el instituto, dándome dote encima del salario de usted.

Traspasado le dejó el corazón aquel golpe de ingratitud, en persona que reputaba sólidamente virtuosa.

La Vizcondesa, pílida y medio muerta, sintió el frío del pavor, y haciéndose la serena y fuerte por librarlas de la cárcel, levantaba el corazón á Dios y le pedía valor y acierto; cuando, cruzando la inspiración por su frente, da recia palmada, que era la antigua señal de atención á las órdenes superiores. Y como contenidas por un resorte, todas callaron y escucharon. Y acudien-

do el discurso y la facundia á sus labios, les arengó diciendo:

—No puedo comprender esta inquietud que veo en vuestros rostros. Soy vuestra amiga, vuestra madre. Si son un bien para ustedes las religiosas, ¿quién es el que os las proporcionó? ¿No gasté yo para ello mis desvelos y mi fortuna? Y ahora que me fijo más en particular: ¿no fuí á una buhardilla á sacar á una de vosotras? ¿No pisé las casas públicas, exponiendo mi vida, para librar á otra? ¿No me han visto á diario en el hospital de San Juan de Dios, con harta repugnancia mía é insultos incesantes, por cada una que he traído á este asilo de caridad? ¿Á qué obedece este tumulto? ¿Es este el pago y el agradecimiento?»

¡Infelices! ¡en qué cunas se habían mecido, ni qué escuelas y sendas de pudor y sentimientos nobles habían frecuentado, para despertar en sus pechos tan pronto la gratitud!...

Al querer responder algo sobre la razón del tumulto, manifestaron que temían se vengara la Vizcondesa del desaire de las religiosas en las pobres desamparadas, conduciéndolas á la cárcel.

—Es todo lo contrario, —les replicó la señorita— yo os he librado de esa vergüenza. Este señor es el Secretario del Jefe político, y hará retirar la guardia.

—Pero, ¿y nos quedaremos sin maestras?

—Tampoco, que estoy acostumbrada á buscarlas, y ahora lo seré yo. Que vayan á casa por mi cama, que yo me quedo con ustedes, si callan y entran en orden.

—Sí, señorita, callaremos, y perdónenos V.; —y cayeron de rodillas, regándola los pies de lágrimas.

Lloraba ella igualmente, asegurándolas que las perdonaba de corazón, y rasgó el espacio haciendo la señal de la cruz con la mano.

—Me voy,—dijo entonces el Secretario;—veo que entiende V. á esta gente mejor que yo pensaba.

—Á la tropa, que se retire,—añadió ella,—que yo respondo al jefe de que se acabaron los gritos y el desorden.

En efecto, renació la alegría al observar que llegaban las camas para la señorita y su doncella Isabel. Entonces dió orden la Vizcondesa para el arreglo del dormitorio y de la cocina... cuando apenas para dieciseis quedaban prendas. Habíanse empaquetado las chicas, con dos y tres camisas, y tres enaguas, y dos vestidos, lo mejor, amontonando el resto de la ropa usada en la buhardilla. La cocina se hallaba de tal arte, que ni para preparar un caldo había medio. Al instante mandó la señorita á la tienda por lo necesario, y ella misma les aderezó una sopa con huevos. Al fin, les dió de cenar, y repartía tazas de té y tila, porque duraban los desmayos y los ataques, y, de improviso, rompían á llorar, todavía nerviosas y convulsas. Habían quedado veinticuatro, y se arreglaron para acostarse como fué posible, dividiendo los elementos de las dieciseis camas.

Á las doce, todo se observaba en calma y silencio: pero las más no durmieron ni quedaron rendidas hasta las tres de la madrugada.

Á la señorita esperaba Isabel en un cuarto toda angustiada y con algún preparativo, pues no había almorzado, ni comido, y deseaba, además, que reposase de la gran fatiga del día.—¿Qué comer ni descansar? repuso ella; tengo el corazón comprimido, atravesado de pena, y necesito ensancharme y respirar. Quiero respirar desahogadamente, volver los ojos á Dios...—Se acordó del día de mañana, en que no sabía cómo principiar, y rompió en copioso llanto. Es muy posible que no tomara ya alimento por su ansiada comunión, y pasó la noche entre sollozos y jaculatorias, vigilantes las dos, á

ratos en la capilla, de donde habían llevado á su Señor y consuelo, y devanándose la cabeza en planes y cálculos.

Al apuntar el alba, mandó recado al señor Cura párroco, y él les dijo la misa y reservó el Señor en el sagrario, con que volvía nueva aurora de luz y aliento, disipados, por tanto, los augurios sombríos.

La misma Vizcondesa les preparó el chocolate y lasopa, puso la mesa, y con la ayuda de Isabel lo arregló todo para la hora de levantarse. Tocada la campana, la señorita hizo de maestra, y á las nueve estaba su gente sentada haciendo labor. Pero se reflejaba el disgusto en el rostro de algunas, y no faltaban sus meneos de cabeza, por lo que la Vizcondesa se recogió á su refugio del Sacramento, á pedir luces de gobierno. Y reuniendo á su gente, les dijo con extremado cariño:—ya conocen ustedes mi plan y mis deseos; sepamos lo que ustedes quieren.—Cada una manifestó su sentir, y que las francesas las llevarían con las señoritas, ocultándose su vida pasada, y disfrutando de jardín, principio y postre...

—Pues bien; yo no os ofrezco más que trato acomodado á vuestra clase, y no quiero privaros del bien con que otro os brinda: si os parece, las que deseen ir con las francesas, que se pongan en pié; las demás permanezcan sentadas.

Y se alzaron catorce, cuatro de las cuales, se arrepintieron á la media hora. Avisada mademoiselle Bonat del cómputo y de la medida concertada, para demostración de que la Vizcondesa perdonaba á todas, se llegaron Teresita y otra religiosa vestida de seglar y se llevaron las diez, permaneciendo en el colegio otras diez ó doce, de un mismo sentir, reinando ya felizmente la paz y la concordia, prohibido el hablar mal de nadie, ni siquiera acerca del perturbador suceso.

El señor Párroco les favoreció aquellos días celebrando en la capilla, y animándoles con sus exhortaciones, y declaró á la Vizcondesa que el día de su despedida para Guadalajara, le aplicaron el canto del *oh salutaris*, doliéndose ésta mucho, al saberlo, y de que con tal manera de halago eucarístico la combatiesen.

La Vizcondesa ordenó terminar el arreglo de toda la casa, y buscó mujeres para la portería y recados, contando con Pepito y su madre, de entre las familias por ella socorridas. En esta forma pasó otra década de ejercicios de virtudes en el colegio, haciendo de maestra y criada de las desamparadas, y recogiendo el fruto del orden y del contento, sin que la molestaran con la menor sombra de disgusto.

Volvióse la Vizcondesa al seno de sus deudos: y aquí por fuerza, por la misma ley de la sangre y del cariño humanos, por considerar la obra con distintos ojos y apreciaciones, habían de renovarse los temas y perífrasis de las antiguas tertulias; pero ahora, ante el fracaso inconcebible, tratábanse con más profunda seriedad, agotando todos los recursos que el amor sugiere, ora de los halagos á su piedad, ora de las amenazas del desamparo, por ver si desistía de aquella *locura* en que comprometía el tiempo y el sosiego, la fortuna y la honra, no solamente los personales suyos, sino los de toda su noble y querida familia. Y esta era la voz y los sentimientos de su hermano, el jefe de la casa, y al unísono respondían todos los amigos y las visitas, ¡ay! y cuantos más que sin conocerla personalmente, ni salvar su pura intención, cebaban sus lenguas en la cordura de su entendimiento y en las aspiraciones santísimas de su alma...

¡Oh cáliz de hiel, oh espada de dos filos, oh tempestad huracanada para el corazón de una callada amante de Jesús y de la caridad!



CAPÍTULO XII

DEL DESAMPARO DE LA VIZCONDESA.—TRASLADO Á LA CALLE
DE ATOCHA

(1850)



DESABRIDA en extremo era para la Vizcondesa la opinión de su familia, lo más íntimamente acerbo, pero no dudaba de su cariño; era, ella lo manifiesta, «que no comprendían que Dios lo quería, y así no nos entendíamos en este punto, cuestión diaria en que tomaban parte las visitas» (1).

Padeció Job, más que por su podredumbre, por las increpaciones de su mujer y sus amigos; padeció Tobías, más que por los temores del verdugo, por los escarnios de sus allegados; y todo por atavismo en el amar, so color del más puro afecto.

Recordaría que los parientes de Jesucristo quisieron también estorbarle, por humanas miras, el que se acercase á Jerusalén; el mismo príncipe del apostolado se

(1) ¡Ah! Era preciso que la familia gozara de las otras luces que le venían de lo alto á sola Micaela.

propuso detener los pasos del Salvador, camino de su pasión, y ni los apóstoles acabaron de entender los anuncios del Señor por entonces, para entrar en el reino de su gloria.

Pero la familia era, á no dudarlo, como los faros, que aun padeciendo momentáneos eclipses, alumbran y protegen á la continúa; sus esplendores contribuían al éxito glorioso del triunfo de los caritativos ideales; claro estaba, que en todos los supremos trances sacaba la cara por ella, y ella en todas las pruebas no les desmintió su amor acendrado (1). Era la hora de las tinieblas, la de prueba de la fe y del corazón de la fundadora. Sus deudos, sus amigos la abandonaban como delirante, por una empresa de ruinas y de ignominias; y la obra aquella, lucida y bien montada, del colegio de la calle de Don Pedro, quedaba deshecha y desacreditada, casi como si hubiesen pasado por allí las llamas de gran incendio, y no le dejaran más que el recuerdo y las pavesas.

Y esta mujer heroica, á las peticiones de caudales, había remitido á las francesas, en el tiempo de los disturbios, cuando la habían arrojado de la casa, catorce mil reales; y la misma víspera de la salida de ellas, requiriéndole todavía, cuando salían los tapados bultos de su casa, les envió veinte y cinco duros.

Pues bien; á poco de colocarse al frente de su cole-

(1) Ocurría este suceso en el año de los regocijos de la casa, y de los devotos recuerdos de San Francisco de Paula, puesto que la Condesa de la Vega del Pozo había recuperado la salud á poco de su largo y medicinal viaje, y dió á luz (6 Enero 1850) á una niña que bautizó con su nombre.

Voló ésta al cielo el 10 de Septiembre de 1853, para cuando había nacido nuevo vástago, María Diega (16 Junio 1852), á quien, como sucesora en los títulos y virtudes de sus mayores, saludamos en la dedicatoria de este libro.

gio, comenzaron á llover las cuentas que sobre él pesaban, las deudas de tiendas y comercios, todo ello, con la reposición de ajuar, ascendía á setenta mil reales, caudal de que no disponía, y hubo de buscarle á réditos, saliendo fiador el padre de su cuñada, Marqués de Fuentes del Duero (1), quedando empeñada por varios años, y con todo el peso del sostenimiento del asilo.

Ya no sé palpaba apoyo humano, sólo resplandecía en su imaginación el Dios de las misericordias para atenderla, eran ya los momentos de vivir de la fe ardiente y confiar en los graneros de la Providencia. Y con el sople favorable de esa vela, navegar río arriba, entre el empuje de la adversidad y la corriente de las murmuraciones y malas pasiones, furiosamente desencadenadas contra su persona y su fundación.

La invocada Providencia, ¿cómo la había de desamparar?... Iba á demostrarle que da el ciento por uno á las almas generosas en ella confiadas. Por sus inspiraciones, comenzó ella por designar á San Francisco de Paula, su tesorero, y acordar se le rezara todos los viernes una trecena, en agradecimiento de haberle sacado milagrosamente de tantos ahogos.

El P. Carasa, que tan oportuno habría sido en estos trances, se llevó dieciocho días á la cabecera del moribundo Conde de Oñate, hasta que falleció, y después cayó él enfermo, y por no aumentar sus propios dolores, desistía la Vizecondesa de contarle sus cuitas y pesadumbres.

Gentes y gentes, sinceras ó fingidas, se llegaban á la casa á preguntar por las monjas, y renovaban la llaga de su corazón.

(1) Al año se enteró del caso su apoderado, D. Cirilo Bahía, y tomó sobre sí el préstamo.

Gracias que el Jefe político prohibió á los periódicos hablar de los alborotos y ocurrencias del colegio, pero el rumor corrió por las tertulias, por las juntas de señoras y de las congregaciones.

Y en su casa, donde Zaragoza hubo de mostrarse expícito, se llegó á saber la historia secreta del suceso, y se reveló á la Vizcondesa lo que ella ignoraba y no creía, repitiéndose la hazaña heroica de salir ella á la defensa de sus émulas.

En cambio Mademoiselle Bonat fué á denunciar al señor Arzobispo de comulgar la Vizcondesa diariamente y escandalizar con ello á los fieles, por contrastar con su conducta nada edificante; por lo que la llamó el Prelado, y la interrogó, no tan apacible y risueño como antes, sobre estos extremos, y quién era su confesor y cuál su rendimiento y obediencia.

Hubo de informarle, con toda verdad y llaneza, de que su director era el P. Carasa, á quien tenía hecho voto de obedecer, y además los de pobreza relativa y de castidad; y en orden á su conducta, le podía asegurar que, desde que el Señor la llamó especialmente por los ejercicios del año 1847, no sólo no le había ofendido gravemente, sino que se esforzaba por servirle con toda limpieza de pecados é imperfecciones.

Don Santiago Masarnau, al notar la ausencia de las monjas, no quiso continuar en sus lecciones de música al colegio; antes la habló en lenguaje místico «tan dulcemente y con tono tan religioso» que pocas cosas en la vida la sorprendieron é hirieron más hondo y agudo.

Ya subían tanto, tanto, las olas de las aguas de la tribulación, y la noche de la tempestad se le cerraba, que ¡oh humana flaqueza! «me quedó la imaginación tan herida, declara, y el corazón desgarrado de penas, que mil veces me quise escapar á un convento desierto, dis-

frazada de pobre, donde entrar de lega, después de dar mi fortuna al colegio y á estas monjas, fueran las que la suerte me deparara; pero mi colegio y el P. Carasa me hacían desistir, y por muchos años lo he recordado con sentimiento de no haberlo realizado».

¡Ah! mas corriendo esos años, y bañando tus ojos más clara luz, te habrías dolido de esos ligeros desfallecimientos, que Dios consiente en las almas santas, para que bien adviertan de dónde nace el aliento y la fortaleza... ¡Qué proezas hubiera practicado de lega la viva Vizcondesa en el convento del desierto! Pues arrepentirse de la huida y proferir lo que el P. Molina, al dejar su monasterio y entrar en la Cartuja de Miraflores, de ser cierta la anécdota: *hombres dejé y hombres encontré*. Á lo que, con su permiso, cabe añadir: ni menos hombre te muestras tú, siendo tan imprevisor, é ignorando que los éxitos dependen más de nosotros, de nuestra virtud y carácter, que de las circunstancias que nos rodean.

Las religiosas francesas decidieron abrir otro colegio de arrepentidas con las colegialas adictas en la calle de la Palma, pues al unirles á las señoritas, las madres de éstas las sacaron del colegio de enseñanza.

En la Congregación de la Doctrina cristiana se levantó igualmente conjuración contra el colegio de la Vizcondesa, por la salida de las religiosas y los rumores esparcidos (1).

Después de innumerables consultas y juntas, donde,

(1) «Yo mismo, que esto escribo, declara D. Vicente de la Fuente, oí estas difamaciones, y lo que es peor, les dí crédito, siendo Secretario de la Congregación de la Doctrina cristiana en 1851».

«En aquel año fué elegida Hermana mayor la Vizcondesa, asistiendo á la Junta de señoras el señor Párroco y el que esto escribe, como Secretario de la Congregación, ¡cuán ajeno entonces de que algún día escribiría y admiraría sus virtudes!»— *V. de la Fuente*.

asistiendo la Vizcondesa, se trató el punto con acritud, interviniendo el señor de Vicuña y su hermana doña Eulalia, obtuvieron la pensión que se daba al colegio de la Vizcondesa, y con ella, el favor de la congregación, y de sacerdotes muy respetables, resolvieron establecer otra casa al igual de las Desamparadas, no obstante de conocer lo bien que ya funcionaba ésta, y los dispendios que su fundadora gastó para levantar su prestigio. Esta espina fué de las más penetrantes y dolorosas para su alma, « por ser de gentes muy buenas y de gran piedad, lo que siempre me ha dado mucho que pensar y que temer » (1).

Así se verá lo que es inspiración de Dios y lo que es antojo del hombre; lo que es firme como la roca, y lo que se desvanece al primer contratiempo.

En esta borrasca deshecha, los ojos se volvían á la oración, especialmente enderezada al Sacramento. « Como yo pedía á Dios de todo mi corazón, me diera fuerzas y su ayuda, pues me hallaba otra vez con mi colegio á cuestras sobre mis hombros, sin dinero, con deudas y sin crédito, ni reputación, ¡sólo á tí, Dios mío, tengo! exclamaba ».

¡Pero á ese tan rico, tan agradecido y generoso; el que basta!...

El mismo colegio le recordaba motivos de pena: « allá

(1) Refiere el Obispo de Belley que, doliéndose un día con San Francisco de Sales de agravios recibidos de personas virtuosas, le respondió el Santo: « ¿Ignoráis que los insectos mismos, que fabrican la miel, son los que más agudamente pican? »

Después me aplicó á la llaga este unguento. Considerad, me dijo, quién fué el que vendió á Jesucristo; escuchad también lo que dice un Profeta en boca del mismo Señor, hablando de sus llagas. « He recibido, dice, estas llagas en la casa de aquellos que me amaban ». (Zach. XIII-6).— *Espiritu de San Francisco de Sales*. Parte décima, capítulo XVI.

en la buhardilla hallaba doscientas prendas de ropa usada, y destrozada toda su industria y labor; las maestras tantas veces ingratas y sin fundamento para la confianza y el descanso; «hubiérame cortado la vida la tristeza, si el Señor no me envía su consuelo vivificador».

Pues bien, puesta en esa agonía de mortal tristeza, se le presentaron el señor de Mora, de Rius, y otro olvidado, en representación de la Junta de Beneficencia, para ofrecerle una casa en la calle de Atocha, que tenía solicitada, y le habían negado dos veces; justamente al cumplir el año su escritura sobre la residencia actual. Recordó el aviso del cielo, que las penas le habían hecho olvidar, y saltaba su corazón de gozo. Era para confortarla la influencia que medió, á fin de concederla la nueva morada. Estaba destinada, en testamento ó memoria, para las jóvenes que salían de San Juan de Dios, y llevaba quince años sin alquilar, con cláusula de reversión á favor de los herederos, en caso de no cumplirse lo determinado. La Vizcondesa la había solicitado antes, á instancias del señor Prior de los Hermanos de la Doctrina cristiana, sin merecer atención y apoyo. Mas ahora, era Vicepresidente de Beneficencia el señor Mora, en ausencia del Presidente, señor Duque de Riansares. Aquel señor, de vuelta de Inglaterra, se detuvo en Bolonia del Mar, y por casualidad se enteró de la fondista del buen rastro y olor de virtudes y preclara fama que por allí dejó la Vizcondesa, especialmente por el rasgo de salvar á la muchacha maltratada. Y apuntó el nombre de la señorita en su cartera. Hacía seis meses que no se celebraba junta de Beneficencia, y al leer el acta, se dijo:

—Desestimada la instancia de la señora Vizcondesa de Jorbalán.

—¿De la Vizcondesa de Jorbalán?—preguntó él.

—Sí, señor.

Consultó su cartera é insistió:

—¿Y qué razones ha habido para tal desestima?

Informóse bien, ponderó los méritos y el renombre de la señora en el extranjero, y se acordó favorecerla con la casa pretendida. Un eslabón de la cadena de oro de la caridad se le venía á unir á otro por providencial ministerio. La Virgen de la Montaña le colocaba en su mano la recompensa de la sortija de María Luisa. ¿Qué corazón no confortarían estas mercedes?

Puso luego manos á la obra, sin contar con el menor recurso. Lo preparó todo « con las condiciones de índole especial para sus colegialas, que de ello depende el buen orden », gastando otros catorce mil reales, y repuso lo disipado en los tres meses que no se le permitió la entrada en su asilo; y gracias que el Marqués, dueño de él, no sólo no la obligó á entregarle como le halló, sino que aun le condonó cuatro ó seis mil reales de la renta.

(Todas las mañanas se dirigía á la obra, rezando el rosario en el camino, y un día á las ocho halló una joven desenvuelta, cuyo traje revelaba su licenciosa conducta; como la miró el rosario, la detuvo la Vizcondesa y la dijo:

—¿Ve V., hija mía, qué distinto camino llevamos?; usted va á su perdición, y yo, tras del de salvar mi alma, invoco á la Virgen para que guarde mis pasos.

Y la dió tal sentimiento, que lloró con ella, y supo luego que las lágrimas, más que las palabras, habían movido por fin á la joven á corregir su vida.)

El enemigo de las almas comenzó también á turbarla y atormentarla por la gran empresa acometida. Siempre que iba á la obra, sentía golpecitos en el hombro derecho, y creía ver un diablillo muy mono encima del hombro, al cual apostrofaba, diciéndole:

—Hola, ¿ya estás tú aquí?; pues vamos juntos á tra-

bajar en la obra del Señor, y no harás más que lo que te permita para su gloria, por más que te afanes. Con una cadena te he de sujetar detrás de esa puerta, y al entrar no te verán las colegialas, pues la puerta te tapa; pero al salir te verán, y tú mismo las espantarás para que no abandonen su refugio.

Mas él no se contuvo en aspavientos.

Acaeció, además, que el día que la Vizcondesa fué á vestir el escapulario de la Santísima Trinidad, devoción estimulada por ella, como si el enemigo cayera de lo alto, la derribó por el suelo en la entrada de la iglesia del Carmen, sin que en media hora pudiera moverse del sitio, estorbando á todos la comunicación; y sintiéndose desfallecer de dolor, pidió á la Santísima Trinidad ayuda, por lo que pudo levantarse, disipándose todo el daño luego de recibir el escapulario. Conócense estos golpes ser del enemigo por la fuerza y violencia, pues que la Vizcondesa, advierte, debió matarse, consecuencia distinta de cuando se sufre cualquiera caída. Repuesta del dolor y del susto, acompañó otro día á su cuñada al Carmen, y todos los de su casa tomaron el santo escapulario.

El 30 de Marzo de 1850 salió el colegio, por fin, de la calle de San Pedro para la calle de Atocha.

Gozaban de albergue, y vivía dentro en adornada capilla y con su lámpara ardiente, el Sacramento del amor. Con esa luz y ese aliento era preciso agotar el ingenio y el patrimonio, para alimentar y sostener creciente número de pupilas y maestras. Despojada de sus caudales y rentas, la Vizcondesa acudía á la última trinchera del crédito, á sus alhajas, y entramos con esa resolución en peregrino tejido de memorias y sentimientos.

Díganos algo ella misma acerca de estas intimidades, que las señoras suelen sentir y encarecer, entre suspiros y miradas de anublados ojos:

« Cuando no teníamos que comer, iba vendiendo las alhajas, aunque se valían de mi apuro, y me las pagaron muy mal, lo que hacía me costara el doble ó triple, pues sentí miles de penas en una. Primero, el apuro de no poder pagar; segundo, despojarme de unas alhajas de que aún no me hallaba desprendida; tercero, ser de mi madre; cuarto, ver que no me daban nada por ellas; quinto, la dureza con que me trataban las personas que me las compraban—me ponían de loca y plan descabe-llado el mío—y, por fin, no solía alcanzarme para mis pagos y apuros ».

¡Descalabro y ruina, recuerdos profanados, sonrojos y vergüenzas, denuestos y desprestigios, en torno injusto de su desprendimiento heróico!

Y así la vajilla de plata, fabricada por Martínez, de veinticuatro cubiertos y servicio completo, fué malvendida al peso. El juego de café, de china, y un sinnúmero de objetos fueron enagenados para pagar servicios. Una amiga suya necesitaba equipo para un viaje, mientras la Vizcondesa necesitaba cuatro mil reales; trocaron sus propiedades á la par, y así continuaba ésta despojándose de la abundancia de sus lujosos atavíos, respirando desahogada por el momento. Á otra amiga que anhelaba comprarle siete hilos de perlas hermosas, y en los que tenía puestas halagadoras esperanzas, la Vizcondesa, en extremo aprieto se las cedió por una bicoca, en siete mil reales, siendo su valor el de cincuenta mil, que justipreciadas la hubieran ahorrado otros derroches, pues no contaba más que con lo indispensable, por espacio de cuatro ó cinco años... « ¡Dios sabe lo que he sufrido!... » (1).

Y todavía más que la pérdida de sus perlas, le amar-

(1) *Memorias biográficas.*

gaba la murmuración incesante y extendida, acerca de su comunión diaria, tanto que con sacrificio incalculable de su alma, *¡se ofreció y resignó á dejarla!*... si lo disponían el confesor y el Prelado, y esto en días de prueba y tentación, abandonada de todos, y «cuando además el enemigo la guerreaba con la baja estima de su incapacidad».

En la presentación de su pena al Señor, exclamaba: —¿Qué haré, Dios mío, en esta confusión y dolor?— «Muy cierto, entendió que se le contestaba: por mi amor sufres; no temas, que yo no te dejaré».

¡Ah! ¡pues, si tú no nos dejas!...





CAPÍTULO XIII

FAVORECIDA DE DIOS, CUANTO ABANDONADA DEL MUNDO LA VIZCONDESA DE JORBALÁN, DECÍDESE Á VIVIR EN EL COLEGIO DE DESAMPARADAS.—LA VIRTUD DE LA OBEDIENCIA EN SU CASA.—TRAJE É INSIGNIAS DE RELIGIOSA.—DESPEGOS EN LA FAMILIA, LOS AMIGOS Y LAS PERSONAS PIADOSAS.—NI EL RECREO DEL ARTE.—HASTA PRETENDE EL PÁRROCO RETIRARLE EL SANTÍSIMO.

(1850)



EL desamparo y desvío que advertía la Vizcondesa en las gentes, aun las religiosas y amigas, le estimulaban á acercarse más á los piés del sagrario, y con lágrimas y sollozos, suplicar al Señor los rayos luminosos y consoladores de su divina voluntad. Jesucristo, cuya blanda mano sentía, la estaba impulsando á más alto vuelo; el director la alentaba á redoblar el espíritu de oración; y una noche, mientras más engolfada se hallaba en sus plegarias, la declaró abiertamente el Señor: «Á tí quiero yo en mi obra».

Preocupada en extremo con esta declaración, no tardó en vacilar luego, y darse á las cavilaciones de que aquella habla interior fuese ilusión suya, y con ser tan

ingénua, la ocultó, sin embargo, al Padre, porque « carecía de valor, ni sentía inclinaciones á variar de vida, ni menos en cosa que la distrajera de las obras de la salvación de su alma ».

Mas unos y otros que la trataban, y veían los éxitos venturosos del colegio, la compelfan á consultar si por ventura Dios quería de ella mayor ánimo y sacrificio. El P. Carasa, que la encauzaba suavemente hacia este fin, la exhortó á vencer sus repugnancias, y consultar con el amigo de su casa, el benedictino P. Serra, Obispo de Puerto Victoria, el cual la respondió sin vacilaciones que estaba resistiendo á la voluntad de Dios, y convenía se colocase al frente del colegio, en manera absoluta é irrevocable.

¡Qué mes de Septiembre de 1850! ¡Lastimoso y zozobranante espíritu de la Vizecondesa! Antes de colocarse ella á la cabeza, y gallear de jefe y Superiora, pensaba otra vez en las amables y observantes hijas de San Francisco de Sales, donde pediría albergue; ó agotaría los recursos, para que dirigieran su colegio sus predilectas hijas de la Caridad!

Sus directores, sin embargo, no pudieron hablarle lenguaje más explícito y terminante, acerca de lo que entendieran ser la voluntad de Dios (1).

(1) En una sola carta de 10 del mes de Septiembre, cuya mayor parte la pasó fuera de Madrid, hasta después de su santo, le manifiesta el P. Carasa: « Resueltamente la digo á V. que debe mirarla como cosa suya y estar á su frente, y que esto y San Juan de Dios son las Salesas de la Atocha para usted. Mientras más lo pienso, más me aseguro de ello ». Y en otro párrafo: « No vuelva V. á decir que deja la casa. No es la voluntad de Dios, *se lo aseguro á V. mil y mil veces*, que la deje usted; sino que siga como hasta aquí, aunque se sirva usted (cuando llegue el caso) de las hermanas », y por último, en P. D.: « Usted me dice que *desea la manden*; pues Dios, por mi medio y el del señor Abad (aquel Abad que V. sabe)—*de la Trapa*—y el del tío, le

Confirmaba este parecer la paz que reinaba en el colegio con la presencia de la Vizcondesa, y la confusión y desorden que se levantaban, apenas trasponía ella los umbrales del asilo. Probó á estarse en su cuarto, sin mezclarse en nada, y lo mismo era salir del colegio para irse á comer con su familia, cuando todo se desconcertaba; y la una no obedecía, á otra no le placía acostarse, las demás se enzarzaban en injuriosas palabras y se daban á la greña (1). Comprendió, por tanto, que la concedía el Señor la paz, como premio de su abnegación y gobierno. Y era fuerza corresponder á los designios de Dios y resolverse á vivir enteramente en el seno y al frente de las desamparadas.

Cuando estos propósitos maduraban ya en su ánimo, le asaltaba la turbación si llegaría ella también á ser desobedecida, y en ese caso se engendraría el desorden y se arruinaría la empresa santa.

En derecho se fué á presentar su temor á Jesús Sacramentado, y la aseguró el Señor, por manera clara, que se vería siempre obedecida.

A los once años de vida de colegio, le ocurrió un caso peregrino, en materia de desobediencia; después

mandan á V. que no piense, sino en la calle de Atocha, desde el edificio que está junto al Prado, hasta la plazuela del venerable y caritativo Antón Martín, todo en la misma acera. ¡Qué calle tan hermosa! Al cielo va derecha. Cuando la paso á las nueve de la noche, me parece un paraíso. Son muchas Salesas aquellas».

(1) «Mientras la Madre estaba en el colegio todo marchaba bien y las desamparadas obedecían con gusto, haciéndoles muy suave y agradable la práctica del reglamento que ella había escrito para ellas, el cual se titulaba: *Constituciones del Colegio de María Santísima de las Desamparadas*. En las mismas había reglas para las maestras, capellán, mayordomo y demás dependientes de la casa, y cuyas *Constituciones* estaban impresas. Cuando la Madre salía del colegio, todo era desorden y confusión».—H. Corazón de María. *Proceso citado*...

jamás se la faltó en esta importantísima virtud. Castigóse á una colegiala con desnudarla del traje de distinguida y vestir el de Filomena, la cual no se halló dispuesta á cumplir semejante penitencia.

—¿Qué partido va V. á tomar?—le dijo la Vizcondesa.

—Mejor me quiero ir á la calle.

—¿Qué va á lograr V. en la calle?

—Me iré á una casa mala.

—¡Zás! Oirlo la Vizcondesa, y sentarle la mano en la cara, todo fué uno. Al recibir el bofetón, se arroja á los piés de la Vizcondesa, diciendo: «sólo mi madre me ha pegado; por lo que V. será madre mía desde hoy, y yo la obedeceré como á tal. ¡Ah! De no morirse ella, no me hubiera yo perdido».

Repuesta la Vizcondesa de su arrebató, levantó del suelo á la colegiala, la abrazó, la pidió perdón de rodillas, y se quedó enrojecida de dolor y vergüenza, sin quietarse hasta irse á confesar y pedir de todas veras á Dios misericordia. Dios se la otorgó tan eficaz, que no le volvió á ocurrir caso semejante, y también la joven vivió después con gran edificación del colegio.

—Á esto me expongo yo, exclamaba la Vizcondesa, con un celo indiscreto y virtud insubstancial; quiero santificar á los demás, y retrocedo yo en mis propósitos.

Duraba la vacilación y la angustia en el pecho de la Vizcondesa, y quería huir de las ocasiones, no exponiendo la integridad inculpable de su alma por arriesgarse á salvar las ajenas. El tiempo se le resolvía en zozobras, á ratos; otras veces concebía mil ensueños, y se ensanchaba en deleitables esperanzas.

Uno es el desmayo humano; otro es el soplo vivificador de Dios.

Pues la ocasión brinda, vislumbremos los aciertos de la Vizcondesa, por las formas de que se valía para

entronizar á la obediencia en su casa, con otro ejemplo consignado en sus *Memorias*.

No hacía largo espacio que había entrado nueva colegiala en el asilo, y estando en clase, tomó las tijeras de otra, y no le plugo obedecer á la maestra que le ordenaba besar el suelo para corrección de su atrevimiento. Se avisó á la Vizcondesa, temiendo todos que no la obedeciese tampoco por no conocerla todavía. Como esto era lo que más hubiera sentido la fundadora, y verse luego obligada á despedirla, fué á pedir luz y consejo á la capilla, dirigiéndose desde allí á la clase, con su crucifijo en la mano.

Al entrar, mirando cariñosamente á la joven, exclamó la Vizcondesa, diciendo:—No, esta joven no es fácil que obedezca y bese el suelo. La obediencia y humildad son dos grandes virtudes que ella no debe aún conocer.

¿No es verdad, hija mía, que V. no conoce estas excelentes virtudes?

—No, señora, contestó sencillamente.

—Pues bien, ya le enseñarán los documentos de nuestra religión y de seguro que los aprenderá; mientras tanto besaré yo el suelo por usted...

Y toda la clase, que eran unas treinta, se levantó movida de un resorte y lo besó á la par. La escena edificante, el mismo estrépito, conmovió á la joven, y se precipitó al suelo, llorando y clamando:—No sé lo que he hecho; yo también quiero besarlo,—y entregó las tijeras á la otra, de prisa y sonrojada. La Vizcondesa la abrazó con cariño y alabó su proceder, diciendo:

—Vayamos á pedir perdón á la maestra.

Á lo que repuso la colegiala:

—Usted no vaya, eso me toca á mí.

Y de rodillas, y derramando llanto copioso, suplicó indulgencia á la maestra.

Causó tan honda impresión en el colegio este arrepentimiento, que no volvió á repetirse la escena, porque era voz y enseñanza sabida: si tú no obedeces, la Superiora lo suplirá por tí.

Miles de gracias daba después á Dios por estos triunfos la ingeniosa y humilde Vizcondesa.

Asegurada está señora en que sería directora, acatada y reverenciada en el colegio, no cabía detenerse más tiempo en el siglo. Y para atraerla hacia su casa y persona, con vínculos dulces é irresistibles, se le representaba el Salvador en forma que no podía dudar de su amorosa presencia; ya, aunque más raras veces, viéndole, ya sintiéndole, però con el sentimiento y persuasión que parten el alma de amor y ternura. De lamentar era que no descubriese á veces estas mercedes al confesor, llevada de los escrúpulos de su humildad, si bien las enseñanzas que sacaba eran provechosas; pues vacilante y todo de los favores celestiales, sentíase robustecida é invencible con ellos, y lánguida, con vacío mortal en la ausencia de su Amado, de donde aprendía cuán fútil y liviana cosa para el bien era de su cosecha, y cuán poderosa é invicta asistida de la divina gracia.

De embeberse en este pensamiento, verdadero y humilde, le nació la convicción arraigada de su inutilidad, y que si algo brotaba de su espíritu, era por las inspiraciones y guía de lo alto, y á esto mismo atribuía «no haberle ocurrido jamás un pensamiento de vanagloria» (1).

Así también estudiaba y escudriñaba el estilo que Dios guardaba en inspirarla algún ordenamiento de su voluntad; pues á veces resistiendo á su impulso, ya por

(1) ¡Oh qué portento! cuando escribe San Bernardo: «Sucede á veces que, conociendo algunos por revelación ciertas cosas agradables, que difícilmente llega el alma humana á saber sin incurrir en

recelos, ya por respetos humanos, experimentaba el alejamiento de la mano bondadosa, é iba á llorarle y confesarse, hasta abrazarle en su pecho con toda suavidad y dulzura; de esta suerte salió tan excelente discípula de su amor, y oía lo que el divino maestro «quería de ella para practicarle enseguida, pues pone el Señor tanto amor suyo en las penas, que se sufren con gusto».

Corrió, pues, y voló *tras los olores de los unguentos* de su Amado, y buscó su portal de Belén en el colegio de la calle de Atocha, para vivir consagrada al bien de las almas conquistadas con una sangre redentora, dejando á su espalda el mundo de los engañosos atractivos, y rompiendo por una nube fría de murmuraciones, desdenes y desamparos. Fué en el otoño de 1850, en el mes de Octubre, á no dudarlo.

Y no había más aposento reservado y digno para recibirla, que un cuarto estrecho, obscuro y húmedo, de donde habían de surgir pronto dolorosos estragos.

Retirada ya del siglo, no tardó en vestirse traje de religiosa, si bien por su aversión á la lana, llevaba hábito de seda, hábilmente cortado; mas como despertase en las colegialas aficiones al lujo y la vanidad, quienes imitaban siempre todas las maneras de la Vizcondesa, renunció á sus gustos, no anhelando más que las formas agradables á los ojos divinos.

algo de vanidad, no por eso deja de verificarse lo que les fué mostrado, sino que de tal modo se verifica, que no quede sin castigo aquella vanidad, con que, aunque levemente, se envanecieron de la grandeza de la revelación... » «...Dios Nuestro Señor manda ciertas tentaciones y tribulaciones, con que el alma, afligida y humillada, convierta en llanto la alegría y tome la revelación por ilusión, consiguiendo de este modo que sin padecer la revelación detrimento alguno en su verdad, no se deje el alma llevar de la vanidad ».—*Tratado de los grados de humildad y de soberbia*, cap. X.

Pero de la gracia y la gentileza no podía desprenderse; eran dotes naturales que la acompañaban siempre, y cualquier trapo que se colgara había de llevarle con aire y arte incomparables.

Declara ella que usaba merino, porque el Padre no la permitía lana gruesa, á fin de no aparentar más virtud de la que tenía.

Vestida de religiosa, pensó en alguna insignia que demostrara su servidumbre á Dios, como los criados del mundo ostentan los blasones de su amo; y tras varios pensamientos, y consultas al Señor, y conversaciones con el director, adoptó la que más le recordara su amor: *la custodia*. Mandó labrarla de oro con una inscripción que decía: *Sacramento*. Adornado su pecho con ella, se presentó al P. Carasa... mas éste se la hizo quitar. ¡Qué desnudez y vacío en el pecho, qué pena sintió en el alma!...

Le ocurrió igualmente ponerse el escudo que el Arcángel San Miguel trajo á San Francisco de Paula; que como ella en todo obraba por caridad, y se declaraba esclava de tan excelente virtud, nada más indicado que el *Charitas*, de oro, ponderado en la vida del santo.

La prohibición de usar la custodia, duró corto tiempo; pues el Señor la concedía sus peticiones—observa ella—y debió de intervenir favorablemente en esto el Prelado, señor Bonel y Orbe, informado acaso por don Pedro José Ruiz. Ello es, que á los tres meses preguntó al Padre y á D. Pedro:—¿sí era prohibición perpétua?

Y como sorprendidos, contestaron:—¿quién se lo impide á usted? Mas no es cosa de juego, y andar tomándola y dejándola.

Entonces, y como aprovechándose de la ocasión, se puso además la medalla de la Virgen en el hombro izquierdo, para traerla presente y colocarse bajo su amparo.

Confirmó su nombre de *Sacramento*, manteniendo el de la hermandad de Belén y San Juan de Dios, pues era su esclava; así al resonar en sus oídos tantas veces el nombre amable, al responder y servir por él á las eria-turas, quería servir y deshacerse en obsequios á su amantísimo Salvador. Y ese nombre estampó en el papel de sus cartas, por ser el blasón de sus grandezas.

También, como ardía en la devoción al Redentor Crucificado y á su pasión santísima, sentía abandonar su crucifijo grande, y lo colocó en el rosario, y después á modo de sello junto al corazón, para no olvidar que vivía crucificada por su amor.

Ese es el espíritu, la mira y devoción con que deben recibirse y llevarse esas prendas, que nos representan tan sagrados amores, y no carece de propósito que la piadosa fundadora lo describa con la efusión de su alma, pues era de esperar que el mismo espíritu se derramase por cuantos pechos se habían de adornar con esos caritativos símbolos.

Terminó su aderezo religioso, echándose á la cabeza media toca blanca y velo negro de colegiala, á fin de que ellas no repugnaran vestir el uniforme respectivo del colegio, que había visto en sueños, y que por cierto tan airoso le caía ya, que nadie lo extrañó, mas antes excitó tal alegría á sus directores, que el P. Carasa exclamaba al verlo:

—Gracias á Dios que entiende, al fin, lo que Dios quiere de usted.

En los días que salía del colegio á negociar sus asuntos, disimulaba su hábito con algunas otras prendas de color obscuro, para que no la arguyera el gobierno de andar en público de religiosa, sin la licencia correspondiente.

Dios presta su aliento para los actos heroicos; y á

poco, después de realizados, nos hace sentir el abismo de nuestra pequeñez, que cuanto mayor y esforzado sea el salto que demos, más inútiles quedamos por lo pronto para la carrera.

El día que se cerró Santa Teresa en el convento reformado de sus ensueños, lo habría imaginado de luces y consuelos inextinguibles para su corazón; ¡quién le vaticinara que no se pondría el sol en las torres de Ávila, y se habría eclipsado ya en su alma el resplandor y gozo de la mañana!...

También acabó para la Vizcondesa el sombrío y memorable día de su magnanimidad y vencimiento.

Á poco de morar en el colegio de Atocha, «me parecía, confiesa, que no había de poder hacer el gran sacrificio que me proponía...; pues me hallaba tan sola, tan triste y despreciada por todos, incluso de mi familia, que no querían saber de mí, ni verme; sólo por un criado, para traerme el almuerzo y la comida». Los mismos ministros del altar y personas religiosas desaprobaban su obra, sobresaliendo en ello los de más reconocida piedad y sabiduría; ¿qué había de pensar su familia, como hemos considerado antes, envuelta en lo que estimaba su honor y su prestigio? (1).

Su hermano, el Conde de la Vega del Pozo, que se hallaba de Embajador en Turín, al saber se había ido definitivamente al colegio á vivir con aquella gente desamparada, y conocer la opinión de la gente sensata y

(1) «Desde los primeros momentos que la Vizcondesa pensó en su obra, creyeron todos, aún los mejores, que el Instituto era imposible; porque las que habían de ser acogidas no soportarían la sujeción; porque no podrían ser reducidas á vida metódica y ordenada; porque no consentirían su estancia en el colegio las personas á quienes éstas favorecían con su ilícito trato». — Así lo atestigua D. Juan García Rodríguez, Presbítero. *Proceso de información*, etc.

piadosa de Madrid, le escribió una carta por el mes de Noviembre, con sentidísimas reflexiones, y muy ciertas y razonadas, destilando pena y amargura, que cuánto dolor originó esta carta á la Vizcondesa, declara que no lo sabría ella explicar por palabras.

Pero observaba: «Mi hermano me destroza el corazón, pero no cuenta con las gracias de Dios y las invitaciones celestiales que yo toco con la mano... y para mí su gloria vale más que los aplausos y locos pareceres del mundo».

Este descrédito en que la envolvían por todas partes, vaticinando que no duraría la sierva de Dios en su ruinoso sendero sino un par de meses, la colocaba en mayor aprieto para el sostenimiento de su colegio, y redoblaba á cada momento del día su apuro y dolor.

Negábanse en los establecimientos á servirla y fiarla; y había de mantener, vestir é instruir cuarenta colegialas, remunerar á tres maestras y dependientes, incluso al primer elemento moralizador, al capellán.

Aquellas alhajas que mandaba al Monte de Piedad, y cubrían el menoscabo de su prestigio en crueles trances, yo creí que se habían acabado; pero á la cuenta, no: las mujeres siempre conservan reliquias, y á imitación de la hija de Labán, bajo las gualdrapas del camello y los pliegues de los vestidos, envuelven sus ídolos; y como venía del siglo de las pompas, echaba mano de la reserva, en casos extremos, que allí eran cotidianos, y ocurría que los mismos empleados del Monte se movían á conmiseración, y ora la prestaban más caudal de lo justo, ora se las desempeñaban gratuitamente, para caer al siguiente día en el mismo procedimiento del ruboroso empeño.

¡Oh, qué vida más desabrida y acibarada! Pensemos maduramente en las atenciones y angustias que se le

anunciaban cada día, para resolverlas el corazón de una mujer. Primero de todo, la caritativa subsistencia de aquel numeroso colegio, para lo cual era menester ramificarse extensamente fuera de casa. Ella no salía, y era fuerza lo supliera la pluma. Con la mengua y detrimento de la fama de su obra, había de cosechar, en vez de caudales, sendos desdenes.

Abrumábala después la dirección de la casa y el multiplicarse en las clases y oficinas. Y educada ella en la opulencia, delicada por naturaleza y aficiones, noble y esmerada en todas sus maneras y rasgos, ¿qué repugnancia en el alma no se le suscitaba para pelear contra la miseria, las ordinarieces y las groserías?

Llegó á vivir de las fibras del espíritu: « con mi gran penar de entonces, comía muy poco ».

Y era menester luego recibir y presentarse á unas y otras gentes complaciente, con rostro alegre, y comprimido su carácter enérgico.

Más lúgubres todavía sonaban las horas de la soledad y la noche.

¡Cuál sería su descanso en la noche, hallándose desvelada y nerviosa, con la idea del mañana, interrumpiendo su agitado dormir todos los días, por velar el sueño y el orden de sus desamparadas!...

Al retirarse al colegio, había llevado consigo los instrumentos de sus aficiones artísticas, y á ellas apelaba también en ratos de amargura.

« Como estaba muy triste y sola, buscaba medio de distraerme; por la noche tocaba el arpa, y se juntaba tanta gente á oirme, que llamaba la atención, y me aplaudían desde la calle, y tuve que dejarlo ».

¡Qué nota ésta de sus *Memorias* tan simpática! ¡Qué oasis éste delicioso y refrigerante, en el desierto de los desconsuelos!

¡Si le fuera dado exhalar sus endechas tan silenciosamente como á la tórtola de las selvas! Pero al fin, la gente sencilla de la calle celebraba y aplaudía á la santa artista, y cuando los ecos de los aplausos resonaban en sus oídos, por no convocar muchedumbres bajo su ventana, más que por el temor de los halagos de los vítores, hubo de renunciar al inocente y piadoso recreo.

¡Pintar!... no lo consentía la estrechez de su aposento, y fué—dice—de los mayores sacrificios, ella que tenía sus aparatos tan brillantes y lujosos, verlos deslucir y perder por angustia y desacomodo del cuarto (1).

Otro arte divino había aprendido de donde sacar esperanzas en la fuerza de vientos adversos y el aislamiento de su persona: era la oración. Aquella ola de murmullos y dieterios, especialmente la desaprobación de sacerdotes muy dignos «le hería el corazón de modo cruel», y en verdad le hacía pasar las horas al pié del altar, deshecha en llanto. «Señor, si no te sirvo á TÍ, ¿á quién sirvo en una vida tan amarga y llena de continuos sacrificios?—Á MÍ, á MÍ me sirves,—sentía yo resonar en el fondo de mi alma, como bálsamo que curaba mi dolor, y á más, sentía una energía que me servía de alas para volar al trabajo, y esto se renovaba de modo especial en cada comunión y en cada calumnia que me armaba el enemigo, cada día distinta, á cual más penosa».

Lo más acerbo y penetrante sería, sin duda, cuando las invectivas y anécdotas llegaban hasta los oídos de los Prelados, y los apretaban y conturbaban para poner

(1) Á la Hermana Corazón de María oi que ella vió todavía por casa dos arpas estropeadas. Y ha sido lástima no conservarlas con esmero y veneración, como en el cuarto y relicario de Santa Catalina de Bolonia se admira á la Santa en un sitial colocada, y luego pendientes de los muros las cítaras con que se arrobaba en armonías y éxtasis celestiales.

freno á las lenguas y coto al escándalo del colegio de Atocha.

Una visita del Párroco al colegio nos pondrá de manifiesto el linaje de apreciaciones que de la pía obra de la Vizcondesa se denunciaban al Rmo. Arzobispo de la diócesis.

En efecto, presentóse ante la Vizcondesa el venerable Cura de la parroquia, manifestando en su semblante el enojo nacido de las entrañas, ó un celo apasionado. En los términos más enérgicos hizo saber á la fundadora que era preciso concluir con aquel desorden, y que venía él para llevarse el copón á la parroquia, pues con el relajamiento de vida que allí reinaba, y la indecencia de la capilla, no era lícito conservar el Sacramento. Y con el ceño fruncido y el tono airado, dice á la Vizcondesa:

—¿Sabe V. la doctrina cristiana?

El lector irá maravillándose de los sentimientos que unas y otras palabras del Visitador causarían en el ánimo de la señora, y pondere, y no lo olvide, el cuadro de humildad evangélica que ofreció esta noble fundadora, de tan ilustre cuna, obsequiada en los centros religiosos del extranjero, hermana mayor de la institución de la Doctrina cristiana y tan ejercitada en enseñarla, al cruzarse de brazos é ir contestando al señor Párroco, serena y humildemente.

El examen se extendió á otras muchas materias, y señaladamente al género de vida que en el colegio practicaban, y todo ello en voz desentonada, y nada apacible el rostro; tanto, que la Vizcondesa contestaba y se defendía asustada y estremecida, y por cuanto acaecía aquella no esperada visita en presencia de una amiga de ella, que se puso enferma, y, llena de aflicción, fué á narrar la escena á la familia de la señorita Micaela.

¡Y el Párroco, tenaz é insistente en llevarse el re-

servado del altar! «¡Ah, ese es todo mi tesoro y mi amor, empezó á exclamar la Vizcondesa; si el Señor sale, me voy tras él... ¿Quiere V., señor Cura, hacer una prueba? Venga V. á la capilla, que, aunque pobre, es muy bonita, limpia, y el Señor está en ella muy contento. Pregúnteselo V., y verá cómo se cerciora de que Él no se quiere ir».

Entraron, en efecto, en la capilla, y se arrodilló el Párroco en la grada del altar, perseverando en oración media hora, como estatua de mármol. La Vizcondesa detrás de él, igualmente arrodillada, y repitiendo con todas las veras y las energías de su alma, aquel *Permanece, Señor, con nosotros, porque se nos echan encima las sombras de la persecución.*

¡Quién lo imaginara! Ahora el venerable Sacerdote, con los ojos trocados en fuentes de lágrimas, y emocionado y cariñoso, dice á la fundadora:—En verdad, que el Señor no quiere salir de esta casa; y desde hoy (continuó medio abrazándola), es V. el Párroco del colegio y puede mandarme lo que guste. Yo garantizaré al señor Arzobispo, que Jesucristo se ha opuesto á que lo lleve, que lo tiene V. preso... Siga V., hija mía, con su piadosa obra, y el Señor se la bendiga...—

Y se despidió cortésmente.

Aquella hora fué la de los gratos desahogos y agradecimientos. La Vizcondesa voló á la capilla,—paréceme contemplarla,—y, extendiendo sus brazos, prorrumpió en las estrofas de su himno: «Triunfamos, Señor, triunfamos, le decía loca de gozo; guárdame tú, Señor, que yo te guardaré á tí, á costa de mi vida, pues no tengo corazón donde quepan tantos favores».



CAPÍTULO XIV

EL MINISTERIO DE LOS ÁNGELES.—UN ÁNGEL MÁS.—SANTA TERESA
DE JESÚS



QUIEN tenía preso en el sagrario al Leon de Judá y Redentor del mundo, ¿no sería atendida por los ministros y criados de ese Señor?

Candorosamente nos manifiesta la Vizcondesa que, como uno de sus apuros era carecer de servidumbre á quien encomendar los innumerables recados que le ocurrían, la inspiró el Señor se valiera del ministerio de los Ángeles.

El mundo podrá abandonar á los siervos de Dios, pero entonces es cuando se ven más asistidos del cielo.

¡Cosa peregrina! Mas no lo es tanto para los que viven de la fe y la divina asistencia, y conocen las historias sagradas, donde se refiere cuántas veces el Rey de los cielos ha puesto al servicio y órdenes de sus siervos la milicia celestial.

Llora con gritos de mortal angustia la madre de Ismael, abandonada en las soledades del desierto, al ver á su hijo desfallecido y moribundo de sed; los vágidos

del niño se debilitan por instantes; la queja se extingue en sus fáuces abrasadas, anunciando las cercanías de la muerte, mientras los ojos de Agar recorren ansiosos la extensión del horizonte, buscando por todas partes el anhelado socorro.

¿Quién acudirá en auxilio de la atribulada madre? ¿Quién le indicará el suspirado venero de donde brote el raudal refrigerante? En las llanuras de Bersabe, mudas y deshabitadas, sobre las que un sol inclemente derrama oleadas de fuego, no se vislumbra la silueta del aduar ni se percibe el rumor lejano de la caravana: tan sólo un grupo de árboles ofrece á la desgraciada el amparo de su sombra, impotente, sin embargo, para calmar la fiebre que devora al tierno é inocente Ismael, cuya vida se acaba por momentos. Y cuando Agar, enloquecida por el dolor y desesperando de todo auxilio, deposita á su hijo agonizante al pié de uno de aquellos árboles, y se aleja, con el corazón hecho pedazos, para no presenciar la muerte del fruto de sus entrañas, oye el Señor la voz del niño, y envía *al ángel* que consuele y fortalezca á la madre, y *abra sus ojos*, mostrándole el pozo que encierra el agua salvadora.

Hé aquí al ángel, acudiendo á las necesidades de la sierva de Abraham y de su hijo. De esta intervención y valimiento de los ángeles, encontramos en el Génesis y en los libros todos del Antiguo y Nuevo Testamento, ejemplos numerosos y consoladores.

Ángel es nombre griego que significa *nuncio*, y que al decir de San Agustín, entraña el carácter de ministerio ú oficio, y no el de naturaleza. Los santos estos celestiales siempre son espíritus, pero no cabe denominarlos siempre ángeles: cuando son enviados y mensajeros de Dios, entonces es cuando les cuadra el nombre apropiado de ángeles.

Necesitaba la Vizcondesa llamar á una persona, sin tener de quién valerse, y le enviaba un ángel, y venía al colegio la persona sin avisarla, fuera conocida ó extraña. Á su secretario, que vivía lejos, le llamaba *angelicalmenté* de día, de noche, tarde ó temprano; y se llegaba, á veces, á regañadientes, pero venía, ya arrancándole de una tertulia, bien de la función de un templo. Y lo propio, cuando ocurría que, por casos impensados, debía tratar con un mismo sujeto aun tres veces al día. Picóle la santa curiosidad de cómo prestaban este servicio los ángeles. Y le contestaban los amigos que experimentaban una manera de estímulo é inquietud, y les incitaba la memoria del colegio y no se tranquilizaban hasta pisar sus umbrales. Y era cosa corriente: el primer saludo de muchos comenzaba por preguntar:

—¿Me ha enviado V. algún ángel?

—Sí, señor.

En cierta ocasión, hallábase bien entretenido y de visita el secretario de la Vizcondesa, y sintiendo ya él los avisos del ángel, se despidió de los amigos por si ocurriera alguna necesidad en la casa de las desamparadas.

—¿Pero, á qué esa duda y esa angustia?

—Sí, porque la Vizcondesa me ha debido de llamar por algún ángel.

—Pues les mandaremos nosotros también...

Y en efecto, los ángeles les sirvieron con interés y fidelidad; y se lo participaron, con nada escaso pasmo, á la señora Vizcondesa.

A cuantas personas trataba, les recomendaba la devoción y empleo de estos guardas y abogados de nuestras almas.

Para esta señora, era ya el medio más obvio y familiar; asaltábale un apuro, á su mente acudía espontánea-

mente la invocación «¡mis ángeles!», y los tenía como fieles mensajeros á la voz de sus mandatos.

En veintiseis años solas dos veces —notaba ella— que se excusaron de la asistencia; en una, que no era cosa necesaria, y sólo por prueba, les suplicó su favor; la otra fué para que, deteniéndose en atenderla, salvaran la vida ella y su secretaria, como explicaremos en otro lugar, pues aprendido el secreto, todo el tiempo le aplicó provechosamente.

Todavía el cielo deparaba á la Vizcondesa un ángel más, luz y espejo de sus obras, brío y aliento para sus ideales.

Muchas veces la había aconsejado su director, el Padre Carasa, la lectura de los escritos de Santa Teresa, y muchas veces los tomaba en sus manos y los dejaba á poco, porque no los entendía. No sabemos qué velo le ocultaba el sentido. Pero le vino al pensamiento, y es ocurrencia para después de lo experimentado, que fuera ocasión propicia para empaparse en ellos, el buscar esparcimiento y consuelo en sus penas, en aquella soledad y tristeza que la embargaban, por la mudanza de vida tan brusca, desde los halagos y las blanduras de los palacios, hasta la estrechez y penuria de las desamparadas... y esta vez, la tercera ó cuarta, que saludaba las obras de Santa Teresa, fueron dulce bálsamo para su corazón. Tras la deleitosa sorpresa de entenderlas y vislumbrar en ellas la luz celestial, descubrió además una unción y sabor agradables, tanto que, en sintiéndose mal humorada, apelaba al recurso de leer un capítulo y transformaba su espíritu en alegre y animoso. ¡Ah! le ocurría también lo que á la Santa con las confesiones de San Agustín: — «paréceme que yo me vía en elias». ¡En sus penas veía las mías! y creciendo mi devoción y amor,

exclamaba del fondo del corazón: «¡desde ahora, amigas íntimas!...»

Al ponerse la tarde un día, estaba embebida en la lectura de la Santa, y se retiraba la luz, entristeciendo también su pecho, por haber de dejar aquel sabroso maná; cerró el libro con pena, y dijo: «Santa mía, si quieres que yo te posea, vente tú á casa por tu pié, que yo carezco de caudal para comprar tu imagen».

Terminada la súplica, llaman á la puerta. Era la imagen de Santa Teresa que traía una mujer, con el ardiente ruego de que se la recibiera, porque la Santa quería á la fuerza venirse al colegio.

Esta buena mujer había pedido consejo hacía un año á la Vizcondesa, y vió el oratorio de la casa; y como poseía en su propio oratorio varias efigies, le ocurrió que Santa Teresa vendría como de perlas en las desamparadas. Y no se la espantaba la idea, siendo el caso que lo mismo le ocurrió al marido, sin conocer personalmente á la Vizcondesa, y sin comunicarse sus pensamientos. A entrambos les escocía la dádiva, por ser de talla y raro mérito; y, por tanto, la imagen no salía de casa. Mas cayó enfermo el varón y recibió el Viático, ofreciendo donar á la Vizcondesa la Santa, si mejoraba de salud. Mejoró, en efecto, apenas hecha la oferta, pero luego no se cumplía. Arreció de nuevo la dolencia, y poniéndole en gravísimo aprieto, rogó á la mujer llevara sin dilación la Santa á las Desamparadas.

—Recíbala V., señora,—decía la esposa,—que mi marido se muere.

—Con mil amores,—contestaba la Vizcondesa.

Pensó fuera ordinaria escultura, y se halló que era magnífica y devota efigie. ¡Qué sorpresa tan grata para ella!... ¡Ah! Santa Teresa propuesta y recomendada en el instituto de la Vizcondesa, como luz y bálsamo, como

amiga íntima! Ya contemplaremos á ésta peregrinar á Ávila y Alba de Tormes, para empaparse en el espíritu de la gran Reformadora, y salir tan fiel discípula, que varones doctos la aclaman, trazando el paralelo de sus virtudes y hazañas, como la Teresa del siglo XIX (1).

(1) Su madre fué muy devota del Carmen y mandó enterrarse con su hábito y escapulario.





CAPÍTULO XV

OBSERVANCIA DEL COLEGIO.—LA FORMA DEL SILENCIO.—ALIENTOS SOBERANOS.—EL PRESBITERO D. PEDRO JOSÉ RUIZ.—EL ESPÍRITU DE PROFECÍA.—EJERCICIO DE LA PRECIOSA SANGRE.



COMO premio al sacrificio, sabemos que concedía Dios á la Vizcondesa el dón de la paz y la obediencia en casa, y por fruto de estas virtudes había de cosecharse en el colegio gran adelantamiento en la instrucción y moralidad de las jóvenes, las cuales, imitando los ejemplos de su Madre y fundadora, crecían en los nobles sentimientos de religión y delicadeza, rehabilitándose en concepto de su Criador y de la sociedad.

Apenas había pasado un año desde la estancia de la Vizcondesa en la casa de Atocha, y animándola, le escribía el grave y discreto P. Carasa:

«Antes de ayer estuve con sus hijas, y no sólo no ocurría novedad, sino que estaban muy recogidas y penitentes... Mucho debe V. alegrarse de la situación ventajosa de sus desamparadas. ¡Cuánto me alegraría yo de poder presentar al Señor en la hora de mi muerte un

mérito como ese! Pero V. no lo conoce, porque así le conviene» (1).

De la señora directora no hay por qué consignar que siendo el alma del colegio, y con prendas y habilidades, lo informaba y alentaba todo, asistiendo á una clase de labores primorosas, como al oficio más humilde de la casa. Posiblè es que ocurriera una salida suya para Guadalajara antes de morar definitivamente en el colegio; de todas suertes, sucedió por este tiempo, en el mes de Agosto, precisamente cuando los Condes de la Vega del Pozo se hallaban de baños, y avisaron á la Vizcondesa que su hermana Engracia se encontraba gravísima (2).

Recibida la triste noticia, marchó á la cabecera de su hermana la Vizcondesa, y allí permaneció quince días que duró la gravedad de la dolencia, de la cual afortunadamente salió la enferma (3).

En el ínterin dejó encargada del colegio á la señorita Zamora, y las colegialas miraban en ella el reflejo de la autoridad de la Vizcondesa, sin que se turbara la disciplina, antes se observara una obediencia tanto más admirable y meritoria, cuanto que se acataban mandatos sabalternos.

La señorita Zamora la escribía diariamente, y se aconsejaba del P. Carasa, su confesor.

Á la vuelta, la Vizcondesa se regocijó sobremanera con los hábitos ya adquiridos en su colegio, de subordinación, orden y armonía. Demás de las ordenaciones

(1) Madrid, 6 Diciembre, 1851.

(2) Recordará el lector que á esta infeliz la sobrecogió el ver la ejecución de un reo, de donde vino á padecer de la cabeza, y la tenían los Condes muy bien asistida en su palacio de campo de Guadalajara.

(3) Escribe la Vizcondesa que acaeció esto en el 1850: si así fué, ¿cuánto más ordenado marcharía el colegio posteriormente?

que dictaban el aviso y la prudencia, y que resplandecían en persona de tal educación y trato de gentes como la Vizcondesa, la experiencia misma le iba sugiriendo luces para el mejor método de enseñanza.

Parecíale á la señora un martirio el ruído de las recreaciones, y resolvió, como para tomar un respiro, guardar silencio un día á la semana, tal como el jueves, á fin de pensar más recogidamente en el Sacramento, y dedicarle este obsequio de mortificación, «y más para ella, decía, que siempre fué portera, y no acertaba á despachar en pocas palabras, á veces de escrúpulo de faltar á la verdad».

La Directora y las colegialas mantenían la buena intención de observar el silencio, mas sin acertar á cumplirla; la Vizcondesa, la primera, rompía á hablar inadvertidamente, y no había forma de que las demás callasen sin su ejemplo.

Al pedirle penitencia las colegialas, les imponía la del silencio, que no dejaba de ser difícil, y luego tropezaron con el inconveniente de que se interpretaba por desabrimiento ó desgana; hasta que vínole la inspiración, sin duda de lo alto, de pegarse con goma en el labio superior una cruz de cinta negra, aviso de que le tocaba callar. Se acogió como feliz pensamiento, y produjo los resultados apetecidos: todas al ver la cruz, sabían lo que simbolizaba.

Más tarde, creciendo el fervor, se extendió tan hermosa práctica á los viernes, en memoria de la pasión del Redentor.

Con el silencio y otras observancias, las colegialas emulaban el recogimiento de las religiosas, con lo que gozaba grandemente la Vizcondesa.

«Al bajar á la capilla ó refectorio iban hablando, como iban de dos en dos; las puse de una en una y rezando los

salmos penitenciales y demás oraciones en verso, que yo quería se grabasen en su memoria, y lo mismo hacían las dos ó tres maestras, que ya tenía yo para formar Comunidad».

Pues el ayuno y vigilia, prescritos en el colegio, tienen el origen siguiente. Sonaban las once de la mañana, en cierto día sin tener nada preparado en la cocina, ni tampoco con qué, ni en la despensa, ni en la caja del establecimiento. La fundadora estaba encerrada en su despacho, apenada y conforme, llena de fe, conociendo de antemano los recados que sucesivamente le vendrían de unas y otras, según se aproximaba la hora de refectorio.

No pudo contenerse más, y llena de angustia, de esperanza, y gran fondo de conformidad, se dirigió á la capilla, adoró á su amado, é hizo más, se acercó hasta la ara santa, y llamó como desvalida á la puerta del sagrario, pidiendo socorro y limosna en trance de tanto apuro.

—Señor,—pudo decir mejor que en Caná,—no es que no tengamos vino, es que nos falta hasta el pan, y se me irán las maestras, y esto será tocar á la desbandada. Si te complaces en esta tu obra, alárgame la mano de tu misericordia.—

En esto llama á la puerta un religioso que venía de Filipinas, y por noticia que le habían comunicado, entró en deseos de conocer aquel asilo. Se lo enseñó Isabel, y quedó prendado de la limpieza, del orden y la disciplina que en la casa resplandecían.

—¿Y quién mantiene este establecimiento?—preguntó.

—La señora con sus rentas; pero no le alcanzan, y llegamos á momentos de verdadero aprieto.

—¿Se podrá saludar á la señora fundadora?

—No hay inconveniente.

En presencia de ella repitió sus frases de admiración por el esmero y regularidad de la casa, y deseando contribuir á su sostenimiento, le entregó, envueltas en un papel, dos onzas de oro. Le despidieron como á ángel de los cielos.

Enseguida mandó la Vizcondesa por provisiones. Y de arroz, huevos y pescado, se presentaba, para la una de la tarde, toda una mesa lucida y muy del gusto de las colegialas. Fué gran sorpresa, que ya había corrido la pesarosa noticia de tener que ayunar y estar en claro más horas; y otras no querían creerlo, sino que lo atribuyeron al buen humor y deseos de chasquearlas la señorita, no obstante sus inacabables amarguras.

« Como era jueves, y yo estaba conmovida al ver la bondad de Dios, quería no se borrara jamás de la memoria, y decidí dejar un recuerdo de este favor tan grande, y puse se ayunara los jueves, y se comiera de viernes siempre ».

De esta clase de apuros, confiesa la Vizcondesa que ocurrieron varios en los anales de la casa, y que también acudió por remedio á la puerta del sagrario, hallándolo constantemente, con no pequeña confusión y agradecimiento (1).

Agotábase el refrigerio de las consolaciones humanas, para disponerla á recibir los favores celestiales. Uno de aquellos días de amargura, en que la marea de las calumnias parecía cubrirla y ahogarla, al tiempo del sacrificio de la misa y estando en oración, le dijo el Señor: « Mira, ¿ ves? así te llevo yo ». Y era la representación del buen Pastor con la oveja en los hombros; y la

(1) « Sólo en las fechas es en lo que puede haber diferencia », advierte de nuevo. — *Memorias biográficas*, etc.

sierva del Señor se vió llevada como cordero en hombros de Jesucristo y dando su boca en la llaga del costado. ¡Oh delicias inefables! ¡Oh recompensa indecible, valedera por todos los sacrificios del mundo!

Durante largos días, conservó inalterable paz y el sabor fervoroso de esta consolación, engendrando «un ánimo tan grande para trabajar y sufrir, que parece después que las penas son naderías; y trabajaba sin descanso, y mi gozo lo trasmitía al colegio».

Por esta misma razón abrigaba tanta confianza en que Jesucristo dirigía su obra, y enderezaba los desaciertos de ella, y así era muy frecuente el postrarse ante el sagrario y decir al Señor sacramentado: «Señor, mira Dios mío, ¿cómo resolvemos este conflicto? ¿Cómo acertaremos en este paso?...» Y al murmurar las gentes, devolvía al Señor las quejas, diciéndole: «arréglamelo, Dios mío, que yo lo he echado á perder».

Tan celador quería mostrarse el Señor del orden de aquella casa, y tan buen custodio de ella, que avisaba á la Vizcondesa de los trastornos que en ella se verificaban; y acaecía presentarse la directora en una clase para remediar algún exceso, doliéndose, ora las maestras de que las discípulas se les hubiesen adelantado en referir el caso á la Vizcondesa, ó las alumnas de que, sin avisarles y corregirlas, se molestara á la señorita con relaciones desagradables. Y la gracia era tan habitual y perseverante, que cuando redactaba sus memorias, al final de la vida, atestiguaba que entonces le sucedía lo propio; y era comúnmente sabido que sólo Dios la podía tocar y mover, para que, sin abandonar su cuarto, tuviese conocimiento general de las novedades que ocurrían en la casa.

Y se sirvió consignar y perpetuar algún ejemplo, como el siguiente, para que se advirtiera el singular modo como lo penetraba.

Hallábase ella cierta vez recogida en oración en su cuarto, cuando abriéndose la puerta de repente, y queriendo hablarle cierta alumna, la detuvo ella, sin enterarse, diciendo: «bien, bien, que muden de clase las Filomenas, si no ven en la suya». Las maestras creyeron este recado como un despropósito. Lo era en verdad; y reconociendo la turbación que engendraría, se fué á la capilla para que se lo enmendara el Señor. Á poco suplicante perdón las maestras por el juicio formado del recado, pues las chicas se habían mudado como corderos, conociendo la razón de la orden dada. La razón, de ellas sabida, era que los vecinos se asomaban por las ventanas de la clase, y las jóvenes miraban, y el día anterior hasta habían hablado dos con los de fuera, sin ser advertidas de la maestra. Unas y otras se maravillaban de la oportunidad del recado, y pedían perdón de la ligereza, no pasmándose menos la Vizcondesa, que, ignorante de todo, se hacía la avisada, para que lo revelaran cuanto antes las colegialas; y con tal arrepentimiento lo declararon éstas al fin, que no se volvió á reproducir caso semejante.

La lástima era que el P. Carasa, que había recomendado el silencio general, y tantas luces y consejos la había prestado, y tantas pláticas fervorosas dirigido á las jóvenes, y con tanta paciencia había oído á unas y otras en confesión, se veía cada vez más aprisionado por sus dolencias, sin que hiciera resonar su voz influyente por el colegio. Para consolar á la Vizcondesa en esta orfandad espiritual, y en la traza de sus planes, la recomendaba al presbítero D. Pedro José Ruiz, de gran espíritu sacerdotal, de discreción y finura nada ordinarias, el cual por ruego de uno y otro seguramente, acostumbraba á llegarse una hora todas las tardes por el asilo, á la vuelta de su paseo. «Vengo á consolar y animar á esta mujer»,

decía él, y era así, que su mucha gracia y fervor la confortaban y alentaban en sus propósitos, asegurándola que la obra se desarrollaba prósperamente y con el beneplácito divino, que era la duda que más acongojaba á la fundadora, cruz de toda la vida. « ¡Cuánto bien me hacía! escribe ella; me quedaba tan tranquila, muy enfevORIZADA, de modo que me pasaba la noche en oración, único alivio, hasta ordenarme que no pasara de las doce ». ¡Cuántas reflexiones cambiarían entre sí sobre las vicisitudes y desarrollo de aquella árdua empresa! (1).

Esta es la coyuntura en que debo conmemorar la conversación habida entre estos señores, y la Vizcondesa, conversación que aduce, en gloria de ella, un sacerdote que se hallaba presente.

« Entonces, para que se viera más y más la constancia y caridad de la Vizcondesa, en emprender, continuar y terminar su cristianísima obra, personas muy respetables, entre las que cito la de D. Pedro José Ruíz, hombre de saber y virtud, tratando con ella el asunto, le hacían observaciones, diciéndole el señor Ruíz, en presencia de los señores Ramírez y Carasa, ya citados, y de mí:—la obra que V. intenta la han intentado San Francisco de Sales y San Vicente de Paúl, y no lo han logrado; á lo que respondió la Vizcondesa:—las cosas de las mujeres sólo las termina la mujer—frase, que pudo pa-

(1) De algún otro presbítero que frecuentara la casa de las Desamparadas, nos da noticia una carta del P. Carasa, diciendo á la Vizcondesa:

« ¡Cuánto le agradezco á mi estimadísimo Lobo me sustituya en la explicación de la doctrina cristiana á esas pobres! Dígame V. un millón de cosas de mi parte, sin olvidar á D. José Joaquín Cafranga y al señor don Andrés Novoa. Digo lo mismo para el señor La Rica (*Capellán del colegio acaso*), si es el que yo conozco ». Palencia; 15 de Julio de 1849.

recer efecto de su carácter vivo y enérgico, y que la misericordia de Dios se ha servido sancionar con el feliz término de la Institución de las Señoras Adoratrices» (1).

Al intento, sin duda, de despegar á la fundadora de todo arrimo humano, permitió el Señor que se eclipsara la consoladora amistad de este venerable sacerdote, pues sin acertar con la causa, D. Pedro José Ruíz la vino á tratar duramente, deplorando el tiempo que le había tenido engañado.

Cayó enfermo el señor Ruíz, reducido á las puertas de la muerte, y la Vizcondesa no olvidó á su antiguo amigo y Padre espiritual; se acercó á visitarle, y en su casa tropezó con otro sacerdote, muy amigo de aquél, quien recriminó á la señora por haber despedido sin razón á una recomendada suya, modelo, decía, de virtud, que había sido no pocos años hermana de la Caridad. La Vizcondesa le satisfizo, contestando que la había despedido por su genio indomable, y ciertas relaciones no muy honestas con un joven.

—Sepa V.,—replicó el sacerdote,—que fuí yo quien se la confié, y á su salida adquirimos noticias por ella de la vida de V. y del colegio, y ni el enfermo, ni yo, su confesor, podemos aprobar la conducta y procedimientos de V. con las colegialas; por lo que será oportuno que abandone usted esa casa, no menos que la obra emprendida, que es de más trascendencia que lo que á V. parece.

Aquella tempestad de palabras iba iluminada por el rayo, y á tan siniestra luz, columbró el tegido de calumnias, y la red que prendió á su amigo D. Pedro.

Mucho encomendó al Señor este disgusto mútuo, y

(1) Don Juan García Rodríguez.—*Proceso de información*, etc.

se limitó á enviarles las cartas y señas de los amantes, los cuales fueron en efecto sorprendidos; y comprobado que la joven robaba para agasajar á su querido, por lo que finalmente dió con su cuerpo en la cárcel, y allí manifestó dolorida la calumnia levantada á su bienhechora la Vizcondesa.

Todas las efemérides y páginas de la historia del colegio, se alcanza, que debían parecerse á éstas, pues llevando cada joven, al entrar en el colegio, un drama de lágrimas y desenvolturas, forjarían las descontentas, sus familias ó sus amantes, odiosas leyendas contra el asilo, y especialmente contra la directora.

Recobró la salud D. Pedro, y conoció la sinrazón de su desvío para con la Vizcondesa, por lo cual, la escribió una carta tan satisfactoria y halagüeña, que ésta la rasgó por temor de envanecerse: otra, sin embargo, de fecha posterior, conservaba de él en gran estima. Y últimamente, viviendo en la hospedería de las monjas de Santa Teresa, y viendo á la muerte acercarse de veras, llamó á la Vizcondesa, y la rogó le perdonase y acompañara en el último trance, lo que cumplió la señora, alternando con los sacerdotes en la asistencia, pues no entraban en su cámara más personas, y él les explicaba con gran consuelo el motivo de la presencia de su virtuosa asistenta (1).

Bien se echó de ver la caridad y benevolencia de la sierva de Dios, la cual estimaba estas alternativas de las amistades humanas, como pruebas que Dios permite, por ver si en la tribulación le somos fieles, ó nos fiamos más de las criaturas.

No sólo favorecía el Señor á su amante sierva con el

(1) En su testamento la legó, para pago de deudas, de sesenta á setenta mil reales.

conocimiento de las cosas ausentes, sino que comenzaba á abrirle los secretos de lo porvenir, y adornarla del espíritu de profecía. Aquella Teresa, tornadiza y de ligero corazón, que una vez se volvió á las francesas, y después, hasta tres ó cuatro veces, fué nuevamente acogida y dispensada por la Vizcondesa, ahora por sentir recogimiento y fervor, se le antojó aspirar á la clausura de un convento de Carmelitas. Su bienhechora le anunció que el fervor que atesoraba era premio por ayudarla en la salvación de las almas, en cuyo ejercicio desempeñaba excelentemente el magisterio; pero, que no llamada para el convento, había de experimentar desabrimiento grande en él, y lo abandonaría con general sorpresa, y su familia no dejaría de padecer, muriéndosele pronto su padre. Lo mismo avisó la Vizcondesa á la comunidad, pero receló ésta que tales informes obedecieran á los buenos servicios que en el colegio prestaba la aspirante, y así la sacó para el convento su confesor. Su padre, á quien la Vizcondesa mantenía de lástima, falleció á los quince días; y Teresa salió, no tardando, desesperada del claustro, pidiendo las monjas perdón á la Vizcondesa de su incredulidad y desconfianza.

Es notable lo que todavía practicó la sierva del Señor con Teresa: « estando á la muerte con un cáncer, en una buhardilla, la fuí á curar, socorrer y perdonar las calumnias ». ¡ Tal es el heroísmo de la virtud !

Por estas luces percibidas de lo alto, la confiaban, ya señoras, ya sacerdotes, sus negocios árdulos, á fin de que los encomendara á Dios.

Un Obispo, amigo suyo, se lo encargó igualmente; y el Señor le dió á conocer muy claro que, tratándose de un asunto reservado á Su Santidad, equivocaban el camino, Inglaterra y el Obispo; y, en efecto, el Prelado (sería el de Puerto Victoria, y el asunto el de sus misio-

nes), varió de rambo, y dió luego á la Vizcondesa muy expresivas gracias.

Agobiada con tantas cruces, superiores á su flaqueza, recordaba á cada paso la pesadísima del Redentor, y cobraba tierna devoción á la sangre derramada por el Señor en su pasión bendita; estableció en casa el ejercicio ó rosario de la *Preciosa Sangre*, y lo mandó imprimir, ayudándola el Padre espiritual en los gastos, á fin de repartir por todas partes piadosos libritos, y difundir profusamente tan provechosa devoción, « en pago, declara, de ver, al fin, planteado mi colegio, tal cual lo soñé, y para que el Señor me auxiliara en mis innumerables apuros ».

Y le aumentaba y hervía el fervor en ocasiones de tal modo, que, para disimulo de su ardimiento, se salía á otra iglesia vecina á desahogarse á sus anchas con Jesucristo, y abrir la válvula del pecho á ímpetus y frases amorosas, que sola ella podría enarrar; y muchas veces tomaba un coche y, á imitación de los Felipes de Neri y los Pedros de Alcántara, salía al campo en busca de aire fresco y ambiente refrigerante, con que templar los ardores del corazón, hecho ascua viva de caridad.





CAPÍTULO XVI

PEREGRINA HISTORIA DE UNA DESAMPARADA, Y MUESTRA DE LAS PESADUMBRES FRECUENTES QUE SOPORTABA LA VIZCONDESA. — TRINIDAD Y EL COMANDANTE.

(1851)



LA narración esta que anunciamos con el dictado de peregrina y rara, no lo es tanto para nuestro colegio; el lector se persuadirá de que la historia del mismo se forma de lances y sinsabores de parecido linaje. Mientras tanto, observemos qué grado de educación había alcanzado la casa, qué tesoro de virtudes adornaban á las arrepentidas, y con qué placidez morían en la flor de la edad y en el ósculo del Señor, debido á la fortaleza invencible y paciencia ejemplarísima de su fundadora, contrastando con la fiereza de las pasiones de los hombres, escandalosos y desalmados.

Versa todo el argumento entre un comandante que se deshoja y enfurece por apoderarse de Trinidad, joven hermosa, de diez y seis años, y la resistencia que ésta

ofrece, hasta morir, escudada por la caridad y los buenos oficios de la Vizcondesa.

Trinidad descendía de opulenta casa de una villa cercana á Madrid. Perdido á su padre á los ocho ó diez años, quedaba con un hermanito de seis, al abrigo de su madre. Junto á sus posesiones del pueblo, conservaba otras un señor comandante de ejército, que entablado amistad con ellos, la subió al punto de esmerarse en el cuidado de sus intereses; y debiendo morar en la corte, allá se hizo acompañar de la madre é hijos; de la madre, como patrona; de los hijos, como objeto de su historia. A Trinidad dió educación brillante, haciéndola poseer hasta la perfección las asignaturas elementales, además de historia, geografía, latín y taquigrafía, para comunicarse con él en las ausencias; nada de labores; y con otra deficiencia más cruel y misteriosa, nada de religión.

Los asuntos del servicio le estrecharon á una partida de dos meses largos; mientras tanto, como sus pupilos eran vecinos de la Condesa de Torrependo, y Trinidad, crecida ya de diez y seis años, aparecía tan fina y callada, la invitaba para salir á paseo con sus hijas la virtuosa Condesa.

Tranquilas seguían todas ellas la acera de una calle en cierta ocasión, cuando Trinidad mudó repentinamente y á toda prisa de acera, exclamando:

— ¡Ay, qué miedo!

— ¿Qué te ocurre, Trini?...

Venía un sacerdote de frente; y contesta ella:

— « El comandante me ha dicho que son los curas gente muy mala, y hasta en hablarles hay gran peligro ».

Asustada la Condesa del caso, que le refirieron sus hijas, trató de indagar más, averiguando que la imponía reserva de todas las especies en que la imbuía el co-

mandante, y que la obligaba á acompañarle al cuartel, y á paseos retirados, vestida de chico.

La buena Condesa debió entre tanto hablar con la madre de Trinidad, y ambas se decidieron á aprovechar la ausencia del comandante, á fin de colocar á la joven á buen recaudo y en puerto de salvación, apelando á los sentimientos caritativos de la Vizcondesa de Jorbalán.

Á la madre le venía ancho y cómodo el pensamiento, pues tenía novio, y anhelaba desembarazo para sus atenciones, y cuidar de la hacienda de sus hijos.

La Vizcondesa, ante los ruegos reiterados de la madre y la hija y de la Condesa de Torrependo, y no sin prever las tempestades que le aguardaban, acogió á la joven Manuela, que tal era su nombre de pila, trocado en el colegio por el de Trinidad.

«Esta joven era muy bonita, dice la Vizcondesa, y me rogaba con lágrimas la salvara y la enseñara la religión; me parecía muy fina y de talento..., la madre no tenía, á la vista, ni lo uno ni lo otro».

Nos lo habíamos figurado, por lo poco que de ella se ha referido.

El P. Carasa se encargó de adoctrinar á Trinidad, que además de sus atractivos externos, descubrió índole muy dulce y modesta, y fresca memoria. Era de ver cómo se aprendía el catecismo paseando, y lo explicaba luego á fondo; la Vizcondesa, que asistía con ella á las lecciones del Padre, observa que también ella sacó provecho de las enseñanzas catequistas. Al mes estaba dispuesta para confesarse; y por el dolor y arrepentimiento que demostraba, tenía edificado á todo el colegio. Después, en la preparación para la comunión, aparecía aún más devota y fervorosa, clavada de rodillas ante el Sacramento. Nada manifestó de su ignorancia y atraso, nada

de su familia; vestía el traje distinguido de Micaela, de forma que no se percató nadie de que celebrara su primera comunión; pero, eso sí, se atrajo de todas la admiración y el cariño.

Todo era apacibilidad y regocijo, y hé ahí un cuadro de lo que suele acaecer comúnmente á las infelices é indoctas jóvenes extraviadas, cuando las enseñanzas y la caridad del colegio les despierta la fe.

Ahora traerá el diablo la guerra. Volvió el comandante á Madrid, y al encontrarse con Manuela en las Desamparadas, montó en frenesí y cólera, y después de denostar á la madre, se dirigió al colegio á sacar á la hija, por cualquiera vía.

—Vengo á sacar á la joven Manuela,—dijo arrebatadamente á la Vizcondesa.

—Sírvase V. volver mañana,—le contestó ésta.

—¡Oh! no puedo esperar, es mi mujer.

—Bueno, presente V. documentos que lo acrediten. Está aquí por su madre, y ningún otro puedo consentir que la lleve.

Y él porfiando como desatinado y loco.

La madre había soñado salvar á su hija, y que, por Dios, no la entregaran á nadie. La hija suplicó al Padre Director, arrojada á sus piés, la defendiera, pues prefería perder la vida antes que ofender á Dios, y no podían sus ojos ver sin horror al comandante.

—Sí, hija, la defenderemos hasta donde podamos, que todo quede en silencio...

Al día siguiente se hallaba en la portería el comandante, y también mi paciente Vizcondesa, dispuesta á oír y desbaratar sus despropósitos. Trató aquél de ganar á la madre por unos y otros caminos, revelándole que su novio estaba casado y había derrochado el capital de ella y de sus hijos, que le había confiado, siendo sus halagos

fingimientos de un trapacero; y de esta manera arrancó la licencia que pretendía de la madre.

—Aquí está el consentimiento materno para sacar á Manuela,—expuso el oficial á la Vizcondesa.

—Sí, pero sucede ahora que declara ella estar muy contenta en el colegio, y no quiere salir.

—La madre la saca.

—Esa madre la ha entregado, y no tiene derecho á sacarla, interin á la hija no le plazca.

—Es que me casaré con ella, dígaselo usted.

—Está bien, se lo diré, y vuelva V. pasado mañana.

Habló otras cosas más desafortadamente, ya en tono de ruego, ya de autoridad, queriendo ejercer el cargo de tutor, de que no estaba investido.

La joven manifestó que no era su voluntad casarse con nadie, y de modo alguno con el comandante, cuyo solo nombre la llenaba de espanto.

De nuevo en la portería el comandante y la Vizcondesa.

—¿No sale Manuela á casarse?

—No, señor; no abriga ese propósito.

¡Qué furia al oirlo! Temblaba la señora y encomendaba el asunto al Señor.

—Tome V. esa obligación, hecha en su favor de todos mis bienes, si se resuelve á salir.

Ella no quiso leer la escritura, y rogó que no se le mentase más el nombre del comandante, que no cesaba de venir á diario á propinarle un tormento de dos horas.

Abreviaremos algo los pasos de este enloquecido hombre, ya que él giró tantas vueltas, como se le antojaron en su imaginación desvariada. Acudió á la autoridad civil, y no resolvieron á su favor, en virtud de la entrega hecha por la madre. Acudió al Patriarca de las Indias,

como su autoridad eclesiástica, y allí se defendieron con recursos, escritos y súplicas Trinidad y la Vizcondesa.

Se presentó amenazador también al P. Carasa, de quien apeteecía una carta para visitar el colegio.

Como todos los trámites le resultaran vanos, llégase, fuera de sí, á la Vizcondesa, y la amenaza, diciendo:

—Yo mataré á V., y, muerta, desharé el colegio.

—No lo crea V.; con mi sangre brotarán de la tierra más valientes fundadoras, que no sería corta la dicha para nosotras comenzar el Instituto por el martirio.

—Quemaré el colegio... escribiré en los periódicos... la envenenaré á usted...

—¡Qué disparate! Si no es V. dueño de arrancarnos un cabello sin el divino beneplácito...

—Allá veremos quién puede más, si yo atacando ó Dios defendiendo.

—Pues bien, lo veremos... y marchó ciego de cólera.

«Al día inmediato me envía una pintura de un comandante, de grande uniforme, y mi retrato ó pintura con mi traje de religiosa, de tamaño de una cuarta, y desmayada en su brazo izquierdo, con su espada clavada en mi corazón. Y escribí en la espada de mi buena letra: *ni á esa temo*».

Dirigió en los periódicos tan envenenados dardos contra la Vizcondesa y su obra, que las redacciones salían á la defensa, y se ganó el difundir y aumentar la buena fama y los felices éxitos del colegio.

Kendi, amigo de la señorita, propuso el desafiarlo por grosero calumniador; pero lo estorbó ésta, confiando en la protección del cielo.

Nuevos pretextos le traían continuamente á la portería, y era fuerza recibirle, porque era todavía más recia cosa oírle gritar en la calle que la Vizcondesa había robado una joven á su madre, y rodearse de curiosos, y

todos á coro lanzar impropiedades contra la fundadora y su colegio; así que, disimulando la pena y aparentando gran calma, era preciso escuchar cómo rugía aquella fiera, á quien jamás se consintió hablar ni ver á la víctima de sus apasionamientos.

Cierto día que bajó al oratorio la Vizcondesa, á las cinco de la mañana, halló una tea embreada y con señales de haber sido encendida, antes de que, desde fuera, la arrojaran al interior por la ventana; pero ¡cosa providencial! el tizón se había apagado al caer, dejando intacta y sin mancha alguna la estera fina de verano que revestía el pavimento. De él la tomó y sacó la portera, única persona que tenía conocimiento de las amenazas del militar, y á quien tenía la señora advertida para que la socorriera, en caso, al primer grito.

Otro día en que por razón del calor la señora tenía abierta la vidriera de su cuarto, sintió, en el momento de levantarse de la silla para hacer oración, un fuerte estrépito, producido por un objeto disparado con fuerza desde la calle. Era un palo con clavos, á manera de lanza, que, de sorprenderla en su sitio, se le habría clavado en la cabeza, dejándola muerta en el acto... Á todo esto el comandante preguntaba á la portera cómo seguía la señora de sus heridas.

Esparecía la voz de que iba á arder el colegio, y por la casa comenzó á cundir la alarma, que se sofocó entonces por la palabra tranquilizadora de la Vizcondesa. Y no tanto se achacaba el rumor al comandante, por causa de Trinidad, cuanto á desventuras de otra joven del colegio (que las más dejarían en el siglo su espumosa estela), perseguida por infames mujeres y peores hombres, capaces de producir tan horribles y continuadas pesadumbres.

Vino á saber el comandante que se hallaba en el hos-

pital la cocinera de las Desamparadas, y con todo artificio y caudal de dinero, la conquistó para que le facilitase la entrada en el colegio y favoreciese bien á unos y otros. Al pisar los umbrales de la casa, de vuelta del benéfico establecimiento, la señora, que estaba en oración, avisó que no la permitiesen pasar, y hubo de retirarse llena de enojo, sembrando luego falsos testimonios contra su bienhechora.

Una onza de oro entregaba á cierto obrero que debía entrar en el colegio por escombros, si se prestaba á que lo hiciera él disfrazado en su lugar; pero tropezó con un hombre agradecido á la Vizcondesa, honrado y fiel, de cuyos toscos labios hubo de aprender lecciones de cabalerosidad y pundonor.

—Vaya, señor, no se canse V.,—respondía,—yo daría mi vida por la Vizcondesa, y no la engaño ni por usted ni por nadie.

Y derramaba gruesas lágrimas al referirlo después á la señora.

Á poco varió de táctica, esperando los domingos á las maestras, parientes y allegados del colegio, y entablando con ellos malignas conversaciones para aterrarlos, pues aseguraba conocer el peligro que corrían sus hijas y amigas por la inquina universal contra aquella sospechosa casa, y cómo había secreta confabulación para convertirla en cenizas. Y exclamaban algunas gentes: —¿Por qué no la cierra esa mujer? ¿Á qué tanta terquedad? ¿Y será capaz de poner en peligro á todo el barrio?

Tomó la Vizcondesa las precauciones que la prudencia le aconsejaba, y después, con el aliento y apoyo del Padre, dejaba obrar á la divina Providencia.

Avisó al Gobernador, y contestó atento, que en previsión de cualquier atentado, se pensaría en el traslado de las jóvenes y en cuidarlas en otro establecimiento.

También conferenció con el coronel de un cuartel situado frente al colegio, y cuya tropa jamás les había molestado: el caballeroso jefe se le ofreció á todo, y desde luego á vigilar con rondas de día y noche, no consintiendo entrara en él paisanaje ni *provinciales*.

En otra ocasión amaneció el colegio cercado de cartelones, donde se leía: «fuego á las Desamparadas».

Era día señalado, el de la primera misa cantada en la capilla de la calle de Atocha—fiesta de la Santísima Trinidad de 1851,—y por medrosas sugerencias de familia y el pavor de los carteles incendiarios, se le marchó una maestra, que no podía descansar tranquila en el colegio. Y no fué éste el único dolor y pérdida; tal pánico infundió en otras dos maestras la partida de la primera, que también se despidieron amedrentadas al siguiente día. Y nuestra Vizcondesa con solas sus amadas chicas dentro, y todas las llamas de los enemigos amenazadoras fuera. En crisis tan espantosa, escuchemos la narración de labios de la misma Directora:

«No sabré explicar qué apuro tan grande fué éste para mí; las encerré en la capilla á las colegialas, y las encargué rezaran un trisagio, ínterin se vestían las maestras, para irse á sus casas; pues me dijeron que si yo tenía vocación de mártir, ellas no la tenían, y quemarse por unas mujeres como éstas, no valía la pena. Entonces conocí que sólo la religión da el valor que yo sentía, pues ofrecía mi vida al Señor, y le rogaba la aceptara en expiación de mis muchos pecados.

Después que se fueron las maestras, les abrí las puertas de la capilla, pues despaché como pude los sacerdotes, disimulando mi agitación y honda pena, porque la menor contradicción que se sabía, hacía desmayar la gente y augurar mal fin á mi colegio, que todos censuraban en vez de ayudarme y compadecerme. No sabía cómo

decir al colegio me hallaba sola y sin maestras; las junté todas en una clase y las hablé con todo cariño, y con mucha energía las dije cuanto yo conocía podía calmarlas; ya lo tomaba por lo dulce, ya por lo sério, y como lloraban y las hacía poco efecto, lo tomé por lo heroico y sentimental, que esto, en general, conmueve, y las dije que yo no miraba nada más que á ellas, sus almas y su suerte, que no las dejaría yo nunca, y que si en efecto prendieran fuego y nos quemábamos, yo con ellas ardería también; tanto más que si ellas se consolaban, Dios haría, en pago de su sacrificio, que no prendiera el fuego, y ¡ojalá fuéramos todas mártires y nos iríamos al cielo en un momento! Yo, hijas mías, no cabe en mi corazón esta idea de tanto gozo como me causa pensarlo; ea, vamos á ofrecer hoy nuestras vidas para que el Señor nos perdone. Se calmaron todas menos una andaluza, que fingió desmayos, pero á los dos días estábamos todas muy contentas y yo jugaba con ellas para disimular mi gran pena, y comía y dormía con ellas y armaba yo el juego, ya haciendo yo de maestra, como de Superiora; y puse una estampa de la Virgen en un cuadro, y á ella pedía yo licencia como maestra de la clase, y la Virgen Santísima de Superiora, lo que gustó á todas tanto, que cuando yo me iba, Trinidad y una de las más antiguas, dirigían el colegio, pidiendo los permisos á la Virgen, y en tres días no recibí á nadie para estarme siempre con ellas; fué un cielo el colegio estos días, porque las colegialas decidieron en pago no darme el menor disgusto, á punto de fingir por broma algún regaño de cariño, queriéndolas yo coger en algún renuncio ú omisión, lo que no me fué posible» (1).

Arriba retratábamos el cuadro de la conversión de

(1) *Memorias biográficas, etc...*

una de las desamparadas: véase ahora, en conjunto, á todas las jóvenes arder en amor de Dios, y preparadas para los tormentos del martirio por la palabra abrasada de un apóstol de la caridad! ¡Permite Dios las persecuciones de sus amigos para acrisolar y enaltecer sus virtudes!

Quince días se le deslizaron así, hasta que la acompañó una señora casada, de mucho talento y virtud, que llegada de Galicia, había de permanecer largo rato en la corte.

A todo esto, el celador avisaba que se vigilaran las ventanas de la cueva; y, en efecto, habían arrojado bastante cantidad de aguarrás, que olía fuertemente.

Isabel, la doncella de la Vizcondesa, que estuvo esperando un año entero el aburrimiento de su señorita y la vuelta á casa, viendo que perseveraba con mayores ánimos cada día y en medio de los peligros, aunque llena de miedo, se decidió á acompañarla de noche, y vivir constantemente á su lado. Y así, ella era la única persona de entera confianza á quien encargaba velar de noche y dormir de día. La señora lo ejecutaba medio vestida y calzada, y con un traje de calle á mano, á toda prevención.

Cuando más sosegadas estaban, se oyen la voz y los gritos de ¡fuego! ¡fuego!... Las llamas subían hasta lamer las ventanas, pero el fuego era en el cuartel. Hizo bajar á las colegialas á la planta baja, con el fin de que no lo vieran y se asustaran, y estar cerca de la puerta para todo evento, y que allí recogidas pidieran á Dios por los soldados. Las chicas se mostraron animosas y serenas, proclamando que preferirían morir abrasadas antes que ofender á Dios y vivir en los riesgos de la vagancia. El fuego se cortó á las dos horas, y no les sirvió poco la vigilancia que traían, para que no se incendiase

el colegio. Las jóvenes, con ciega confianza en su protectora, y la Vizcondesa con fé imperturbable en su Dios. Corrían voces de que se había quemado la casa, y le repetían, ¿á qué arriesgarse de ese modo? La sierva de Dios no tenía ya oídos para el mundo.

A los quince días, y hora de las tres de la mañana, avisa asustada Isabel, de que se oyen gritos de « ¡fuego en las Desamparadas! » y la calle de San Eugenio aparece toda bañada de roja luz.

Era una casa de enfrente, repentino pasto de voracísimas llamas, que no se pudo salvar con todos los elementos y las autoridades á mano. El Gobernador hacía señas para que estuviera el colegio sosegado, y el Coronel, además, las cercó de tropa para su mayor seguridad.

— « Mi colegio, escribe la Vizcondesa, se bajó á la capilla sin asustarse, y muy contentas al ver cómo Dios las guardaba, y tan enfervorizadas que decían: si arde la casa nuestra, moriremos con gusto antes que ofender á Dios. Con esto me pagaban todo lo que sufría por la salvación de sus almas: yo, sin embargo, no tenía el valor que aparecía en mí; Isabel y las maestras, muertas de miedo, pero se hacían las fuertes, porque las colegialas hacen lo que ven ».

Cansado de los recursos violentos el comandante, se propuso conquistar nuevamente á la madre de Trinidad, que se había ido al pueblo por rescatar algo de lo que el supuesto novio la derrotó; y con blandenguerías y arrumacos le pidió la mano. La viuda aquella aceptó los ofrecimientos del soldadote. Y la primera cláusula matrimonial había de ser la salida de Manuela de las Desamparadas.

Ahora era la madre la que comenzó á gritar y firmar artículos de periódico, poniendo de oro y azul á la Vizcondesa y su colegio. Temía ésta los gritos y ahullidos

de la madre, más que los del militar, y vez hubo en que se arrojara sobre la señora, si no la contuviera su propia hija.

Era madre y tutora, y el Gobernador y otras personas, y la persuasión también de la Vizcondesa, pudieron vencer el irresistible ánimo de Trinidad, que pidiendo á la Virgen volver al colegio viva ó muerta, se fué angustiadísimá con su madre. Una torre se le cayó de los hombros á la Vizcondesa, según quedó de aliviada de peso, pero con el corazón traspasado.

No habían transcurrido tres días, cuando á los lloros de una mujer abre la portera la casa, y se introduce llorando y se derriba á los piés de la Vizcondesa la madre de Trinidad.

—¿Qué busca V. aquí?

—Que reciba V. á mi hija.

—¿Pues no decía V. que no volvería á poner los piés en esta casa ni aun en la calle?

—Sí, pero mi hija se muere: me lo ha asegurado el médico. Al entrar en casa le dió un chasquido el corazón y cayó mortal, sin sentido; no ha probado alimento desde que salió de aquí, la he paseado en coche y llevado al teatro por esparcir su ánimo, y se me muere, si usted no la recibe... la tengo á la puerta en el carruaje.

—Bien, que venga.

Entra Trinidad desencajada, pálida, desconocida; revivió algo al decirle que se quedaría en el colegio. Besó la mano, abrazó á la Vizcondesa, y se despidió de su madre, que les daba millones de gracias.

No se pudo obtener de la joven que abriera su pecho y declarase más que la madre, sobre lo que le había ocurrido, y que nadie creyó.

Á los cuatro días, día de Santo Emmanuel, la Vizcondesa convidó á la madre á tomar café con su hija

Trinidad, para que advirtiera la perdonaban de corazón, y para que no les molestase más el comandante.

La madre hizo observar que Trinidad sufría sin quejarse, pero que estaba hinchada, y podía asistirle su médico.

—No, se le atenderá con el del colegio, y aun con otro si conviniera.

El médico del colegio la halló grave desde luego, y hubo junta de los mejores facultativos, sin que éstos lograsen averiguar la causa de la dolencia; asistió la madre de la joven á nueva reunión, y los doctores tampoco quedaron satisfechos de sus explicaciones.

Á los pocos días tenía Trinidad cubierto el cuerpo de cantáridas, que curaba la Vizcondesa por su blanda mano, y que enfermera y enferma dedicaban al Sacramento, á la Virgen y á los Santos. Eran siete aquéllas: —¡qué gusto! exclamaba la paciente, —tengo los siete dolores de la Virgen. Se hallaba tranquila, risueña, apenas hablaba sino con la Madre Sacramento, sin pedir nada, ni exhalar queja. Al hablarle de la muerte, se reía de gozo, parecía un ángel.

Los médicos se interesaron mucho por su salud, celebraron consulta varias veces, y todo gratuitamente.

Al tener que renovar las cantáridas, decía Trinidad:

—El Santísimo llama, ¿qué querrá? San José llama: que avisen á la señorita.

Ella la curaba, hablaba y leía cosas de espíritu, regalando su bendecida alma.

Todavía la Vizcondesa llamó á la madre de Trinidad para ayudarles en la asistencia, y con el designio de evitar la sombra del comandante, que lamentando la pobreza del colegio y la imposibilidad de atender debidamente á la enferma, quería, con el apoyo de la madre, haber cometido un atropello. La Vizcondesa andaba con

ojo avizor, no fiándose ni de la madre de la enferma, que deseaba traerle regalos y medicinas.

Posible es que ésta insinuase algo á Trinidad; es el caso que cobró tal miedo á su madre, que se opuso á que la dejasen sola con ella, y á tomar cosa alguna de su mano.

Velábanla una noche ésta, acompañada; otra noche la Vizcondesa; y la doliente tuvo horrible pesadilla, imaginando que el comandante alquilase el cuarto contíguo y se introdujese por alguna brecha abierta en la casa, y no abrigaba confianza de su defensa más que en el corazón de la Vizcondesa.

El comandante, mal diablo, todavía amenazaba con subir el día que diesen el Viático á la enferma, y que de cerrarle el paso, no respetaría ni al Sacramento ni al Cura.

El señor Arzobispo, que estaba enterado del caso, mandó tomar precauciones contra la madre y el militar, y que saliera el Viático de la capilla del colegio.

Como viniese el asistente á preguntar á cada paso, no obstante recibir noticias de los médicos, la Vizcondesa le hizo saber que al otro día se administrarían los Sacramentos á la enferma, á las cinco. Así se hizo, siendo día nublado y de tristeza para todos: la Vizcondesa lloraba de afligida, sólo gozaba la enferma.

El comandante, muy de uniforme, estuvo á las cinco y hasta las seis, esperando saliera el Viático de la parroquia, y se puso furioso con la Vizcondesa, motejándola de mentirosa.

—La veré muerta; de otra suerte, atropellaré el entierro.

—Ya se cuidará V. de eso, le replicaba varonil la Vizcondesa,

Al mes de asistirla, con la agonía á la puerta, la madre hizo algunas declaraciones del origen del mal: habló de un susto, de un golpe, no se recuerda lo demás. Los médicos contestaron que ya era tarde...

Trinidad murió como una predestinada, á los diez y siete años de edad, lavando su cadáver las lágrimas de sus compañeras.

La amortajó la Vizcondesa: era la primera á quien consagró este oficio de caridad; después, á todas las colegialas que se le morían en sus brazos, para que volaran al cielo con las efusiones inextinguibles de cariño de aquel corazón hermosísimo, generoso, triunfador, infatigable en hacer bien, como de esclava de la caridad.

Pásmese el lector. Todavía, para recuerdo funesto, sin duda, y porque no se acabase el padecer, se alargó la paciencia hasta tener á la madre otro mes en casa, y no hubo que esperar de su craso entendimiento y escasez de luces, más recompensa que el insulto, porque no secundaban sus enredos. Al fin y á la postre se la perdió de vista.

El comandante, al saber la asistencia de la enferma, y que la Vizcondesa había llorado por ella, le pidió perdón, de rodillas, y besó la mano, confesando todas las intrigas narradas en este capítulo, y otras ignoradas, como las urdidas por las maestras.

— ¡Qué año he hecho á V. pasar! Me ausenté de Madrid, para dejarlos á ustedes tranquilos y que entierren á Trinidad.

Todavía volvió como amigo á consolarse con la Vizcondesa, y hablar de la religión y de Dios. Ella le recibía, por aquella idea clavada en su mente, de perdonar de todo corazón á sus enemigos.

Finalmente, otro día recibió de él una carta, religiosa

en apariencia, en la que se despedía para presidio vitalicio por haber penetrado en una casa, ganados los criados, al robo de la persona de una señorita, reconociendo ser justo castigo de Dios por las veces que atentó contra la vida de la Vizcondesa, y pidiendo que no le olvidara en sus oraciones.





CAPÍTULO XVII

PAZ Y SIRA

(1852)



Los rasgos que hemos trazado de la vida arrepentida y heroica de Trinidad, nos ponían bien de manifiesto el fruto sazonado que se recogía en el colegio de las Desamparadas. En el capítulo anterior vimos cómo se despedía de este mundo falaz para el otro de la verdad y la justicia; aquel fué un cuadro de la muerte de los predestinados. Mas el colegio se destinaba al mejoramiento de la vida social; su fin era recoger del arroyo de la miseria y transformar y rehabilitar á incautas jóvenes extraviadas, á fin de presentarlas de nuevo en el mundo expiadas y útiles, dispuestas unas para fiel servidumbre, otras para regocijo y alivio de sus familias, y algunas hasta para afiliarse en la santa y alta milicia de los institutos religiosos.

Paz y Sira, cada cual por su estilo, nos ofrecen interesantes escenas; y conmovida ante ellas la Vizcondesa, y advirtiendo los esplendores celestiales reflejados en su mudanza y perfeccionamiento de vida, antes de consig-

narlos en sus *Memorias*, bendice á Dios en esta forma: « ¡Déjame, Señor y Dios, que te bendiga una y mil veces; que recordar y escribir tus favores, sin bendecirte, se resiste á mi corazón agradecido! » Muy bien, muy bien.

Acercóse á visitar á la Vizcondesa una joven, entregándole una carta cerrada de parte de la Superiora de las Hijas de la Caridad del Hospital (1).

La carta decía así: « La dadora, joven guapa y convaleciente, acaba de escapar de la muerte; no así su hija, que murió á poco de nacer. Trae á la familia de un Grande de España divorciada. Vea V. de recogerla y encaminarla hacia el bien, pues no quiere abandonar su mala vida, y ocultando lo que la trajo al hospital, espera la vuelta de un viaje del Conde, para hacerle creer que de la pena de su ausencia ha enfermado ».

Gracias á la costumbre de la Vizcondesa de leer este género de historias y cartas, con el dominio y serenidad que le eran peculiares, y con el ansia de ganar almas, dice á la dadora de la carta:

—Está V. todavía delicada. Vamos, hija mía, ¿no querría V. quedarse conmigo?

—No, señora.

—Siquiera hasta restablecerse de su enfermedad.

—Sólo me quedaría por poco tiempo, hasta que vuelva mi familia. Además, con ciertas condiciones.

—Usted dirá.

—Pues yo no puedo vestir ninguno de los hábitos de la casa. Segundo, tampoco me ha de imponer las penitencias de costumbre, si se me escapa alguna palabra inconveniente. Y tercero, que se me permita trabajar para mí una camisola al mes, que esta compañera que traigo

(1) Ejemplares hermanas, en verdad, escribe la Vizcondesa.

se encargaría de recoger. Con estas condiciones precisas me quedaría, no de otra suerte.

Como era yo, escribe la Vizcondesa, «de genio tan vivo y enérgico, interiormente me revolví con este lenguaje; pero al pensar que una falta de paciencia mía podía impedir salvar esta alma, me reprimí en términos, que dije: Señor, sólo por tu amor tolero esta exigencia; tú me ayudarás á salir de este compromiso, propuesto con tanto descaro y arrogancia».

—Aceptadas las condiciones, y hágame V. compañía.

Á la joven arrogante le puso por nombre *Paz*, y la envió con su traje de jilguero á la enfermería, para que la atendieran en su delicada salud.

La Vizcondesa, desde la sala de recibimiento fué á la capilla, á ofrecer á Dios su vencimiento, á pedir luz, y luego sintió la paz en el alma, como presagio del feliz éxito de su compromiso.

Paz salió pronto de la enfermería y asistía á las clases. La Vizcondesa, á fin de preparar el plan de conquista, comenzó á estudiar las inclinaciones, carácter, lenguaje y maneras de la recién venida. Se descubrió en ella genio fuerte y puntos de orgullo y pundonor, aspiraciones á pasar por mujer virtuosa, á lucimiento de fortuna, y gran prurito de saber representar su papel; de excelente habilidad, además, para aprender las enseñanzas, apenas atendía á una labor ó recibía una lección, la dominaba pronto.

La desgracia suya, era que convertía en flaqueza de vanidad las prerrogativas de su entrada, repitiéndolo en las clases, de lo cual se asombraban las colegialas, no pudiendo persuadirse de que la Vizcondesa, mujer ordenadísima; hubiera aceptado condiciones tan anormales. Por lo mismo, Paz se envanecía con ellas y hablaba un lenguaje irritante.—¡Qué demonio de mujer!

repetía con frecuencia, ¡maldito sea el diablo!... y esto allí donde no se mencionaba ni ponía en lenguas á Sata-nás, ni aún para maldecirle.

Las colegialas, las maestras sobre todo, no lo podían aguantar.

—Bese V. el suelo en castigo,—ordenó la maestra á Paz.

—¡Ah! no señora, he entrado con la condición de que no se castigarán mis palabras.

Las profesoras llegaban ya á murmurar de la blanda de la Vizcondesa, motejándola de no saber tanto como las que prácticamente y sobre el terreno aprenden las duras lecciones de la experiencia; tentaciones comunes aun en las personas espirituales.

La Directora, al mismo tiempo que estudiaba á Paz, trató de ganar su corazón, obsequiándola en la enfermedad, y escuchando, con calma y afecto, la prolongada narración de sus padecimientos y vicisitudes, con que la dispuso á que, á su vez, oyera también alguna historia y enseñanza de labios de su blanda y paciente bienhechora.

El colegio y las maestras irritábanse contra la privilegiada criatura, y Paz quería y veneraba tanto más á la Vizcondesa.

Un día ya, reunido el colegio, llaman las maestras á la Superiora, y acusan á Paz, á su presencia, de que profiere estas y otras inconvenientes palabras, y ni se reconoce, sino que alardea de privilegios inconcebibles.

—¡Jesús, Jesús!—exclama la Superiora con gran pasmo, y la pasa la vista asombrada de arriba á abajo.

—Lo peor es que dice haber entrado con esa condición.

—Eso es verdad...

Al oirla, todo el colegio clavó los ojos en la Vizcon-

desa. Y Paz, paseando los suyos por todas ellas con aire de triunfo, gozábase en confirmarlo.

—Sí, es verdad,—repitió la Vizcondesa,—yo al aceptar la condición que me impuso esta joven, no miraba más que á la salvación de su alma, comprometiéndome en mi corazón á besar el suelo por ella; sólo resta saber por las maestras, cuántas veces ha faltado, que yo las supliré muy gustosa ahora mismo. Y dicho y hecho, se arrojó al suelo.

Levantóse entonces el colegio en masa, y las jóvenes, todas postradas, besaron la tierra.

Paz no había de quedarse derecha: también la besó, regándola de lágrimas; hizo, además, en un ladrillo, tres cruces con su lengua, y rogó, por fin, á la Vizcondesa, que se anulara la perturbadora y primera condición.

Vamos á la segunda: la del traje.

Llegaron un día la Duquesa de Gor y sus hijas con otras personas á visitar las labores del colegio, que iban cobrando fama de primorasas; y aprovechó tan excelente ocasión la Sierva de Dios para despojar á Paz de sus colorines, diciendo á la Duquesa:

—Acaso vean ustedes en el salón de labores á una colegiala sin uniforme, vestida de claro; no piensen que es castigo.

La Duquesa y las hijas, se confirmaron entonces más en que realmente estaba castigada, y que la Vizcondesa les hacía la advertencia para que no se interpusieran en su favor. No se contuvieron ellas; se acercaron á Paz, y muy al oído y en confianza, le dijeron:

—¿Cómo está V. castigada y sin el uniforme? Vaya, confiésenos su falta, que harto grave parece, y rogáremos por el perdón de usted.

Ella, ruborizada, sofocada, declaró que no era por

falta alguna; pero tampoco adujo el privilegio de sus condiciones, porque le hubiera sido más vergonzoso... Y todavía, al despedirse, rogó la Duquesa á su amiga Micaela el perdón, diciéndole:

—No sea V. tan dura con ella, Vizcondesa.

Apenas habían desaparecido, llamaban á la puerta del despacho de la Superiora: era Paz, deshecha en llanto...

—¡Ay! qué vergüenza he pasado... Ni á V. ni á mí nos han creído... soy culpable ante sus ojos...

—La culpa fué mía, al ser tan poco previsora, y consentirle á V. la indecorosa excepción.

—No, señora, la culpa es mía, en exigirlo á mi entrada... Déjeme V. vestir uniforme.

—¡Ah! ;yo no faltó á mi palabra!

—No, soy yo quien lo pide y ruega.

—Bueno, sea por gusto de V...

Y tuvo Paz la humildad y el valor de pedir en la ropería vestido de Filomena. Mas la Vizcondesa le pagó su virtud, distinguiéndola con el traje de Micaela.

Restaba la tercera condición, la de la camisola, cuyos destinos puede el lector figurarse, y qué efectos suscitarían en el corazón amante.

Paz, vestida ya de colegiala, entró por completo en la vida de reglamento, y no le sobraba tiempo para nada. Como favor recibió que la superiora le concediese una hora después de retirado el colegio, mientras las maestras se preparaban para irse á acostar. También se la distinguió designándola para leer, durante el tiempo de labor del colegio; y oyéndola en oportuna ocasión la Vizcondesa, y agradándose en extremo del sentido y entonación que daba á la lectura, se lo ponderó bastante, y la suplicó para lectora suya, cuando, rendida de las fatigas, la necesitara en la hora de guardia al Sacramento. ¡Qué más podía apetecer!...

La Vizcondesa premiaba á las jóvenes, admitiéndolas de compañeras suyas para la guardia, y Paz llevaba otro destino además, más alto y honroso.

Todo era aplausos para ella en el colegio. Llegaba la noche, y se acercaba Paz á la Fundadora...

—¿Quiere V. que la lea? *

—Sí; pero, ¿y la camisola? que tiene V. ya pocos días...

—¡Oh! me sobra tiempo.

—Ya haré yo que te falte, respondía para sus adentros la Vizcondesa.

En efecto, entusiasmada Paz con sus honras y elogios, se olvidó de la camisola. Cuando se llegó su antigua amiga por ella, se enfureció al no obtenerla, é insultó á la señorita. Paz, corrida de vergüenza, salió á la defensa de su bienhechora, y contestó á la amiga que no quería volver á verla, ni á ella, ni al Conde.

Se había triunfado en toda la línea.

Esta Paz era la engañada poco después por un Capellán, para abrir con ella un colegio, pero que se descubrió á tiempo, y perseveró luego siete años, corroborando sus buenos sentimientos.

Salió, por último, para ser el apóstol de su familia, que se había establecido en Tetuán, casándose su hermano con una mora; y se decidió á ir allá, para bautizar y educar á los hijos cristianamente, preparándose de antemano con ejercicios espirituales.

Antes, la Vizcondesa la había sacado á prueba, y colocado en buena casa, donde, en ejercicios de coser y bordar, ganaba dieciseis y veinte reales diarios, y probada durante un año, en que observó excelente conducta, le dió su bendición para trasladarse á África.

No se olvidó de escribir agradecida á la Vizcondesa, trasmitiéndole risueñas esperanzas de su rehabilitación perfecta.

Historia de Sira.—Es breve, trazada por la mano cariñosa de la fundadora, en sus *Memorias biográficas* (1), y no cabe extractarla; ni me atrevo tampoco á retocarla sino ligerísimamente. Es como sigue:

«Entró en nuestra casa una colegiala de genio muy fuerte, y al tercero día le dieron una toca mal planchada, la cual rasgó y pisoteó de coraje; venía del hospital de San Juan de Dios. Me dieron cuenta de su genio y de lo que acababa de hacer. Entonces notifiqué á la colérica muchacha que no podía estar en este colegio después de lo que había hecho; mas ella, pesarosa, suplícaba un castigo, cualquiera mejor que ser despedida.

Esto me dió esperanza de que se sacaría partido de su genio fuerte; advertíle que yo no tenía más castigo que la calle, y que esperaríá ocho días á ver si se repetían sus genialidades. Se reprimió tanto, que en cuatro años que estuvo en el colegio no cometió otra falta tan marcada; tenía su genio, pero se la veía reprimirlo, y humillarse siempre que se le escapaba alguna ligera impaciencia.

Cuando se portaba bien, la llevaba á la oración conmigo, como premio; y tomó tal gusto á la oración de la noche, que si yo no podía ir á ella, le encargaba mi guardia de las doce.

Cobró tal fe y amor al Corazón de Jesús, que no le pedía nada que no lo consiguiera, tanto para ella, como para mí.

Para acostumbrarla á la presencia de Dios y hacer actos de amor de Dios frecuentes, nos poníamos las dos unas lentejas en el bolsillo, y á cada acto de amor pasá-

(1) En ellas señala la autora, al relato acerca de Sira, la fecha de 1852; no deja de mencionar á Paz y Sira el P. Carasa en sus cartas anteriores á este tiempo.

bamos una, hasta que todas las lentejas iban á parar al otro bolsillo, y eran más de ciento cincuenta, y con esto las dos ganábamos mucho.

Llegó á adelantar tanto en la virtud, que fué ejemplar, y el Señor la probó con que lo tomaran á hipocresía y falsedad. Unos días que yo estuve fuera, hicieron con ella grandes pruebas, en las que demostró no era fingida, como creía su maestra D.^a Juana Francisca; por no conocer ella misma este grado de virtud, la hizo sufrir mucho, pues no la podía soportar en su clase. Yo me enteré, y la animé á sobrellevarlo, y la enseñé el modo de que ella misma lo corrigiera, sin tomar yo medida ninguna, y sí sólo la excité á su heroico vencimiento, que al fin convenció á todos de su sólida virtud.

Á los tres años manifestó deseos de ser religiosa, y, al efecto, le enseñamos todo lo que podía serle útil: como leer y escribir correctamente en castellano y latín, las labores de mujer y aun de lujo, también el canto, y bordar en todo género de primores, y matizar en oro, flores, etc., y el día que no sabía su lección, le pedía con tal fe al Corazón de Jesús, que la daba como si la hubiera estudiado á fondo. Todo lo aprendía con suma facilidad, y en cierta ocasión en que echó á perder un bordado, muy afligida dijo ya se lo arreglarían, si la dejaban ir á la capilla, y con sus ruegos alcanzó del Señor que desapareciera la falta; este hecho, y otro que no recuerdo hoy bien, la dieron el justo nombre de muy observante y buena.

Su madre era una aldeana de mal carácter y genio, tan violento, que porque su hija se cortó el pelo, sin anunciárselo, la maltrató cruelmente, por pronto que se quiso evitar; el día que yo la manifesté que su hija quería ser monja, se tiró á mi cuello, y si no es por el escribiente

que tenía yo á prevención, haciendo que escribía, me ahoga; era una furia.

—¿Mi hija monja? exclamaba. Mejor la quiero ver perdida como estaba: que se venga conmigo.

Acudí á la autoridad, y me ayudaron; y por fin dejó á Sira en el colegio, diciendo: que haga lo que quiera, pues saber que se ha muerto es lo que yo deseo. Y partió para el pueblo.

Se iba á Manila la esposa de un Cónsul, amiga mía, y me pidió una criada finita y de buena educación, para llevarla consigo, y guarda de una niña de pecho que ella criaba, pues tenía ella que acompañar á su marido en paseos y comidas. Le respondí que tenía una, pero quería ser monja.

—Si me sirve bien dos años, la daré el dote—contestó.

Llamé á Sira, la cual gustó mucho á mi amiga, y le arreglé su ajuar muy decente. No tuve más que decirle:

—Sira, ¿quiere V. ir á Manila?

—Yo no dispongo de mí,—respondió,—soy toda del Corazón de Jesús, y por conducto de V. sabré yo su voluntad.

Esto fué lo primero que la insinué; edificó en los cinco días en que se arregló su viaje; á la madre se la llamó y se le dieron dos mil reales, y la dejó ir á servir ó lo que quisiera; le dió su bendición; y ella consiguió de su madre, ó mejor dicho del Corazón de Jesús, que me trajera la hermana de quince años, que también vivía mal. Estuvo ésta con nosotros cuatro ó cinco años también, y vive todavía cristianamente; lo mismo ella que la madre, que al fin conseguí se confesara: ¡bendito sea Dios!

Entregué á Sira unas cartas, con las cuales hablaron al señor Arzobispo, y ella cumplió mis consejos de confe-

sarse con el Prelado y declararle toda su vida por si podía ser allí religiosa; así lo hizo, y al año y medio el mismo Prelado, edificado de su virtud, le buscó diez mil duros de dote, y le dió él mismo el hábito de Concepcionista. La señora del Cónsul fué la madrina; la vistieron de alhajas de gran valor; el cuerpo diplomático, de toda gala, asistió á su toma de hábito.

Al año antes de profesar, la Superiora me escribió para darme la noticia de su profesión, y lo edificadas que las tenía con sus virtudes, como con sus habilidades y dulzura de carácter.

Después he tenido varias cartas de Sira, pues socorría á su madre con cuatro ó seis mil reales al año por mi conducto. Logró con sus oraciones salvar su familia, y que la Comunidad me enviara á decir, que bien sabía yo, que era un ángel aquella criatura ».





CAPÍTULO XVIII

HERÓICA GENEROSIDAD DE LA VIZCONDESA CON SUS DETRACTORES Y CALUMNIADORES, POR EL ENCENDIDO AMOR QUE HACIA DIOS SENTÍA

(1850-1852...)



A escuela del dolor es la más persuasiva y estimulante para nuestra naturaleza soñolienta. ¡Cuánto aprendió la candorosa Vizcondesa de los desaires del mundo y abandono de los amigos! Sus ojos se iban abriendo para discernir las debilidades y malicias de las criaturas. Y el Señor la asistía con su luz para no vacilar en sus buenas intenciones acerca del prójimo, y no quedarse, por inteligencia errónea del deber, en las simplezas de una mentecata, sino más bien alcanzar la árdua y serena virtud de la prudencia.

Sufría extremadamente con las guerras sordas que la urdían, y « tanto más, que es ya ordinario, dice, saber lo que piensan los que vienen á hablarme, y sucesivamente leer en su interior lo que van pensando, lo mismo los de casa que los de fuera; y si veo que me engañan,

se lo digo; esto les causa gran sorpresa, y acaban por confesarme la verdad, y hace ya quince años, y jamás ha fallado una sola vez». Escribía en 1865 sus Memorias, como sabemos; comenzó, pues, á gozar de esta gracia por este tiempo de adversidad, desde el año 1850.

Oraba ella y mantenía su confianza en Dios, y así estaba esperanzada de que sus émulas no disfrutarían de la pensión de Cruzada, y sus castillos de vanidad y de plagio no llegarían á cimentarse en la realidad.

Teresita fué de las primeras en volver al colegio, desilusionada y arrepentida, pues ya no había dote para ella ni suma de reales para el mantenimiento de sus padres.

¿Y la Vizcondesa admitió á una criatura tan ingrata é interesada? Tomaré, para satisfacer á esta pregunta, sus mismas palabras: «Ví en ello una bonita ocasión para practicar una de las obras de misericordia, y de vencerme; aunque en realidad no me cuesta el perdonar á mis enemigos, antes creo gozo en ello; la abracé y perdoné tan de corazón, que ni una palabra dije que la recordara su ingratitud».

Todavía la escucharemos frases más estupendas en orden al ejercicio de la caridad. Este nombre debía de ser su embeleso, su deslumbramiento, todo su delirio; es verdad que ese es nombre con que Dios se ha bautizado, en el fuego amoroso que glorifica y enaltece á la Trinidad beatísima. «Dios es Caridad» (1).

(Teresa había de recordarnos á Filomena. Poseía ésta corazón más noble, brillaba en ella más talento y la hermosteaban las gracias. ¡Pero qué desvelos costaba á su protectora!... Las francesas habían castigado su franqueza y lealtad, encerrándola en la buhardilla á pan y agua. Y la señorita fundadora iba á compartir su pena,

(1) *Deus charitas est.*—1.^a S. Joan., Cap. IV-16.

visitándola y regalándola, y para librarla del cautiverio, la llevó al amparo de la familia Abella. Allí debió de pasar todos los meses en contienda, cuando cierto día recibe un aviso en la oración la Vizcondesa de que algún peligro amenaza á Filomena. Corre á preguntar á todos; á la madre de Pepito, mas ésta aseguraba que no había motivo de sospechas; á la misma Filomena, la cual negaba á piés juntillas hubiese peligro alguno; hasta que pasa una carretela por delante de la casa, y la Vizcondesa recoge las miradas de unos y otros.

—¿Todavía me negarás, querida Filomena, lo que ven mis ojos?

Y Filomena, al fin, descubrió al tentador.

—Sí, señora; ese Marqués, conocido de V., me ha mandado no sé cuántos ofrecimientos seductores... ya he contestado bien á su ama de gobierno.

Entonces se la llevó la Vizcondesa á puerto más seguro, y en recompensa de su virtud y triunfo, le confió la dirección del colegio.)

El remedo de instalación de la calle de la Palma, se halló á poco en desorden tumultuoso y disolvente: una chica se escapó, otra se tiró á un pozo, y las directoras Sor Agustina y Sor Teresa se hallaban inconsolables; las más de las colegialas se volvieron á su antiguo y verdadero refugio á pedir perdón á la señorita. — «No me costó perdonarlas, que fué gran consuelo». Aun recibió á una doña Micaela Berruete, maestra del colegio rival, que había sido hermana de la Caridad; era viuda, y la suplicaba, llorando, su valimiento, que la Vizcondesa le concedió para demostrar que ningún enojo conservaba del modo de obrar de las religiosas francesas.

La misma Madam. Bonat la mandó recado, preguntándole si tenía noticia de la superiora de la Palma, Sor Regis, pues se ignoraba su salida y paradero. ¡Ah! en-

tonces la Vizcondesa se dirigió al colegio de la señora francesa á darle seguridades de no haber visto ni tratado á la fugitiva desde que se despidió, hacía seis meses, y Madam. Bonat la reveló que había parecido carta de Sor Regis, manifestando no se la buscase, pues abandonaba la congregación; y una chica declaró haberla hecho vestido de seglar y rizado el pelo, y que había salido de casa á hora intempestiva y con llave falsa.

La Madre aprovechó aquella ocasión para confesar á la Vizcondesa su denuncia al señor Arzobispo, y los tratos con la Comisaría de Cruzada y tantas otras, que le dolfían y pesaban, pidiéndole perdón de todas estas ofensas. Echó inmediatamente la Vizcondesa sobre aquellas declaraciones el velo de su bondad, la abrazó, otorgándole el perdón más generoso, y resolvieron amistosamente buscar la oveja perdida.

(No seguiríamos más los pasos de esta apóstata, si sobre la negrura de sus veleidades, no resaltasen más los destellos de virtud asombrosa de la Vizcondesa.

Tiempo después, y apenada esta señora por la perdición de la Regis, supo de boca de D.^a Micaela, que vivía en la obscuridad de una buhardilla de Madrid, y sólo salía, entre las tinieblas de la noche, muy tapada; y solía visitarla el cura susodicho, vestido de seglar, animados los dos del pensamiento de alejarse juntos á Inglaterra, regazo del protestantismo.)

Los señores P. Carasa y D. Pedro J. Ruíz la sacaron á duras penas del escondrijo, donde llevaba siete meses oculta, y se encerró en las Arrepentidas á lavar sus deslices con la penitencia. Pasados los ejercicios espirituales, y sabedora de que la Vizcondesa no le guardaba rencor, la llamó. Entonces ésta dió aviso á la Superiora Bonat, la cual contestó que se desentendía de ella por haber abandonado su Congregación. La Vizcondesa se

llegó á presencia de D.^a Soledad (Sor Regis), preguntándole afablemente por los motivos de su llamamiento.

—Señora, quiero pedirle perdón, en la plaza pública, para reparar de alguna manera tanta calumnia y perjuicios causados á V. por mí.

Contestóle amable la Vizcondesa que todo lo había sufrido por Dios.

—Sí, pero yo la he desacreditado á usted.

—No importa, yo lo perdono de muy buena voluntad.

Manifestó que esperaba la pagarían de su Instituto y darían para ropa, pero que de otra suerte tendría que salir de aquel santo refugio.

El señor Santaella llegó á probar en cabeza propia quién era el Cura de las Francesas, y estaba determinado á formarle causa, cuando le detuvo la Vizcondesa, suplicando clemencia, para que no cometiese mayor desatino juntamente con Soledad, de cuyas aventuras le habló, y para la cual obtuvo dote, equipo y pensión, que se entregarían por mano de ella sin mencionar al Comisario. Voló la Vizcondesa á las Arrepentidas, donde con mil extremos quería demostrarle D.^a Soledad su agradecimiento; y la dejó, por fin, muy bien instalada en el retiro de su celda.

También, gracias á Dios, se reconoció el Cura, su amigo; inexperto joven, dice la Vizcondesa, que por los esfuerzos de D. José Ramírez, del P. Carasa y D. Pedro José Ruíz, pidió mil perdones á la Vizcondesa de Jorbalán.

Entraba ésta cierto día en una iglesia donde predicaba el aludido Sacerdote; conociéndola, sin duda, dió un corte al sermón, y recordó la frase del Emperador Constantino: *si supiera algo malo de un Sacerdote, lo cubriría con mi capa*. La Sierva de Dios confiesa que lo entendió bien, y lo cumplió mejor.

Otro personaje mezcla en el relato de estos dramas la Vizcondesa: era un sacerdote francés y también confesor de sus compatriotas, y á la postre, nuevo tormento de la esclava de la Caridad, llamado Mr. l'Abbé Ramonet. Decía á veces misa en el oratorio de la casa de la Vega del Pozo, y más tarde desaprobando, al parecer, las ligerezas de sus confesadas, la celebró también en el Asilo de la calle de Atocha, y les tradujo del francés algún opúsculo para las maestras.

En el ínterin, espiraba el año de noviciado de doña Soledad, y no la admitían á la profesión. De nuevo á llorar á los piés de la Vizcondesa.

—Usted es sólo mi amparo, le escribía, de todos abandonada, en país extranjero: acójame V. en su establecimiento, seré la última colegiala y la más sumisa de todas. —

Nada se la ocultó á la virtuosísima Sacramento del porvenir que ofrecía aquella D.^a Soledad; y no obstante, dándole vueltas á su corazón, y con reflexiones de que también ella era infiel al Señor y la perdonaba, y el ejemplo de Jesucristo con Judas, y sobre todo, «que tenía tal afán de hacer grandes sacrificios por Dios, que deseaba ser mártir por su amor», se resolvió á abrirle los brazos y las puertas de su casa.

«No sólo me la traje, declara, sino que queriendo imitar en algo á los Santos, ofrecí no separarla jamás de mi lado, y vivir con ella como con una amiga. Y así acaeció sin que se notara en mí ni queja, ni el menor resentimiento, ni una nonada, en los *tres ó cuatro años*, que ella quiso permanecer en el colegio».

Hagamos pausa ante frases tan evangélicas, ante rasgos tan sublimes.

Un acto heroico, momentáneo, lo ejecuta cualquier alma bien nacida; sufrir años enteros, con tal magnani-